

GEMMA HERRERO VIRTO

ZHILAN

EL HOMBRE CONFUSO, EL CHINO MUERTO Y LOS GATOS PARLANTES

Gemma Herrero Virto

ISBN: 9781311095886

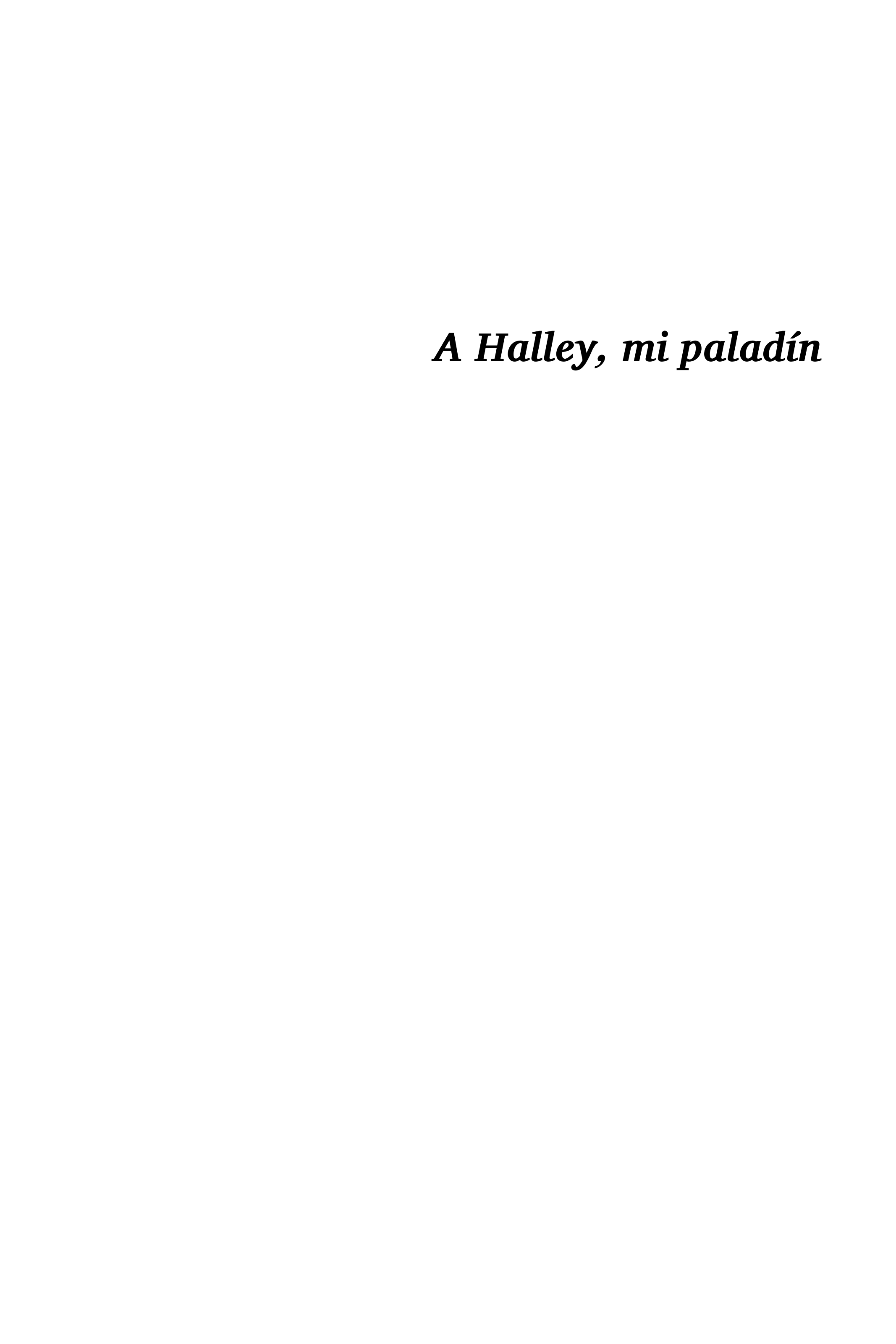
Título: Zhilan (El hombre confuso, el chino muerto y los gatos parlantes)
Autor: Gemma Herrero Virto

www.gemmaherrerovirto.es
Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
Twitter: @Idaean

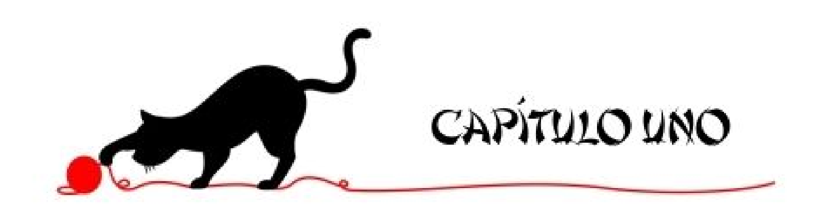
Revisión: Julen Díaz Llorente
Ilustración y diseño de cubierta: Gemma Herrero Virto

ISBN Digital: 9781311095886
Fecha de publicación: 29 de Febrero de 2016

Si ya lo has descargado ilegalmente de alguna página de Internet, tampoco vamos a llorar. Si te ha gustado, al menos pásate a dejar un comentario por Facebook o Twitter, que eso no paga las facturas, pero me alegra el día ;-)



A Halley, mi paladín



CAPÍTULO UNO

Me llamo Álex Varela, soy abogado y tengo treinta y cinco años. Me gustaría poder contaros más cosas sobre mí, pero ahora mismo eso es lo único que tengo claro. Todo lo demás está nublado, como escondido tras una niebla espesa de color sucio. Y este espantoso dolor de cabeza no me deja recordar nada más….

Me da la impresión de que alguien ha inaugurado una línea de metro que atraviesa mi cerebro sin consultármelo antes. Ni en mis peores resacas con vodka barato he sufrido un clavo semejante. Levanto las manos para comprimirme las sienes y tratar de mitigar algo el dolor y la derecha se empapa con un líquido espeso y caliente. Me la pongo ante los ojos y, a pesar de que mi vista está nublada, comprendo que ese líquido de color rojo oscuro es sangre, mi sangre… ¿Qué demonios ha pasado?

Intento recordar dónde estoy. Entre la bruma que aún nubla mi visión distingo la silueta de algunas farolas, bancos vacíos, papeleras a rebosar y parcelas de césped. Estoy en un parque, pero no consigo recordar qué parque es ni cómo he llegado aquí. El dolor de cabeza parece incrementarse, mi vista se cubre con un manto blanco y el estómago se me revuelve por las nauseas… Voy a desmayarme. No, no puedo permitírmelo. Es posible que tenga una conmoción y que, si me desmayo, no vuelva a despertarme. Debería llamar a un médico o gritar pidiendo ayuda, pero no puedo hacerlo porque acabo de darme cuenta de que no estoy solo.

A dos pasos de mí hay otro hombre tumbado. Trato de forzar la vista, mientras me pregunto si estoy en un sueño o en un programa de cámara oculta. El hombre que está a mi lado es un anciano de pelo blanco que lleva una larga y fina trenza que me recuerda a una pálida serpiente. Su cara está tan surcada de arrugas como un viejo pergamino y de las comisuras de sus labios pende un fino y lacio bigote que le cuelga hasta la mitad del pecho. Sus ropas me reafirman en la idea de que estoy moviéndome en una pesadilla. Va

vestido exactamente igual que el chino de las cajas de “Flan Chino Mandarín” que recuerdo haber visto en casa de mi abuela cuando era un crío: la chaqueta roja de tela brillante con las mangas negras y el cuello azulado, unos pantalones negros… A unos centímetros de él descansa un pequeño gorro cilíndrico de tela negra. Cierro los ojos con fuerza por unos segundos, seguro de que, cuando los abra, ese hombre ya no estará ahí, pero lo único que consigo es un nuevo lanzazo de dolor atravesándome la cabeza. El hombre continúa en el mismo sitio, en la misma posición. Algo me dice que no se va a mover, algo clavado hasta la empuñadura en el centro de su pecho.

¿Qué es todo esto? ¿Qué está pasando? A pesar del dolor me esfuerzo de verdad en recordar cómo he llegado a este sitio, si conocía a ese hombre, si he podido ser el causante de su muerte… Pero, por más que lo intento, no consigo acordarme de nada. En realidad, no recuerdo nada del día de hoy, ni del de ayer… No sé cuántos días he perdido, hasta dónde se extiende el agujero en mi memoria. Lo único que sé seguro es que yo no he podido ser el causante de la muerte de este hombre. Yo no sería capaz de matar ni a una mosca. Y menos a una persona a la que no conozco de nada y que me trae el recuerdo de los fabulosos flanes que hacía mi abuela.

Me pongo de rodillas y me acerco hasta él. Por un instante acaricio la absurda idea de que no esté muerto, pero, nada más poner la mano en su cuello, mis esperanzas se desvanecen. Su piel está helada como el lomo de un pez, sus ojos están perdidos y apagados. Agarro el cuchillo que sale de su pecho y tiro de él. Es una daga plateada con doble filo y la punta curvada. La empuñadura es muy elaborada y simula la figura de un dragón con letras orientales grabadas sobre su lomo. Tras unos segundos contemplando la daga, me quedan claras varias cosas:

1- No es un arma típica de atracadores de parques, más bien parece algo para hacer rituales.
2- Por muy mal que esté mi memoria, estoy seguro de que no he visto ese cuchillo en mi vida.
3- Soy un auténtico gilipollas. Acabo de dejar mis huellas y, posiblemente, muestras de mi sangre en el arma del crimen.

Al pensar en la palabra crimen, la realidad de la situación me golpea con la fuerza de un tren de mercancías. Ese hombre está muerto y yo soy el único que está a su lado. Si alguien me descubriese aquí, si llegase la policía, ¿qué podría decirles? ¿Que no me acuerdo de nada? ¿Que me he despertado a su lado y ya estaba muerto? ¿Que ni siquiera le conocía? ¿Que yo nunca mataría al

chino de los flanes? Aunque no fuese abogado, sabría que esas alegaciones son una auténtica mierda.

Miro a mi alrededor, tratando de descubrir si hay alguien observándome, pero el parque parece totalmente vacío. Ni siquiera sé qué hora es, pero una débil claridad empieza a insinuarse en el cielo. Pronto amanecerá y el parque recibirá a sus primeros visitantes: barrenderos, gente sacando al perro antes de ir a trabajar, algún gilipollas haciendo running… Tengo que marcharme de aquí antes de que alguien me vea.

— Vaya, parece que ya te has despertado— una voz femenina a mis espaldas destruye en un segundo todas mis ilusiones de escapar sin ser visto—. Pensaba que tú también estabas muerto.

Me giro hacia el sonido, pero no veo a nadie. El parque continúa desierto. Todo esto no tiene sentido. Por un momento empiezo a plantearme que la única explicación posible es que me he vuelto loco, pero la voz vuelve a sonar.

— Aquí, tonto. En el árbol— dice, soltando una risita dulce.

Levanto la mirada hacia el árbol y lo que veo allí acaba de convencerme de mi idea: estoy loco, loco de remate, loco de atar… Tumbada lánguidamente sobre la rama más baja hay una gata gris atigrada, cuyos ojos verdes lanzan destellos a la luz de las farolas. Me está mirando directamente y hasta me parece que sonríe. Dios mío, tiene que ser un sueño, uno de esos sueños ridículos que se desvanecen en jirones minutos después de despertarte.

— Has estado mucho tiempo ahí tirado. Creía que habíais muerto los dos.

— Disculpa, ¿nos conocemos?— me siento terriblemente ridículo al hacer esa pregunta, pero no se me ocurre de qué otra manera reaccionar.

— No, es la primera vez que te veo. Yo vengo a este parque todas las noches, así que no debes venir por aquí a menudo— la gata deja de hablar, se lleva una pata a la boca, la lame despacio y se la pasa por una de las orejas antes de seguir hablando—. A él sí le conocía. Solía venir a este parque a pasear muchas noches y a menudo traía comida para nosotros. A mí me da igual, porque soy una gata casera y no paso hambre, pero apuesto cualquier cosa a que no vas a ser muy popular entre los demás.

— ¿Yo? ¿Y qué he hecho yo?

— ¿Cómo que qué has hecho? Matarlo.

— Yo no he podido matarlo— a pesar de que me siento tan desesperado como para gritar, me doy cuenta de que estoy hablando en susurros, como un criminal que se esconde—. Ni

siquiera lo conocía.

— Sí que lo conocías. El viejo estaba andando tan tranquilo por aquí y tú te has acercado a la carrera, le has agarrado por la pechera y has empezado a gritarle que te lo quitara.

— ¿Que me quitara qué?

— No lo sé, no lo has dicho— la gata se sienta y clava la mirada en una rama más alta, desde la que se escucha el trino de un pájaro madrugador. Se queda extasiada, con los ojos muy redondos, como si estuviera contemplando una obra de arte.

— ¿Y qué ha pasado entonces?— le pregunto impaciente, tratando de atraer de nuevo su atención.

— El viejo ha dicho que no podía quitártelo y que tendrías que aprender a vivir con ello— contesta la gata sin mirarme—. Tú te has lanzado sobre él y has empezado a pegarle. Él ha sacado el cuchillo, habéis forcejeado unos segundos y al final los dos habéis caído al suelo: él con el cuchillo clavado en el pecho y tú con la cabeza contra el borde de ese banco. He bajado a oleros para ver si estabais bien, pero los dos apestabais a sangre, así que he pensado que ambos habíais muerto y he seguido mi paseo.

Por un momento me siento esperanzado. No soy un asesino. No sé qué es lo que quería de ese hombre, ni por qué me he peleado con él, pero está claro que fue un accidente. Yo no llevaba el cuchillo ni intenté clavárselo… Lástima que mi único testigo sea una gata.

La situación me resulta tan ridícula que, sin poder evitarlo, me pongo a reír. Intento detenerme, porque la cabeza me estalla con cada carcajada, pero no puedo parar y cada vez me río más fuerte. Ya está. Ahora lo tengo claro: o estoy soñando o estoy loco. Ninguna de ambas opciones me llevará directo a la cárcel, así que no tengo de qué preocuparme.

Cuando consigo detener la risa, vuelvo a mirar a mi alrededor, seguro de que todo se habrá desvanecido. Pero la escena continúa igual: el anciano chino muerto a mi lado, la gata sentada sobre la rama mirándome fijamente. Ella también se ha dado cuenta de que estoy loco y eso hace que se me escapen unas risillas ahogadas más.

Haciendo un gran esfuerzo consigo ponerme de pie apoyándome en el banco. El cielo es del color gris turbio que anuncia la inminencia del amanecer. Sea un sueño o no, no quiero permanecer más tiempo en este parque. Me voy a casa a tomarme media docena de ibuprofenos y a meterme en la cama para olvidarlo todo. Seguro que por la mañana lo veré más claro. Antes de marcharme, me giro una última vez hacia el árbol. La gata se ha puesto de pie, apoyada

contra el tronco y se afila las uñas mientras continúa con la mirada clavada en las ramas altas, de las que siguen saliendo unos trinos que saludan al nuevo día. No me gustaría ser ese pájaro.

— Ha sido un placer— le digo como despedida. Ya ni siquiera me siento ridículo. La situación es tan disparatada que eso ha quedado atrás.

— Lo mismo digo— se despide ella sin ni siquiera mirarme—. Espero que nos veamos otro día.

Yo espero que no, pero no se lo digo. Me dirijo a la salida del parque sin prisas, tratando de parecer normal. No sé muy bien cómo aparentar una normalidad absoluta, una inocencia total… ¿Debería ir más despacio o más rápido? ¿Debería mirar al suelo o contemplar el paisaje? ¿Quedaría muy raro que silbase o tararease alguna canción?

Una vez fuera del parque, me paro delante de un escaparate y contemplo mi reflejo. Mi camisa está llena de manchas de sangre. Me ato el abrigo hasta arriba. Ahora está bastante mejor, aunque la brecha de mi cabeza me ha llenado un lado de la cara de sangre seca y oscura. No puedo pedir un taxi con esta pinta. En cuanto la policía pregunte mañana si alguien ha visto algo sospechoso, el taxista llamaría sin pensarlo dos veces.

Me paro unos segundos pensando qué hacer. Al contemplar el parque desde fuera me doy cuenta de dónde estoy. Reconozco la torre de Iberdrola, la rotonda y la fachada del Museo de Arte Contemporáneo… Es el parque de Doña Casilda. Mi casa está demasiado lejos para haber venido andando. Tengo que haber aparcado el coche en algún sitio cercano. Doy una vuelta al parque, sintiéndome cada vez más nervioso. A lo lejos veo a un barrendero empujando su carrito. Espero que no se fije en mí.

Cuando ya estoy empezando a desesperarme, por fin encuentro mi coche. Me parece que brilla entre los demás, como si me diera la bienvenida. Meto la mano en el bolsillo de mi abrigo buscando las llaves y tropiezo con algo más. Lo saco y me acerco a una farola para verlo mejor. Es una cajita de cartón roja y blanca. En la parte de arriba está escrita la palabra Milbemax y, al lado de ese nombre, hay un gato dibujado. No tengo ni idea de lo que es. Abro la caja y dentro encuentro varias pastillas diminutas de color rosa.

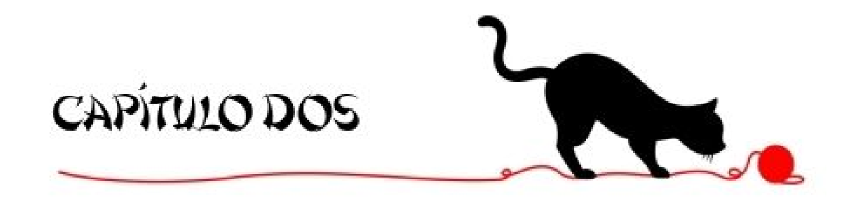
No tengo tiempo ni ganas para adivinanzas, así que vuelvo a guardarme la caja en el bolsillo, saco las llaves del coche y lo abro. En cuanto estoy dentro, reclinado en el asiento y a salvo de miradas indiscretas, me siento tan aliviado que tengo ganas de llorar. Respiro profundamente, tratando de calmar mis nervios. Ya casi lo

he conseguido, no puedo dejarme llevar por la histeria. Tengo que ceñirme al plan original: vuelta a casa, ibuprofeno y cama. Con un poco de suerte me despertaré por la mañana y me daré cuenta de que nada de esto es real.

Por fortuna no hay tráfico a estas horas en Bilbao y llego a mi casa en menos de diez minutos. Aparco el coche en el garaje y subo en el ascensor sin cruzarme con ningún vecino. Cuando por fin cierro la puerta a mis espaldas, tengo que apoyarme contra ella para no caerme. El descenso de adrenalina ha convertido mis piernas en dos algodones de azúcar incapaces de sostenerme.

Me siento agotado, al límite de mis fuerzas. Mientras me dirijo al cuarto de baño, me quito el abrigo y la camisa manchada de una sangre que ni siquiera sé si es mía. El reflejo en el espejo del baño casi me mata del susto. Tengo la cara tan cubierta de sangre reseca que parezco un bárbaro tras una batalla o la máscara demoniaca de un chamán de alguna tribu caníbal. El pelo está pegoteado y sucio, lleno de sangre coagulada. Me levanto un poco el flequillo para ver el corte. Es bastante más grande de lo que esperaba y continúa sangrando. Lo curo lo mejor que puedo con agua oxigenada y betadine y, después de lanzar un par de juramentos por lo mucho que escuece, me pongo una gasa que se tiñe de rojo en unos segundos. Lo dejo por imposible. No creo que yo sólo pueda cerrar la herida y no puedo ir a un médico tal y como estoy. Espero no desangrarme mientras duermo.

Saco un par de ibuprofenos y me los trago con un poco de agua del lavabo. Casi no me sostengo en pie, necesito ir a la cama ya. Me tumbo con los vaqueros y los zapatos puestos, pensando en descansar sólo unos segundos para recuperar fuerzas, y me quedo dormido de inmediato.



CAPÍTULO DOS

Back in black está sonando a todo volumen en mi móvil. Me gusta esa canción como despertador porque empieza con unos simples chasquidos y va elevando el volumen, de modo que, normalmente, suelo despertarme antes de que el infierno se desate. Sin embargo, hoy no he escuchado nada y la canción ya va por el final del estribillo, así que deduzco que debía estar profundamente dormido. Entonces, ¿por qué continúo estando tan cansado?

Los recuerdos regresan al mismo tiempo que mi dolor de cabeza. Es cierto, me di un golpe que sangró muchísimo y me costó horrores regresar a casa sin desmayarme por el camino. Además, tengo un vacio en la memoria que, más que una laguna, parece uno de los Grandes Lagos. El resto de cosas que recuerdo son ridículas: un chino muerto, una daga ritual, una gata que hablaba y me contaba que yo lo había matado…

Me levanto despacio y me dirijo al baño. Mi reflejo es aún peor de lo que recordaba. La gasa de mi frente está empapada de sangre y el lado izquierdo de mi cara está tan hinchado que casi no puedo abrir el ojo. Saco otros dos ibuprofenos y me los llevo a la cocina, para tomármelos con un café cargado que me despeje un poco la mente. Pero, antes de que pueda alcanzar la cafetera, escucho de nuevo el sonido de mi móvil. Ahora es una llamada, así que entro en el dormitorio, cojo el teléfono y contemplo la pantalla. Es mi madre. No me apetece hablar ahora con nadie, pero, aún así, descuelgo.

— Hola, mamá. ¿Qué quieres?

— ¿Estás bien, hijo? Tu padre acaba de llamarme muy enfadado diciendo que no has ido a trabajar.

Claro que no he ido. Si ni siquiera estoy seguro de que hoy sea día laborable. Tengo que encontrar una buena excusa, lo bastante suave para que mi madre no se presente en mi casa para cuidarme y lo bastante fuerte para que mi padre no me tenga lo que quede del mes metiendo horas.

— Lo siento, mamá. Ayer me caí de una escalera al cambiar una bombilla y me di un golpe en la cabeza. Hoy me he levantado un poco mareado y he decidido que será mejor que vaya al médico.

— ¡Ay, Dios mío!— por su voz noto que se ha puesto histérica. Lo sabía—. ¿Necesitas que vaya a cuidarte? ¿Crees que puede ser algo grave? Mira que de los golpes en la cabeza mal curados pueden salir tumores.

No sé de dónde ha sacado mi madre sus conocimientos en medicina, pero me paso los siguientes diez minutos escuchando todas las horribles consecuencias que podría sufrir si no me examinan bien. Cuando me deja un hueco, asiento a sus palabras y trato de tranquilizarla, mientras noto como el sonido agudo de su voz alimenta mi dolor de cabeza hasta volverlo insoportable.

— Mamá, siento tener que dejarte, pero tengo hora con el médico en veinte minutos y no voy a llegar a tiempo. Pídele perdón a papá y dile que recuperaré las horas.

— No te preocupes por eso, no tienes que recuperar nada. Ya me encargo yo de hablar con él.

Después de prometerle de nuevo que tendré mucho cuidado y que acudiré al médico en cuanto note cualquier pequeña molestia, por fin consigo colgar el teléfono. Al menos sé que mi madre hablará con mi padre para que me deje en paz, así que no tendré que ir a trabajar. Es un alivio porque no se me ocurre cómo podría llevar los casos que me corresponderían hoy si ni siquiera tengo claro en qué día vivo.

Me pongo el café y me trago las pastillas. Con el café caliente en las manos, me siento en el sofá y enciendo la tele para buscar las noticias locales. Por suerte aún están en los titulares. Me trago el telediario entero sin resultado. No dicen absolutamente nada de lo de la noche anterior. La aparición de un cadáver con claros signos de haber sido asesinado en un céntrico parque debería ser una noticia importante. Eso me confirma lo que ya pensaba: que todo fue un sueño o una alucinación causada por el golpe en la cabeza.

Por si acaso, enciendo mi portátil y, después de pedir cita con el médico para dentro de dos horas, accedo a las webs de los principales periódicos. Tampoco hay nada. No sé si serán los ibuprofenos o la descarga de tensión, pero me siento mucho mejor. Vuelvo al baño y me tiro veinte minutos debajo del agua caliente, que se lleva toda la sangre y los malos recuerdos.

Cuando salgo del baño, recojo el abrigo y la camisa que dejé tirados anoche. Ambas prendas están llenas de sangre y no creo que las manchas vayan a salir de la camisa blanca, así que la tiró

directamente a la basura. Vacío los bolsillos del abrigo antes de meterlo en la lavadora y vuelvo a encontrar la cajita roja y blanca de la noche anterior. Con ella en la mano regreso al sofá, frente a mi portátil, y busco el nombre en Google: Milbemax.

La respuesta que obtengo no despeja mis dudas:

Milbemax es un antiparasitario interno de amplio espectro para gatos a partir de seis semanas de edad. Indicado para el tratamiento y prevención de infecciones mixtas por cestodos y nematodos inmaduros y adultos. El tratamiento mensual con Milbemax previene de la filariosis.

¿Qué demonios significa esto? ¿Para qué llevo más de veinte pastillas antiparasitarias para gatos en el bolsillo de mi abrigo si yo no tengo gato? Si ni siquiera me gustan…

Contemplo la cajita en mi mano, tratando de encontrar alguna respuesta lógica, pero lo único que me viene a la cabeza es la conversación de la noche anterior con la gata del árbol. ¿Y si fue verdad? Destierro la idea de inmediato. Los gatos no hablan, yo no he matado a nadie y, según todas las noticias, no ha aparecido ningún chino asesinado en Bilbao.

Meto el abrigo en la lavadora, regreso al dormitorio y me visto para mi cita con el médico. Toda esta confusión en la que llevo inmerso desde anoche tiene que ser consecuencia del golpe en la cabeza. El médico podrá explicármelo todo y hacer que pare.

Me atiende una doctora, a la que le cuento la misma mentira sobre la caída desde la escalera que a mi madre. Contempla mi herida y mis hematomas poniendo mala cara y, después de raparme un trozo de flequillo, me da cuatro puntos. Después se sienta tras su mesa y empieza a escribir una receta. Me fijo en su letra. Es redondeada y femenina. Empiezo a desconfiar de sus capacidades. Todo el mundo sabe que la letra de los médicos debe ser ininteligible.

— Voy a recetarle ibuprofeno. Descanse mucho, póngase hielo para reducir la inflamación y no realice ninguna actividad brusca o de riesgo— me dice con voz mecánica mientras rellena la receta—. En caso de que el dolor de cabeza aumente, vomite repetidamente, tenga convulsiones o visión borrosa o si empieza a sangrar por la nariz o los oídos, acuda a urgencias de inmediato. Lo ideal es que no se quede solo y que, cada varias horas, una persona le llame para comprobar que despierta sin problemas.

Me pregunto si está de broma. Si me pueden pasar esa cantidad de cosas horribles, ¿no debería internarme de inmediato en un hospital? Prefiero ignorar sus advertencias y pensar que

simplemente está excediéndose con las precauciones.

— ¿Cree que recuperaré la memoria?

— Eso no puedo asegurárselo. Todavía no sabemos mucho del cerebro— me tiende la receta con una sonrisa—. Puede que recupere sus recuerdos perdidos en unos días o puede que no lo haga nunca. De todos modos, no se preocupe. Es normal no recordar los momentos previos o posteriores a un traumatismo de este tipo.

— ¿Y qué pasa con las alucinaciones?

— ¿Alucinaciones?— la doctora se muestra repentinamente interesada—. Los golpes en la cabeza no provocan alucinaciones. Quizá sea algún recuerdo confuso. ¿Podría contármelo?

Me pregunto hasta dónde puedo contarle sin comprometerme. Si todo fuese real, podría estar confesando un asesinato. Aparto de mi mente esa ridícula idea. No puede ser real, las noticias no han hablado de ningún cadáver encontrado en el parque de Doña Casilda y los gatos no hablan.

— No sé… Era todo muy confuso. Había un hombre muerto a mi lado y una gata me hablaba y me decía que lo había matado yo— siento que el calor me invade las mejillas—. Ridículo, ¿verdad?

— Es extraño. ¿Ha consumido drogas en los últimos días?

— Como ya le he dicho, no recuerdo nada de lo que he hecho en los últimos días. Por lo que sé, podría haberme metido la producción anual de cocaína de Colombia— ella se encoge de hombros, como si aquello lo explicara todo, lo que me exaspera—. Pero normalmente no consumo drogas.

— ¿Normalmente?— pregunta ella, levantando una ceja y clavándome una mirada de sabionda.

— No creo que se trate de eso— protesto, sintiéndome molesto.

— Bien, por si acaso no consuma ninguna droga en las próximas semanas. Y regrese de inmediato si las alucinaciones se repiten. Buenos días.

Me levanto enfadado y salgo de la consulta. Todo esto no ha sido más que una pérdida de tiempo. Entro en el ascensor y me miro en el espejo que adorna la pared del fondo. Esa desgraciada se ha pasado rapándome. Me falta un trozo de pelo de unos dos centímetros de ancho en un lado de la frente. Si a eso le unimos el ojo medio cerrado y la cara hinchada, tenemos como resultado un aspecto penoso. No sé si doy miedo o risa. No es que normalmente sea un bellezón, pero tengo mi público. Ahora mismo no creo que una tía se me acercara ni pagándole.

De camino a la farmacia entro en una tienda de ropa y me

compro una gorra. Me roza justo en el sitio de la herida y no va para nada con mi estilo, pero al menos evitaré que los niños me señalen por la calle.

Vuelvo a casa dispuesto a seguir las indicaciones de la doctora. Lleno una cubitera con hielo, meto unos cuantos dentro de un pañuelo y me tiro en el sofá con el hielo sobre el ojo, dispuesto a pasarme las siguientes horas descansando y tragándome lo que sea que den en la tele. Al cabo de un rato, comienzo a quedarme adormilado.

El timbrazo del portero automático me saca de la modorra. No espero a nadie y rezo a todos los dioses para que no sea mi madre. No tengo ganas de tenerla merodeando por la casa, trayéndome zumos y caldos, ahuecándome todo el rato los cojines y preguntándome una y otra vez si me siento mejor. El videoportero me muestra a un hombre de unos cuarenta años, con el pelo gris y barba de tres días. Creo que no le conozco, pero, como no recuerdo nada de los últimos días, no puedo estar seguro. Quizá sea mi proveedor habitual de alucinógenos.

— Sí, ¿quién es?

— Su pedido de "Furry pets".

Le abro sin tener ni idea de qué está hablando. Supongo que habré pedido algo que no recuerdo los días anteriores, aunque el nombre de la tienda no me suena de nada. Cuando abro la puerta de casa, veo que el hombre lleva una carretilla de mano con cuatro cajas enormes. Le pido que las deje en la entrada, firmo el albarán y me despido con una sonrisa. Tras cerrar la puerta, comienzo a abrir las cajas, sintiéndome cada vez más confundido. Bolsas de pienso de gato, latas de comida, cuencos, ratones de peluche… Empiezo a plantearme si me habré comprado un gato y no me acuerdo, pero, si fuera así, ya tendría que haberlo visto. Por si acaso, dedico el siguiente cuarto de hora a buscar por todos los rincones de la casa. Nada. Tal y como sospechaba, no tengo ningún gato. Entonces, ¿a qué viene todo esto?

La vista de las bolsas de comida de gato me recuerda la escena de la noche anterior. Todo parece indicar que los gatos tienen algo importante que ver con mi situación. Las pastillas antiparasitarias que encontré en mi abrigo, el enorme pedido de la tienda de animales, mi conversación con la gata de la noche anterior… Tengo que parar esta línea de pensamiento. Mi conversación con la gata nunca ha sucedido. Los gatos no hablan. Sin embargo, el recuerdo no se ha desvanecido, como suele suceder con los sueños. Cada detalle está impreso en mi memoria con toda claridad.

Me levanto a por otro par de ibuprofenos. No puedo tomar como cierta la conversación con la gata porque entonces tendría que aceptar que todo el resto de la escena también es real: el chino muerto, el cuchillo ritual con el que se supone que yo mismo lo asesiné… La ausencia de información sobre el crimen en las noticias debería ser prueba suficiente de que nada de eso ha sucedido, pero la nitidez de mis recuerdos me hace dudar. Puede que alguien haya escondido el cadáver o que la policía haya decidido mantener el caso en secreto mientras investigan… Sé que es una locura, pero no puedo quedarme tan tranquilo e ignorar que algo que recuerdo con tanta claridad puede haber sucedido de verdad.

Me siento en el sofá y trato de ordenar mis pensamientos. Según lo que dijo la gata, el anciano paseaba por ese parque muchas noches. Eso quiere decir que acudía hasta allí desde algún lugar cercano. Aunque reconozco que sé muy poco sobre cultura oriental, dudo mucho que alguien lleve esas pintas en su casa. Eso me hace sacar las siguientes conclusiones:

1- Estoy casi seguro de que los chinos también se pondrán un pijama o un chándal para hacer la cena o ver un rato la tele.
2- Eso podría significar que la ropa que llevaba era algún tipo de uniforme, así que el chino debía trabajar en algún lugar cercano.
3- ¿Qué tipo de lugares, en los que puede llevarse un uniforme así, cierran tan tarde como para que al salir puedas ir a darte un paseo por el parque a la luz de la luna? Los restaurantes chinos.

Me siento muy orgulloso por mis capacidades detectivescas, así que, aunque una parte de mi mente sigue empeñada en gritarme que estoy haciendo el gilipollas y que, si sigo dándole alas a este asunto, acabaré loco de remate, enciendo de nuevo el portátil y busco los restaurantes chinos cercanos al parque. Calculo que nadie recorrería más de un kilómetro para dar un paseo nocturno, así que voy apuntando los restaurantes que quedan dentro de ese radio. Son tres: el restaurante chino Dragón, el Wok San Mamés (un nombre muy poco oriental, por cierto) y el restaurante San Bao. Anoto las direcciones, me enfundo una chaqueta y la gorra y bajo al garaje para coger mi coche.

El restaurante chino Dragón es un pequeño local con una puerta roja rematada con un típico tejado oriental. No le encuentro nada de especial y tampoco me parece buena idea entrar a preguntar si se les ha perdido un camarero, así que continuó mi camino hasta el Wok San Mamés. Es un edificio horrible con fachada metálica

adornado por un letrero rojo con letras amarillas que anuncia que por sólo un euro y medio puedes beberte todos los refrescos que quieras. No me parece el tipo de local en el que tendrían a un camarero vestido con un traje de seda, así que ni siquiera entro.

La parte de mi mente que se encarga de hacerme la puñeta continúa insistiendo en que soy un estúpido que está dejándose llevar por una alucinación sin sentido. Con cada paso que doy parece animarse más y más. Trato de hacer un pacto con ella: si el último local tampoco me dice nada, volveré a casa y olvidaré todo esto para siempre, pero a cambio debe estar callada. Parece que eso la calma un poco.

El paseo me ha dado hambre, así que decido que, encuentre algo sospechoso en el San Bao o no, entraré y pediré unos triángulos de carne al curry y un pollo con almendras para llevar. Así, aunque no saque nada en claro de todo esto, al menos me libraré de hacer la cena.

Al girar la esquina distingo de inmediato el local. La fachada es de mármol negro y los cristales están tintados. El nombre aparece impreso en letras plateadas en un coqueto toldo. Parece mucho más elegante que los dos sitios anteriores. Cuando me acerco, veo un cartel pegado en la puerta de entrada.

Parece que no voy a poder comer en el San Bao, pero tampoco es problema. Las tres palabras allí escritas acaban de conseguir que mi estómago se vuelva del tamaño de un cacahuete. El cartel dice “Cerrado por defunción”.



Una llamada al móvil me saca del sueño. Con los ojos aún cerrados descuelgo sin mirar siquiera quién llama. La voz de la secretaria de mi padre indicándome que va a proceder a pasarme con él me hace espabilar de inmediato y sentarme en la cama más tieso que un palo.

— Hola, Álex— la voz fría y autoritaria de mi padre me llega por el teléfono, haciéndome sentir avergonzado por estar en calzoncillos y no llevar corbata—. Tu madre me ha contado lo que te ha pasado. ¿Cuándo crees que podrás volver?

Así es mi padre. Nada de preguntar si me hice mucho daño o si me encuentro bien. Lo único que le interesa es cuándo podrá tenerme de nuevo a sus órdenes. No me siento decepcionado. Hace ya mucho tiempo que acepté que tengo como padre a una versión dura de Terminator.

— Hola, papá. No podría decírtelo con seguri…

— Esto no es una llamada personal. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames papá en el trabajo?

Me pongo una mano en la sien y la masajeo con cuidado. Ésta no es la mejor manera de empezar el día. Sólo llevo quince segundos hablando con él y ya se me está levantando un horrible dolor de cabeza.

— Sí, señor Varela— contesto, intentando que mi tono sarcástico no se note demasiado—, Como le decía, no sé con seguridad cuánto tiempo tardaré en reincorporarme. Tengo cita en una semana con mi doctora para que me diga qué tal voy.

— Correcto— responde mi padre con voz seca—. Entonces le asignaré tus nuevos casos a Gutiérrez. Comprende que no podemos esperar.

— Lo entiendo.

— Recupérate pronto. Un saludo.

Sin darme tiempo a añadir nada, mi padre cuelga. No sé si será

por el dolor de cabeza, pero me siento furioso. ¿Qué me importa a mí a quién va a darle mis nuevos casos? Por mí, puede asignarle todos mis casos, los nuevos y los viejos. Por lo que a mí respecta, toda la planta de oficinas podría hundirse en el mismo infierno sin que derramase una sola lágrima. Si ni siquiera he querido nunca ser abogado… Ahora mismo mi trabajo y mis casos me importan una mierda. Tengo cosas más importantes en las que pensar.

Me levanto de la cama y miro el reloj. Es casi mediodía. A pesar de que he dormido más de diez horas, estoy destrozado y sigo teniendo sueño. No sé si será por el golpe en la cabeza o porque mi mente está tan desquiciada últimamente que ha decidido hibernar.

Me visto y me dirijo a la cocina para desayunar. Atravieso el salón esquivando sacos de comida para gatos. Tengo que pensar qué hacer con todo esto, pero de momento no me encuentro con fuerzas. ¿Cómo voy a saber qué hacer con ello si ni siquiera sé para qué demonios lo he pedido?

El móvil vuelve a sonar. Lo descuelgo creyendo que será de nuevo mi padre. Seguro que considera que no me ha amargado bastante la mañana.

— Dígame, señor Varela.

— ¿Álex? ¿Eres tú? Soy Javi.

— Javi, perdona. Pensaba que eras mi padre.

— ¿Tratas a tu padre de usted?— me pregunta riendo.

— No te imaginas lo mucho que le gusta que le laman el culo… Dime, tío… ¿Qué querías?

— Te llamaba para preguntarte si te apetece ir esta tarde a echar un partidillo de tenis al polideportivo.

— Ya lo siento, Javi, pero estoy hecho polvo. Me caí el otro día y estoy de baja.

Paso los siguientes cinco minutos contándole a Javi mi estúpido accidente desde la escalera. A fuerza de contarlo e inventarme detalles, voy a acabar por creérmelo yo mismo. Después de todo, resulta mucho más creíble que lo que pasó de verdad.

— Joder, tío… Pues ya lo siento. Espero que te recuperes pronto. En cuanto estés bien, quedamos con el grupo y nos corremos una juerga como la del sábado pasado. ¡Pedazo de borrachera!

— Pues no sé si será por el golpe, pero no recuerdo nada del sábado pasado— le confieso.

— Tampoco te acordarías sin el golpe. ¡Vaya pedo te pillaste!— dice, riéndose aún más.

Me doy cuenta de que no le estoy escuchando. Hay un sonido,

algo tan ligero y sutil que casi creo que lo estoy imaginando, que llama mi atención. Son unos golpecitos rítmicos muy tenues, como si un peluche golpease contra un cristal, seguidos de unos pequeños arañazos. Trato de ignorarlo y continuar con la conversación, pero es imposible. Estoy seguro de que el sonido, sea lo que sea, viene de la ventana de mi salón.

— Lo siento, pero te tengo que dejar— le digo a mi amigo, cortante—. Te llamaré en cuanto me encuentre mejor.

Cuelgo el teléfono sin darle tiempo a decir nada más y, antes de salir de la cocina, agarro un cuchillo enorme y me dirijo a la ventana del salón. Sé que seguramente estoy haciendo el ridículo, pero mi vida en los últimos días es demasiado rara como para dejar nada al azar.

Cuando veo la ventana, me quedo totalmente paralizado, sin saber qué hacer. Hay un gato enorme de color amarillo llamando al cristal. Sé que va a sonar increíble, pero, cuando el gato se da cuenta de que estoy mirándolo, juraría que me sonríe, como si se alegrara de verme.

Le abro y, sin dudarlo un instante, el gato entra en mi salón y se sube al respaldo de mi sofá de un solo salto. Decido dejar la ventana abierta. El gato es grande de verdad y no me gustaría que se sintiera acorralado. Me mira con atención, atravesándome con sus ojos, uno de color dorado y otro verde, como si estuviera esperando a que yo haga o diga algo.

— Hola, Álex— me dice al cabo de unos segundos—. ¿Qué hay de lo mío?

Esto lo prueba: me he vuelto totalmente loco. Si los golpes en la cabeza no provocan alucinaciones, debo padecer paranoia o esquizofrenia o qué se yo. Soy abogado, no psiquiatra.

No sé si me extraña más que el gato hable, que se sepa mi nombre o que se suponga que tenemos algún asunto en común. Como tardo en contestar, el gato aprovecha para hincar sus uñas en mi sofá de cuero y subir el culo para estirarse la columna.

— Disculpa, ¿nos conocemos?— consigo pronunciar al fin.

— Vamos, Álex, no bromees— el gato me guiña un ojo—. Sé que es difícil para algunos humanos distinguir a un gato de otro, pero pensaba que tú eras diferente. Soy Coco, tu colega.

— ¿Mi colega?

— Sí, estuvimos hablando un rato largo hace unas cuantas noches. ¿No te acuerdas?

— No, lo siento— mi mente racional me grita que no me disculpe con un gato, pero decido no hacerle caso—. Me di un golpe

en la cabeza y tengo los recuerdos bastante borrosos.

— Los golpes en la cabeza son malísimos. Nano se dio uno contra un coche hace unos meses y desde entonces ya no es el mismo. Está mucho más gruñón y solitario.

— ¿A Nano también le conozco?

— No, pero si tienes lo que te pedimos, se pasará por aquí con el resto de la colonia.

— ¿Y se puede saber qué es lo que me pedisteis?

— Las pastillitas rosas para las tripas. Pues sí que estás mal, el golpe debió de ser fuerte.

Voy hacia la cocina y saco de un cajón la caja de las pastillas rosas. Se la enseño y él se acerca y olisquea la caja.

— Sí, creo que son éstas. No sabes lo que te lo agradezco, tío. Estamos todos fatal de las tripas y Faruska dice que esto nos curará, que a ella se las daban sus dueños antes de abandonarla y que van de maravilla.

— ¿Y os vais a fiar de lo que le daba una gente que luego la dejó en la calle?

— ¿Qué remedio nos queda? Nuestro presupuesto para veterinarios es muy limitado. Me arriesgaré a probarlas yo primero. Para eso soy el líder. Vamos, dame una.

Abro la caja, saco una pastilla del blíster y se la pongo delante. Él vuelve a olfatearla, se sienta sobre las patas traseras y se me queda mirando, con esa mirada de los gatos que sugiere que no tienen prisa ninguna y que podrían pasarse la vida entera atravesándote con los ojos.

— ¿Qué pasa?— le preguntó, incómodo—. ¿No es la correcta?

— Creo que sí, pero no pretenderás que me la tome así. Tienes que mezclármela con comida o con alguna chuchería para que no me dé cuenta de que me la estoy tomando.

— Pero si has venido tú a por ella. ¿Por qué tengo que engañarte para que te la tomes?

— Es la tradición. Un gato que se precie nunca tomaría una medicina por propia voluntad— vuelve a guiñarme un ojo—. Venga, no seas rancio. Si tienes la casa llena de comida…

Resoplo desesperado y recojo del suelo una bolsa de pienso para abrirla. Oigo como Coco carraspea. Me giro y veo que niega con la cabeza. Cojo una lata de comida húmeda y asiente.

— Eso está mejor— me dice—. Procura que no sea de salmón. Me da gases.

— Es de pollo. ¿Le parece bien al señor?

— Perfecto. Muchas gracias.

Busco un cuenco en mi armario, echo la comida y se la pongo delante. Para ser tan exigente, come como si llevara una semana sin probar bocado. Cuando termina, se sienta y se relame durante unos segundos.

— Bueno, pues me marcho ya— me dice, dirigiéndose de nuevo a la ventana—. Si me sienta bien, le diré al resto de la colonia que pase a por sus pastillas. Nos vemos.

Coco salta al alfeizar y, en cuestión de segundos, desaparece de mi vista. Me desplomo en el sofá, tan aturdido que no puedo pensar. Siento que mi cerebro quiere desconectarse y dejar de buscarle la lógica a todo esto. La verdad es que me parece una muy buena idea, así que me paso la siguiente media hora con la mirada clavada en la pared, tratando de imitar la actividad cerebral de una acelga.

Al final decido que no quiero seguir despierto. Ya sé que acabo de levantarme de la cama y que huir de la situación no arreglará nada, pero no me siento con fuerzas para afrontar lo que me está pasando. Es muy probable que me esté volviendo loco y no me apetece regodearme en la sensación. Así que me dirijo al cuarto de baño, saco dos dormidinas del botiquín, me las tomo y me vuelvo a la cama. Espero que todo sea más fácil cuando me despierte.

Me levanto muchas horas después, atontado por las pastillas y muerto de hambre. Me froto los ojos para tratar de despejarme y, al pasar por el salón, dirijo una preocupada mirada a la ventana. Casi espero ver una procesión de gatos esperando su turno para que vaya medicándolos, pero no hay nada. Sólo un cielo gris y la lluvia golpeando sin descanso contra el cristal. Por un momento, vuelvo a plantearme que todo lo sucedido en los últimos días ha sido un sueño, que llevo una vida normal en la que los gatos son bichos que sólo maúllan y que pasan de mí como yo paso de ellos. Pero el cuenco que Coco ha usado hace unas horas está en el suelo, como una prueba irrefutable de que no he imaginado toda esta locura.

Negando con la cabeza, me dirijo a la cocina y abro la nevera. La verdad es que no hay mucho para elegir. Un par de huevos, algo de embutido, un paquete de salchichas que llevará abierto bastante tiempo, media cebolla… Nada con lo que saciar el hambre voraz que siento en estos momentos. Voy a tener que elegir entre salir de casa o comer comida de gato. Vuelvo a la habitación, me pongo unos vaqueros, una camiseta de manga larga, una chaqueta y la gorra y salgo de casa.

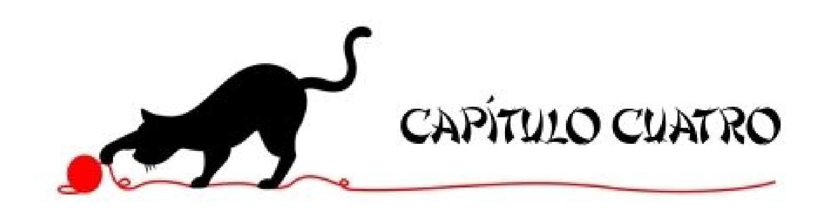
Con lo que está lloviendo, será mejor que vaya a buscar comida

en coche. Además, es muy tarde, así que la mayoría de los supermercados ya estarán cerrados. Lo mejor será que vaya a comprar algo a un restaurante. Sé que estoy tratando de engañarme a mí mismo, intentando convencerme de que todas estas decisiones son lógicas y que no tienen nada que ver con mi recuerdo del chino muerto, pero estoy conduciendo hacia el San Bao, con la esperanza de que hoy esté abierto.

Paso por delante del restaurante y veo que han quitado el cartel de "Cerrado por defunción" y que hay luz dentro. No encuentro ningún sitio para aparcar, así que voy conduciendo por las calles paralelas, buscando un hueco. La parte racional de mi mente no deja de gritarme que debería olvidarme de todo esto, que lo mejor será que vuelva a casa y pida una pizza por teléfono, que no voy a conseguir nada bueno de seguir dándole vueltas a este asunto… La ignoro, como llevo haciendo la mayor parte de mi vida.

Por fin encuentro un sitio en el que aparcar. Cuando salgo del coche, la lluvia arrecia, como si ella también tratase de hacerme cambiar de opinión para que vuelva a casa. El viento sopla con fuerza, amenazando con hacer que mi gorra salga volando. Es tan frío que parece atravesar mis ropas y acariciarme la piel con cuchillas heladas.

Llego a la puerta del restaurante empapado y tiritando. Mi mente sigue insistiendo, diciéndome que todavía estoy a tiempo de girarme y olvidar todo este asunto. No le hago caso y abro la puerta. A pesar del calor que hace en el restaurante, me quedo congelado en el umbral, como si mi sangre se hubiera solidificado. Los camareros llevan un traje de tela brillante. Todo coincide: la chaqueta roja con las mangas negras y el cuello azulado, los pantalones negros. El chino muerto junto al que me desperté no salió de mis sueños, ni de una alucinación. Salió de aquí y eso quiere decir que es real y que es posible que yo lo matara.



Un camarero se acerca a mí y me pregunta cuántos somos para cenar. ¿Pero no está viendo que estoy solo? Aunque mi plan original era pedir algo para llevar, creo que, si no me siento, voy a caerme al suelo redondo, así que le contesto que sólo soy uno y me dejo guiar hasta una mesa al fondo del comedor.

Paso los siguientes minutos mirando a mi alrededor con los ojos muy abiertos, incapaz de creer lo que me está pasando. Cada poco tiempo uno de los camareros sale de la cocina llevando platos para otras mesas. No puedo dejar de mirar sus uniformes, como si, por mirarlos fijamente, fuesen a hacerme el favor de cambiar de color.

Y entonces la veo y las pocas neuronas que me quedaban operativas se vuelven locas y empiezan a explotar como fuegos artificiales mientras tararean "I will always love you". Lo juro, el tiempo parece detenerse y todo avanza a cámara lenta. Veo su pelo negro, largo, brillante y liso meciéndose suavemente por una brisa que no debería estar soplando en un sitio cerrado. Nuestros ojos se cruzan por un momento y debo tener tal cara de alelado que ella tiene que ponerse la mano delante de la boca para disimular la risa.

Me obligo a cerrar la boca, sintiéndome como un completo gilipollas. No entiendo qué me está pasando. He estado con un montón de tías en mi vida, algunas de ellas guapísimas. Incluso juraría que he estado enamorado un par de veces. Sin embargo, ni siquiera en plena edad del pavo me he quedado así de atontado por ninguna chica.

Un leve carraspeo a mi lado me hace apartar la mirada de mi diosa de porcelana. Un camarero me observa, con el bolígrafo pegado a la libreta, esperando mi pedido. Le miro durante unos segundos, meto la mano en el bolsillo de mis vaqueros y saco un billete de diez euros.

— Quiero que me atienda ella— le digo, tendiéndole el billete.

El hombre duda unos segundos. No sé si no me entiende o si está

pensando qué debe hacer. Al fin se decide, se mete el billete en el bolsillo y cruza el comedor hasta donde está ella. Los dos hablan en susurros durante unos segundos y oigo que ella se ríe. Sé que suena cursi, pero el sonido de su risa me recuerda a un riachuelo, a campanillas, al tintineo del cristal… Debo estar mirándola de nuevo con cara de tonto, porque vuelve a llevarse la mano a la cara para ocultar su sonrisa mientras se acerca.

— Buenas noches— ella se coloca frente a la mesa con una pose muy profesional, como si no acabara de estar descojonándose de mí segundos antes—. ¿Qué desea el señor?

Me sorprendo por su total falta de acento. Debe haber nacido en España o llevar muchos años aquí. Aparto mi mirada de ella y la centro en la carta. Eso me servirá para recuperar la compostura y comportarme como una persona normal.

Cuando estoy a punto de decidirme por un kubak tres delicias y un pollo con champiñones, escucho tintinear las campanillas de la entrada. Levanto la mirada y pienso tres cosas:

1- Este restaurante debe ser muy bueno si vienen a él chinos a comer, todos ellos vestidos muy elegantes con traje negro y corbata.
2- Si ya es casi de noche y está lloviendo a cántaros, ¿por qué los chinos que acaban de entrar llevan gafas de sol?
3- No tengo mucha idea de armas, pero creo que esas cosas negras que llevan en las manos se llaman subfusiles.

Mi cerebro todavía está procesando todas esas bobadas cuando la primera ráfaga de disparos recorre el techo del restaurante, creando un sendero de agujeritos negros y convirtiendo en jirones rojizos las lámparas de papel. El sonido de los disparos se entremezcla con los gritos de pánico de la gente. Yo sigo alucinando, sin saber cómo reaccionar. Por suerte mi cuerpo parece mucho más listo que yo y decide tomar la iniciativa. Despego mi culo del asiento, alargo un brazo para agarrar a la muchacha y juntos nos refugiamos debajo de la mesa.

Los disparos siguen sonando, mezclados con gritos de histeria y de dolor. Han debido de herir a alguien, quizá incluso haya muertos. No sé qué querrán estos tíos, pero no han venido a bromear. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Oigo gritos en chino que vienen desde la cocina. Un hombre gordo, vestido de blanco y con un gorro altísimo sale por la puerta, gritando enfurecido. No puedo creerme lo que estoy viendo, pero en las manos lleva un fusil enorme. Comienza a disparar hacia la puerta mientras grita como un loco. Decido que esa distracción

puede ser la mejor oportunidad que la fortuna está dispuesta a ofrecernos, tiro de la chica y la obligo a seguirme. Dejamos el refugio que nos ofrecía la mesa y, durante unos segundos que me parecen eternos, corremos hacia la puerta que el cocinero ha dejado abierta. No me he sentido más expuesto y más cagado de miedo en toda mi vida.

El cocinero sigue gritando y disparando a todo lo que se mueve. Parece que hubiese entrado en berserker. Los chinos de la puerta se han puesto a cubierto detrás de mesas o columnas y disparan. Parecen más tranquilos, más profesionales. En el inmaculado delantal del cocinero empiezan a florecer enormes amapolas rojas, mientras él baila espasmódicamente al ritmo de los disparos. Aún así, continua gritando y disparando, pero su última ráfaga se eleva, alcanzando el techo mientras cae, rociándonos con una suave lluvia de yeso mientras pasamos por su lado.

La puerta de la cocina me sigue pareciendo demasiado lejana. Me siento como en esos sueños en los que no consigues avanzar por mucho que corras. Escucho el sonido de la cristalería de la mesa de al lado romperse en millones de pequeños pedazos. Una ráfaga de disparos alcanza el diorama que adorna el fondo del restaurante, un idílico paisaje de suaves colinas y puentes sobre ríos serpenteantes que atraviesan fértiles campos de arroz. En primer plano, un par de osos panda de porcelana comen bambú con un gesto apacible en sus caras. Los disparos lo destruyen todo a nuestro paso. La cabeza de uno de los osos panda sale volando y aterriza a mis pies. Sus negros ojitos de cristal me miran, como si me preguntaran qué es lo que está pasando.

No quiero que la próxima cabeza que vuele sea la mía, así que me lanzo hacia la puerta de la cocina arrastrando a la muchacha conmigo. Una vez al otro lado, me levanto a toda velocidad para encontrarme la boca de un fusil apuntándome directamente al entrecejo.

La chica se levanta y grita algo en chino. Al otro lado del fusil hay un chico muy joven, también vestido de blanco, que tiembla como una hoja. Se gritan los dos durante unos segundos y, después, ella me toma de la mano para que echemos a correr.

— Sígueme— me dice—. Hay una salida trasera.

El pinche nos cubre la retirada, corriendo de espaldas para apuntar hacia la puerta de la cocina que acabamos de cruzar. La joven me guía a través de los fogones y armarios hasta una pequeña puerta situada en la pared del fondo. Oigo la puerta de la cocina abrirse con tanta fuerza que golpea contra la pared. Hay una nueva

ráfaga de disparos y un grito de dolor. Miro un segundo hacia atrás. El chico ya no nos sigue.

La muchacha abre la salida trasera, me empuja fuera y cierra la puerta con llave. Cruzamos corriendo un callejón sin salida en el que se amontonan cajas vacías. Hay un par de contenedores de basura que huelen como si no se hubieran limpiado desde el día en que se inventaron los contenedores. Y hay gatos, muchísimos gatos. Mientras corremos hacia la salida de la calle, tengo una ligera sensación de déjà vu, como si ya hubiera estado aquí antes. Los golpes y disparos contra la puerta cerrada me sugieren que será mejor que reflexione sobre esto más tarde.

Salimos a la calle principal y seguimos corriendo dados de la mano. A lo lejos empiezo a escuchar el sonido de las sirenas de la policía. Suenan igual que un coro de ángeles.

Mi alegría se ve truncada por el tableteo de otra ráfaga de disparos. Una farola estalla a pocos centímetros de nosotros y la calle se llena de gritos y carreras enloquecidas. No puedo creérmelo. Nos están disparando en pleno centro de Bilbao. Estos tíos no van a detenerse por nada.

Giramos en la primera esquina y veo un autobús parado, cerrando ya las puertas para salir. Tiro de mi compañera con más fuerza para hacer un último sprint y conseguimos llegar a la puerta del autobús antes de que arranque. El conductor abre, sorprendido por la urgencia de mis golpes en el cristal, y ambos entramos.

— Tampoco hacía falta que se pusiera así— me riñe el conductor.

Siento a la chica en la primera fila y le pido que se agache para que no la vean desde fuera. Yo me coloco de cara al conductor para pagarle. Es muy posible que en este mismo momento los hombres que nos persiguen estén buscándonos por la acera. Rezo con todas mis fuerzas para que no nos hayan visto subir.

El autobús arranca. Pago los dos billetes y me siento al lado de la chica. Durante los dos siguientes minutos, no puedo hacer otra cosa que recuperar la respiración y agradecer a Dios el estar vivo.

Nos dejamos llevar durante unos minutos en completo silencio. Yo la miro de vez en cuando, pero ella está contemplando el lluvioso paisaje por la ventanilla, con la mirada perdida. Supongo que estará en shock, así que la dejo tranquila.

Cuando el autobús llega a la última parada, nos bajamos. Ella ha vuelto a cogerme de la mano, como si fuera una niña pequeña que teme perderse. La lluvia sigue cayendo con fuerza mientras los dos nos quedamos parados en medio de la acera, sin saber muy bien

qué decir o qué hacer. Siento su mano temblando, así que me quito la chaqueta y se la pongo sobre los hombros. Ella levanta la cabeza y me sonríe agradecida. Dios, que ojos tiene. Son tan negros y brillantes, tan inocentes y asustados como los del osito de porcelana muerto.

— Gracias— me susurra.

— ¿Qué quieres hacer ahora? ¿Pido un taxi para volver al restaurante?

— No, al restaurante no, por favor— su voz se tiñe de terror mientras se abalanza sobre mí, refugiándose entre mis brazos—. Esos hombres pueden seguir allí.

— Cuando nos íbamos, escuché sirenas de policía— la abrazo, intentando tranquilizarla—. Ya se habrán ido.

— No, pueden estar escondidos, esperando.

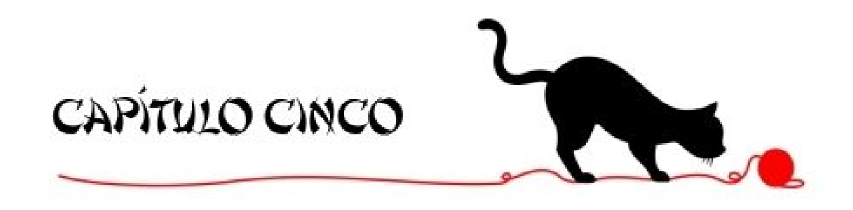
Estoy casi seguro de que la chica no tiene nada que temer, pero no me veo con fuerzas para obligarla a ir allí. Todo esto tiene que ser una pesadilla para ella. Ya habrá tiempo de hablar con la policía por la mañana.

— Está bien. Iremos a por mi coche y te llevaré a tu casa. ¿Te parece bien?

Ella levanta la cabeza, que mantenía oculta contra mi pecho, y vuelve a clavarme esos brillantes y asustados ojos. Siento que podría dejarme atrapar en esos agujeros negros, que me gustaría perderme en esa mirada por siempre. ¿Qué me está pasando?

— ¿Podría pasar esta noche en tu casa?

Trago saliva un par de veces antes de contestar, pero ni aún así consigo articular palabra. Espero que nunca sea consciente de la agitación que sus palabras acaban de desatar en el interior de mis pantalones. Trato de tranquilizarme. Por Dios, ella acaba de pasar por una experiencia traumática. Las posibilidades de que las fantasías sexuales que bombardean mi mente en este momento puedan cumplirse son nulas. La dejo un segundo sola para tratar de parar un taxi. Espero que la lluvia y el frío me ayuden a controlar mis hormonas.



Cuando consigo parar un taxi, dudo sobre qué dirección darle. Podría pedirle que me llevara hasta la calle en la que he dejado mi coche, pero está demasiado cerca del restaurante y, para qué negarlo, yo también estoy lo bastante asustado como para preferir no pasar por allí en este momento. Así que le doy directamente la dirección de mi casa.

Cuando entramos, enciendo la luz del salón. Ella se quita mi chaqueta y la deja sobre el respaldo de un sillón, mientras mira sorprendida las cajas de comida de gato que siguen esparcidas por el suelo.

— ¿Tienes gatos?— me pregunta con una sonrisa.

— No, no tengo…— busco en mi cabeza alguna mentira creíble —. He comprado todo esto para donarlo a una asociación de animales.

Ella me sonríe con tanta dulzura que, durante un segundo, deseo que mi mentira sea cierta. Qué demonios, no tengo ni idea de por qué he comprado toda esta comida de gato. A lo mejor es verdad.

— ¡Qué bonito! A mí me encantan los gatos.

Como no tengo ni idea sobre gatos (sólo sé que a mí me hablan y comentárselo no me parece una buena manera de comenzar una conversación), decido cambiar de tema. Vuelvo a cogerla de la mano, sorprendiéndome de que este gesto tan íntimo nos resulte tan natural, y la llevo hasta el dormitorio.

— Ésta es mi habitación— le suelto la mano y empiezo a recoger un poco, tratando de no sonrojarme—. La cama no está hecha y está todo un poco revuelto. He tenido un día un poco complicado.

Hago una bola con la ropa que hay tirada por el suelo, abro una de las puertas del armario y lo meto todo dentro. Ella vuelve a reírse al ver mi nerviosismo, mientras yo intento arreglar a toda prisa la ropa de cama.

— Tú puedes dormir aquí esta noche. Yo usaré el sofá— le

señalo la puerta del baño—. Estás empapada. Puedes darte una ducha si quieres y luego puedes buscar algo que ponerte en el armario. Mientras tanto, yo prepararé algo de cenar. ¿Tienes hambre?

— No, ya cené en el restaurante— me contesta—. Pero me encantaría un té.

— Eso está hecho— le sonrió de nuevo antes de salir disparado hacia la cocina. No quiero quedarme otra vez mirándola como un tonto.

Empiezo a abrir las puertas de los armarios de la cocina, preguntándome si alguna vez he tenido té en casa. Por suerte, hay todo un surtido de infusiones diversas que mi madre ha debido traer en alguna de sus visitas. Estoy leyendo las instrucciones de cómo preparar uno cuando la chica asoma la cabeza por la puerta del dormitorio.

— ¿Necesitas algo?

— Sí, tu nombre— ella suelta una risita divertida—. No me parece correcto desnudarme en el dormitorio de un hombre sin saber siquiera cómo se llama.

— Esto… sí, claro— sus palabras han vuelto a ponerme nervioso —. Me llamo Álex. ¿Y tú?

— Yo soy Zhilan. Encantada.

Vuelve a desaparecer dentro del dormitorio y, al cabo de unos segundos, escucho correr el agua de la ducha. Eso quiere decir que ya se ha desnudado. Trato de concentrarme en preparar el té y hacerme un sándwich para ignorar el bulto que se oprime contra la cremallera de mis pantalones hasta hacerme daño.

Sale unos minutos después, llevando puesta una de mis camisas blancas. Le queda infinitamente mejor que a mí. Se ha recogido el pelo en una larga trenza que le cae por encima de un hombro. Se sienta frente a mí, mientras trata de apartarse el flequillo húmedo de los ojos.

— ¿No quieres secarte el pelo? Tengo un secador.

— No, gracias. Quedará liso— me sonríe mientras pone las manos alrededor de la taza de té que le he preparado—. Ventajas de ser oriental.

— ¿Te encuentras mejor?

— Sí, muchas gracias. Estás siendo muy amable. No tendrías por qué haberte tomado tantas molestias.

— No es ninguna molestia— contesto demasiado rápido—. Es un placer tenerte aquí.

Ella levanta la taza hasta sus labios para ocultar una sonrisa

divertida tras ella. La muy puñetera sabe cuánto me gusta y está disfrutando con ello. Tengo que controlarme y disimular. Debo parecer más frío y misterioso, más controlador. Debería haberme leído el libro ese de las cincuenta sombras para saber cómo actuar.

— Mañana si quieres puedo acompañarte a comisaria— le ofrezco para cambiar de tema.

— Prefiero olvidar todo eso por el momento— su mirada se vuelve triste—. No sé qué voy a hacer.

— Tienes que ir a la policía. Les vimos la cara, debemos testificar.

— Álex, esos hombres eran profesionales— me toma la mano y la aprieta entre las suyas—. Si saben que les vimos, estamos muertos.

— ¿Pero quiénes eran?— siento un escalofrío surcando mi espina dorsal y en esta ocasión no es ella la que lo provoca, sino el recuerdo de aquellos tíos y sus subfusiles.

— No tengo ni idea, pero estoy segura de que matarán a cualquiera que pueda describirlos.

— Pues por mí pueden estar tranquilos— le digo, sonriendo—. Todos los chinos me parecen iguales.

Al instante siguiente me siento el tío más torpe del universo. ¿Cómo he podido decirle eso? Sin embargo, en lugar de enfadarse, ella está a punto de atragantarse con el té y suelta una carcajada.

— ¿Yo también te parezco igual a todas las demás?— me pregunta cuando consigue controlar la risa.

— No, a ti podría distinguirte entre un millón— contestó.

Ella sonríe complacida, mientras juguetea con la punta de su trenza y me mira con esos ojos negros de pestañas infinitas. ¡Qué capulla! Está jugando conmigo.

— Bueno, será mejor que me vaya a dormir— dice, levantándose de un salto tras acabarse su té—. Ha sido un día horrible.

— Buenas noches.

Ella se dirige hacia la habitación. Ahora que está de espaldas puedo contemplar sus largas piernas y la forma en la que su culo se marca a través de mi camisa. Ella se gira antes de entrar en la habitación y me mira. No puedo evitar sonrojarme. Seguro que sabe exactamente lo que estaba pensando un segundo antes.

— Que tengas felices sueños— me dice antes de desaparecer.

Seguro que pretende que sueñe con ella, pero creo que no voy a tener tanta suerte. Sospecho que mi mente preferirá deleitarme con pesadillas en las que aparezcan chinos apuñalados, matones con subfusiles, ráfagas de disparos o cabezas de osos panda…

Me tumbo en el sofá y me tapo con un par de mantas. Enciendo la tele y pongo el Canal 24 horas con el volumen muy bajo. Eso siempre me ayuda a dormir. Mientras en la pantalla un hombre calvo me cuenta los últimos escándalos de corrupción, noto que me duele todo, como si acabara de correr un maratón. Ahora que la adrenalina ha abandonado mi cuerpo, me doy cuenta de lo hecho polvo que estoy y me dejo llevar por el sueño.

Estoy seguro de que no han pasado ni cinco minutos desde que me he dormido cuando vuelvo a despertarme, con todo el cuerpo en tensión. ¿Qué es lo que me ha sacado del sueño? ¿Estará bien Zhilan? ¿Nos han encontrado los hombres del restaurante? Vuelvo a escuchar el ruido que me ha despertado. Un leve golpecito y el desagradable roce de unas uñas en el cristal. Me giro hacia la ventana del salón, sabiendo lo que voy a encontrarme, pero sin querer creer que esto me esté pasando a mí.

Coco está sentado en el alfeizar, esperando. Abro la ventana y le dejo entrar, suspirando exasperado. Tras él entran unos doce gatos más, todos empapados. Van tumbándose sobre la alfombra o subiéndose al sofá, poniéndolo todo perdido. Les traería unas toallas, pero están todas en el armario de la habitación y no quiero despertar a Zhilan y que se encuentre esto.

— ¿Qué hacéis aquí?— les pregunto.

— Bueno, han pasado varias horas desde que tomé la pastilla y la verdad es que me encuentro muy bien— explica Coco—. Así que he traído a toda la colonia para que se tomen la suya.

— ¿No podíais haber esperado hasta mañana?

— Algunos llevan varios días con vómitos y diarrea— me dice Coco, con gesto serio y grave—. Mañana podría ser ya muy tarde.

— Está bien. Os daré vuestras malditas medicinas— abro el cajón de la cocina donde las dejé y empiezo a sacar las pastillas—. ¿También tengo que engañarles mezclándolas con comida o están tan graves que se las tomarán sin más?

— ¿Tú qué crees?— contesta Coco, guiñándome un ojo.

— Creo que tenéis la cara muy dura.

Saco cuencos para todos, abro unas latas y voy colocando la comida con su correspondiente pastilla para cada uno de los gatos en el suelo. Coco se coloca al final de la fila.

— Tú ya has tomado la pastilla esta mañana— protesto.

— Lo sé, pero estoy sin cenar— da un salto hasta la encimera y se acerca a mi oído, como si quisiera susurrarme algo—. Supongo que no sabes nada sobre jerarquía felina, pero no está bien visto que los demás gatos coman si el líder no lo hace. Estás cuestionando mi

autoridad.
Abro una última lata y coloco el cuenco en la encimera para que pueda comer. Todos se lanzan sobre la comida como si estuvieran desesperados. Espero pacientemente hasta que han acabado.

— ¿Ya está?— les digo, señalando la ventana para invitarles a marcharse—. ¿Puedo volver a dormir?

Todos se quedan mirando a Coco, como si esperasen a que dijese algo. Una gata enorme de color gris se acerca a él. Parece muy vieja y tiene algunas calvas en el pelaje.

— Venga, Coco. Pregúntaselo. No tenemos nada que perder.

Coco me mira. Sus ojos se han vuelto totalmente redondos y tiene unas pupilas enormes. Se sienta frente a mí con las patas juntas y la cola ondeando a su espalda. Si no le conociera, diría que está tratando de parecer adorable.

— ¿Podríamos quedarnos aquí a pasar la noche? Está lloviendo mucho y hace frío…— me pregunta con voz zalamera.

— No, es imposible. Hay una chica en la otra habitación y no quiero que os vea y empiece a hacer preguntas.

— ¿Y por qué no estás en la habitación con ella?— pregunta la gata grande, curiosa.

— Porque acabo de conocerla esta noche.

— O sea que dejas que una desconocida duerma en tu cama y a nosotros pretendes echarnos a la calle— dice Coco, enfadado.

— Tampoco es que a vosotros os conozca mucho— digo, intentando defenderme.

— A mí más que a ella.

— Está bien, podéis quedaros, pero tendréis que marcharos en cuanto amanezca— abro un cajón y empiezo a sacar trapos de cocina—. Y quiero que os sequéis bien antes de poneros sobre la alfombra o subiros al sofá.

— No sabemos secarnos— dice un gato negro con pechera blanca. Si no estuviera perdido de agua y barro, casi parecería que lleva smoking, como una versión gatuna de James Bond.

Me armo de paciencia y me paso la siguiente media hora secando gatos. Cuando termino, vuelvo al sofá y me tapo con la manta. No creo que vaya a poder quedarme dormido con todos esos bichos dando vueltas por mi salón, pero la verdad es que no molestan en absoluto. Han ido tumbándose, solos o en parejas, se han enroscado sobre sí mismos y han caído dormidos casi al instante. Ahueco los cojines, subo las mantas hasta mi cuello y me dispongo a imitarles, pero entonces siento que algo bota sobre mis pies. Me siento en el sofá, dispuesto a echar al intruso, y me

encuentro con una pequeña gatita blanca de enormes ojos azules. Ella me mira, como pidiendo permiso, y, al cabo de unos segundos, se tumba sobre mis pies y se enrolla sobre sí misma. La verdad es que es muy mona y da calor, así que decido que tampoco pasa nada si la dejo quedarse.



El aroma del café recién hecho me saca del sueño. Es tan intenso que parece despejarte con sólo olerlo. Zhilan está de espaldas a mí, cocinando algo que también huele muy bien. Por desgracia, ya no lleva mi camisa, sino que ha vuelto a ponerse el uniforme del restaurante.

— Buenos días— la saludo—. ¡Qué madrugadora!

— Hola, buenos días— ella se da la vuelta y me dirige una sonrisa que ilumina toda la cocina—. Y tú qué dormilón. Llevo aquí media hora revolviendo en tus cacharros y no te has enterado.

— Sí, estaba agotado después de lo de ayer— me froto los ojos y me acerco a la cocina dispuesto a probar ese café para despertarme del todo—. ¿Qué tal has dormido?

— He pasado un poco de frío. Como no llevaba pijama…

Una parte de mi anatomía ya se encuentra totalmente despejada y lista para afrontar el día. Me siento en uno de los taburetes de la cocina, dejando la encimera entre Zhilan y mi entrepierna para que no se dé cuenta. ¿Qué me pasa con esta chica? No tenía tantas erecciones desde los quince años…

— Tú no debías tener nada de frío porque habías dejado la ventana abierta por completo— comenta Zhilan, mientras sirve dos tazas de café y coloca un plato de tortitas recién hechas entre nosotros—. Espero que no te importe que la haya cerrado.

Eso me recuerda la visita de los gatos de anoche… Eso y la pila de cuencos que abarrota el fregadero y que me olvidé de lavar. Zhilan ha debido de recogerlos, pero supongo que piensa que no tenemos la suficiente confianza como para preguntarme por ellos. Sinceramente, se lo agradezco. No se me ocurre qué podría contarle.

Por el rabillo del ojo veo la televisión, aun encendida en el canal de noticias. Reconozco las calles de Bilbao en la pantalla, así que corro hacia el sofá y subo el volumen.

—… tiroteo ocurrido ayer noche en Bilbao. El ataque comenzó en un conocido restaurante chino del centro y se saldó con seis muertos y varios heridos. Seguidamente los atacantes salieron del restaurante y continuaron disparando, aunque afortunadamente no hay que lamentar más víctimas mortales. Ante la rápida llegada de las fuerzas de seguridad, los agresores huyeron en un coche…”

Las imágenes muestran la entrada del restaurante, asediada por coches de policía y ambulancias que convierten la noche en un festival de luces azules y amarillas. Se ve salir una camilla con una enorme bolsa negra encima. Apuesto lo que sea a que es el cadáver del cocinero. Miro a Zhilan, que se ha sentado a mi lado y contempla la pantalla mientras gruesas lágrimas caen por sus mejillas. No sé qué decirle, así que vuelvo a mirar a la televisión. Una reportera enviada al lugar del suceso informa de las últimas noticias:

— La policía aún está investigando lo ocurrido, pero creen que puede estar relacionado con el ataque que se produjo hace dos noches en un almacén de exportaciones de la vecina localidad de Basauri, en el que hubo ocho muertos. Aunque todas las hipótesis continúan abiertas, temen que pueda tratarse de una guerra entre familias de la mafia china enfrentadas entre sí.

Al escuchar esas palabras, miro a Zhilan, sintiéndome aún más perdido y confundido. Apago la televisión y le doy unos segundos para que me mire.

— ¿Qué es todo esto, Zhilan? ¿Mafia china? ¿Enfrentamientos entre familias? ¿Sabes algo de todo esto?

— No, no sé de qué están hablando. Yo sólo trabajo en el restaurante— ella solloza mientras niega con la cabeza—. No entiendo qué está pasando. Sólo quiero que se acabe.

La abrazo y dejo que apoye la cabeza en mi pecho. Ese gesto de protección parece conseguir justo el efecto contrario, porque los sollozos arrecian y hacen que todo su cuerpo tiemble. Yo la acuno entre mis brazos y le susurro que todo se arreglará, que yo estaré a su lado y la protegeré. Sé que sólo digo tonterías, porque no sé qué podría hacer yo contra la mafia china y sus matones con fusiles de asalto… Sin embargo, parece que mis palabras van surtiendo efecto, porque poco a poco la fuerza de su llanto va amainando.

Unos minutos después se separa de mí e intenta secarse la cara. Coge un trapo de cocina de encima de la mesita y se seca los ojos. Giro la cabeza hacia otro lado para que no vea cómo me muerdo el labio. Es uno de los trapos que usé anoche para quitarles el barro a los gatos. Espero que no pille una conjuntivitis, ni la sarna, y que no

se le caiga la piel a cachos…

— ¿Ya estás más tranquila?— espero hasta que ella asiente—. Bien, ¿qué quieres hacer ahora? ¿Quieres ir a la policía o prefieres que te lleve al restaurante o a tu casa?

Ella se levanta del sofá y da unos paseos nerviosos por el salón mientras piensa. Espero su respuesta sin presionarla. La pobre chica tiene que estar pasándolo fatal. Algunos de los muertos eran gente conocida, compañeros con los que pasaba muchas horas al día. Es normal que esté asustada y confusa.

— Me gustaría llamar a mi hermano para que me recoja— dice por fin—. Creo que con él estaré a salvo.

Sonrío y asiento, mostrándome conforme, aunque sus palabras me han escocido un poco. ¿Qué pasa? ¿Es que conmigo no se siente segura? Desecho esos pensamientos y trato de ampliar aún más mi sonrisa.

— Me parece perfecto. Llámale entonces.

— Es que no tengo teléfono. Todas mis cosas se quedaron en el restaurante: mi ropa, mi bolso, mi dinero, mi documentación y mi móvil… Ahora mismo soy una indigente. Menos mal que me has ayudado.

Me dirige una sonrisa de agradecimiento tan sincera que me desarma. Sus ojos aún húmedos y esa sonrisa me recuerdan al brillo del sol sobre un campo mojado de rocío. Por Dios, tengo que dejar de pensar estas cosas… ¿Será que el golpe en la cabeza me ha convertido en un aficionado a las novelas rosas?

Recojo mi chaqueta del sillón donde ella la dejó anoche, saco el móvil del bolsillo y se lo tiendo. Ella lo coge, marca un número y se separa unos pasos de mí para hablar. Yo finjo estar interesado en las imágenes de la televisión para que no crea que estoy espiándola, pero, en cuanto comienza a hablar, me doy cuenta de que no podría espiarla aunque quisiera.

Habla en chino y a gritos. ¿Por qué los chinos siempre se gritan cuando se hablan? ¿Es que están enfadados entre ellos? La conversación sólo dura un par de minutos. Zhilan regresa a mi lado, me devuelve el móvil y se sienta en el sofá con la cabeza baja.

— ¿Está todo bien?— le pregunto.

— Sí, es sólo que mi hermano no está en el país. Ha ido a Hong Kong por unos asuntos de negocios— me responde—. Me ha contestado un amigo de la familia. Va a avisar a mi padre para que me recoja.

— ¿Hay algún problema porque te recoja tu padre?

— No, es sólo que es muy estricto y tradicional y no creo que le

haga gracia enterarse de que he pasado la noche en casa de un hombre desconocido.

— No te preocupes. Le convenceré de que he tratado a su princesa como un perfecto caballero. ¿Va a venir ahora a recogerte?

— No, hemos quedado a las ocho de la tarde en la entrada del museo Guggenheim, donde está el perro grande con flores.

— Puppy, sí— le dirijo una enorme sonrisa—. Eso es estupendo.

— ¿Por qué?— me pregunta, confundida—. ¿Tenías ganas de ir a ver al perro?

— No, claro que no— contesto riendo—. Es estupendo porque tenemos todo el día por delante para hacer cosas los dos juntos. ¿Te apetece?

Sus ojos se iluminan. Creo que le vendrá bien hacer cualquier cosa que distraiga su mente de lo que sucedió ayer y de la bronca que seguramente le echará su padre. Me levanto del sofá para dirigirme al cuarto de baño.

— Entonces voy a afeitarme y a ducharme. Estaré listo en un momento.

Ella se queda seria de repente, abre la boca para decirme algo y la vuelve a cerrar. Sé que algo le pasa y que le da vergüenza decírmelo. No podría explicar cómo lo sé. Siempre he sido un desastre en comprender los sentimientos de las mujeres, cualquiera de mis exnovias podría confirmarlo. Sin embargo, puedo ver a través de Zhilan como si estuviera hecha de agua. Quizá sea otro efecto secundario del golpe en la cabeza o quizá es que ella es diferente. A lo mejor es solamente que me importa de verdad lo que ella siente.

— A ver… ¿qué pasa ahora?

— No puedo ir a ningún sitio con estas pintas— contesta, avergonzada.

— Vuelve a ponerte mi camisa. Te quedaba de muerte— ella se sonroja, pero suelta una risita coqueta—. Es broma. Iremos a comprar algo de ropa, no te preocupes.

— Pero ya te he dicho que no tengo dinero.

— No pasa nada. Invito yo.

— No puedo aceptar tu generosidad sin hacer nada a cambio.

— No sé qué podrías hacer— mi pene ha conseguido línea directa con mi cerebro y me está dictando una lista completa de opciones—. Si recoges un poco y friegas los cacharros, me doy por pagado.

— ¿Incluidos los cuencos con comida para gato?— pregunta, burlona. O ya considera que tenemos la suficiente confianza para

preguntarme o no puede soportar más la curiosidad.

— Que no preguntes sobre eso es parte del pago— contesto de forma apresurada, porque sigue sin ocurrírseme ninguna mentira creíble—. Hay que mantener el misterio. Y llama a un taxi para dentro de media hora, por favor.

Me meto en la habitación seguido por el sonido de su risa. Me afeito y me ducho lo más rápido que puedo, pero tardo una eternidad en decidir qué ponerme y en tratar de taparme la cicatriz de la cabeza con el flequillo. Al final me pongo mis mejores vaqueros y una camisa azul clara. Tengo mucho mejor aspecto que en todos los días anteriores. Parece que estar con Zhilan me sienta bien.

Cuando salgo de la habitación, ella me está esperando. Bajamos a la calle y el taxi llega sólo un par de minutos después. Le pido que nos lleve a la Gran Vía y le indico a Zhilan que le pida que se detenga cuando vea una tienda en la que quiera comprar.

Nos paramos frente a un Zara y le indico que entre y se pruebe lo que quiera y que cuando acabe me avise para que entre a pagar. Mientras espero, me acerco a un kiosco y compro el periódico. En primera página se ve la entrada del San Bao, rodeada de curiosos, policías, enfermeros… Busco las páginas interiores que hablan de la noticia y lo primero que me encuentro son las fotos de las víctimas. Ahí está la cara enorme y redonda del cocinero y la mirada del pobre pinche, tan asustada que cualquiera diría que ya sabía que iba a morir tiroteado el día que le sacaron la foto. Creo que la tercera foto corresponde al camarero al que soborné para que Zhilan me atendiera, pero no estoy muy seguro. En aquellos momentos sólo tenía ojos para ella. Las otras tres fotografías corresponden a clientes del bar: dos hombres y una mujer que no me suenan de nada. Siento un escalofrío recorriendo mi espina dorsal. Mi foto podría estar adornando esta página del periódico. Creo que hasta este momento no he sido consciente de lo cerca que estuve de morir anoche y eso hace que las manos me tiemblen sin control, moviendo tanto el periódico que me resulta difícil leer.

No hay mucha información nueva en el artículo: los nombres de las víctimas, el relato de la persecución del coche de los asaltantes por las calles de Bilbao, unas declaraciones de un alto mando de la Ertzantza diciendo que la situación está bajo control y que probablemente los culpables serán detenidos en las próximas horas y otra referencia a los asesinatos del almacén de Basauri. Busco información sobre ese ataque en el periódico. Parece ser que un grupo de hombres asiáticos, armados con subfusiles, entraron en el

almacén disparando a todo lo que se movía. El gerente y siete de los trabajadores resultaron muertos. No encuentro nada más. El ataque de ayer casi ha relegado esta noticia al olvido. Trato de apuntar en mi agenda mental que debo buscar información en Internet cuando vuelva a casa.

La voz de Zhilan desde la puerta de la tienda me devuelve a la realidad. Dejo el periódico en el banco, entro y me dirijo al mostrador. Zhilan ha colocado la ropa que ha elegido en un montón, coronado por un diminuto tanga rosa con encaje negro y un sujetador a juego. Ordeno a mi pene que no le siga el rollo y saco mi tarjeta de crédito con total naturalidad.

— ¿Podrías quitarle las etiquetas a todo?— le pregunta Zhilan a la dependienta—. Voy a ponérmelo ahora mismo.

La dependienta del Zara, haciendo gala de su simpatía habitual, la mira como si acabara de ordenarle que le arrancara la cabeza a su propia madre a mordiscos, pero Zhilan la ignora, fingiendo que está muy interesada en la bisutería que tienen expuesta en el mostrador, así que a la chica no le queda más remedio que hacerlo. Cuando termina de quitar las etiquetas, Zhilan recoge toda la ropa y vuelve al probador, dejándome solo con la dependienta, que me mira como si yo tuviera la culpa de todos los males del universo.

— Doscientos setenta y ocho euros, por favor.

¡Joder con Zhilan! No se ha cortado un pelo. Creo que no me he gastado tanto dinero entre todos los regalos de todas mis ex. Saco la tarjeta de crédito y se la tiendo a la dependienta. Parece que se considera pagada por todas las ofensas con ver la cara de pardillo que se me debe haber puesto, porque se está riendo la muy cabrona.

Unos minutos después, aparece Zhilan. Lleva unos pantalones vaqueros ajustados, unas botas de cuero altas con unos tacones de vértigo, una camisa negra y un abrigo corto de color rojo. Me gustaría pensar que verla tan guapa compensa los casi trescientos pavos que me ha costado, pero no puedo engañarme. Nada compensa eso.

Aún así, sonrío y suelto un largo silbido para mostrar mi admiración. Ella me devuelve la sonrisa y gira sobre sí misma para enseñarme el modelito. Salimos de la tienda y yo me ofrezco a llevarle la bolsa en la que ha metido su uniforme de trabajo. Estoy descubriendo nuevas fronteras en esto de hacer el pagafantas. Ella me tiende la bolsa y se agarra a mi mano libre.

Paseamos así durante unos minutos, contemplando las calles de Bilbao. Esta mañana no llueve y el cielo está casi despejado. Un tímido sol hace lo que puede por calentarnos y arranca reflejos a los

charcos. Los árboles ya están casi desnudos y el suelo está cubierto de hojas marrones, rojizas y doradas. Sopla una brisa que, aunque es fría, no resulta desagradable. Creo que es mi manera de ver la vida con ella al lado. Normalmente ni siquiera me habría detenido un segundo a contemplar el paisaje.

— ¿Dónde quieres ir a comer?— le pregunto, rompiendo el silencio.

— A cualquier sitio menos a un chino— bromea ella—. ¿Qué tal una hamburguesería?

— ¿En serio? ¿No prefieres algo mejor?

— No, me apetece una hamburguesa.

Mi tarjeta de crédito se alegra de la elección. En cuanto entramos en la hamburguesería, me doy cuenta del hambre que tengo. Ni siquiera me acuerdo de mi última comida en condiciones. Pido dos hamburguesas dobles, una ración grande de patatas y otra de aros de cebolla.

— ¿Tú qué quieres?— le pregunto a Zhilan.

— ¿Eso que has pedido no era para los dos?— me pregunta, asombrada.

— No, es sólo para mí— contesto algo avergonzado—. Además, yo no pediría por ti.

— Me alegro de saber que te interesa mi opinión— me guiña un ojo—. Me gusta.

Mientras comemos, ella me cuenta cosas de su vida. Me habla sobre su abuelo, que vino a España hace unos treinta años y montó uno de los primeros restaurantes chinos de Vizcaya, sobre sus padres, que emigraron siguiendo a su abuelo cuando ella no tenía más de dos años, sobre sus estudios, sus amigas… Yo la dejo hablar, porque tenía tanta hambre que no puedo parar de comer y porque me encanta escucharla.

Después de comer paseamos por Bilbao, siguiendo la ría, deteniéndonos un par de veces en alguna terraza a tomar un café. Yo también le hablo de mi vida, de lo protectora que es mi madre y lo autoritario que es mi padre, de mis estudios, de mi trabajo y cuánto lo odio, de mis amigos… Ella me escucha con los ojos brillantes y una sonrisa en los labios y, en algunos momentos, me pregunto si este día podrá repetirse, si tendría alguna posibilidad con ella si no hubiera tiros y persecuciones de por medio.

Sin darnos cuenta, el sol ha ido ocultándose tras los edificios. Unas nubes negras han cubierto el cielo, anunciando una nueva tormenta. Miro mi reloj y veo que queda un cuarto de hora para la cita con el padre de Zhilan. Tendremos que darnos prisa. Si el

hombre tiene tan mal genio como cuenta Zhilan, no conviene hacerle enfadar por llegar tarde.

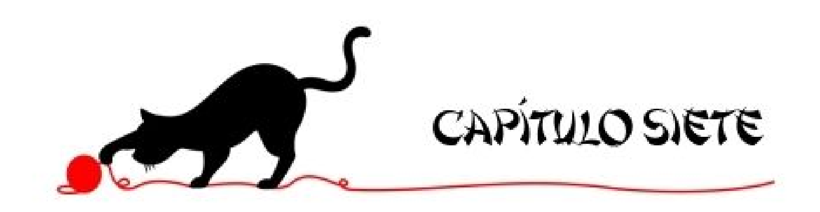
Vamos hasta el Guggenheim a paso rápido. Al girar una esquina divisamos el perro de flores de la entrada del museo. A la luz apagada de la tarde, parece triste y enfermizo. Zhilan me aprieta la mano con fuerza. Creo que está nerviosa. Su padre debe de ser un auténtico bicho. Cuando estamos más cerca, se suelta de mi mano. Distingo a un grupo de cuatro chinos frente a las puertas del museo. Uno de ellos debe de ser su padre y ha venido acompañado. Espero que la razón no sea darme una paliza.

— Voy a ir yo sola— me dice Zhilan—. Así será más fácil.

— ¿De verdad no quieres que te acompañe? No me dan miedo tu padre y sus colegas.

— No, en serio. Será mejor así— levanta los ojos del suelo y me sonríe—. Muchas gracias por todo. No lo olvidaré nunca.

Me roza la mano con dos dedos a modo de despedida. Supongo que no se atreve a darme un beso delante de su padre. Me quedo como un tonto en la esquina, mirando cómo cruza el paso de cebra y se aleja de mi vida. Entonces me doy cuenta de que ni siquiera le he pedido su número de teléfono. Ella aún está a unos cincuenta metros de la entrada, todavía me da tiempo a ir y pedírselo sin que la situación sea demasiado violenta. Cruzo la carretera y corro tras ella, pasando al lado de decenas de turistas que se hacen fotos al lado de Puppy, mientras las primeras gotas de fría lluvia empiezan a caer. Entonces escucho la primera detonación. Mi mente la interpreta como un trueno hasta que empiezo a oír los gritos de los turistas. Todo el mundo comienza a correr enloquecido, tratando de alejarse de los disparos. Miro a un lado y a otro, intentando descubrir qué pasa, y entonces los veo en las escaleras laterales que suben hasta el museo. Reconozco sus trajes negros, sus gafas de sol, incongruentes con un Bilbao gris y lluvioso, sus inconfundibles subfusiles… Son los mismos tíos del San Bao y están disparando directamente hacia la entrada del Guggenheim.



El tiempo se vuelve lento, espeso… La gente corre como en una pesadilla. Puedo ver sus gestos de terror, sus cabellos moviéndose al viento, el revolotear de sus ropas… Caen al suelo, tropezando unos con otros, sin saber muy bien si en su carrera se alejan del peligro o se acercan a sus garras. Algunos no vuelven a levantarse y la sangre empapa el suelo, donde se mezcla con las enormes gotas de lluvia que han empezado a caer.

Zhilan se ha acuclillado en el suelo y está inmóvil, sujetándose la cabeza con ambas manos. Su larguísimo pelo negro le cubre el rostro, como una cortina que le evitase ver el horror que la rodea. Corro hacia ella, guiado por su abrigo rojo, que destaca como un faro en el paisaje gris. Me agacho a su lado y tiro de uno de sus brazos. En un primer momento no reacciona. Sigue en cuclillas, negándose a salir de su ensimismamiento, como si se sintiese protegida y a salvo. Vuelvo a tirar de ella y reacciona. Levanta un poco la cabeza y me mira como si no me reconociera. Sus ojos están tan vacios de inteligencia como los de un recién nacido. Y, de repente, se llenan de lágrimas y la conciencia vuelve. Veo el terror asomando a ellos, amenazando con volver a paralizarla. Tengo que llevármela de aquí.

— Vamos, sígueme— le grito, dando un nuevo tirón a su brazo.

— Mi padre, mi padre— su voz comienza siendo un susurro, pero va creciendo en volumen a cada repetición—. ¡Mi padre! ¡MI PADRE!

La agarro por los brazos y la obligo a levantarse, sacudiéndola con fuerza para tratar de ahuyentar la histeria. Echo un vistazo por encima de su hombro hacia la entrada del Guggenheim. No sé cuál de los hombres que esperaban allí sería su padre, pero da igual. Todos están muertos.

No le permito girarse y tiro de su mano, tratando de escapar de la explanada. Siguen escuchándose tiros, que se mezclan con el

sonido de los truenos. La carretera parece muy lejana y me planteo que no vamos a conseguirlo. Queda muy poca gente en pie en la explanada. La mayoría de los turistas han huido o están muertos, tirados en el suelo como maniquís rotos nadando en una piscina de sangre. Estamos demasiado expuestos. Es cuestión de segundos que alguno de los matones nos escoja como próximo objetivo. Como si hubiesen leído mis pensamientos, una ráfaga de disparos pasa a nuestro lado, a apenas diez centímetros de nuestros cuerpos a la carrera, dibujando un camino de agujeros negros en una papelera, que retumba como una batucada.

Escucho la respiración asustada de Zhilan a mi lado, que trata de conseguir aire mientras lucha con sus sollozos ahogados. Yo también noto que me falta el aire y me duele el costado por el esfuerzo, un agudo pinchazo similar a una puñalada. El mundo a mi alrededor parece borroso, como si lo viera a través de un velo de lágrimas. Me da miedo desmayarme, pero confío en que mi cuerpo no me haga esa cabronada. Tenemos que salir vivos de aquí, tengo que poner a salvo a Zhilan.

Muy lejos, a una galaxia de distancia, se escucha el ulular triste de las primeras sirenas. No me hacen sentirme más aliviado. Sé que no van a llegar a tiempo. Tenemos que escapar por nosotros mismos. Otra ráfaga de disparos nos pasa muy cerca, derribando a una mujer pelirroja de piel muy blanca que contemplaba paralizada la escena. Un agujero negro se dibuja en su blusa verde. La mujer se lleva las manos a ambos lados de la cara y abre mucho la boca, en un gesto de sorpresa infinita, en una caricatura perfecta de El grito de Munch. Luego cae al suelo, mientras la blusa verde se vuelve roja.

La esquivamos en su caída y seguimos corriendo. Noto que Zhilan llora aún más fuerte, que se ahoga, pero no le permito detenerse. La carretera está ya a unos pasos. Cruzamos sin mirar siquiera. Un enorme Audi de color plata se nos viene encima. El chirrido de sus frenos parece el grito de un animal herido. Suelto por un momento el brazo de Zhilan y planto las palmas de las manos con un fuerte golpe sobre el capó del coche, como si pudiera detenerlo sólo con mi voluntad. El coche se para, a apenas cinco centímetros de mis piernas. Levanto la cabeza y miro al hombre que me grita desde detrás del volante. No me da tiempo siquiera a hacerle un gesto de disculpa. Los disparos empiezan a impactar contra el lateral del coche, reventando los cristales y convirtiéndolos en una lluvia brillante.

Están disparando directamente hacia nosotros, así que vuelvo a

coger la mano de Zhilan y seguimos corriendo. Las sirenas suenan algo más cercanas. Hay muchas, parecen una manada de lobos llamándose en la noche. No pienso ni por un segundo en quedarnos a esperarlos. Nuestros perseguidores están mucho más cerca que ellos. Nuestra vida depende de lo que hagamos en los próximos segundos. Estamos solos en esto.

Llegamos a la acera de enfrente y corremos tan rápido como podemos, metiéndonos entre la gente, cambiando continuamente de dirección, haciendo zigzag de una calle a otra… Ya no se escuchan disparos, ni hay pasos detrás de nosotros, pero aún así sigo corriendo y corriendo. Ya no me parece que me falte el aire, ni me duele el costado, ni noto que me pesen las piernas. Soy sólo un animal que lucha por salvar su vida y que podría correr para siempre.

Zhilan no siente lo mismo. Noto un fuerte tirón en mi brazo. Se ha detenido y está apoyada contra una pared, inclinada hacia delante. Trata de conseguir aire con bocanadas profundas y rápidas, como si el oxígeno no llegase a sus pulmones… Me acerco a ella y la agarro por la cintura, temiendo que se desmaye en cualquier momento. Ella se inclina aún más y vomita con violencia, dejándome perdidos los zapatos. Después de todo lo que ha pasado, decido no tenérselo en cuenta.

— No puedo más— me dice con voz suplicante cuando termina de vomitar.

Yo no contesto. Me limito a mirar a mi alrededor, tratando de descubrir a dónde nos ha conducido mi loca carrera. Reconozco un bar cercano y recuerdo que, hace dos noches, dejé mi coche aparcado a apenas dos calles.

— Vamos, mi coche está muy cerca— la obligo a caminar de nuevo—. Aguanta. Queda muy poco.

Ella se mueve, pero sus pasos son lentos y torpes. Parece al borde del desmayo y, por un momento, me planteo que sería mucho más rápido que la dejase allí y corriese a por el coche para volver a buscarla. Sin embargo, nada más mirarla, cambio de opinión. He estado a punto de perderla. No puedo arriesgarme a dejarla sola y que le pase algo.

Zhilan da otro traspié y está a punto de caer al suelo. La sujeto con fuerza y la cojo en brazos, asombrado de lo poco que pesa. Ella apoya la cabeza en mi pecho y se deja llevar sin protestar, casi inconsciente. Veo mi coche al final de la calle, lo abro y la deposito con cuidado en el asiento del copiloto. Tiene los ojos cerrados y no hace ningún movimiento mientras la acomodo y le pongo el

cinturón de seguridad. Me quito la chaqueta y la tapo con ella. No sé si está inconsciente, o en shock, o si estará herida, pero ya lo descubriré. Lo primero es llevarla a mi casa y ponerla a salvo.

Zhilan sigue comportándose como una muñeca sin voluntad, un autómata sin conciencia que puedo llevar de un lado a otro. La saco del coche, la subo en el ascensor, la meto en mi casa, la siento en mi sofá… Ella se deja llevar, con la cabeza tan agachada que el largo y oscuro cabello sigue cubriéndole el rostro, como a esas chicas japonesas de las películas de terror. Le sujeto la barbilla, le retiro el pelo detrás de las orejas y la miro a los ojos, tratando de descubrir si su mente está allí o sigue perdida en un mundo de pesadillas. Las lágrimas inundan sus ojos y se abraza a mí, con su cuerpo sacudido por los sollozos. La abrazo con fuerza sin decir nada. ¿Qué podría decirle? ¿Que todo está bien? ¿Que todo se arreglará? Acaban de matar a su padre delante de sus ojos. No hay nada que yo pueda decir para que se sienta mejor.

Cuando los sollozos remiten un poco, la aparto con cuidado y la dejo un momento en el sofá. Voy al botiquín del cuarto de baño y saco un par de pastillas para dormir. Después se las llevo con un vaso de agua. Cuando se las ofrezco, me mira como si no entendiera nada.

— Te ayudarán a dormir.

— No quiero dormir. Me da miedo— me dice entre hipidos.

— Yo estaré contigo. No te pasará nada.

— ¿Vendrás conmigo a la cama?

Yo asiento y, cuando se toma las pastillas, le tiendo las manos para ayudarla a levantarse y la guio hasta el dormitorio, sintiéndome mal por desear que la pregunta que acaba de hacerme hubiese llegado en una situación mejor.

Ella se quita el abrigo y las botas y lo deja todo tirado. Yo lo recojo mientras ella se tumba en la cama, con la ropa puesta. La tapo con una manta y me tumbo detrás de ella, abrazándola por la cintura. Ella echa su pelo hacia delante, dejándome ver la blancura de su cuello. La suave luz de la lámpara de la mesilla dora su piel. Parece tan suave que no puedo evitar depositar un suave beso. Ella se estremece y acerca aún más su cuerpo al mío. Yo la abrazo con más fuerza mientras echo mis caderas hacia atrás, intentando que ella no note una erección que no podría ser más inoportuna. Me doy asco a mí mismo. Esta chica ha pasado por dos tiroteos en dos días y acaba de ver morir a su padre. En ocasiones me sorprendo de lo insensible que puedo llegar a ser.

Seguimos en esa posición durante mucho tiempo. Ella ha parado de llorar y respira tranquila entre mis brazos. De vez en cuando, deposito un beso en su nuca, en su cuello, en su pelo... Ella me lo permite, suspirando como si le gustara, sin ser consciente del efecto embriagador que su presencia provoca en mí, del modo en que su aroma me enloquece, de cómo la curva de su cadera hace arder la mano que tengo colocada encima, de que cada leve movimiento de su cuerpo, cada roce, hace que mi deseo se dispare… Por suerte, noto que su respiración es cada vez más regular. Las pastillas han hecho efecto y se ha dormido. Por un segundo, me planteo que está totalmente drogada, que podría hacer lo que desease con ella, que está bajo mi control. Esos pensamientos me enloquecen y, al mismo tiempo, me dan asco. ¿Qué clase de depravado soy?

Me levanto de la cama y salgo de la habitación. Lo mejor será que beba algo, algo fuerte de verdad. Después debería darme una ducha fría e irme a dormir al sofá. Creo que será la única forma de poder seguir comportándome como un caballero, o al menos como un ser humano al que pueda mirar en el espejo al día siguiente sin morirme de vergüenza por ello.

Nada más entrar al salón escucho el ya familiar sonido de unas uñas rascando contra el cristal de mi ventana. Coco está en el alfeizar, chorreando agua. Tiene el pelo totalmente pegado al cuerpo y parece mucho más oscuro, pero le reconozco fácilmente por sus ojos desparejos y esa cara de bueno que pone cuando quiere camelarme. Esto está empezando a convertirse en una fea costumbre, pero la verdad es que hace una noche de perros. El salón se ilumina cada pocos segundos con el brillo azulado de los relámpagos y los cristales vibran bajo el empuje del viento y el golpear de las ráfagas de lluvia. Suspiro resignado, me acerco y abro la ventana unos centímetros, lo justo para que Coco pueda meter la cabeza.

— ¡Qué sorpresa!— le digo, sarcástico—. No esperaba veros por aquí otra vez.

— Bueno, verás— Coco carraspea y duda, como si le incomodara la situación—. Yo no quería molestarte de nuevo, pero ya sabes cómo son los demás. Como la otra noche nos dejaste refugiarnos de la lluvia y hoy también llueve, han pensado que podíamos pedirte que nos dejaras pasar la noche aquí…

— Esto es Bilbao, tío. Aquí siempre llueve— a pesar de mis protestas, abro la ventana de par en par y contemplo cómo van entrando—. No puedo estar ofreciéndoos cobijo cada noche.

— ¿Vuelve a estar aquí la chica?— pregunta la gata vieja con

calvas en el pelo.

— Sí, y ha pasado un día terrible. Si la despertáis, os mato.

— Tranquilo, seremos sigilosos como un gato— bromea una gata atigrada enorme antes de saltar al respaldo de mi sofá.

Me dirijo a la cocina, abro uno de los cajones y empiezo a sacar trapos. Se los enseño y ellos, obedientes, empiezan a subir a la encimera de la cocina para que vaya secándolos uno por uno. La verdad es que da pena ver cómo chorrean agua. La última en subir es la gatita blanca que durmió entre mis piernas la noche pasada. Me mira con sus enormes ojos azules y emite un maullido demasiado alto y grave para su tamaño.

— ¡Vaya con la princesa!— digo, sorprendido—. Tiene voz de camionero. ¿No he dicho que no hagáis ruido?

— Es sorda— me explica Coco—. Es algo que les pasa mucho a los gatos blancos de ojos azules.

— ¿Un problema genético?

— No sé lo que es eso— contesta Coco—. Es un problema para la colonia. No sabes lo difícil que es ocultarse con una gata tan blanca que parece brillar en la oscuridad y que, además, no se entera de lo que le dices.

— Pobrecilla. Bastante desgracia tiene ella— le hago un mimo entre las orejas porque, aunque no pueda enterarse de lo que estamos hablando, me parece muy cruel lo que Coco está diciendo de ella.

— ¿Crees que no lo sé? Mira, en cualquier otra colonia, la habrían echado a mordiscos y arañazos. Es lo que se hace con los gatos problemáticos. Sin embargo, yo estoy tratando de darle una oportunidad, aunque eso me suponga líos con algunos de los otros gatos— Coco mira hacia atrás, a un enorme gato persa de color canela que nos vigila con cara de pocos amigos desde lo alto de la nevera.

— Me da pena— sigo acariciando a la gata, que se restriega como loca contra mi mano—. Si mi vida no fuera un desastre, me la quedaría.

— Ya, claro— el tono de Coco expresa que no se cree ni una sola de mis palabras—. Si consigues poner tu vida en orden, avísame. Espero que sigamos vivos para entonces.

— Supongo que querréis cenar— los comentarios de Coco me han hecho sentir incómodo, así que intento cambiar de tema—. Voy a prepararos algo.

Sirvo un montón de cuencos con comida húmeda y dejo también un par de platos grandes con pienso, por si tienen hambre a lo largo

de la noche. Vuelven a lanzarse sobre la comida como una manada de fieras hambrientas, que, bien mirado, es lo que son.

Me siento en uno de los taburetes de la cocina y les miro comer. La gatita blanca acaba enseguida y, sin dudarlo un segundo, se sube a mi regazo, se enrosca sobre sí misma y se queda dormida.

— ¿Podría hacerte una pregunta?— le digo a Coco cuando veo que ha terminado de comer—. Sé que sonará raro, pero, ¿podrías contarme de qué nos conocemos?

— ¿Es que no te acuerdas?— Coco entrecierra los ojos, hasta convertirlos en dos rendijas brillantes, como si le hubiera ofendido.

— No, lo siento— me señalo la herida que asoma entre mi flequillo—. Ya te dije que me di un golpe en la cabeza hace unos días y hay muchas cosas que he olvidado.

Coco se acerca a mí, caminando de forma lenta y elegante sobre la barra. Estira una pata hacia atrás, como una bailarina, y después la otra. Cualquiera diría que se está haciendo de rogar. Por fin se sienta a un par de palmos de mí y me mira fijamente antes de comenzar a hablar:

— Nos vimos por primera vez hace unas noches, en un callejón.

— ¿Hace cuántas noches?

— No lo sé. Los gatos no llevamos muy bien la cuenta del tiempo— se queda callado durante unos segundos, como si le hubiera molestado mi interrupción—. Yo estaba buscando algo de comer alrededor de los contenedores de basura. Desde que los humanos no dejáis la basura en bolsas en la calle, es más complicado conseguir comida, pero, aún así, siempre hay gente a la que se le cae algo o que deja las bolsas fuera. De repente, escuché unos pasos y me escondí.

— ¿Era yo?— pregunto, impaciente.

— Sí. Olías muy raro, a cerveza y a vómitos y caminabas de lado a lado de la calle. Al llegar al callejón en el que yo estaba escondido, te apoyaste en una pared y vomitaste otra vez. Luego caminaste unos pasos más y te sentaste en el suelo.

Intento recordar algo de la escena que me está contando, pero no me viene nada. Me acuerdo de que Javi me digo algo de que había pillado una borrachera de escándalo la última vez que salimos juntos, así que supongo que lo que me está contando Coco sucedió el sábado pasado.

— Decidí que, tal y como estabas, lo mejor era marcharse del callejón. Compréndelo, no te conocía de nada y hay borrachos a los que les parece muy divertido hacernos daño…— niego con la cabeza mientras le muestro las palmas de mis manos, tratando de

expresarle que le comprendo—. La cosa es que estabas sentado al comienzo del callejón, con las piernas extendidas, así que tuve que pasar muy cerca de ti. Entonces tú levantaste la cabeza y me dijiste. “Eh, tú, gato”. Me quedé paralizado. Nunca antes había entendido a un humano. A ti te dio la risa, una risa un poco desquiciada, la verdad… Y me dijiste “Tú también me entiendes. Esto es de locos”.

— ¿Y qué pasó entonces?— le pregunto al ver que se ha quedado callado y que mira a todos lados como si se sintiera incómodo.

— Joer, tío… Te pusiste a llorar. Decías que te estabas volviendo loco, que te iban a encerrar en un sitio llamado manicomio… Pensé en largarme y dejarte tranquilo con tus problemas, pero me dio cosa verte así. Me senté a tu lado y estuve tratando de tranquilizarte, diciéndote que seguro que se debía a la cerveza y que al día siguiente se te habría pasado…

— ¿Por la cerveza?— me da la risa, no puedo evitarlo—. ¿En serio pensabas eso?

— No, pero algo tenía que decirte. La cosa es que, en aquel momento, a ti te pareció una buena explicación y empezaste a repetir una y otra vez “Mañana se habrá acabado, mañana se habrá acabado…”, como si intentarás convencerte a ti mismo.

— Madre mía, qué borrachera— digo algo avergonzado—. No vuelvo a beber en mi vida.

— Sí, eso también lo repetías mucho— Coco me guiña un ojo—. Bueno, el caso es que, cuando te tranquilizaste un poco, estuvimos hablando un rato. Te conté cosas de mi colonia y te dije que estábamos mal de las tripas y que necesitábamos las pastillas rosas. Tú te ofreciste a comprarlas para nosotros, me señalaste cuál era tu ventana y me dijiste que pasara en dos o tres días a por ellas. Luego te levantaste apoyándote en la pared y te fuiste a casa tambaleándote. Yo te acompañé para estar seguro de que no te pasaba nada y de que no te hablaba ningún otro gato y te daba un ataque de nervios…

— ¡Qué amable!

— Bueno, te habías ofrecido a comprar las pastillas para toda la colonia sin conocernos de nada— dice Coco, tratando de quitarle importancia—. Es lo menos que podía hacer.

— ¿Y eso fue todo?— pregunto, desanimado. Lo que me ha contado no arroja demasiada luz sobre por qué puedo hablar con gatos.

— Esa fue la única vez que hablamos, pero volví a verte un par de noches después— Coco agacha la cabeza y evita mi mirada—.

Cuando te vi, pensé en acercarme a preguntarte por las pastillas, pero no me pareció el mejor momento.

— ¿Y eso?

— Te seguían unos veinte gatos, todos maullando lastimeros y pidiéndote cosas. Ya sabes, que si tengo mucha hambre, que si tengo frío, que si tengo miedo, que si llévame a tu casa…— Coco baja la voz, como si no quisiera que los demás le escucharan—. Supongo que serían gatos caseros que habían sido abandonados. Pierden el instinto y el orgullo. No son gatos como nosotros.

— ¿Y yo qué les decía?

— Tú no les decías nada. Ibas casi corriendo, supongo que tratando de llegar a casa para librarte de ellos. La situación era muy incómoda, con todos los gatos detrás y la gente señalándote por la calle y riéndose. Decidí dejarte tranquilo y seguí buscando entre la basura.

— Supongo que por eso acabé comprando toda esta comida de gatos, para ayudarlos y que me dejasen en paz.

— Puede ser— Coco mira la enorme cantidad de sacos y comida de gatos todavía cerrados y se relame—. No sé por qué la compraste, pero me alegro mucho de que lo hicieras.

Coco se baja de la encimera, dando por terminada la conversación, y se acerca a una gata blanca con una mancha gris en el lomo que parece un chaleco. La lame un par de veces entre las orejas y se enrosca a su lado para dormir.

— Tranquilo— me dice desde su rincón—. Nos marcharemos en cuanto amanezca.

Yo le sonrío y asiento con la cabeza. Quito a la gata blanca de mi regazo y la dejo sobre la encimera mientras recojo todos los trapos usados y friego los cuencos de comida. No quiero que Zhilan los vea y empiece a preguntarse si estoy medio loco. Mientras arreglo la cocina, intento ordenar también mis pensamientos, pero encontrar algo de lógica dentro de mi cabeza parece una misión imposible.

Cuando termino, me tumbo en el sofá. La gata blanca se sube a mi regazo como si ya tuviera el sitio reservado de antemano y se duerme de inmediato. Me dedico a acariciarla con suavidad mientras veo las noticias del Canal 24 horas. No habla de otra cosa que de los asesinatos del Guggenheim. Doce muertos y veintisiete heridos. Una auténtica masacre que no ha sido reivindicada por ningún grupo terrorista y que parece unida a los ataques a negocios de ciudadanos chinos ocurridos en los últimos días en el almacén de Basauri, el restaurante de Zhilan y un piso que ha sido atacado esta

misma mañana y del que no sé nada.

Espero frente al televisor hasta que hablan de ese piso. Al parecer, se trataba de un garito ilegal en el que se practicaban "masajes con final feliz". Han muerto cinco chicas, el gerente y dos clientes.

En pantalla aparece un político. Creo que es el consejero de interior o algo así. Dice que todas las hipótesis apuntan a una guerra entre dos familias de la mafia china, la familia Yuan y la familia Deng, que estarían luchando por el control del norte de la península.

Me paso un par de horas frente a la pantalla, viendo como rellenan el tiempo con repeticiones, elucubraciones, imágenes macabras de los muertos de la explanada del museo… Cuando me canso de ver una y otra vez lo mismo, desconecto el televisor, me recuesto en el sofá y clavo la mirada en el techo, tratando de ordenar todo aquello. Y llego a las siguientes conclusiones:

1. Zhilan trabajaba en el San Bao, uno de los negocios atacados, así que debe conocer al menos a una de las familias implicadas en esta guerra.

2. No me pareció muy normal que, para que Zhilan se reuniese con su padre, la esperase un grupo de cuatro personas. Y cuanto más lo pienso, menos lógica le encuentro. ¿Presentían que podía pasarles algo? ¿Creían que podían atacarles? ¿Por qué?

3. No sé cómo puedo estar planteándome lo que es normal y lo que no mientras tengo el salón de mi casa lleno de gatos que hablan, pero la verdad es que ya me he acostumbrado. Abrirles la ventana por la noche, dejarles que pasen, secarlos y darles de cenar y mantener una charla con Coco o tumbarme en el sofá con la gatilla blanca en el regazo son cosas que podrían convertirse fácilmente en una costumbre. Y, además, aunque no sepa explicar por qué, algo en mi cabeza me dice que mi capacidad para comunicarme con los gatos tiene relación con todo lo que está pasando.

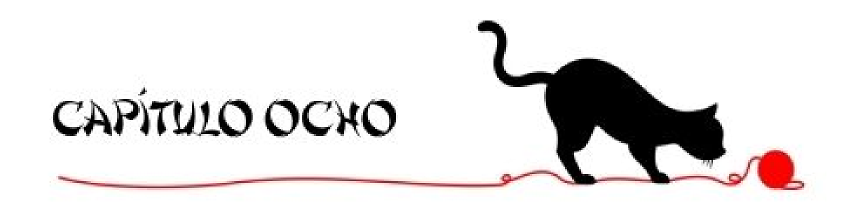
Sin darme cuenta, me he ido quedando dormido. Me despierto muchas horas después, tiritando y con el cuerpo entumecido. Los gatos cumplieron su palabra de marcharse al alba y han dejado la ventana abierta de par en par. Me levanto para cerrarla, temblando de pies a cabeza, y enciendo la calefacción a tope. Pienso en prepararme un café bien caliente, pero creo que no será suficiente

para sacarme este frío de dentro. Lo mejor es que me dé una buena ducha con agua hirviendo.

Entro en la habitación de puntillas, tratando de no despertar a Zhilan. Está dormida de espaldas a la puerta, con el largo pelo negro extendido sobre la almohada. Por su respiración parece descansar tranquila. Lo mejor será que duerma unas cuantas horas más antes de tener que volver a tomar conciencia de lo que pasó ayer.

Cojo una toalla y una muda de ropa y me meto en el baño. Regulo la temperatura del agua para que esté aún más caliente de lo normal y me meto bajo el chorro. Siento como el agua quema al tocar mi piel, como pequeñas punzadas de dolor que me recorren, pero me parece agradable, así que cierro los ojos y dejo que el agua caiga sobre mí.

Escucho como se abre la puerta del baño. Supongo que al final he despertado a Zhilan y que necesitará usarlo con urgencia. Me doy la vuelta hacia ella para pedirle que espere un par de minutos, agradecido por las líneas de cristal serigrafiado que ocultan lo más íntimo de mi anatomía. Me quedo tan sorprendido que no consigo cerrar la boca. Zhilan está frente a mí, completamente desnuda. Deja escapar una de sus risitas ante la cara de tonto que debo estar poniendo y, sin decir palabra, descorre la mampara y se mete conmigo bajo el agua.



Durante unos segundos me quedo paralizado, sin poder comprender lo que está pasando. Incluso se me pasa por la cabeza que quizá en su cultura es normal ducharse con una persona a la que acabas de conocer sin que tenga ninguna connotación sexual. Pero, cuando ella se acerca aún más, aprieta su cuerpo desnudo y mojado contra el mío y me besa, mis dudas se disipan. Me da igual si es una cuestión cultural y le meto la lengua hasta la campanilla.

Ella responde a mi beso y me acaricia la espalda, mientras el agua caliente se desliza sobre nuestros cuerpos y hace que resbalen el uno contra el otro. Yo la abrazo con fuerza, agarro su pelo y tiro hacia atrás para descubrir su cuello y comenzar a besarlo, a lamerlo, a morderlo…

Las manos de Zhilan avanzan por mis caderas y llegan hasta mi entrepierna. Se aparta de mí unos centímetros y echa la mirada hacia abajo, observando mi pene con cara de incredulidad. Parece un pececillo muerto. Tengo ganas de gritar y maldecir, pero eso no mejoraría la situación. No me lo puedo creer. Lleva dos días levantándose sin cesar en cualquier situación inoportuna y, ahora que lo necesito, me falla. Me quiero morir.

Sé que empezar a decir que no entiendo lo que pasa y que es la primera vez que me sucede sólo hará que parezca aún más patético, así que me encojo de hombros y sonrío, tratando de quitarle importancia.

— Es el sitio— me disculpo—. Me da cosa que nos resbalemos y nos partamos la crisma.

En cuanto pronuncio esas palabras, me doy cuenta de que no sueno apasionado, ni sexy, ni viril… Joder, he sonado como un viejo asustado de ochenta años. Siento que el alma se me cae a los pies y que mi pene se encoge hasta hacerse negativo. He tenido en mis manos la oportunidad de acostarme con una diosa y la he desperdiciado…

Pero ella no se ríe de mí ni se enfada. Cierra el agua de la ducha, abre la mampara, sale y me tiende la mano. La contemplo, quieta en mitad de mi cuarto de baño, con su piel desnuda y húmeda y sus ojos brillantes y todo el deseo que parecía haberse esfumado revienta en mi interior como si se hubiese derribado alguna presa. Me lanzo hacia ella y la levanto para que se ponga a horcajadas sobre mis caderas mientras la beso como un loco y trato de llevarla hasta la cama sin chocar contra todas las esquinas y muebles de mi casa. A trompicones, consigo llegar a la habitación y la lanzo sobre la cama. Cuando la veo sobre las sábanas blancas, tan bella, tan pequeña, tan perfecta, pienso que me gustaría besar cada uno de sus poros, recoger con mis labios cada una de las gotas de agua que brillan sobre su piel… Pero no estoy para tonterías, así que me lanzo sobre ella y vuelvo a besarla, a recorrer su cuello, sus hombros y sus pechos con mis labios y mis dientes.

Ella gime en voz muy baja, apenas un susurro que, sin embargo, me vuelve loco. Coloca sus manos en mi cabeza y, mientras mi lengua se desliza haciendo eses sobre su vientre, empuja con suavidad hacia abajo, indicándome lo que quiere. La obedezco como un esclavo fiel, atento a cada uno de sus deseos. Sus gemidos se aceleran y su voz se vuelve más grave mientras mi lengua se entretiene entre sus piernas. Acaba gritando palabras en chino. Espero que esté diciendo algo bueno, pero tampoco le doy tiempo a explicarse. Me coloco sobre ella y la penetro, dando gracias a dios porque mi pene haya resucitado a tiempo. Empiezo a moverme dentro de ella, pero enseguida noto que algo no va bien. Mejor dicho, noto que va DEMASIADO BIEN. Si no paro, la fiesta terminará en menos de un minuto. Mi reputación de amante no podría estar más en entredicho. Primero parezco impotente y ahora eyaculador precoz. La cosa no podría ir peor.

Zhilan debe haberse dado cuenta de mi cara de agobio o de que me estoy mordiendo el labio inferior hasta hacerme daño para tratar de aguantar algo más. Sonríe de nuevo. Tiene la sonrisa de una mujer que lo sabe todo enmarcada en una cara de niña. Me vuelve loco. Creo que podría correrme sólo con que me sonriera.

Me hace girar hasta quedar tendido sobre la espalda y se coloca a horcajadas. Empieza a moverse muy despacio sobre mí, con los ojos cerrados y las manos apoyadas en mi pecho. Se inclina hacia mi boca y me besa entre gemidos, cada uno respirando el aire del otro, moviéndonos en una coreografía perfecta inventada al principio de los tiempos. Yo sujeto sus caderas, clavo mis dedos en su carne, tratando de que acelere el ritmo, pero ella se mueve de

forma cadenciosa, ignorando mi urgencia. Se yergue y continua moviéndose de una forma cruelmente lenta, mientras pone una mano en mi pecho como si me sujetara, como si quisiera demostrarme que es mi ama, mi reina, mi diosa… Yo me someto a su poder y me limito a admirar su cuerpo, su vientre tenso, el movimiento de sus pechos, el brillo del sudor sobre su piel… Cuando se arquea hacia atrás y comienza a acelerar el ritmo, siento que voy a volverme loco. Mi mente se pierde, mis pensamientos se vuelven inconexos… El mundo se ha desvanecido a mi alrededor, sólo estamos ella y yo y esa sensación que me arde en el vientre y la impresión de que mi cabeza estallará en un montón de fuegos de artificio.

Cierro los ojos, sabiendo que no aguantaré un segundo más si sigo contemplándola, pero sólo consigo que las sensaciones se multipliquen. Me escucho gemir, susurrar palabras de las que no soy consciente. Ni siquiera mi voz parece mi voz, es casi el gruñido salvaje de un animal descontrolado. Ella acelera el ritmo y me dejo llevar, sabiendo que ya llega, que es imparable… Un rayo parece recorrer todo mi cuerpo, desde la punta del dedo gordo del pie hasta inundar todo mi cerebro. Siento que la cabeza se me va y mi mente se llena de imágenes extrañas, de colores que van desde el verde salvaje de una selva tropical al dorado de un amanecer en el desierto y hasta el blanco azulado de los hielos árticos… Y entonces todo para y llega el silencio, la paz y la extraña melancolía de saber que ha terminado, que volvemos a ser dos seres independientes…

Abro los ojos poco a poco, como si despertara de un sueño. El sonido de nuestras respiraciones aceleradas es lo único que rompe el silencio. La contemplo tumbada a mi lado. La luz del sol que entra por las rendijas de la persiana dora su piel, dándole el encanto de una antigua fotografía en sepia. Miro las largas sombras de sus pestañas sobre sus pómulos, su cabello azabache desordenado cubriendo mi almohada, la curva de su sonrisa de melocotón y sé que me he convertido en su esclavo y que nunca querré escaparme de esas cadenas.

Unos segundos después, ella también abre los ojos. Sonrío, sin saber muy bien qué decirle, y ella me devuelve una sonrisa lánguida de gata satisfecha. Acaricio uno de sus mechones de pelo, dándole vueltas entre mis dedos.

— ¿Qué piensas?— me pregunta ella.

— Que sé tan poco de ti…

— ¿Y qué quieres saber?

— No sé… Cosas tan básicas… Tu edad, tu apellido, el tipo de películas que te gustan…

— Tengo veinticuatro años y me gusta el cine de terror asiático — me responde, girándose hacia mí y recostando la cabeza en mi pecho.

Su respuesta me avergüenza. Primero, porque me siento como un puñetero asaltacunas y segundo, porque las películas de terror asiático me acojonan de verdad. Me pasé una semana sin dormir bien después de ver The Ring, pero antes dejaría que me arrancasen las uñas que confesárselo. A pesar de estas sensaciones, no se me pasa el dato de que no ha contestado a una de las preguntas.

— ¿Y tu apellido?

— Yuan— me contesta mientras hace dibujos con sus dedos sobre mi vientre—. Es un apellido muy antiguo, de personas importantes… Significa "Señor del cereal".

Permanezco en silencio, con el cerebro a mil revoluciones. Conozco el apellido. Lo he escuchado hace unas horas en las noticias. Es el apellido de una de las familias chinas que están extendiendo el terror por todo Bilbao. Rezo para que ella no tenga nada que ver con ellos, para que, como mucho, sea una prima lejana. Pero algo en mi interior me dice que no es así, que mi princesa está mucho más metida en todo este lío de lo que me ha confesado hasta el momento.

— ¿A qué se dedica tu familia?

— Si te lo cuento, tendría que matarte— contesta entre risas.

Yo siento un escalofrío recorriendo mi espalda. Aunque sé que lo ha dicho de broma, algo en su tono me estremece. Un ligero retraso en la respuesta, una nota sutil de histeria en su risa… Trago saliva, intentando deshacer el nudo que se ha formado en mi garganta antes de seguir hablando:

— Ya he escuchado ese apellido antes. Los Yuan y los Deng son las dos familias de la mafia que están usando Bilbao como campo de batalla— noto que ella se pone tensa entre mis brazos—. Zhilan, ¿qué tienes que ver con todo esto?

Ella se separa de mí y se pone a buscar su ropa por la habitación. Su separación me duele. Me gustaría retirar mis palabras y que pudiésemos quedarnos toda la mañana en la cama y volver a hacer el amor cien veces, hasta morir de agotamiento. Pero ya es tarde. He roto el hechizo y, por sus labios fruncidos y la encantadora arruga que ha aparecido en su ceño, sé que lo que le he preguntado es importante y que ya no podremos dejarlo pasar. Me siento en la cama y me tapo con la sábana, tratando de tener una

apariencia más digna para seguir preguntando.

— Zhilan, por favor, cuéntame qué está pasando— suspiro frustrado ante su silencio—. He estado metido en dos tiroteos por ti, creo que merezco una explicación.

Podría haberme esperado que siguiera en silencio o que se enfadara por mis palabras, pero no esperaba que se cubriera los ojos con las manos y comenzara a sollozar. Olvido mis intentos de parecer digno y serio y me levanto de un salto de la cama para abrazarla.

— No te estoy echando nada en cara. Me metería en mil tiroteos más por ti— le susurro al oído—. Necesito saber qué está pasando. Déjame ayudarte, Zhilan.

Ella levanta la cabeza y me atrapa con esa mirada oscura y acuosa. Los labios se le han hinchado por el llanto. Puede que suene feo decirlo, pero está tan guapa cuando llora que casi pienso que merece la pena. Le beso la frente y espero a que se calme y empiece a hablar.

— Si te lo cuento, no querrás saber nada más de mí— me dice entre hipidos.

Esa idea es tan estúpida que me da la risa. La abrazo con más fuerza y le lleno la cara de besos.

— Eso es imposible. Yo siempre voy a querer saber más de ti, quiero saberlo todo de ti y estoy seguro de que no hay nada en el mundo que pueda hacerme cambiar de opinión.

Mis palabras suenan tan sinceras que la calman. Asiente y se separa unos centímetros de mí para terminar de atarse la camisa. Yo vuelvo a la cama y me tapo de nuevo. Estoy seguro de que la conversación fluirá mejor si ella no se da cuenta de que hay una parte de mi anatomía que está despertando de nuevo ante la visión de sus piernas desnudas. Se arrodilla a mi lado, con las piernas bajo su cuerpo y la cabeza baja, como una geisha que fuese a preparar la ceremonia del té.

— ¿Qué quieres saber?

— ¿Qué tienes que ver con los tiroteos? ¿Sabes por qué están sucediendo? ¿A qué se dedica tu familia?

— ¿A qué se dedica mi familia? Piensa en lo peor y seguro que aciertas: inmigración ilegal, tráfico de drogas, prostitución…— ella me clava la mirada. Sus ojos brillan furiosos, culpándome por lo avergonzada que se siente—. ¿Seguro que quieres saber más?— yo asiento, sin ser capaz de pronunciar una sola palabra—. Ya te hablé sobre mi abuelo, pero no te conté toda la verdad. No se limitó a montar sólo un restaurante chino. Además de sus negocios legales,

construyó un imperio que controla las operaciones ilegales de todo el norte de España.

— ¿Y los Deng?

— Esa familia controla las actividades ilegales de la comunidad china en toda la costa este. Han ido expandiéndose desde Murcia hasta llegar a Navarra. Hace un par de años empezaron a abrir pequeños negocios en el País Vasco: restaurantes, bazares, peluquerías… Todo muy legal y muy discreto, como si estuvieran probando a ver qué sucedía si se metían en nuestro territorio— explica ella—. Trataban de pasar desapercibidos, de no molestar, pero mi abuelo no se fiaba de ellos. Siempre les tenía vigilados, preparado por si pretendían disputarle el liderazgo. Pero nunca lo hicieron, nunca se atrevieron a desafiarnos. Hasta ahora…

— ¿Y qué es lo que ha cambiado?

— Mi abuelo fue asesinado hace cuatro noches en el Parque de Doña Casilda— cuando pronuncia esas palabras, su voz se quiebra y las lágrimas vuelven a desbordar de sus ojos—. Alguien le clavó un cuchillo ritual en el pecho.



Después de consolar a Zhilan con un par de frases hechas del tipo “No somos nadie” y “Te acompaño en el sentimiento”, consigo escabullirme de nuevo hasta la ducha con la excusa de que antes no me ha dejado aclararme.

Esta vez le echo el pestillo a la puerta. Necesito intimidad para pensar un rato, para tratar de detener el vórtice de locura que se ha formado en mi mente. Me meto bajo el agua sin esperar siquiera a que salga caliente, apoyo las manos contra los azulejos y empiezo a golpearme la frente una y otra vez contra la pared, pero lo dejo enseguida porque, después del golpe del otro día, no tengo la cabeza para muchas tonterías. No sé si es que soy muy estúpido o si tengo muy mala suerte, pero algo así sólo me podría pasar a mí. Acabo de tirarme a la nieta de un jefe de la mafia china y, además, si hago caso a las palabras de la gata del parque, soy el culpable del asesinato del abuelo de la chica que me gusta. Mi cerebro se lía a sacar conclusiones:

1. Si Zhilan se entera, no volverá a mirarme a la cara en la vida. Y con razón.
2. Si Zhilan se entera y se lo cuenta a su familia, es muy probable que los únicos que me puedan mirar a la cara sean los peces de la ría.
3. Para que Zhilan no se entere, lo más lógico sería largarme a algún lugar (Alaska o Australia, por ejemplo) y que no volvieran a saber nunca más de mí en Bilbao.

Por alguna razón, siento que no puedo marcharme. No es por mi familia, ni por mis amigos, ni por mi casa, ni porque tengo aquí mi vida entera. Es por Zhilan. No puedo dejarla sola sabiendo que hay unos tíos sueltos que se lían a tiros contra ella en cuanto asoma el flequillo. Y tampoco sería justo abandonarla después de lo que se supone que le he hecho a su abuelo y a toda su familia. Lo que le

está pasando es culpa mía y siento que tengo que hacer todo lo que esté en mi mano para arreglarlo.

Además, no quiero separarme de ella ahora que acabo de conocerla. Pensar en no volver a verla me duele como una aguja de punto al rojo vivo atravesándome el estómago. ¿No me estaré enamorando? Niego con la cabeza, tratando de alejar esa idea. No metamos el amor en todo esto, bastante liada está ya la situación. Me gusta, está buenísima y folla como una diosa. Centrémonos en eso, al menos de momento.

Continúo en la ducha durante un tiempo eterno, esperando que el agua se lleve mis preocupaciones y temores. Me doy por vencido. Ni un tsunami sería capaz de arrastrar todo esto y, si tardo mucho más, Zhilan va a creerse que me he muerto aquí dentro. Mientras me visto y me seco el pelo, trato de cobrar fuerzas para enfrentarme a sus ojos. ¿Cómo voy a mirarla a la cara pensando que soy el asesino de su abuelo y el causante de todo lo que está pasando ahora mismo? Puede que lo que pasó con su abuelo en el parque fuese un accidente, pero me siento como si hubiera empujado sin querer la primera ficha de un gigantesco efecto dominó.

Me digo a mí mismo que ni siquiera estoy seguro de haber matado a su abuelo. La única prueba que tengo es el testimonio de una gata parlante. Y, desde luego, no puedo considerarme responsable de que una familia china de la mafia haya elegido este momento para tratar de masacrar a otra. Respiro un par de veces y salgo del baño, dispuesto a enfrentarme a ella como si no estuviera pasando nada.

En cuanto la veo, todos mis argumentos se desmoronan. Está sentada en el sofá, mirando a la televisión, vestida solamente con una de mis sudaderas viejas. Parece muy pequeña y muy frágil con las lágrimas deslizándose lentamente por sus mejillas mientras la pantalla le muestra las imágenes de la explanada del Guggenheim y las fotografías de los rostros de las víctimas. Me siento a su lado y apago el televisor. Ella me mira, confusa, como si acabara de despertar de un sueño.

— No creo que te haga ningún bien ver esto— le explico.

— Lo sé, pero quería saber si han pillado a los culpables.

— Estuve viendo la tele hasta la madrugada y no dijeron nada. Dudo mucho que la situación haya cambiado— ella abre la boca para protestar y yo se la cierro con un beso—. Dentro de un rato buscaré las últimas noticias en Internet y saldremos de dudas, pero queda prohibido ver esas imágenes. Déjame que cuide de ti.

Ella se queda pensativa durante unos segundos y después asiente

y se reclina contra mí. Acaba tumbada en el sofá, con la cabeza reposando sobre mis piernas, mientras yo le acaricio el pelo. Sé que ella sigue llorando, porque de vez en cuando se escucha un sollozo contenido o un leve suspiro, pero me da la impresión de que está a gusto así, sin tener que decir nada. Al menos yo sí me encuentro a gusto teniéndola tan cerca, hasta el punto de que me siento egoísta por desear que este momento no termine, que el mundo se olvide de nosotros y podamos seguir así siempre.

Un sonido sale de las tripas de Zhilan, como el rugido de un pequeño monstruo. Ella se sienta en el sofá y suelta una risita avergonzada.

— Creo que deberíamos comer algo— sugiere.

— Sí, no hemos probado bocado desde ayer al mediodía— me levanto y le tiendo mi mano para llevarla a la cocina.

Cuando me suelta y se pone a cotillear en mi nevera y a rebuscar en mis armarios, me siento raro, solo, como si me acabara de dejar perdido en un bosque. No sé qué me pasa con esta chica, nunca me había sucedido algo igual con ninguna de mis parejas anteriores. En realidad, solía sucederme lo contrario. Me agobiaban, me daba la sensación de que no me dejaban espacio y que necesitaba escapar para conseguir algo de aire y de soledad. Con Zhilan soy yo el agobiante, el que no quiere dejar de mirarla, de tocarla… No sé si es atracción o amor. Lo que sé es que se parece mucho a un trastorno obsesivo-compulsivo. Como no quiero ser pesado, me dedico a vaciar el lavavajillas.

— No es que tengas mucha variedad. La nevera está casi vacía y creo que no me atrevería a comerme nada de lo que queda— dice mientras echa un vistazo a la fecha de caducidad de un paquete de salchichas—. Tú no cocinas mucho, ¿verdad?

— No es una de mis muchas virtudes— me encojo de hombros —. Creo que hay algo de pasta en ese armario.

— Sí, algo hay— dice tras echar un vistazo—. No se puede tener la despensa tan vacía. ¿Qué harías en caso de una invasión zombi?

— Volverme un muerto viviente y devorarte— la agarro por la cintura y le doy un bocado en el cuello. Ella se ríe y se aparta.

— No seas bobo— Zhilan saca una olla de uno de mis armarios y echa agua para cocinar algo de pasta—. Después de comer, iremos a comprar algo para rellenar tu nevera. No quiero tener que acabar comiendo comida de gato.

— Tú te lo pierdes— le digo, encogiéndome de hombros mientras me siento tras la barra de la cocina—. La comida de lata huele bastante bien.

— Déjame que cuide de ti— ella me sonríe con dulzura.

— Te dejo. Estoy encantado de que lo hagas— mi gesto se ensombrece—. Pero no te quedarás mucho tiempo.

Sus ojos se nublan y la sonrisa desaparece de su rostro. Creo que a ella también le gusta la idea de dejar el resto del mundo al otro lado de mi puerta, de imaginar que sólo estamos ella y yo y que podemos quedarnos aquí para siempre. Me siento un estúpido por haber pronunciado esas palabras, por haber quebrado la magia.

— No pensemos en eso ahora— me dice ella, forzando una nueva sonrisa—. Vamos a comer y después iremos de compras. Ya llamaré a mi familia más tarde para ver qué hacemos.

Ya hemos comido y nos hemos tomado un café. Después, en un intento de alargar la situación, hemos visto REC para demostrarle a Zhilan que el terror español no tiene nada que envidiarle al asiático. Por su forma de gritar, de esconderse detrás de los cojines del sofá y de achucharse contra mí, creo que la he convencido.

Después hemos ido al supermercado y nos hemos pasado más de una hora hablando de nuestros gustos, escogiendo comida para los dos como si ella fuera a quedarse para siempre. Pero ahora estamos de vuelta en mi apartamento y ya lo hemos guardado todo. Es hora de dejar de jugar al matrimonio feliz y volver a la realidad. Zhilan se queda muy quieta en medio del salón, con la mirada baja y los brazos caídos mientras le tiendo mi teléfono.

— Tienes que llamar a tu familia— me acerco un par de pasos hacia ella y le pongo el móvil en la mano—. Estarán preocupados por ti.

Ella coge el teléfono y levanta la cabeza para mirarme. Su mirada es tan triste que, por un momento, tengo ganas de arrojar el teléfono por la ventana y de cerrar la puerta con llave y tirarla por el váter para poder quedarnos juntos para siempre. Pero ambos sabemos que no es posible.

Zhilan se separa de mí un par de metros y marca un número en el teléfono. Cuando contestan, empieza a pasear nerviosa por el salón mientras habla en chino. Vuelven a gritarse durante un par de minutos. Cuando termina de hablar, Zhilan se sienta en el sofá y deja el teléfono sobre la mesa.

— ¿Qué te han dicho?— le pregunto.

— Mi hermano todavía no está aquí. Ya ha salido de Hong Kong, pero no llegará a Bilbao hasta mañana al mediodía.

— ¿Y vas a esperarle?— trato de no transmitir nada con mi voz, pero dentro de mi pecho se agita la esperanza de que se quede otro

día, sólo un día más…

— Sí, prefiero quedarme aquí hasta que él pueda recogerme— ella me dirige una mirada tímida—. Si a ti no te importa, claro…

— Por supuesto que no me importa— me controlo para no saltar a abrazarla—. Me ha parecido que discutías con la persona que te ha contestado al teléfono…

— Sí, era otra vez el amigo de mi familia. Está encargándose de todo hasta que llegue mi hermano e insistía una y otra vez en venir a buscarme. Dice que debo estar con la familia en estos momentos tan difíciles…

— Quizá tenga razón.

— No, no voy a sentirme segura hasta que llegue mi hermano. Si no puedo estar con él, me quedo contigo.

Yo sonrío ante el cumplido y me dirijo hacia la cocina para preparar unos cafés, mientras pienso que, si ella cree que su hermano puede mantenerla a salvo de una cuadrilla de asesinos con subfusiles, debe de ser un auténtico bicho al que no me gustaría conocer.

Trato de apartar esos pensamientos de mi mente. Después de todo, ella también se siente a salvo conmigo y soy completamente inofensivo. Lo único que quiero pensar ahora es que tengo un día más para estar con ella. Es todo lo que necesito en este momento.

Zhilan se ha quedado dormida entre mis brazos, pero a mí me resulta imposible conciliar el sueño. Vuelvo a levantarme y a encender la tele. Esta noche le dedican menos tiempo a los asesinatos del Guggenheim. Por lo que dicen, parece que la investigación no ha avanzado en absoluto.

Cuando escucho el golpecito en la ventana, sonrío. Sabía que vendrían, casi los estaba esperando. Creo que me sentiría raro sin estas visitas nocturnas. Coco está al otro lado del cristal, mirándome fijamente con sus ojos de peluche. Frunzo el ceño para parecer enfadado mientras abro la ventana. Es parte de mi papel, de mi relación con Coco. Creo que se sentiría incómodo si supiera que empiezo a considerarlo un amigo. Una parte de mi mente me sugiere que debería ser yo el que se sintiera incómodo con la idea de tener como amigo a un gato que me habla, lo bastante incómodo como para acudir corriendo a la unidad de psiquiatría más cercana a solicitar un ingreso de urgencia.

— Esta noche no llueve— le digo a Coco mientras los gatos van entrando y seleccionando un lugar en el que tumbarse.

— Ya, pero hace frío— Coco se acerca a mi oreja para susurrar

—. Yo no pensaba venir, pero la gatilla blanca ha insistido.

— La gata blanca no oye, no hace falta que hables en voz baja. Y tampoco habla, así que es imposible que haya insistido.

— No me creas si no quieres, pero ha sido ella. En cuanto anocheció, se puso bajo tu ventana a maullar como un alma en pena. Intentamos convencerla para marcharnos, pero se negaba a moverse. Y era peligroso quedarse ahí abajo, con ella gritando de ese modo, así que no nos ha quedado más remedio que subir.

No sé si será verdad, así que me encojo de hombros y entorno la ventana cuando han entrado todos. Como si ya fuera un ritual establecido, empiezo a sacar cuencos y a llenarlos de comida mientras sus ojillos redondos me vigilan.

Me siento en el sofá para verlos comer. Están muy delgados y los huesos se les marcan a través del pelo lacio y sucio. Vuelvo a mirar el televisor para detener esa línea de pensamiento. No puedo adoptarlos a todos y convertirme en la versión masculina de la loca de los gatos. De repente, siento que algo bota sobre mi regazo. Es la gatita blanca, que me mira con sus acuosos ojos azules, como si me rogara que no la eche. La acaricié para que se dé cuenta de que es bienvenida. Ella gira un par de veces sobre sí misma antes de tumbarse.

Coco también ha terminado de comer y se acerca hacia mí. Clava las uñas en mi alfombra y se estira lánguidamente antes de dar un ágil salto y subirse a la mesa.

— ¿Cómo te va la vida, compañero?

Tengo que contener la risa ante la visión de ese gato enorme que me taladra con la mirada y que me habla como si acabáramos de encontrarnos en un bar. Él continúa muy serio, esperando mi respuesta.

— Mi vida no podría ser más surrealista, pero no me quejo— contesto al fin.

— No sé lo que es surrealista, así que lo tomaré como algo bueno— Coco deja de clavarme su mirada para dirigirla hacia la puerta entreabierta del dormitorio—. ¿La chica sigue ahí?

— Sí, está dormida.

— Tranquilo, no nos descubrirá. Nos marcharemos antes de que se despierte— vuelve a mirarme y me guiña un ojo con complicidad —. ¿Qué tal va con ella? ¿Avanza la cosa?

Me lo quedo mirando sin saber qué contestar. Me parece increíble que un gato me esté preguntando por mis asuntos amorosos, pero, sin embargo, antes de darme cuenta, estoy contándole toda la historia desde el principio: lo del chino muerto

en el parque, los tiroteos, que estoy enrollado con la nieta de un jefe de la mafia china y puedo ser responsable de las masacres de los últimos días… Cuando termino, Coco se me queda mirando como si dudara de mi cordura, pero yo me siento muchísimo mejor, como si acabara de quitarme de encima un saco de piedras.

— Creo que esa chica no te conviene— me dice al fin—. Demasiado complicada.

— Las cosas no son tan simples. Estoy metido en esto y no sé cómo salir. Además, no quiero salir… Ella me gusta de verdad.

— No merece la pena perder la vida por ella. Puede que pienses que tiene un pelo precioso, unos ojos brillantes, una cola pomposa…— se detiene ante mi cara de desconcierto—. Bueno, eso no, pero sé lo que digo. Encontrarás otra hembra que te guste. Líbrate de ella.

— No pienso hacerlo— intento contener mi genio, pero la verdad es que las palabras de Coco me están enfadando—. Puede que esté metida en todo este lío por mi culpa. No pienso dejarla tirada.

— Como veas, pero no digas que no te lo advertí.

— Además, da igual lo que quiera hacer— doy un largo resoplido mientras me echo hacia atrás en el sofá, tratando de expulsar el agobio que me inunda—. Mañana se marchará con su hermano y es posible que no vuelva a verla.

— Pues lucha por ella— me dice Coco.

— ¿Pero no me acabas de decir que la saque de mi vida?

— Ya, pero entiendo tu obsesión. Hay hembras que se te meten en la cabeza y te vuelven loco. No sé si es el olor o la manera de mirarte o sus contoneos… Creo que te iría mejor si te separaras de ella, pero, si crees que no podrás olvidarla, haz algo.

— No me estás ayudando— le digo con una sonrisa triste.

— Tampoco lo intentaba. Tan sólo te estaba escuchando, como hacen los amigos— se estira hacia mí y, esquivando a la gata blanca, que se ha quedado dormida en mi regazo, trepa por mi abdomen y junta por un segundo su nariz con la mía—. Hagas lo que hagas, estaré aquí para escucharte.

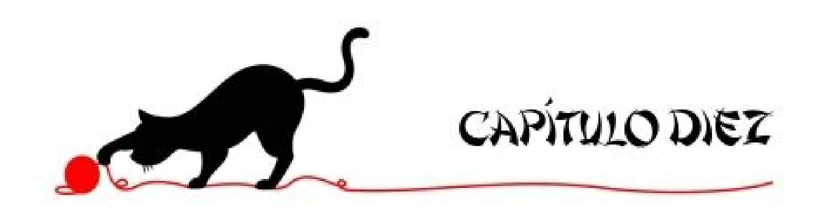
— Y para comerte mi comida y disfrutar de mi calefacción.

— Sí, eso también.

Coco se baja de encima de mí de un salto y me vuelve a guiñar un ojo antes de marcharse hasta una esquina. Se enrosca sobre sí mismo al lado de la gata blanca con la mancha gris con la que ya le he visto dormir otras veces. Eso me arranca una sonrisa. Coco va de duro, pero sospecho que también sabe lo que es enamorarse, o lo

que sea que hacen los gatos.

Me paso un rato contemplando como todos duermen, mientras acaricio a la gatita blanca, que ronronea complacida en mi regazo. Es extraño. Mi vida es un caos, tengo el salón lleno de gatos callejeros mientras la nieta de un jefe de la mafia china duerme en mi habitación y, sin embargo, me siento a gusto, como si todo fuera como debe ser. Creo que necesitaba sentirme responsable, tener a alguien de quien cuidar, alguien que me necesitara. Y ahí tomo mi decisión: no sé si podré seguir viendo a Zhilan o si voy a perderla, pero no saldré de su vida hasta estar seguro de que está a salvo, por muchos tiroteos en los que tenga que verme implicado.



CAPÍTULO DIEZ

Cuando me despierto y me giro en la cama para ver a Zhilan, descubro que ya no está a mi lado. Los rayos de un sol brillante han conseguido colarse por las rendijas de las persianas, haciéndome entrecerrar los ojos. Me pregunto qué hora será, pero mi móvil también ha desaparecido.

El miedo me despeja por completo: miedo a que ella ya no esté, a que ya no me necesite, a levantarme y encontrar una nota con sus palabras de despedida pegada a la puerta de la nevera. Pero entonces escucho su voz desde la cocina. Me quedo muy quieto, esperando a que termine la conversación. Distingo palabras susurradas en chino y me planteo que estará ultimando los detalles para el encuentro con su hermano. Da igual que aún no se haya ido. Este mismo día se marchará. Puede que consiga darle mi teléfono y que ella me llame, que volvamos a quedar, pero ya no será lo mismo. No la tendré aquí todo el tiempo, no seré su único refugio seguro en el mundo. Me levanto de la cama enfadado conmigo mismo. ¿Qué es lo que quiero? ¿Me estoy convirtiendo en un acosador obsesivo? Si Zhilan conociera mis pensamientos, no duraría un segundo más a mi lado.

Me meto en la ducha e intento despejarme. Si éste va a ser nuestro último día juntos, no voy a estropearlo estando triste. Cuando salgo de la ducha, ella ya ha preparado dos humeantes tazas de café con leche y una tonelada de tostadas. Me recibe con una amplia sonrisa que consigue eclipsar la luz que entra por las ventanas.

— Hola, dormilón— me saluda, acercando la taza de café—. Se te han pegado las sábanas.

— Deberías haberme despertado. Ni siquiera sé qué hora es.

— Es casi mediodía, pero estabas tan guapo dormido que no he querido molestarte— se inclina sobre la barra de la cocina y me da un leve beso.

— ¿Has hablado ya con tu familia?— pregunto, echando una ojeada al móvil que descansa al lado de la bandeja de tostadas.

— Sí, mi hermano aún no ha vuelto— me dice, encogiéndose de hombros—. Parece que hay problemas con la escala en Frankfurt y que no llegará hasta esta tarde. Pero ya les he dicho por dónde puede pasar a recogerme.

— ¿Va a venir aquí?— le pregunto mientras me planteo que quizá debería ordenar un poco.

Zhilan levanta su taza y le da un largo trago a su café, como si tratara de ganar tiempo. Finalmente, vuelve a dejar la taza sobre la encimera y niega con la cabeza.

— Lo pensé, pero he preferido elegir otro sitio— me dirige una mirada triste—. Con las cosas que están pasando, alguien podría seguir a mi hermano y descubrir dónde vives. No quiero ponerte en peligro.

Debo de tener el día tonto, porque esa preocupación de Zhilan por mí me pone tierno. Tengo que pegar un trago al café antes de contestar para que no se me quiebre la voz. Si fuera tía, pensaría que estoy en uno de esos días…

— No tienes que preocuparte por mí— contesto, tomando una de sus manos y acariciándola con ternura—. Estaré bien.

— Sé que es una tontería y que seguramente no pasará nada, pero prefiero hacerlo así.

— ¿Y dónde habéis quedado entonces?

— En una casa que tenía mi abuelo en La Arboleda. Era su refugio, el lugar al que iba para desconectar— contesta con la mirada perdida, como si estuviera vagando por sus recuerdos—. Solamente la conocemos las personas muy cercanas a él, así que creo que será un sitio seguro.

— Perfecto entonces. ¿Cuándo tienes que ir?

— Sobre las seis de la tarde, pero necesitaré que me dejes dinero para el taxi— contesta avergonzada.

— Si crees que voy a dejarte ir sola, estás loca— le pongo un dedo sobre los labios para evitar que proteste—. No voy a perderme un solo minuto de estar contigo. ¿Cuándo salimos?

— Podríamos ir ya, así te enseñaría la casa y los bosques de alrededor— le brillan los ojos como a una niña, emocionada por la idea—. Te va a encantar, es un sitio precioso.

— No se hable más. Me preparo y salimos.

Mi humor ha cambiado por completo. Todavía me quedan unas horas para estar con ella, para demostrarle que podría estar bien a mi lado. Después de vestirme, recojo mi cartera y saco una de mis

tarjetas de visita para que ella tenga mi número de teléfono. Al mirarla, me parece demasiado seria y profesional, demasiado impersonal. Cojo un bolígrafo para escribir algo por la parte de atrás. Intento encontrar unas palabras que puedan despejar sus dudas si en algún momento se plantea llamarme. Me la imagino como una princesa en su torre de cristal, con la tarjeta en la mano, preguntándose si soy demasiado poco para ella, si debería olvidarme y buscar al príncipe que le está destinado. No se me ocurre nada que poner, ninguna frase que exprese lo mucho que la necesito sin dar pena. Al final escribo un simple “Aún no te has ido y ya te echo de menos. Llámame” y la firmo. Como mensaje convincente es una auténtica mierda, pero espero que sirva.

Cuando salgo de la habitación, ella ya está preparada, vestida con la ropa que le compré y llevando en la mano la bolsa con su uniforme de trabajo. Está mirando la casa con los ojos tristes, como si tratara de grabarla en su recuerdo. Ella también sabe que se marcha para siempre y que es muy posible que no volvamos a vernos. Me dirige una sonrisa forzada y salimos hacia el ascensor.

Conduzco hacia las afueras de Bilbao, tratando de controlar mis deseos de frenar y dar la vuelta. No sirve de nada plantearme qué podría hacer. Ha sido muy bonito, pero, siendo realistas, lo nuestro es imposible. Una heredera de una de las familias de la mafia china y un abogaducho de tres al cuarto que sólo tiene trabajo porque su padre es socio fundador de la empresa. Una bella y misteriosa princesa oriental y un pobre pringado sin ninguna cualidad resaltable. Debería estar agradecido por estos días, por haber podido abrazarla y besarla, por haber podido tocar con la punta de los dedos ese sueño.

Ella se mantiene en silencio durante todo el viaje, mirando por la ventanilla. Unas nubes oscuras empiezan a aparecer por el horizonte y el paisaje comienza a estar acorde con la agobiante atmósfera del interior del coche. Vamos dejando atrás pueblo tras pueblo, hasta que por fin enfilamos la carretera que sube hacia la Arboleda, una eterna sucesión de curvas que asciende rodeando la montaña. El camino es muy estrecho y las curvas son muy cerradas. A nuestra derecha se ve un precipicio a pico que va haciéndose cada vez más alto, así que decido reducir la velocidad. El silencio de Zhilan, el cielo cada vez más oscuro y el paisaje triste empiezan a agobiarme, así que enciendo la radio. Las primeras notas de I dón’t wanna miss a thing de Aerosmith inundan el coche. El recuerdo de mi amigo Javi diciendo que esa canción es el mejor quitabragas que ha escuchado nunca y que no le ha fallado en la vida me saca una

sonrisa. La voz de Zhilan a mi lado me sorprende.

— No me gustan las canciones de amor— desvío los ojos durante unos segundos de la carretera y levanto una ceja pidiéndole que se explique antes de volver a enfocar la mirada en las curvas—. Son egoístas.

— Egoísmo y amor son antónimos— le digo—. ¿Cómo van a ser egoístas las canciones de amor?

— Porque nos dicen lo que queremos oír. Siempre hablan de los sacrificios que el cantante está dispuesto a hacer por la persona amada, de cómo la echa de menos, de que no puede vivir sin ella, de que le falta el aire…— Zhilan se recuesta en el asiento y suspira —. Cuando escuchamos esas canciones siempre pensamos en cómo nos gustaría encontrar a alguien que nos amase así, que estuviese dispuesto a hacer todo eso por nosotros. Pero nunca nos planteamos cómo nos gustaría ser nosotros los que lo pasásemos así de mal, los que nos sacrificáramos por el otro, los que estuviésemos dispuestos a morir de amor… Por eso, mientras escuchamos esas canciones nos sentimos bien, porque sentimos que hemos encontrado por fin, durante unos minutos, a esa persona que nos ame de esa manera y que no somos capaces de encontrar en este mundo, quizá precisamente porque no somos capaces de hacer los sacrificios de los que esas canciones nos hablan.

Permanezco en silencio unos segundos, con la mirada clavada en las curvas, hasta que por fin me atrevo a decir lo que me quema en el alma.

— Yo estaría dispuesto a quererte así, a hacer todas esas cosas por ti.

Ella me mira y me dirige una sonrisa triste, mientras niega con la cabeza:

— Ni siquiera me conoces.

— Con lo poco que te conozco, sé que estaría dispuesto a hacer todas esas cosas por ti— le digo en un susurro.

Ella se sonroja y vuelve a mirar por la ventanilla, sin saber qué contestar. Sé que todo esto es una locura, que no debería hablarle así, que quizá la esté espantando… Sé que debería amarla al igual que conduzco por esta carretera con curvas, mirando siempre al frente, teniendo cuidado, frenando… Pero con ella no puedo, sólo sé acelerar y lanzarme a lo loco. Y en este momento temo que, si sigo así, acabaré despeñándome.

Tras dejar atrás la carretera principal, Zhilan va guiándome por caminos cada vez más estrechos hasta la casa de su abuelo. A pesar

de que intento memorizar el camino, sé que no seré capaz de volver solo. Espero que su hermano sea lo bastante agradecido como para guiarme con su coche en el camino de vuelta.

Zhilan me indica que nos internemos entre unos árboles hasta llegar al prado en el que se alza la casa de su abuelo. Apago el motor y dejo el coche al otro lado de la verja. Camino hacia la casa mientras la miro extrañado. Sé que es ridículo, pero esperaba encontrar una de esas casitas chinas con los aleros encorvados hacia arriba en medio de un bosque del País Vasco. En su lugar hay una casa normal, de dos plantas, con las paredes de piedra blanca y un tejado rojo a dos aguas. Nadie diría que es la casa de un poderoso jefe de la mafia. Más bien parece la casa de retiro de una pacífica pareja de jubilados.

Zhilan rebusca entre los arbustos de la entrada y saca una llave enorme y oxidada. Abre la puerta y me pide que espere mientras va a buscar la caja de fusibles para conectar la luz. No le hago caso y doy un par de pasos dentro de la casa. Me encuentro en un pequeño salón, adornado con muebles rústicos y humildes. Lo único reseñable de toda la estancia es una enorme chimenea de piedra. Las luces de la sala se encienden. Me giro y veo a Zhilan, sonriéndome desde una puerta.

— Eres un cotilla— me riñe—. ¿No te he dicho que esperases fuera?

— Quería asegurarme de que no había nadie— me disculpo.

— ¿Y qué habrías hecho si hubiese habido alguien?— me pregunta, burlona. Sus palabras me duelen. Es cierto que no soy un héroe, pero por el momento no se me ha dado mal cuidarla—. Tranquilo, ya te he dicho que éste es un sitio seguro. Ven. Te enseñaré la casa.

Me tiende la mano y me va llevando de habitación en habitación. La parte de abajo no tiene mucho que enseñar. Aparte del salón, sólo hay una pequeña cocina, un cuarto de baño y una despensa repleta hasta arriba. En la parte de atrás de la casa hay un porche cerrado que da a un cuidado jardín.

— ¿Qué te parece?— pregunta Zhilan, sentándose en una de las mecedoras.

— No lo sé… Me esperaba una fortaleza maligna con sus trampas mortales y su foso de tiburones— bromeo, sentándome a su lado—. Esto me parece demasiado… normal.

— Has visto demasiadas películas de James Bond— dice ella, riendo—. Ya te he dicho que mi abuelo venía aquí buscando tranquilidad: cuidar las plantas, leer un poco, pasear…

— No sé… Tampoco me imagino a un gran señor de la mafia china haciendo esas cosas.

— Somos gente normal, no nos pasamos el día torturando gente y haciendo planes malignos para dominar el mundo— ella trata de sonreír, pero en sus ojos puedo ver que se siente incómoda.

— No me has enseñado la parte de arriba— me levanto y ahora soy yo el que le tiende la mano.

Subimos juntos las escaleras y ella me enseña varias habitaciones de invitados antes de abrir una puerta blanca en la que destacan unos símbolos chinos.

— Cuando venía aquí de pequeña, ésta era mi habitación— Zhilan abre la puerta y se queda paralizada en el umbral—. Está igual, la había conservado igual…

Noto que la voz se le quiebra, así que la abrazo por la cintura mientras me asomo para mirar la habitación. Es lo que había imaginado: una torre de marfil para una princesa. Toda la habitación está decorada con muebles blancos. La cama, que parece una nube de algodón, está cubierta por un dosel de seda rosa. Hay baldas con muñecas de porcelana que nos clavan sus miradas de cristal, un caballo de madera que parece tallado a mano, una casa de muñecas enorme, un pequeño piano de pared… Esta habitación no tiene nada que ver con la humildad que se respira en el resto de la casa, hay una pequeña fortuna invertida aquí. Zhilan da unos pasos dentro de la habitación, recoge un peluche de encima de la cama y lo abraza.

— Llevaba años sin venir por aquí, desde que era muy pequeña — las lágrimas empiezan a resbalar por sus mejillas—. Y él había conservado la habitación tal y como estaba, como si aún esperase que volviera.

Voy a entrar en la habitación para consolarla, a pesar de que me siento más miserable a cada segundo. No puedo dejar de pensar en el cuerpo de su abuelo, tumbado sin vida en mitad de aquel parque, con aquel cuchillo sobresaliendo de su pecho. Por un segundo me siento tan culpable que pienso en confesárselo todo, pero, antes de que pueda cometer semejante tontería, ella vuelve a hablar.

— ¿Te importaría dejarme sola unos minutos?

Sin decir nada, retrocedo un par de pasos y cierro la puerta de la habitación. Después de todo, Zhilan ha pasado unos días horribles. Ha perdido a su padre y a su abuelo y han estado a punto de matarla varias veces y yo he estado a su lado todo el rato, sin dejarla un solo segundo de tranquilidad para llorar y pensar a solas.

Me dedico a curiosear por el resto de habitaciones. Encuentro la

que debe ser la habitación principal, la que debía ocupar su abuelo. Hay una enorme cama con un edredón de color rojo con un dragón bordado y cojines de colores. Una de las paredes está cubierta por un mural pintado a mano que parece muy antiguo en el que se ve a unos guerreros montados a caballo atacando a unos enemigos que huyen despavoridos. Este lugar me parece más acorde a la idea que yo tenía del abuelo de Zhilan. En estos momentos me resulta más tranquilizadora para mi conciencia que la idea de un abuelillo adorable que cuida el jardín mientras espera el regreso de su nieta.

Me acerco al mural para observarlo más de cerca y descubro unas líneas en el centro. Paso los dedos sobre ellas, cada vez más convencido de que ocultan una puerta. Nada más apoyar un poco la mano, el panel cede y se queda abierto. Me quedo pensativo unos segundos, sin saber qué hacer. Lo mejor sería volver a presionarlo para dejarlo como estaba. Podría preguntarle a Zhilan cuando salga de su habitación y ver este lugar con su permiso. Sé que eso es lo que debería hacer, pero la curiosidad es demasiado fuerte, así que meto los dedos en la ranura y abro la puerta de par en par.

La habitación es muy pequeña y no tiene ventanas, pero unas linternas de papel situadas en las esquinas se encienden cuando entro, iluminando el lugar con una luz cálida y tenue. Sólo hay una silla, un gran espejo cubierto por una seda negra y una mesa atiborrada de pergaminos de color amarillo. Me acerco temiendo haber encontrado el lugar en el que el abuelo de Zhilan maquinaba sus planes de dominación mundial, pero no entiendo una palabra de lo que pone. Para mí sólo son trazos extraños en un papel. Tienen el mismo sentido que el rastro dibujado por un pájaro que se hubiera manchado las patas de tinta.

Escucho un ruido a mi espalda y me vuelvo, sobresaltado. Zhilan me observa desde la puerta. Empiezo a buscar una excusa para disculparme, pero ella entra si decirme nada y se pone a mirar los pergaminos, curiosa.

— ¿Qué es todo esto?— le pregunto.

— El gran secreto de mi abuelo— me susurra con una sonrisa misteriosa—. Pensaba que sólo eran habladurías de la gente, cosas que inventaban para agrandar su leyenda… Pero eran verdad.

— ¿El qué? No entiendo nada.

— La gente decía que mi abuelo era un gran mago, que conocía los secretos ocultos del Tao— ella habla en susurros mientras roza los pergaminos con la punta de los dedos—. Decían que podía invocar a los espíritus, convocar a los demonios, maldecir a sus enemigos…

— ¿Me lo estás diciendo en serio?— pregunto mientras noto que un escalofrío asciende por mi espalda.

— Por supuesto… No se puede bromear con estas cosas— me señala el espejo cubierto por la tela negra—. Estos espejos antiguos se utilizaban para ver y controlar a los demonios. Siempre deben estar cubiertos y no deben ser usados para ningún otro fin.

— Pues no se te ocurra destaparlo— le digo, intentando controlar el temblor de mi voz—. ¿Y los pergaminos? ¿Para qué sirven?

Zhilan se inclina sobre la mesa para observarlos. El largo cabello negro le cae sobre la cara, ocultándole el rostro, como a las chicas fantasmales de las películas de terror asiático que tanto le gustan. Este sitio me está poniendo cada vez más nervioso. Necesito salir de aquí, pero no quiero que Zhilan me tome por un cobarde. Además, hay algo que me retiene aquí dentro. No sé qué es, pero tengo la sensación de que debo quedarme, de que hay algo importante que debo saber.

— Tienen muchos usos. Pueden atraer la felicidad y la fortuna o usarse para combatir a tus enemigos, para atraer la desgracia hacia ellos, maldecirlos… Incluso se dice que puedes matar a alguien con ellos.

— ¿Cómo vas a matar a alguien con un papel?— mi mente racional trata de abrirse paso y controlar la situación, pero la luz tenue, el espejo cubierto y la voz susurrante de Zhilan se lo están poniendo muy difícil.

— No es un papel cualquiera, ni una tinta cualquiera, ni una magia al alcance de todo el mundo— Zhilan eleva la cabeza y me mira. Tiene una sonrisa traviesa en la cara. Creo que se ha dado cuenta de que me está acojonando—. Hay que llevar el papel con el nombre de la persona que se desea matar al altar de la deidad local para avisarle de que esa persona ya está muerta. Los espíritus encargados de recibir las almas de los muertos, creyendo que la persona ya ha fallecido, atraerán su alma, haciendo que la persona muera.

— ¿En serio te crees eso?

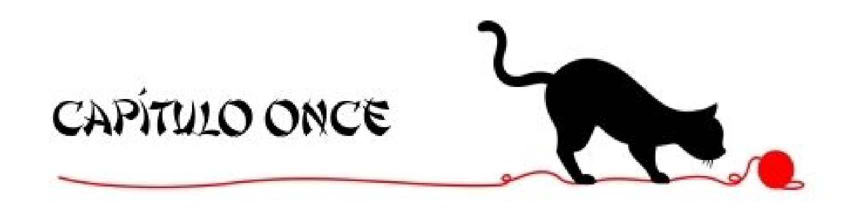
— Lo que creo es que, si yo me enterase de que alguien ha colocado un hechizo así con mi nombre, me moriría directamente de miedo— Zhilan deja escapar una risilla—. Álex, no seas tonto. Son sólo supersticiones. Pensaba que un chico occidental del siglo XXI no creería en estas cosas.

— Y no creo, pero me ponen nervioso. Además, has dicho que mucha gente creía que tu abuelo era un mago poderoso.

— Sí, seguramente ésa era una de las razones por las que la familia Deng no se atrevió a atacarnos hasta que mi abuelo estuvo muerto— Zhilan se acerca aún más a mí y me habla en voz muy baja, como si temiera que alguien pudiera escucharnos—. Una de las leyendas que circulaban por ahí decía que mi abuelo era el culpable de la enfermedad del patriarca de los Deng. Es un hombre muy mayor, con una enfermedad crónica que lo tiene casi incapacitado. La gente iba diciendo que mi abuelo le había maldecido y que, si se atrevían a desafiarle, acabaría con su vida.

— ¿Y crees que hay algo de verdad en eso?

— No lo sé. Veamos en qué hechizo estaba trabajando— Zhilan vuelve a inclinarse sobre los pergaminos, coge el que está arriba del todo y me lo traduce—. “Entenderá a los gatos hasta que pueda entender a los gatos”. ¿Qué diablos significará esto?



No contesto. Estoy demasiado ocupado tratando de no volverme loco. Está claro que esa frase se refiere a mí, que explica lo que me está pasando. Me siento incapaz de permanecer un segundo más en esta habitación, así que salgo corriendo, bajo las escaleras y no paro hasta estar fuera de la casa.

Me siento en un pequeño banco de piedra de la entrada y oculto la cara entre las manos mientras intento ordenar mis pensamientos y calmar el alocado latido de mi corazón. Zhilan aparece pocos segundos después y me mira, preocupada, pero, en ese tiempo ya he sido capaz de llegar a estas conclusiones:

1- El abuelo de Zhilan es el responsable de que pueda hablar con los gatos. Según lo que me contó Coco, parece que ese "don" no me hizo muy feliz en el pasado.
2- La gata del parque me dijo que, cuando encontré al abuelo de Zhilan, le exigí que me quitara algo y él me contestó que no podía. Creo que ya he descubierto qué era lo que quería que me quitase.
3- Aunque parezca increíble, todo esto confirma que no estoy loco, aunque, por otro lado, también parece confirmar que estoy maldito por un antiguo embrujo oriental y que soy el asesino del abuelo de la chica que me gusta y el culpable de las desgracias de toda su familia.

Estas conclusiones no me ayudan en absoluto. Las preguntas retumban en mi cabeza a tal velocidad que parece que estoy en un concurso de la tele: ¿Por qué el abuelo de Zhilan me echó una maldición? ¿Qué le había hecho yo? Y, si él no podía quitármela, ¿quién podría? ¿Y qué mierda de sentido tiene la frase "Entenderá a los gatos hasta que pueda entender a los gatos"? Ya los entiendo, ése es el maldito problema.

Zhilan se sienta a mi lado y me pasa un brazo por los hombros. Me descubro la cara y la miro, forzando una sonrisa.

— ¿Estás bien?— me pregunta ella—. ¿Qué te ha pasado?

— No es nada, no te preocupes. Es sólo que esa habitación era tan pequeña y tan oscura… Creo que me he agobiado un poco.

— No sabía que eras claustrofóbico— ella sonríe como si la idea de que pueda tener una fobia incapacitante resultara divertida.

— Yo tampoco… Debe ser por los nervios de los últimos días, por algún sitio tenía que estallar— pongo una mano en su rodilla y esta vez consigo esbozar una sonrisa sincera—. Tranquila, ya se me ha pasado.

— De todos modos, creo que será mejor que vayamos a dar un paseo— ella se levanta y me tiende la mano—. Un poco de aire fresco te sentará bien.

Asiento y me levanto, dejando que me guie. Salimos del terreno de su abuelo y subimos una empinada cuesta plagada de piedrecillas sueltas que, en pocos minutos, nos lleva hasta la cima de una colina. Nos paramos a recobrar el resuello y contemplar el paisaje. El sol está ya muy bajo y la sombra de la colina cae sobre la casa, dándole un aire lúgubre y misterioso. El recuerdo de la habitación oscura y del espejo cubierto me hace desear no tener que volver a entrar nunca en esa casa. Me planteo el lío en el que estoy metido, sin poder creérmelo del todo: mafia china, brujería oriental, tiroteos… No sé en qué momento mi vida comenzó a convertirse en este caos y me gustaría que todo parase y volviese a ser normal. Entonces ella me agarra de la mano para seguir andando y ese estúpido deseo desaparece. En mi vida normal ella no estaría, jamás la hubiera conocido. Y no estoy dispuesto a renunciar a eso.

Caminamos por una senda arenosa flanqueada por oscuros bosques de altos pinos. Su aroma lo inunda todo, llenando mis pulmones y haciéndome sentir más vivo. Una fuerte ráfaga de viento frío me hace mirar hacia lo alto. El cielo se está cubriendo rápidamente de nubes oscuras y espesas. Se aproxima una tormenta de las gordas.

— Quizá deberíamos volver— le sugiero a Zhilan—. Tu hermano podría llegar en cualquier momento.

— Tranquilo, supongo que me llamará a tu móvil antes de venir — se encoge de hombros y sale de la senda para internarse entre los árboles.

— Además creo que va a empezar a llover— insisto.

— ¿Te dan miedo unas gotas de lluvia?— me dice mientras sigue internándose en el bosque.

No me da miedo mojarme, pero estoy seguro de que no van a ser sólo unas gotas. Además, no sé qué pintamos dentro de ese bosque

húmedo y oscuro. Sólo nos faltaría perdernos. La sigo sin decir nada. No me apetece seguir hablando como una abuelilla preocupada. No quiero que ése sea el recuerdo que se lleve de mí si ésta es la última vez que estamos juntos.

El viento sopla cada vez más fuerte, agitando las ramas altas de los pinos. Poco a poco, empiezan a caer las primeras gotas, enormes y frías. Una de ellas se me cuela por el cuello de la camisa, haciéndome sentir un escalofrío en su camino por mi espalda. Zhilan se ha detenido en medio de un claro, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y mirando hacia lo alto, dejando que la lluvia resbale por su rostro. Empiezo a temerme que tanta tensión haya terminado por volverla loca.

— Deberíamos volver. Nos vamos a empapar.

Ella deja de mirar a lo alto y me clava sus acuosos ojos negros. Una sonrisa traviesa aparece en su cara mientras niega con la cabeza y se aproxima a mí. Pega su cuerpo contra el mío y se pone de puntillas para susurrarme al oído.

— No vamos a volver. Quiero que hagamos el amor. Aquí, ahora.

A mi mente todo esto le parece una locura, pero mi pene ya se ha levantado para emitir su voto a favor de la moción. Ella me mordisquea levemente el lóbulo de la oreja. Escucho el siseo de su respiración excitada en mi oído. El sonido parece inundar mi cerebro, deteniendo cualquier proceso racional. Me gustaría protestar, pero, en este momento, no hay nada en el mundo que desee más. Ella ha bajado la mano hasta la bragueta de mis pantalones y juguetea por encima de la tela, haciéndome sentir descargas eléctricas.

Me rindo. Su voluntad es la mía. Sólo soy un esclavo dispuesto a satisfacer sus más mínimos deseos. La beso con pasión, acaricio sus dientes con la punta de mi lengua y muerdo con furia sus labios, arrancándole un gemido. Mis manos luchan con los botones de su camisa, pero estoy demasiado nervioso para acertar. Ella continúa con sus juegos sobre los botones de mis pantalones, como si pudiera pasarse así toda la vida, sin soltar ninguno, divirtiéndose con mi sufrimiento. La tela está tan tirante que, si sigue así mucho tiempo, los botones saldrán disparados y le sacarán un ojo. Desesperado ya con su camisa, vuelvo a besarla con fuerza mientras se la abro de un tirón. La tela se desgarra y algunos botones caen al suelo. No sé cómo va a poder volver a ponérsela, pero en este momento me da lo mismo.

Zhilan se arrodilla en el suelo y, después de lanzarme otra de sus

miradas divertidas, comienza a desabrocharme los pantalones poco a poco. Me tiene tan controlado, tan desesperado por su contacto, que siento que al mismo tiempo la adoro y la odio.

La lluvia nos golpea con fuerza y el suelo ha comenzado a llenarse de barro. Todo el bosque se ha inundado con el aroma de la tierra mojada y, no sé por qué, ese olor me embrutece aún más, como si conectara de alguna forma con el animal que llevo dentro.

Me arrojo sobre ella y muerdo su cuello y su pecho mientras lucho con la cremallera de sus pantalones. Cuando están sueltos, ella levanta las caderas para ayudarme a quitárselos. Ni siquiera me entretengo en quitarle las bragas. Se las arranco con un fuerte tirón que hace que ella suelte un leve grito de dolor. Las arrojo a un lado sin pensar en nada más. Ya le pediré disculpas luego.

Lo siento muchísimo por mi reputación de amante, pero no estoy para preliminares. Agarro sus piernas para colocarlas alrededor de mi cintura y la penetro sin más. Ella abre mucho los ojos y su respiración se detiene por un segundo. Después comienza a moverse debajo de mí, acompasando sus movimientos con los míos, fundidos en la más antigua de las danzas.

Me inclino hacia delante para apoyar las manos en el suelo. La lluvia ha convertido el claro en un barrizal resbaladizo y golpea con fuerza nuestros cuerpos semidesnudos. El viento continua soplando. Por un segundo pienso que debe de hacer muchísimo frío, pero yo sólo puedo sentir que un incendio me consume las entrañas mientras continúo moviéndome dentro y fuera de ella.

Zhilan me empuja del pecho con firmeza, tratando de salir de debajo de mí para colocarse encima. Mientras sus caderas se mueven, ella coloca las manos sobre mi pecho, manteniéndome clavado al suelo. Como si hiciera falta… No me movería de aquí ni por un huracán. No me importa si llueve, si hace frío, si alguien nos descubre o si el bosque entero se incendia. Sólo quiero seguir así para siempre.

Ella se mueve cada vez más rápido. Arquea la espalda hacia atrás mientras yo sujeto sus caderas con fuerza, clavando mis dedos en su piel perfecta. Cuando vuelve a mirarme, con los ojos brillantes, el barro manchando su cuerpo y el pelo chorreando, sólo puedo pensar en que nunca en mi vida he visto a una mujer tan bella y tan viva. Es como si ella fuera “la mujer real” y las demás a su lado sólo fuesen copias, tristes imitaciones.

Siento que no puedo soportarlo más y trato de detenerla sujetando sus caderas, pero ella no me hace caso. Se inclina hacia mí y me besa mientras continua moviéndose, volviéndome

totalmente loco. La beso como si fuera la última cosa importante que voy a hacer en mi vida, tratando de atesorar su respiración, su saliva, sus suspiros… Cierro los ojos y me dejo llevar, sintiendo que todo se funde en una negrura absoluta. No hay nada más en el universo que el sonido de su respiración, la suavidad de su piel, su lengua en mi boca, sus movimientos que me arrastran a la locura. Y entonces llega mi orgasmo, como una explosión de luz, como un potente big bang que trajera de vuelta un mundo al que no echaba de menos en absoluto.

Ella se separa de mí y se tumba a mi lado. Yo la atraigo hacia mí y la abrazo. No quiero separarme de ella, no podría soportarlo todavía. El orgasmo me ha dejado vacío y extrañamente triste. Sólo puedo pensar en que quiero volver a estar dentro de ella y seguir así para siempre y en que quizá ésta haya sido la última vez. Incluso me siento culpable y me echo la bronca por haberme dejado llevar, por no haber aguantado más y haber alargado ese momento.

— Ahora sí deberíamos volver— ella me da un ligero beso en el cuello, provocando que vuelva a estremecerme—. Si encuentro mi ropa interior, claro…

— Lo siento mucho— le miento. En realidad, no lo siento en absoluto. Volvería a hacer lo mismo una y otra vez.

Ella se ha vuelto a poner los pantalones y ha atado los pocos botones que le quedan en la camisa. Yo me resigno, me pongo en pie y me abrocho los pantalones. Su risa de cristal llena el claro.

— Vaya pinta que tienes— se dobla por la mitad mientras sigue riéndose—. Pareces el superviviente de un tsunami.

— No te rías que tú no estás mucho mejor. A ver cómo le explicamos a tu hermano que llegamos con estas pintas.

— No te preocupes— ella se encoge de hombros—. Le diremos que me caí por una ladera y que tú fuiste tan galante que te lanzaste detrás a rescatarme.

— ¿Tú crees que colará?

— Para él resultará mucho más creíble que pensar que su dulce e inocente hermanita se acaba de follar a un tío en medio del bosque.

— Voy a tener que lavarte la boca con jabón— me acerco a ella y la atraigo hacia mí, abrazándola por la cintura—. Esas no son maneras de hablar para una princesa.

— Pensaba que con lo que acabamos de hacer te había demostrado que no soy una princesa.

— Lo eres, para mí siempre lo serás— le acaricio una mejilla, tratando de limpiarle un pegote de barro—. Aunque tengo que

reconocer que estas otras facetas de tu personalidad me ponen muy burro.

Ella vuelve a reírse, se separa de mí y termina de vestirse. La lluvia sigue cayendo con fuerza, pero, como ya estamos empapados, no tenemos prisa. Caminamos dados de la mano, tan tranquilos como si estuviéramos paseando en una soleada mañana de primavera. Antes de salir del bosque, me planteo si podríamos quedarnos allí para siempre, si podríamos olvidarnos del mundo y de todo, de quiénes somos, de los proyectos que teníamos… Sólo ella, yo y las ardillas del bosque. Sé que es un pensamiento infantil, pero, durante unos segundos, lo deseo con toda mi alma.

Desandamos la senda y nos acercamos al borde de la colina. El paisaje es mucho más oscuro ahora. Falta poco para que anochezca y las nubes negras han sepultado por completo el sol. Aún así, distingo la casa allí abajo. Hay un par de coches negros aparcados en la entrada y varios hombres se mueven por el jardín.

— ¿Es tu hermano?— aprieto su mano con tanta fuerza que temo que la haré daño. No quiero separarme de ella, no quiero que se la lleven, no quiero volver a mi vida normal…

— Sí, creo que es el que está en la entrada.

Zhilan se suelta de mi presa y da un par de pasos más hacia el borde de la colina. Se queda allí con las manos en los bolsillos de su abrigo, sin dar un paso más, como si ella también dudara. Por un momento concibo la esperanza de que decida darse la vuelta y decirme que nos vamos, que no quiere volver con su familia, que sólo quiere que estemos juntos para siempre. Pero ella saca una de las manos del bolsillo de su abrigo y agita el brazo para llamar la atención de los hombres de allá abajo. El joven de la entrada da un par de pasos y le devuelve el saludo. Y entonces la casa se convierte en una enorme bola incandescente, en una alegoría del infierno.



El aire caliente nos golpea con tanta fuerza que ambos caemos al suelo. Durante unos segundos me encuentro totalmente atontado, incapaz de comprender qué es lo que ha pasado. Lo primero que noto cuando consigo incorporarme es que alguien le ha puesto el mute al mundo. No consigo escuchar nada, sólo el latido estruendoso de mi corazón que parece resonar dentro de mi cabeza.

Zhilan está tirada en el suelo, a pocos pasos de mí. Tiene los ojos cerrados y no se mueve. Me arrastro hacia ella mientras el terror más absoluto que he sentido en mi vida invade cada una de mis células. Nunca he sido muy religioso, pero, en este momento, rezo todo lo que recuerdo y me encomiendo a todos los santos de los altares.

Pongo un brazo bajo su cabeza y trato de incorporarla. Sé que la estoy llamando, noto que las palabras salen de mi boca, pero sigue sin haber sonido. La sensación es tan extraña que, durante unos segundos, pienso que tengo que estar soñando y que pronto me despertaré y nada de esto habrá sucedido. Pero sigo sin despertarme, mientras la abrazo contra mi pecho y continuo llamándola desesperado, sin conseguir que reaccione.

De pronto, noto que se estremece entre mis brazos y me separo para ver que, poco a poco, vuelve a abrir los ojos. Tiene la mirada perdida y vidriosa, pero está viva. No necesito nada más. La vuelvo a tumbar en el suelo con cuidado y la examino en busca de heridas. Parece que está bien, no se ve sangre ni huesos asomando. Me siento tan aliviado que creo que podría ponerme a llorar aquí mismo.

— ¿Qué ha pasado?

Al escuchar su voz me doy cuenta de que el sonido ha vuelto, aunque hay algo en mis oídos que sigue sin funcionar bien. Los ruidos parecen llegar desde el fondo de un tubo, atenuados y reverberantes, y escucho un molesto pitido agudo que no me deja

pensar.

— No lo sé…— sigo demasiado atontado para ofrecerle una explicación coherente—. La casa ha volado.

Ella se levanta con esfuerzo y vuelve a asomarse por el borde de la colina. La sigo, sin saber si quiero ver lo que hay allá abajo. El paisaje que contemplo me deja sin habla. No queda nada, ni los hombres que andaban por el jardín, ni los coches, ni siquiera la casa. Sólo hay escombros, hierros retorcidos, fuego y una densa humareda negra que lo cubre todo, como si quisiera velar el horror de la escena. Zhilan se desploma de rodillas, gritando. Sé lo que piensa: es imposible que su hermano esté vivo.

Mi cabeza parece despejarse y, de repente, me doy cuenta de la situación en la que estamos. Somos un cabo suelto. Quienes hayan hecho esto esperarían que nosotros también estuviésemos dentro de la casa. Seguramente no andarán muy lejos y, por lo que a mí respecta, voy a hacer todo lo posible para no dejarles enmendar su error.

Agarro a Zhilan por un brazo y tiro de ella para obligarla a levantarse. Sé que debe estar destrozada, que necesita tiempo para sobreponerse, pero ahora mismo no puedo compadecerme de ella. Tenemos que llegar al coche y salir de aquí cuanto antes. Tiro de ella y la hago bajar a toda velocidad por la empinada cuesta. Las piedras sueltas y el barro dificultan el descenso. Nos resbalamos una y otra vez, pero no dejo que Zhilan se detenga y, al final, bajamos deslizándonos y rodando. Mi mente se llena con las imágenes de esas carreras que se hacen en Inglaterra, en las que un montón de gente se lanza como loca persiguiendo un queso ladera abajo. Sin poder contenerme, se me escapa una risa nerviosa. Me está invadiendo la histeria. Trato de controlarme. Ya me volveré loco cuando ella esté a salvo.

Por suerte dejé el coche lo bastante lejos de la casa como para que no haya volado por los aires. Está cubierto de ceniza, hay algunos cascotes sobre el capó y un enorme pedrusco sobre el techo, pero creo que sólo está dañada la chapa. Vuelvo a rezar para que arranque a la primera. No había sentido tanto fervor religioso en toda mi vida.

Meto a Zhilan en el asiento del copiloto. No protesta, ni se mueve, ni dice nada… Tiene los ojos muy abiertos, como una muñeca de porcelana. Le ato el cinturón de seguridad y entro en el coche. Cuando le doy al contacto, el motor ruge a la primera, haciendo que musite “gracias, gracias, gracias…” sin saber bien a quién me dirijo. Arranco el coche y vuelvo al sendero por el que

entramos unas horas antes. Me acuerdo de lo complicado que fue llegar hasta aquí y echo un nuevo vistazo a Zhilan. Continúa igual, con los ojos fijos en el cristal delantero. No creo que vaya a poder obtener mucha ayuda de ella. Más me vale acordarme del camino.

Mientras me interno entre los árboles, me parece percibir un leve destello varios metros más atrás. Intentó percibir el ruido de un motor para saber si nos siguen, pero mis oídos siguen sin funcionar bien. Los sonidos me llegan amortiguados, como si tuviera las orejas rellenas de algodón, y el agudo pitido se va haciendo más intenso y molesto, impidiéndome pensar con claridad.

Voy tomando un sendero tras otro, sin estar seguro de estar escogiendo el camino correcto. De vez en cuando miro a Zhilan, esperando que vuelva a la vida consciente o que, al menos, reaccione unos segundos si ve que la estoy cagando demasiado. Sigue sin decir nada, así que decido tomarlo como una buena señal y continuo adelante.

Los árboles se han ido espaciando y me parece distinguir por el retrovisor un enorme coche negro que nos sigue. A esa distancia no puedo estar seguro de quiénes son sus ocupantes, pero decido que no quiero quedarme a averiguarlo. Piso a fondo el acelerador y pongo el coche a toda la velocidad posible, animado al ver las luces de algunas casas más adelante.

Nada más llegar al pueblo, reconozco las casas y el edificio del funicular. Contra todo pronóstico, he conseguido regresar a la carretera. Acelero al volver a pisar el asfalto y echo una mirada rápida por el retrovisor. El coche negro sigue ahí y me parece que está más cerca.

En cuanto comienzo a descender por la carretera que lleva hasta Trapaga, me doy cuenta de que no podré mantener esta velocidad. El cielo está muy oscuro, cubierto de nubes negras. Las farolas están muy espaciadas y proyectan una débil luz amarillenta que apenas ilumina la carretera. Intento no pensar en ello y piso de nuevo el acelerador. Tenemos que conseguir bajar de esta montaña antes de que el coche que nos sigue nos dé alcance. Por un momento, intento convencerme a mí mismo de que quizá me estoy dejando llevar por la paranoia, que ese coche puede no tener nada que ver con nosotros, que puede pertenecer a una familia que sólo había subido al monte de excursión… Dios, me encantaría creerme todo eso, pero no soy tan iluso. ¿Quién iba a subir al monte con este día? Llueve a cántaros, hace viento y frío… Nadie en su sano juicio subiría a este lugar sin una buena razón.

Escucho el motor del otro coche, rugiendo detrás de nosotros.

Eso significa que mis oídos van recuperándose y que no voy a quedarme sordo para siempre, pero no tengo tiempo de alegrarme de la noticia. Están cada vez más cerca. En un par de minutos los tendremos encima. Intento imaginar qué tendrán planeado hacer. ¿Ponerse delante de nosotros y bloquearnos el paso para hacernos parar? ¿Empujarnos fuera de la carretera? ¿Hacernos chocar? Cualquier de las respuestas es aterradora, así que, aunque hace tiempo que he superado el límite máximo de velocidad de esta carretera, vuelvo a pisar el acelerador.

A mi coche no le hace nada de gracia este último acelerón. Noto que se desboca como un caballo enloquecido, llevándonos hacia la cuneta. Contravolanteo, tratando de recuperar el control, pero las ruedas patinan. Me doy cuenta de que da igual lo que haga con el volante. Supongo que he pisado una balsa de agua. El coche patina sin tracción alguna, acercándonos al borde de la carretera. Siento que el estómago se me sube a la garganta al contemplar la caída. Tengo que recuperar el control. Vuelvo a luchar contra el volante y, cuando estoy a punto de cerrar los ojos y despedirme del mundo, noto que vuelve a responderme. De un fuerte volantazo vuelvo a mi carril. Contemplo el espejo retrovisor. El coche negro ha aprovechado nuestros bailes sobre la carretera mojada para acercarse. Tomo aire y, a pesar del miedo que me da, piso otra vez el acelerador.

Trato de mantenerme concentrado en la carretera, sin pensar en nada más. Lo único que debo hacer es tomar cada curva a la mayor velocidad posible sin salirme de la trazada. Lo realmente importante es no volver a cagarla. Si acabamos este viaje muertos, debe ser porque ellos nos hayan arrojado de la carretera o hayan convertido el coche en un colador, no porque yo sea tan inútil como para no conseguir llegar abajo sin despeñarme. Tengo que hacerlo bien y ponérselo tan difícil como sea posible. Noto que estoy tan tenso que casi ni respiro, que en mi garganta hay un nudo que impide que pase el aire, que, a pesar del frío, mi cuerpo está empapado de sudor y que tengo las manos tan húmedas que el volante me resbala. Trato de respirar acompasadamente, pero cada nueva curva, cada visión del barranco por el que podemos caer, hace que el estómago se me contraiga y que la cabeza me dé vueltas.

Paseo mi mirada de las curvas de la carretera al espejo retrovisor. El coche que nos sigue está ya tan cerca que creo que podría ver perfectamente los rasgos del conductor si no llevara la luna delantera tintada. Lo único que veo es un cristal negro y eso

me pone aún más nervioso. Ese detalle acaba de convencerme: nadie con buenas intenciones llevaría un cristal así.

Aferro el volante con todas mis fuerzas, aprieto a fondo el acelerador y me lanzo a toda velocidad carretera abajo, tratando de no recordar lo malo que he sido siempre en los videojuegos de carreras. Nuestro perseguidor también acelera, lo tenemos a menos de tres metros. Sólo necesitan darnos un leve golpe para hacernos perder el control y que nos convirtamos en un recuerdo en el fondo del barranco.

Unos metros más adelante diviso una curva tan cerrada que casi da la impresión de que la carretera acabase ahí. Hay una señal que prohíbe circular a más de cuarenta kilómetros por hora y mi velocímetro marca más de noventa. No estoy nada seguro de poder tomar la curva a esta velocidad, así que me planteo durante un segundo reducir un poco. La visión del otro coche, casi pegado a mi maletero, me hace olvidar la idea. Si freno a la velocidad a la que vamos, se empotrarán contra nosotros y nos sacarán de la carretera quieran o no. Aprieto aún más el volante, como si con eso fuera a conducir mejor y me lanzo hacia la curva.

El coche resbala y traza la curva casi de medio lado, como si estuviéramos en un rally. Intento enderezarlo y las ruedas patinan y parecen gritar, quejándose del mal trato que les estoy dando. Sigo luchando con el volante, notando como el sudor me chorrea desde la frente y se me mete en los ojos. Consigo enderezar el coche lo suficiente como para alejarnos por unos centímetros de la caída a pico, pero sigue estando fuera de control y nos lleva directos hacia el carril contrario. En ese momento veo unos faros blanquecinos que vienen directamente hacia nosotros. Escucho el estridente sonido de un claxon, mientras el conductor del otro vehículo me da las largas, tratando de avisarme. Lo único que consigue es cegarme por completo. Muevo el volante hacia el otro lado, sin saber si voy a conseguir esquivar al coche que viene de frente o si me dirijo directo hacia el barranco.

Escucho como los laterales de los coches se rozan, provocando un chirrido metálico que me da dentera. Mi vista se ha aclarado lo suficiente como para ver las chispas rojizas que surgen de los coches mientras pasan el uno al lado del otro.

Consigo poner el coche en mi carril y acelero de nuevo. El conductor contra el que nos hemos rozado se ha detenido en el arcén y sigue dándole al claxon como si se le hubiera quedado la mano pegada. Me encantaría quedarme a charlar con él y explicarle mi situación, pero sospecho que mis perseguidores no iban a

dejarnos tener una conversación tranquila.

Vuelvo a mirar por el retrovisor. Parece que han tenido que frenar por el accidente y les saco de nuevo unos metros de ventaja. Tengo que aprovecharlos y llegar de una maldita vez a la base de esta montaña, aunque, cada vez que miro al barranco, me parece que seguimos estando a la misma altura, como si esta carretera no fuese a terminar nunca.

En una de mis furtivas miradas al retrovisor, veo movimiento en el coche que nos sigue. Han bajado una de las ventanillas y veo algo alargado asomar por ella. Antes de que mi cerebro pueda procesar la información, escucho el ya conocido tableteo de uno de sus rifles. Las balas pasan por encima del coche y se pierden en el infinito. Aprovechando que este tramo es algo más recto, me dedico a hacer eses para no ser un blanco fácil. No me puedo creer que todo esto me esté pasando a mí. Ni siquiera puedo creerme que esto pase en Vizcaya, ni en España, ni en ningún lugar del mundo que no sea una pantalla de cine.

En una de mis eses piso de nuevo una balsa de agua y el coche vuelve a descontrolarse. Para animar aún más la fiesta, escucho una nueva ráfaga de disparos. Esta vez chocan contra una pared de piedra, bañando de esquirlas nuestra luna delantera. Zhilan lanza un grito asustado que me hace pegar un bote en el asiento. Estaba tan concentrado que casi había olvidado que ella estaba aquí. Parece que el miedo la ha hecho reaccionar, pero, para mi desgracia, no tiene una reacción que vaya a ser de mucha ayuda. Se lanza sobre el volante y lo agarra, haciendo que pierda aún más el control.

— Zhilan, ¿qué haces? — le grito, asustado.

— ¡Para el coche!— me chilla ella con la cara cubierta de lágrimas—. ¡Nos vamos a matar!

Por supuesto que vamos a matarnos si sigue sin dejarme conducir. El coche pega tales bandazos que nuestros perseguidores deben creer que nos hemos vuelto locos. Piso el freno al ver que nos acercamos al barranco y el otro coche se nos echa encima. Durante un segundo, creo que todo ha acabado para nosotros. Sólo tienen que empujarnos un poquito por detrás. Pero no lo hacen. El ruido de sus frenos rasga la noche como el grito de un animal malherido.

Empujo a Zhilan con todas mis fuerzas y la dejo empotrada en su asiento. No me gusta ser brusco con ella, pero no puedo entretenerme en hacerle ver por las buenas que tiene que estarse quieta. Recupero la trazada y vuelvo a pisar el acelerador. Esa inesperada excursión al borde del barranco me ha hecho ver que ya

no queda demasiado para acabar de bajar. En un par de minutos deberíamos llegar a las afueras de Trapaga. Intento darme fuerzas con ese pensamiento. Sólo necesito mantenernos con vida un par de minutos más y después podré desmayarme y olvidarme de todo.

De repente, el coche de detrás empieza a darme las largas y a hacer sonar su claxon. No lo entiendo. ¿Qué es lo que quieren? ¿Me están pidiendo que pare? Mientras sigo derrapando en las curvas y luchando por no salirme de la carretera, intento encontrarle algo de sentido a todo esto:

1- Habré visto cientos de persecuciones en películas y juro que en ninguna de ellas el coche perseguidor le pide al de delante que, por favor, pare. Así que, o han enviado becarios de mafioso que no conocen bien los protocolos, o hay algo que se me escapa.
2- Como estoy seguro de que no nos persiguen becarios, tiene que haber una buena razón para que quieran que nos detengamos. Puede que se hayan dado cuenta de que vamos a conseguir escapar y que solamente conseguirán detenernos si nos fríen a tiros. El hecho de que no lo hagan me hace pensar que quizá nos quieran vivos.
3- Me corrijo inmediatamente: quieren viva a Zhilan. Yo sólo soy un estorbo, un accidente. Me volarían la cabeza en cuanto la asomase por la ventanilla.

Tengo el firme propósito de seguir estorbando todo lo posible, así que continuo bajando por la carretera. Me permito reducir un poco la velocidad, casi como si fuera un experimento. He acertado. Ellos también frenan, sin hacer el más mínimo amago de ir a embestirnos por detrás. Tienen miedo de hacerle daño a Zhilan. Seguramente esperarán a que terminemos de bajar para tratar de detenernos en un lugar más seguro.

Casi puedo ver la imagen en mi cabeza, como si ya hubiera ocurrido. En cuanto pisemos terreno firme, nos empotrarán contra el primer muro, se bajarán para apuntarnos con sus subfusiles y abrirán la puerta del copiloto para llevársela lejos de mí. Y ni siquiera me dará tiempo a echarla de menos. En cuanto la hayan sacado del coche, lo convertirán en un colador conmigo dentro. Tengo que hacer algo. Trato de pensar en alguna manera de escapar, pero el dolor de cabeza, la tensión y el puñetero pitido que continúa taladrándome el cerebro no me permiten concentrarme en nada. Y entonces la veo, una luz azulada, una esperanza de salvación… En la vida pensé que podría alegrarme tanto de ver un control de alcoholemia.

Enfilo directamente hacia ellos, a pesar de las protestas de Zhilan, que me ruega que no acuda a la policía. Comprendo que, como nieta de un magnate de la mafia, no les tenga mucho cariño, pero es nuestra única oportunidad. Freno al lado del coche de policía de manera brusca y abro la puerta del conductor. Veo como nuestros perseguidores paran durante un segundo unos metros por detrás antes de continuar camino por una calle lateral.

El alivio que siento es tan inmenso que consigue liberar el nudo que la angustia había provocado en mi estómago. Y con la angustia se libera mucho más. No es que eche hasta la primera papilla, es que vomito cosas de vidas anteriores. El policía que se había colocado a mi lado da muestra de unos reflejos sorprendentes y consigue salvar sus zapatos por milímetros.

Cuando termino de vomitar, elevo la mirada hacia el policía, tratando de poner cara de ciudadano ejemplar. Él no parece nada contento de verme. Me observa con el ceño fruncido mientras da golpecitos con su bolígrafo en la libreta de multas.

— Buenas noches— me dice con un tono que sugiere que no serán buenas en absoluto.

— Buenas noches, señor agente.

— ¿Ha bebido usted?— por su tono deduzco que para él es una pregunta retórica.

— Sólo he tomado unas cuantas cervezas, pero las he pedido sin alcohol— el policía trata de reprimir una sonrisa de incredulidad—. De todos modos, no estoy muy seguro de lo que me han servido. Me encuentro fatal y estoy mareado. ¿Podría hacerme un test de alcoholemia?

— ¿Quiere someterse a un test de alcoholemia voluntariamente?

— Claro. Si doy positivo, dejaré aquí el coche y volveremos a casa en taxi— me pongo en pie y trato de parecer una persona formal y responsable, aunque la ropa cubierta de barro y mi camisa manchada de vómito no ayudan—. Lo más importante es la seguridad.

Él continúa mirándome durante unos segundos, con la boca abierta. Después la cierra, se da la vuelta y camina hacia los coches de policía para hablar con sus compañeros. Seguramente seré la comidilla de comisaria en los próximos días: el imbécil borracho que se ofreció voluntario para pasar el control. Me da igual, ése es el menor de mis problemas. Mientras el policía vuelve, echo un vistazo a las calles adyacentes, tratando de descubrir el coche de mis perseguidores. No hay rastro de ellos. Seguramente han pensado que iba a denunciarles y han escapado.

El policía vuelve con el alcoholímetro y me explica cómo tengo que soplar. Sigo sus instrucciones al pie de la letra y en la pantalla aparece un flamante 0.0. El policía lo mira, incrédulo. Incluso le da un par de golpecitos, como si pensara que se ha estropeado.

— ¿Le importaría repetir el test?

— Por supuesto que no— espero a que vuelva a preparar el aparato y soplo de nuevo. La medición es idéntica. Trato de mostrarme sorprendido—. ¡Vaya, pues sí que eran sin alcohol! Entonces no entiendo por qué me encuentro tan mal. Debo de haber comido algo en mal estado.

El policía asiente, me dice que puedo marcharme y vuelve junto a sus compañeros, con la vista aún clavada en el alcoholímetro. Entro en el coche y arranco, metiéndome por la primera calle que va en dirección opuesta a la que tomaron mis perseguidores. Voy zigzagueando entre calles hasta estar seguro de haberlos perdido. Cuando estoy más tranquilo, giro la cabeza para mirar a Zhilan.

— No deberías haber hablado con la policía— me dice con la mirada fija en la carretera—. Podrías haberme metido en un lío.

— Mujer, comprendo que a tu gente no le guste que hables con la policía, pero era una emergencia. No te pasará nada, tu familia lo entenderá.

— Yo ya no tengo familia— susurra mientras las lágrimas vuelven a resbalar por sus mejillas.

No sé qué decir a eso, cómo consolarla cuando no hay consuelo posible. Me limito a seguir conduciendo, vigilando de vez en cuando si aparece un coche negro en el retrovisor, pero no hay rastro de ellos.

Cuando llegamos a mi casa, Zhilan se va directa a la ducha, sin decir nada. Sale llevando puesta una de mis camisetas y se mete en la cama. Sigo sin saber qué decirle. No sé si está triste, enfadada, asustada o todo a la vez. Entro en el baño y me doy una larga ducha caliente. Para cuando salgo, ella está de espaldas a mí. Su respiración es regular y profunda, así que debe estar durmiendo o fingiendo que lo hace. Sea como sea, creo que será mejor que esa noche la deje tranquila, así que me voy a la sala.

Miro por la ventana. Ya no llueve con fuerza, pero sigue cayendo un triste sirimiri. Escruto la calle, tratando de divisar a alguno de los gatos de la colonia de Coco, pero sólo veo el brillo de los charcos bajo la luz de las farolas y un par de transeúntes escondidos bajo sus paraguas. Al cabo de unos minutos me doy por vencido. Parece que esta noche no vendrán. Me siento más solo que en toda mi vida.

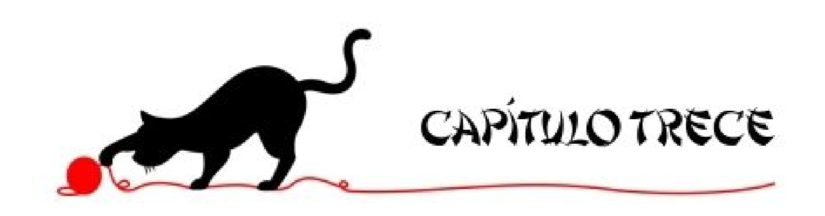
Dejo la ventana entreabierta y unos cuantos cuencos con comida húmeda, por si acaban apareciendo. Después me tumbo en el sofá y me tapo con una manta. Siento un frío glacial que me hace temblar, pero me niego a cerrar la ventana. Creo que el frío proviene de mi interior, de mi miedo, de mi angustia, de mi soledad… Ni todas las mantas del mundo podrían calentarme.

Enciendo la tele en el Canal 24 horas y la pantalla me muestra las imágenes de lo que queda de la casa del abuelo de Zhilan. Hay coches de policía por todas partes y un grupo de curiosos que observan la escena desde detrás de la cinta amarilla, seguramente esperando que su morbo se vea premiado con la salida de una bolsa negra con cadáver dentro. No tengo ganas de ver esto. Ya buscaré información mañana por la mañana. Además, dudo mucho que los de la tele puedan decirme algo que yo no sepa.

Busco un canal de teletienda. Anuncian un rotulador mágico capaz de arreglar cualquier arañazo de tu coche. Sonrío al pensar que deberían probarlo con el mío. No me ha dado tiempo a fijarme mucho, pero debe tener unas abolladuras terribles. No se me ocurre qué historia voy a contarles a los del seguro.

Los mensajes repetitivos del anuncio van adormilándome. No sé cuánto tiempo paso dormido antes de que un leve golpe sobre las piernas me saque del sueño. Me incorporo un poco y veo a la gatita blanca, acomodándose en mi regazo. Me saca una sonrisa. Por alguna extraña razón, tenerlos ahí me hace sentirme mucho menos solo. Entre las brumas del sueño me parece ver a Coco sentado frente a mí, observándome sin parpadear. Sigo sin ser un experto en fisonomía felina, pero me da la sensación de que está preocupado por mí. Eso también me reconforta y vuelvo a quedarme dormido.

Me despierto al amanecer, sintiéndome congelado. Los gatos ya no están, se han marchado dejando la ventana abierta de par en par. La cierro y recojo un poco para borrar las huellas de su paso. Cuando termino, sigo estando congelado. Incluso tiemblo y me castañetean los dientes. Abro un poco más la puerta del dormitorio y distingo el bulto de la figura de Zhilan debajo de las mantas. Su respiración es tan profunda que no creo que note que me meto en la cama con ella. Me tapo con las mantas y la abrazo. Ella protesta en sueños. Reconozco que es una putada ponerle los pies fríos cerca y que ahora mismo debo estar provocando que sueñe con un viaje a Siberia, pero la sensación de las mantas calientes sobre mi cuerpo es tan agradable que la culpabilidad desaparece, engullida por un sueño tranquilo.



Me despierto abrazado a Zhilan, sintiendo su cuerpo cálido apretado contra el mío. Por unos minutos, la abrazo desde detrás y vuelvo a quedarme adormilado, disfrutando de la sensación de su piel, de su respiración acompasada, del regalo de su presencia… Pienso que podría estar así para siempre, pero un rugido de mis tripas me indica que hay más necesidades que cubrir. Además, la opresión del trasero de Zhilan contra mi vejiga, que en un primer momento me ha resultado tan placentera, está empezando a resultar muy molesta.

Me aparto de ella cuidando de no despertarla. Ella gime en sueños y vuelve a dormir. Parece tranquila, incluso hay un atisbo de sonrisa en sus labios. Es mejor que descanse todo lo que pueda. Mientras esté soñando, no tendrá que enfrentarse a la realidad.

Voy al cuarto de baño con mi teléfono móvil en la mano para ver la hora. Son las doce y media del mediodía. Hemos dormido como campeones, aunque no me extraña en absoluto que nuestros cuerpos hayan querido desconectar todo el tiempo posible después de lo que pasamos ayer. De hecho, creo que lo mejor sería que hibernáramos hasta que esta pesadilla terminara.

Me ducho, me seco el pelo, me visto y me tomo un café cargado mientras veo las noticias. Hablan de siete muertos en la explosión de La Arboleda, todos de origen oriental. Rellenan un montón de tiempo de noticias para acabar diciendo que siguen sin saber nada. Me da la impresión de que la policía sigue tan perdida como el primer día. Me pregunto cuánto podría ayudarles si yo les llamase para contarles lo que sé, si eso podría hacer que todo esto terminase y que estuviésemos a salvo. Descarto la idea de inmediato. Zhilan jamás me perdonaría que dijese algo que pudiese afectar a su familia, si es que le queda alguna.

Paso las dos siguientes horas ordenando un poco la casa, poniendo la lavadora con la ropa que usamos ayer (o lo que queda

de ella) y escuchando música a un volumen bajo, tratando de no pensar. Después, preparo algo de comer y me siento en el sofá, viendo un programa sobre construcciones, mientras espero a que ella se levante. Cuando dan las tres de la tarde, me empiezo a preocupar. Zhilan suele estar levantada mucho antes que yo.

Me dirijo a la habitación y, sin encender la luz, la llamo entre susurros. Ella suelta un suave gruñido de protesta y se remueve en la cama para taparse la cabeza con las sábanas. Me acerco a ella y me siento en el borde de la cama, a su lado.

— Zhilan, tienes que levantarte— me doy cuenta de que le estoy hablando en el mismo tono con el que hablaría a una niña que no quiere ir al colegio—. La comida ya está preparada.

— No quiero comer.

Su voz me llega amortiguada por las sábanas, pero, aún así, me da la impresión de que está llorando. Tiro con suavidad de la ropa de cama, hasta que su cabeza aparece. Incluso a la débil luz que entra por las rendijas de la persiana, me doy cuenta de que tiene la cara hinchada y los ojos enrojecidos. Yo pensaba que estaba durmiendo y debe llevar horas llorando. No sé por qué, pero me siento culpable por no haberme dado cuenta.

— No puedes quedarte aquí llorando— le insisto—. Tienes que levantarte. Ve a darte una buena ducha y yo te estaré esperando con la comida preparada. Después hablaremos y trataremos de encontrar una solución a todo esto.

Ella me clava sus ojos inmensos y asiente. Se levanta sin protestar y se va al cuarto de baño. Mientras escucho como cae el agua, me pregunto de qué vamos a hablar, qué solución vamos a encontrar… Espero que no confíe demasiado en mí. En los últimos días he demostrado unas capacidades increíbles para esquivar balas y escapar de situaciones mortales, pero me temo que mis superpoderes llegan hasta ahí. Sé huir como el mejor, pero, si se trata de enfrentarse a ejércitos de matones armados, creo que no tengo nada que ofrecer.

Al cabo de un rato, ella sale del cuarto de baño llevando una de mis sudaderas. Se ha sujetado el pelo en dos largas trenzas que cuelgan sobre sus hombros. Sus ojos siguen brillantes y sus labios están hinchados por el llanto. No puedo dejar de pensar en lo bonita que está, mientras mantengo una enconada discusión con mi pene acerca de que no es el mejor momento para que él se manifieste.

Comemos en silencio. Sólo algún sollozo entrecortado de Zhilan lo interrumpe. Cuando terminamos de comer, la llevo de la mano hasta el sofá y hago que se recueste sobre mi pecho mientras la

abrazo.

— Todo se arreglará, tranquila— le susurro en cuanto noto que vuelve a llorar.

Ella se separa de inmediato de mí, se sienta en el asiento de al lado y se me encara, con los ojos empañados por la rabia.

— ¿Cómo se va a arreglar?— me pregunta, furiosa—. ¿Vas a arreglarlo tú?

Vaya, esperaba que tardara más en darse cuenta de mi inutilidad. Esto me pasa por ir de héroe. Estiro despacio un brazo hacia ella y agarro su mano, esperando que no vuelva a rechazarme.

— Tiene que haber algo que podamos hacer— digo, intentando tranquilizarla—. Podríamos hablar con la policía.

— Sabes que eso está totalmente descartado.

— No hay por qué descartarlo de buenas a primeras— ella va a volver a protestar, pero yo le muestro las palmas de las manos, pidiéndole que se detenga y me deje explicarme—. Zhilan, estás en peligro de muerte. Ya hemos estado metidos en dos tiroteos y en un atentado con bomba. ¿Qué más necesitas para darte cuenta de que no podemos parar esto nosotros solos?

— Es imposible. Mi familia no me lo perdonaría nunca— insiste ella.

— Ayer dijiste que ya no te quedaba familia…

— No esa familia… “La familia”, ya sabes— ella me mira como si yo fuera tonto, hasta que recuerdo las películas del padrino y entiendo lo que quiere decirme.

— Pues a ver qué hacemos, porque cada vez que sales de casa nos fríen a tiros… Hasta ahora hemos tenido muchísima suerte para escapar, pero no creo que nos vaya a durar mucho más.

— Lo sé— Zhilan desvía la mirada y la clava en la pantalla apagada del televisor—. Si quieres que me marche, lo comprenderé. No tengo derecho a seguir poniéndote en peligro.

— Yo no quiero que te marches. Lo que quiero es arreglar esto.

— Pero esto no es asunto tuyo— protesta ella.

— Por supuesto que es asunto mío. Todo lo que te suceda es asunto mío.

Ella me mira fijamente, como si no pudiera creerse lo mucho que me importa. Yo sonrío y aprieto su mano, tratando de transmitirle con ese gesto que siempre estaré a su lado.

— No voy a dejarte sola. Que te quedes o te vayas no es el tema de esta discusión— ella me devuelve la sonrisa, más tranquila—. Lo que debemos discutir es cómo conseguir que dejen de perseguirnos

y de tratar de matarnos. Y si eso incluye llamar a la policía, quizá deberíamos hacerlo.

— No, eso es imposible. Lo que tengo que hacer es contactar con mi familia y reunirme con ellos…

—… sin que los maten antes de que puedas saludarlos— sé que mi comentario es cruel, pero se me escapa antes de poder pensarlo. Ella vuelve a bajar la mirada y una lágrima solitaria se desliza por su mejilla—. Lo siento, Zhilan. Soy un burro, pero tienes que reconocer que esto es una locura. Cada vez que quedamos con alguien de tu familia, ellos ya están allí, esperándonos. Es casi como si supieran adónde vamos.

Tras decir esas palabras, me quedo boquiabierto, como si acabara de tener una revelación. ¿Cómo he sido tan tonto como para no darme cuenta antes? Las dos reuniones de Zhilan con su familia han sido dos emboscadas. Sabían perfectamente con quién nos reuniríamos y dónde. Así que eso sólo nos deja tres opciones:

1- Mi teléfono está pinchado: Descarto esta opción de inmediato. Para pinchar mi teléfono, tendrían que saber quién soy y, si supieran quién soy, sabrían dónde vivo y, si supieran dónde vivo, hace tiempo que estaríamos muertos.

2- Los malos tienen poderes extrasensoriales: Ésta no la descarto tan rápido, no después de saber que el abuelo de Zhilan era un poderoso brujo y de estar sufriendo en mis propias carnes el último de sus hechizos. Sin embargo, si tuvieran poderes, también podrían saber dónde nos ocultamos.

3- Los Deng tienen un topo en casa de Zhilan, alguien que les informa de todos nuestros movimientos cada vez que ella llama.

Zhilan se ha quedado en silencio, esperando a que diga algo. Dudo unos segundos. Después de todo lo que le está pasando, lo último que necesita es enterarse de que alguien a quien conoce bien, alguien en quien confía, está conspirando para matarla a ella y a toda su familia. Sin embargo, tengo que decírselo. Es su vida la que está en juego.

— Zhilan, escucha— le tomo las dos manos y resoplo antes de seguir hablando—. Creo que hay un traidor en tu casa, alguien que está informando a los Deng de todos tus movimientos.

— ¡Eso es imposible!— protesta ella—. Todas las personas de la familia han demostrado su fidelidad durante años.

— Pues alguien se ha cambiado de bando en los últimos tiempos. Piénsalo un momento: sabían que habías quedado con tu

padre en el Guggenheim, sabían que te encontrarías con tu hermano en la casa secreta de tu abuelo con tiempo suficiente como para poner una bomba…

— Sí, y sabían por dónde iba a pasear mi abuelo solo para poder encontrarle sin escolta y asesinarlo— dice ella con los ojos brillantes.

— Sí, eso también…

Lo sé, soy un cobarde, pero no me parece el mejor momento para contradecirla. Lo importante ahora es ponerla a salvo. Ya me sinceraré cuando sea un buen momento, si es que hay un buen momento para decirle a la chica que te gusta que te cargaste a su abuelo por accidente. Ella se levanta del sofá y se pone a pasear por la sala, como un animal enjaulado.

— ¿Hay alguien en tu casa en quien no confíes?— ella piensa durante unos segundos antes de negar con la cabeza—. Intenta recordar a todas las personas con las que has hablado en los últimos días.

— Eso es fácil. Siempre he hablado con la misma persona.

— ¿Ese amigo de la familia?

— Sí, bueno… No es un amigo de la familia exactamente… Es como mi tío.

— Necesito que te expliques un poco más— le señalo el sofá para invitarla a tomar asiento de nuevo.

— Es una historia un poco larga…— me dice ella, dudando.

— Tenemos todo el tiempo del mundo. ¿Quieres un café?

— Mejor un té— contesta ella.

Me levanto y voy a la cocina. Ella me espera, perdida en sus pensamientos. Veo que niega con la cabeza, como si no pudiera creerse que alguien tan cercano pudiera haberles traicionado. Sé que esto tiene que ser difícil para ella, pero lo importante es que deje de ponerse en peligro. Ya la consolaré después. Vuelvo con las bebidas y me siento frente a ella en silencio, esperando que empiece a hablar.

— Según me contaron, mi abuelo nació en el seno de una rica familia— me sorprendo al escuchar esas palabras. ¿Tanto tiene que remontarse? Pues sí que va a ser una historia muy larga—. Eran los señores de la región y la gente los amaba y los respetaba. Él creció rodeado de todos los cuidados y honores, como correspondía al heredero de la casa. Sin embargo, ya desde joven demostró que tenía un carácter rebelde y alejado de las antiguas tradiciones.

— ¿Qué hizo?— le pregunto interesado—. ¿Decidió que quería repartir su fortuna entre los pobres?

— No, tonto… A mi bisabuelo le habría dado un infarto si su hijo hubiese sido un comunista— contesta ella, espantada—. Aunque el disgusto que se llevó no fue mucho menor. Mi padre se presentó ante él diciéndole que estaba enamorado de una chica del servicio y que quería casarse con ella.

— Casi puedo imaginarme la cara de tu bisabuelo— le digo, sonriendo—. Me extraña que tu linaje no se extinguiese en aquel mismo momento.

— Y a mí, dicen que mi bisabuelo tenía un carácter terrible— responde ella, devolviéndome la sonrisa—. Sin embargo, en aquella ocasión se dio cuenta de que sólo estaba tratando con un adolescente atontado por su primer amor y lo apartó de la chica llevándoselo de viaje de negocios por toda la región, visitando de paso los mejores burdeles para que el chico aprendiera algo más sobre las mujeres.

— No me puedo imaginar algo más anti-erótico que irme de putas con mi padre— la interrumpo, sintiendo un escalofrío al pensar en mi frío padre señalándome a un montón de señoritas en ropa interior y diciéndome algo así como “Señor Varela, proceda”.

— Bueno, eran otros tiempos, supongo— Zhilan se encoge de hombros—. El caso es que, cuando regresaron del viaje, su padre le preguntó si había reflexionado, a lo que mi abuelo le respondió que seguía amando a la muchacha.

— Y ahí es cuando le echó de su casa y tu abuelo tuvo que comenzar una esforzada vida de penurias hasta convertirse en un hombre de éxito por sí mismo.

— ¿Quieres dejar de interrumpirme? ¿Quién está contando la historia?— Zhilan hace un mohín de enfado y yo agacho la cabeza, disculpándome—. Además, no fue así. Has visto demasiadas películas. Mi bisabuelo le explicó que ya tenían su matrimonio arreglado con una joven de una importante familia y que deshacer el compromiso significaría un grave daño para su honor, pero que tampoco tenía por qué renunciar a su amor por aquella chica, ya que podía mantenerla a su lado como concubina.

— ¿Y él aceptó?

— Sí, en aquella época era muy normal entre las clases ricas en China. Mi abuelo habló con su amada y ella estuvo de acuerdo, ya que no quería separarse de su lado— Zhilan deja de hablar durante unos segundos, como si quisiera darle suspense a la narración—. Y entonces llegó el día de la boda...

—… y cuando él vio lo fea que era la novia, agarró a su amada y ambos huyeron muy lejos y fueron felices para siempre.

— ¿Puedes dejar de hacer eso?— Zhilan agarra uno de los cojines del sofá y me lo tira a la cabeza—. La novia era mi abuela y no era fea en absoluto.

— No podía serlo si compartís los mismos genes— me disculpo, haciendo una reverencia.

— A ver si consigues estar callado unos segundos. Terminaré enseguida la historia— ella espera a que yo me pase los dedos sobre los labios, fingiendo que cierro una cremallera, antes de continuar —. La novia era tan hermosa, tan dulce y encantadora que, en cuanto mi abuelo la vio, quedó totalmente enamorado de ella. Se casaron y fueron muy felices durante unos meses, pero mi abuelo, a pesar de amar con locura a su joven esposa, no quiso prescindir de su amante, a la que continuaba viendo en secreto.

— Menudo pájaro era tu abuelo— Zhilan me mira enfadada y yo vuelvo a cerrar la boca.

— Un día, una de las criadas de mi abuela no pudo aguantar más el secreto y le contó que su marido mantenía a una amante dentro de la casa y que la joven estaba embarazada.

— No me quiero imaginar el pollo que le tuvo que montar.

— En aquella época las mujeres no montaban pollos a sus maridos— me explica ella, riendo—. Las mujeres eran poco más que posesiones. Si mi abuela se hubiera enfrentado a él, habría llevado las de perder.

— ¿Y entonces qué hizo?

— Enfermó de melancolía. Se encerró en su habitación y se negó a hablar con nadie. Ni siquiera comía. Sólo lloraba, miraba por la ventana y suspiraba… En un primer momento mi abuelo no le hizo caso, pensando que se le pasaría, pero, después de unas semanas, los médicos le avisaron de que su salud estaba empeorando gravemente y que, si continuaba así, moriría en poco tiempo.

— ¡Qué lánguido y oriental!— Zhilan vuelve a lanzarme una mirada enfadada—. Ya sé que es la historia de tu familia y que es muy bonito y muy romántico, pero, ¿en serio crees que tu abuela se habría muerto de amor?

— Así lo creo, y así lo creyó mi abuelo— continúa ella—. Fue a verla a su habitación y cuando la vio, tan pálida y delgada como un espectro, se postró a sus pies y le suplicó que le perdonara y que se salvara. Ella, con la voz muy débil, le dijo que no quería vivir con un amor a medias y que, si quería mantenerla a su lado, debía echar de su vida a la otra mujer y no volver a verla nunca.

Me da la impresión de que aquella mujer era una bruja histérica y manipuladora, pero paso de decirle esas cosas a Zhilan sobre su

adorada abuela, así que me limito a beber un trago de café y a asentir para que continúe su historia.

— Él se lo prometió y fue a hablar con su amante para explicarle la situación. Ella lloró mucho y le suplicó que no la echara de su lado. Llevaba toda su vida viviendo en aquella casa y no sabía dónde ir, estando además embarazada. Mi abuelo le buscó una casa en la que pudiera servir y le dio algo de dinero, prometiéndole que nunca les faltaría nada ni a ella ni al niño— Zhilan me mira un momento a los ojos, dudando—. Supongo que no sabes mucho de la historia de China, ¿verdad?

— No mucho— contesto, encogiéndome de hombros.

— Bueno, durante muchos años había habido una guerra entre el bando comunista y el bando nacional. Tuvieron que dejar de pelear para enfrentarse a los japoneses en la segunda guerra mundial, pero, cuando terminó, volvieron las hostilidades y el bando comunista ganó— me explica ella—. Mi familia tuvo que huir a Taiwan, junto a otros dos millones de refugiados y mi abuelo no pudo contactar con su antigua amante antes de marchar y le perdió la pista para siempre.

— ¿Nunca más supo de ella?

— No supo nada durante mucho tiempo, hasta que hace unos pocos años mi abuela murió. Mi abuelo ya llevaba mucho tiempo afincado en España, había vivido una vida plena con su familia, los negocios le iban bien… Pero nunca había podido olvidar a aquel primer amor de juventud y a aquel hijo perdido, así que ordenó que se les buscara. Muchos meses después le informaron de que la mujer había muerto y de que su hijo era un pobre campesino.

— ¿Y qué hizo?— le pregunto, interesado.

— Voló a China de inmediato para reunirse con él y pedirle perdón. Después lo arregló todo para que su hijo pudiese venir a España y vivir con él, para tratar de recuperar todos esos años perdidos. Le enseñó todo lo necesario para que pudiese ayudarle a llevar sus negocios y le convirtió en su mano derecha— Zhilan le da un largo trago a su té y deja la taza vacía sobre la mesa—. Y ese hombre es el amigo de la familia del que te hablé.

— Vale, entiendo…— trato de ordenar todos los datos en mi cabeza antes de preguntar—. ¿No crees que él puede estar detrás de todo lo que está pasando?

— No, es imposible— Zhilan niega, agitando la cabeza varias veces—. Mi abuelo le buscó, le dio una educación y una nueva vida, le sacó de la miseria para convertirlo en su hombre de confianza… ¿Cómo iba a traicionarlo después de eso?

— Bueno, tu abuelo también es el que echó a la calle a su madre, estando embarazada, el que nunca se preocupó de él, el que los dejó atrás en un país en guerra… Si yo fuera él, no le tendría mucho cariño, ni a él ni a vosotros. Sois la familia por la que su padre abandonó a su madre. Casi estaría deseando que se muriese para llevarme mi parte de la herencia y dejar de veros para siempre.

— Pero es que él no va a heredar nada— me contradice Zhilan.

— ¿Cómo que no? ¿Tu abuelo no lo reconoció como hijo legítimo?

— Por supuesto que no. Ese hombre es mayor que mi padre. Reconocerlo como hijo habría supuesto convertirlo en el heredero de todo su imperio.

Me quedo mirando a Zhilan, esperando que ella misma ate cabos, pero me sigue mirando como si no comprendiera nada.

— Zhilan, si ese hombre consiguiera demostrar que es el hijo legítimo de tu abuelo, ¿cuánta gente tendría en la línea sucesoria antes que él?

— Bueno, estábamos mi padre, mi hermano y yo…

Tras decir esas palabras, se queda muda, con la boca y los ojos muy abiertos. Parece que por fin ha visto la luz. Yo cojo su mano y se la aprieto, tratando de infundirle ánimos.

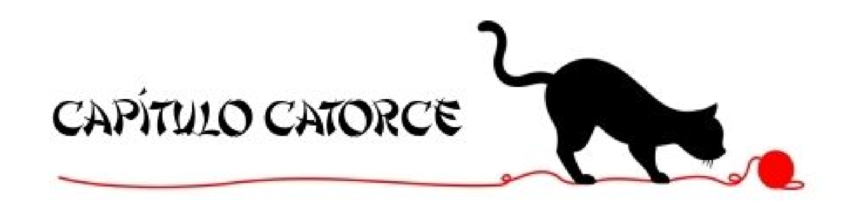
— Nos ha estado cazando, eliminándonos una tras otro. Ha traicionado a la familia uniéndose a nuestros enemigos para despejar el camino hacia lo que considera suyo— me mira con los ojos llorosos y el cuerpo temblando como una hoja—. Y yo le he estado ayudando con mis llamadas, diciéndole dónde podría encontrarnos.

— Tú no podías saberlo, no tienes la culpa de nada— le susurro, tratando de tranquilizarla—. Ahora que sabemos quién es el responsable de todo esto, hay que buscar una solución. ¿Aún te parece tan descabellado llamar a la policía?

— Ahora no puedo decidir nada— Zhilan se suelta de mi mano y se cubre la cara, mientras solloza desesperada—. Dame tiempo, por favor.

— Tienes todo el tiempo que necesites.

Ella se levanta del sofá, corre hasta la habitación y cierra tras de sí. Me acerco a la puerta y escucho su llanto desconsolado. Creo que será mejor que la deje sola, aunque espero que no tarde en reaccionar. Ya sé que le he dicho que tendrá todo el tiempo que quiera para decidir, pero me da la impresión de que eso es una gran mentira. Ya sólo queda ella, es el último obstáculo. El tiempo se nos acaba.



Zhilan sale de la habitación una hora después. Ha dejado de llorar y parece más serena. Me dirige una sonrisa tímida que parece una disculpa. Yo le devuelvo una sonrisa sincera y la invito a sentarse a mi lado.

— ¿Has pensado ya en lo que quieres hacer?— le pregunto.

— Sí, ya lo he decidido. Si lo único que quiere es heredar el imperio de mi abuelo, se lo cederé.

— ¿Cómo vas a hacer eso? No es justo, te pertenece.

— Me pertenece, pero no lo quiero— ella parece muy segura, como si lo hubiera meditado desde todos los puntos de vista—. Lo único que quiero es vivir. Si dándole lo que quiere nos deja tranquilos, firmaré mi renuncia a la herencia.

— Pero no tendrás nada, te quedarás sin ningún sitio al que ir.

— Lo sé, pero ya saldré adelante— ella me mira con los ojos de un cachorro abandonado—. ¿Me seguirías dando refugio hasta que consiga un trabajo y algún sitio para vivir?

— Te seguiré dando refugio todo el tiempo que quieras.

Ella asiente, agradecida, y yo la abrazo con fuerza y dejo que recueste la cabeza en mi pecho. Espero que no note los alocados latidos de mi corazón, que repica como una campana en un día de fiesta. Sé que debería enfadarme porque ella va a perder todo lo que tiene y le pertenece por derecho, pero me siento feliz. Va a quedarse conmigo, no voy a perderla. Y dejará de ser una princesa inaccesible para convertirse en una chica normal, alguien con quien tendré posibilidades en el mundo real. Me siento un poco miserable por alegrarme, pero el tacto de su pelo bajo mis manos y su cuerpo apretado contra el mío hacen que olvide esa sensación en segundos.

— ¿Me dejas el móvil?— me pregunta al cabo de unos minutos —. Tengo que llamarle para decírselo.

— ¿Y cómo piensas entregarle el documento? ¿Confías en que lo aceptará y te dejará marchar sin más?

— Eso espero— ella intenta parecer segura, pero veo el miedo en sus ojos.

— Yo no me fiaría de él. Le gusta demasiado preparar emboscadas— me quedo unos segundos en silencio, pensando—. Cuando hables con él, dile que sólo le entregarás el documento si acude solo. Dile que vaya mañana a las cinco en su coche a Portugalete, cerca del Puente Colgante, y que espere instrucciones.

— ¿Qué piensas hacer?— ella enarca una ceja, curiosa.

— Asegurarme de que no va a prepararnos una sorpresa. Y de paso marearle un poco— aprieto su mano, tratando de transmitirle seguridad—. Conozco un sitio público y abierto en el que no nos pasará nada. Llámale.

Ella coge mi móvil y le llama. Pocos segundos después comienza a hablar en chino. Trato de controlarme mirando por la ventana. Al otro lado de esa línea de teléfono está el hombre que ha intentado matarnos varias veces, que ha asesinado a la familia de Zhilan, que le ha causado más daño que nadie en el mundo y que va a arrebatarle todo lo que tiene. Me encantaría arrancarle el teléfono a Zhilan de las manos y gritarle cuatro cosas, pero sé que es una chiquillada y que sólo empeoraría la situación. No estoy en posición de comportarme como un machito dominante, ni de cumplir las amenazas que pudiera hacerle a ese tipejo. La decisión más razonable es la que ha tomado Zhilan y mi papel es ayudarla a terminar con todo esto y seguir con vida.

Cuando termina de hablar, me devuelve el móvil y se sienta a mi lado, con la mirada perdida. Yo la dejo tranquila durante unos segundos, pero, como no reacciona, pongo una mano sobre su rodilla, haciendo que ella vuelva la cabeza hacia mí.

— ¿Estás bien?

— Ha sido duro hablar con él, acusarle de ser el culpable de lo que está pasando y que él no lo niegue, saber que en lugar de recibir un castigo, va a acabar consiguiendo lo que quiere— se le quiebra la voz—. Me gustaría vengarme de todo el daño que nos ha hecho, pero no soy lo bastante fuerte y tengo miedo…

Me gustaría decirle que no se torture, que la vida acaba haciendo justicia y dando a cada uno el castigo que se merece, pero sé que todo eso sólo son chorradas sin sentido. La justicia sólo existe en las películas. Demasiado a menudo los hijos de puta consiguen lo que quieren haciendo daño a personas inocentes. No se puede luchar contra eso.

La abrazo durante un rato hasta que parece más calmada. Después le ofrezco sacrificarme a ver otra de sus espantosas

películas de terror oriental para que se entretenga un rato y ella acepta. Me paso la siguiente hora y media acojonado, mientras comemos palomitas de microondas y nos tomamos unas cervezas. Ella se achucha contra mí, grita como una posesa hasta destrozarme los tímpanos y me aprieta la mano hasta hacerme daño cada vez que hay un susto en la pantalla, pero creo que es su extraña manera de disfrutar del cine, así que no me quejo.

Cuando la película termina y encendemos de nuevo las luces, ella parece tranquila y feliz. Da la impresión de que, al menos durante hora y media, he conseguido que se olvide del infierno en el que está viviendo. Me sonríe y me toma las manos:

— Bueno, ¿y ahora vas a contarme tu plan para mañana?

— Mañana vamos a ir a comer a casa de mis padres, en Las Arenas— ella abre mucho los ojos, sorprendida—. Hay una playa cercana, lo bastante amplia para que le veamos acercarse de lejos y lo bastante concurrida como para que no pueda hacernos nada.

— Nos han atacado en plena explanada del Guggenheim. No hay nada más concurrido que eso— me contradice ella.

— Lo sé, pero le esperaremos escondidos fuera y no nos acercaremos hasta estar seguros de que está solo— trato de parecer convincente. Necesito que ella confíe en mi plan—. Él lo sabrá, así que, si realmente quiere ese papel que vas a entregarle, no tendrá más remedio que hacerlo a nuestra manera.

— No puedo creerme que esto vaya a acabar— ella me sonríe y me da un beso en la mejilla—. Para agradecértelo, esta noche prepararé una cena especial.

— No es necesario. Me encanta ayudarte.

— Sí es necesario— insiste ella—. ¿Me dejas otra vez tu móvil?

— ¿Para qué?— le pregunto mientras se lo paso.

— Para pedir comida china.

— ¿Esa es tu manera de preparar una cena especial?— le pregunto, riendo—. Vaya cara más dura.

— Lo especial no será la cena en sí, sino el postre— se lleva el móvil a la oreja y me guiña un ojo mientras me lanza una sonrisa seductora.

Yo tengo ganas de decirle que cuelgue y que pasemos al postre directamente. Después de todo, estoy a reventar de palomitas y cerveza. Pero ella parece ilusionada, así que le dejo hacer. Tras hablar unos minutos en chino por teléfono, se dedica a dar vueltas por toda la casa, buscando velas, bajando las luces, seleccionando música ambiental, e insistiéndome una y otra vez en que deje de seguirla como un moscón y vaya a ponerme guapo. La dejo hacer y

me marcho a la habitación para rebuscar en mi armario. No me apetece ponerme traje y corbata para una cena en casa. Ese tipo de ropa me recuerda a la faceta de mi vida que más odio, mi trabajo, así que escojo unos vaqueros claros y una camisa azul. Espero que sirva.

Salgo de la habitación, me coloco frente a ella y giro sobre mí mismo, esperando su aprobación. Ella asiente, sonríe y entra en la habitación para prepararse. Yo la espero sentado en el salón, asombrando del ambiente que ha sabido darle al lugar con cuatro detalles y preguntándome de dónde han salido las velas y los quemadores de esencias. Juraría que jamás he comprado nada de esto. Supongo que será cosa de mi madre.

En ese momento suena el timbre y voy a abrir. Una mujer china está en la puerta, llevando dos bolsas. Se me queda mirando como si se sorprendiera de verme y, a pesar de que tiendo las manos para que me entregue las bolsas, continúa paralizada. Zhilan aparece corriendo, llevando puesto mi albornoz. Cuando la mujer de la puerta la ve, sonríe mucho más relajada y le pasa la comida.

— Puedo llevarlas yo— me ofrezco.

— No, tú encárgate de pagarle— me dice Zhilan, mientras lleva las bolsas a la cocina.

Pago a la mujer, pensando si debería comentarle a Zhilan que pedir comida preparada y hacer que el otro la pague es la manera más cutre del universo de preparar una cena especial para alguien, pero se la ve tan ilusionada que prefiero no decir nada. Tras cerrar la puerta, me acerco a la cocina para ver qué ha pedido. Las dos bolsas están repletas. Hay un montón de paquetes envueltos en papel de plata, boles pequeños rebosantes de comida, un enorme bol de ensalada…

— ¿Vas a invitar a los vecinos?— le pregunto—. Ahí hay comida para seis personas.

— Es que no sabía seguro qué era lo que te iba a gustar, así que he pedido un poco de todo— ella me sonríe mientras se encoge de hombros—. Y ahora vete, no quiero que veas lo que hay. Es una sorpresa.

— No vas a poder sorprenderme. Sé exactamente lo que hay ahí: la carta completa de cualquier restaurante chino— ella se ríe, sale de detrás de la barra y me empuja para que me marche—. ¿Dónde quieres que me vaya? Esto es un apartamento, no hay intimidad.

— Métete un rato en la habitación o vete al baño— insiste ella mientras me sigue empujando.

Yo la agarro por la cintura, la atraigo hacia mí y la beso. Ella

aprieta su cuerpo contra el mío, haciendo que todos mis sentidos se disparen, antes de colocar las manos sobre mi pecho para volver a empujarme hacia la habitación. Yo me dejo llevar, negándome a soltarla, pero ella consigue separarse de mis labios.

— Espera, no me dejes aquí— le suplico antes de que cierre la puerta de la habitación—. Lo del postre me parece una gran idea, pero, ¿no podríamos tomar antes un aperitivo?

— No, tendrás que esperar— ella se ríe ante mi cara de pena—. Valdrá la pena.

Me cierra la puerta en las narices. Me siento en la cama y espero pacientemente. Pocos minutos después ella vuelve a entrar. Me mira divertida mientras se suelta el cinturón del albornoz.

— Ahora tienes que volver a salir. Tengo que terminar de prepararme.

— Esto no me parece justo en absoluto— protesto—. Me tienes esclavizado en mi propia casa.

Ella vuelve a reírse, me coge de la mano y me guía de nuevo hacia la puerta. Yo sigo protestando como un crío, pero sólo consigo que se siga riendo. Cuando ya estoy en la sala, antes de cerrar la puerta, ella me dirige una sonrisa traviesa.

— Ya te he dicho que no habría aperitivo, pero te voy a dejar echar un vistazo a la carta de postres— deja caer el albornoz a sus pies antes de cerrar la puerta.

Yo me quedo parado frente a la puerta con la boca abierta, como un tonto. La pequeña parte de mi cerebro que no ha sido dominada por mi pene, me ordena a gritos que recupere la dignidad, pero creo que es muy tarde para eso. En estos momentos, me arrodillaría ante ella suplicándole que me dejase tocarla y ella lo sabe.

Me siento a la mesa y me sirvo una copa de vino. A pesar de que hace años que dejé de fumar, en estos momentos mataría por un cigarrillo. Pocos minutos después, Zhilan abre la puerta de la habitación. Lleva puesta la parte de arriba de su uniforme del restaurante, que le queda justo a ras de culo, y las botas de tacón alto que le compré. Trato de escuchar a la parte cuerda de mi cerebro para no tumbarla directamente sobre la mesa y hacerle el amor ahí mismo. Ella se da cuenta de mi reacción ante su aspecto, porque baja la mirada y se sonroja. Dios, no se puede imaginar cómo me pone esa mezcla de niña recatada y puta de lujo…

Zhilan empieza a poner platos sobre la mesa y, a pesar de que pensaba que no iba a ser capaz de comer nada, mi organismo decide sublimar mis ganas de sexo hacia la comida. Está todo buenísimo. Debe ser que, si pides en chino, la calidad de lo que te

traen es mejor. Comemos rollitos de primavera y de Vietnam, triángulos rellenos de carne al curry, arroz con gambas, tallarines con ternera, chop-suey de pollo, ternera con salsa de ostras… A pesar de que trato de comer sólo un poquito de cada, acabo de comida hasta las orejas. Cuando termino, me doy cuenta de que Zhilan ha olvidado sacar la ensalada, pero me alegro de ello. Si me metiera una sola hoja de lechuga al cuerpo, creo que mi estómago daría volquete.

Me siento tan lleno que creo que no podría moverme aunque el edificio comenzara a derrumbarse, pero, en ese momento, Zhilan se levanta y me da la mano mientras me lanza una sonrisa seductora, invitándome a seguirla a la habitación. Me levanto, ignorando la pesadez del estómago. El amor también es esto, hay que hacer sacrificios.

Me despierto intranquilo, con la incómoda sensación de haber olvidado algo importante. Me paso unos minutos con la mirada clavada en el techo de la habitación, sintiendo a mi lado la relajada y profunda respiración de Zhilan. Entonces me doy cuenta: los gatos. Anoche no me acordé de salir a recibirlos ni de dejar la ventana abierta para ellos.

Me levanto, me pongo los vaqueros y entro en la sala. El cielo ya ha clareado, ha debido de amanecer hace un rato. Miro por la ventana. Aunque ahora mismo no llueve, las calles están mojadas y llenas de charcos. Ya sé que no son responsabilidad mía y que saben cuidarse solos, pero me siento muy mal por mi descuido. Espero que todos estén bien y que no se hayan mojado demasiado.

Cuando calculo que ya es una hora decente para hablar por teléfono, llamo a mi madre para avisarle de que iré a comer y llevaré a una chica. Mi madre se muestra encantada, pero trata de someterme a un tercer grado: de qué la conozco, qué ha estudiado, qué sé de su familia, en qué trabaja… Como no puedo contarle que la conocí en un tiroteo, que su familia controla la mayoría de los negocios sucios del norte de España y que la adrenalina y el miedo a morir nos ha unido mucho, le digo que ya le daremos más detalles cuando nos veamos y cuelgo con la excusa de que estoy muy ocupado.

Me paso las siguientes dos horas recogiendo un poco y desayunando frente a la tele, hasta que Zhilan se levanta. Según la veo aparecer por la puerta, me lanzo a abrazarla. Ella me recibe con una sonrisa y un beso, y eso hace que el sol parezca brillar más y que mi hasta ahora anodino día se convierta en un regalo.

— ¿Sigue en pie tu plan de ir a visitar a tus padres?— me pregunta.

— Sí, quiero que te conozcan— ella no parece muy entusiasmada con la idea—. Tranquila, será algo informal. Te presentaré como a una amiga, nada de que somos novios…

— ¿Y eso? ¿Te avergüenzas de mí?— ella hace un mohín tan encantador con los labios que tengo que besarla de nuevo.

— Estoy intentando salvarte. Si le digo a mi madre que somos novios, tendrás el banquete de boda preparado para la semana que viene— ella se ríe y niega con la cabeza—. No te lo creas si no quieres, pero está desesperada por casar a su único hijo.

— ¿Y si no les gusto?— me pregunta, preocupada.

— Les encantarás. El único problema que tendremos es que, entre la sobreprotección de mi madre y la obsesión por hacer las cosas bien de mi padre, no saldrás de esa casa sin haber firmado un compromiso por triplicado de que cuidarás de mí y te casarás conmigo.

— No creo que sea para tanto…

— Piensa lo que quieras— le digo, encogiéndome de hombros—. Yo ya te he avisado.

Le paso a Zhilan la ropa que le lavé ayer y que, gracias a Dios, ya está seca. Ella le echa un vistazo y extiende su camisa para que pueda verla. Le faltan la mitad de los botones y tiene varios desgarrones.

— Si quieres puedo ponerme esto, pero espero que le expliques a tu madre lo que pasó.

Yo noto que enrojezco y que todas mis hormonas se despiertan al recordar la escena. Sin decirle nada, entro en mi cuarto y rebusco en el armario hasta encontrar una camiseta víctima de mis primeros días viviendo solo. Encogió tanto que me resulta imposible ponérmela, pero me hizo gracia y la guardé en lugar de tirarla.

— Toma, espero que te quede bien.

Ella sonríe y se va al baño para prepararse. Me quedo parado delante del armario, pensando qué ponerme. Tengo que llevar la gorra para que mi madre no se pase toda la comida mirándome la herida y comprobando minuto tras minuto que no se infecta, pero no puedo ponerme traje y corbata con eso. Después de dudarlo unos segundos más, escojo una sudadera y unos vaqueros claros. Cuando estoy vestido, me pongo la gorra y, aprovechando que hoy el cielo está azul, me planto las gafas de sol. Parezco un rapero. Mi padre lo va a odiar. En lugar de preocuparme por ello, se me escapa una risilla. Me divierte la idea de amargarle la comida.

Media hora después, ya estamos preparados para salir. Mientras esperamos al ascensor, vuelvo a acordarme de Coco y su colonia. Sé que seguramente estaremos de vuelta antes del anochecer, pero, aunque no quiera pensar en ello, hay posibilidades de que no regresemos nunca. Si es así, me gustaría hacer una última cosa por ellos.

— He olvidado algo— le digo a Zhilan antes de salir disparado de vuelta a mi apartamento—. Ahora mismo estoy contigo.

Entró en casa, abro la ventana para dejar una rendija por la que puedan colarse y dejo abierto un saco de pienso. Por un momento, pienso en escribirles una nota diciendo que, si no vuelvo, pueden quedarse en la casa todo el tiempo que quieran porque el alquiler está pagado hasta fin de mes. Luego me doy cuenta de que, por mucho que a mí me entiendan, es muy improbable que sepan leer, así que vuelvo a salir de la casa.

Bajamos en el ascensor hasta el garaje. Cuando veo el estado de mi coche, se me cae el alma a los pies. Sabía que había sufrido desperfectos por la explosión, pero no recordaba que estuviese en un estado tan lamentable. Toda la parte delantera está llena de abolladuras y el techo está totalmente hundido. Además, una capa de ceniza negra lo cubre por completo. No puedo sacar esto a la calle sin ser el blanco de todas las miradas y despertar demasiadas preguntas.

Cojo mi móvil y busco en Internet el sitio más cercano de alquiler de coches. Cuando les llamo, les pregunto si disponen de algún coche similar al mío en modelo y color. Por suerte, me dicen que tienen uno, así que cogemos el metro y nos dirigimos hacia allí. Una vez alquilamos el coche y nos sentamos dentro, me siento más tranquilo. Sin embargo, Zhilan no parece la misma. Lleva toda la mañana silenciosa.

— ¿Te pasa algo?— le pregunto.

— Estoy nerviosa por la visita a tus padres y por lo de esta tarde — me confiesa.

Yo también estoy nervioso. Llevo todo el día tratando de no pensar en ello y, aún así, mi estómago parece una centrifugadora trabajando a plena potencia. Incluso en el improbable caso de que todo salga bien, vamos a tener que enfrentarnos cara a cara con el tipo que ha asesinado a la familia de Zhilan y que lleva días intentando matarnos. Es imposible no ponerse nervioso ante eso. Sin embargo, me limito a sonreír y a apretarle la mano para tratar de tranquilizarla.

— Todo saldrá bien. No te preocupes.

Ella me devuelve una sonrisa poco convincente y vuelve a quedarse en silencio. Yo arranco y conduzco hacia Las Arenas. En pocos minutos estamos recorriendo una amplia avenida flanqueada por enormes jardines y las imponentes mansiones de la rica burguesía vizcaína. Zhilan mira el paisaje, impresionada.

— ¿Tus padres viven aquí?

— Sí, mi padre es socio fundador de uno de los más importantes bufetes de abogados de Bilbao— le explico—. Nadie lo diría viendo a su hijo, ¿verdad?

— A mí me parece que tienen un hijo estupendo.

— Pues te agradecería que se lo dijeras, a ver si a ti te creen. Ellos piensan que soy un auténtico desastre.

A pesar de que hay sitio para aparcar en el amplio garaje de mis padres, prefiero dejar el coche fuera para que no puedan fijarse demasiado y darse cuenta de que no es el mismo. Caminamos dados de la mano hasta una alta verja metálica a través de la cual se ve un inmenso y bien cuidado jardín.

— Me estoy poniendo muy nerviosa— Zhilan me aprieta la mano con fuerza mientras yo pulso el portero.

— Lo siento. Me gustaría poder estar nervioso por ti— le digo, sonriendo.

— Deseo concedido— ella se acerca a mi oído para susurrarme —. No llevo ropa interior. Me la arrancaste en el bosque. ¿Recuerdas?

Lo recuerdo perfectamente. De hecho, el recuerdo hace que todo mi cuerpo se vuelva loco y que mi mente me grite que nos demos la vuelta, corramos hacia el coche y le haga el amor allí mismo. La imagen de mi madre acudiendo sonriente a recibirnos hace que me esfuerce al máximo para controlarme. Está feísimo besar a una madre con semejante erección.

Después de guardar nuestros abrigos, mi madre nos hace pasar a la terraza, donde tiene preparados unos Martinis. Mi padre todavía no ha vuelto del trabajo, así que, mientras le esperamos para poder comer, mi madre se dedica a interrogar a Zhilan, sacándole información como un agente de la CIA disfrazado de cincuentona adorable. Yo las dejo hablar, aprovechando el interrogatorio para enterarme de que Zhilan tiene una licenciatura en administración de empresas y varios masters internacionales, que habla con fluidez en inglés, chino y alemán y que ha trabajado en varias empresas multinacionales en Estados Unidos. Claro que no puedo estar seguro de que nada de eso sea verdad, porque también me entero de que nos conocimos en la fiesta de compromiso de una amiga común,

que llevamos juntos algo más de mes y medio y que tenemos pensado pasar el próximo puente en una casita rural en Cantabria. Es increíble la soltura que tiene Zhilan para inventarse cosas sin ponerse colorada.

Cuando mi padre llega, pasamos al comedor. Tras unos minutos de conversación distendida, mi padre se gira hacia mí y me mira con sus fríos ojos de robot.

— ¿Cuándo te dan el alta?— me pregunta de sopetón.

Yo me quedo callado durante unos segundos, sin saber qué contestar. La última cucharada de sopa de pescado se me va por otro lado y empiezo a toser como loco, lo que me da unos segundos para pensar. Creo recordar que tendría que haber vuelto al médico uno de estos días para que me dijese qué tal iba mi herida, pero no me acuerdo de si ya se me ha pasado la cita. La verdad es que ni siquiera estoy muy seguro de en qué día vivo.

— Fui antes de ayer al médico y me dijo que me vendría bien reposar unos cuantos días más, así que tengo que volver la semana que viene— trato de parecer seguro, pero me siento incapaz de mirarle a los ojos mientras le miento—. Parece que la herida está curando muy bien, pero los golpes en la cabeza pueden ser muy peligrosos. Es mejor prevenir.

Por suerte mi madre se muestra en total acuerdo conmigo y empieza a narrar la historia del hijo de un sobrino de una vecina que se dio un golpe en la cabeza y se quedó medio tonto. Yo la dejo hablar, agradecido por una vez por su torrente inagotable de palabras, y le dedico una mirada a Zhilan, que trata de disimular la risa.

Cuando terminamos de comer, mi madre nos indica que volveremos a la terraza para tomar un café. Yo tomo a Zhilan por la cintura para acompañarla, pero mi madre me detiene y me pide que la acompañe a la cocina para ayudarla con la bandeja. Yo la sigo, aunque no entiendo a qué viene todo esto. Mi madre no ha servido el café por sí misma en la vida. Para eso está el servicio.

Cuando entramos en la cocina, mi madre se queda unos segundos observando por la puerta hasta que ve que mi padre y Zhilan se sientan en la terraza. Después cierra y, como si temiera que aún pudieran oírnos, se acerca a mí para cuchichear.

— Álex, hijo… Esa chica es fantástica. Muy guapa, amable, inteligente, educada… Pero, ¿no te has dado cuenta de que es china?

Yo me la quedo mirando con la boca abierta, pensando durante unos segundos que he debido escucharla mal. Sin embargo, ella

continua firme junto a mí, esperando una respuesta.

— Mamá, ya sé que nunca has confiado en que sea capaz de cuidar de mí mismo y que piensas que soy un desastre, pero, ¿en serio crees que podría ser tan despistado como para no haberme dado cuenta de que es china?

— Ya, ya sé que lo sabes… Pero no sé si has pensado en las implicaciones. La gente es muy falsa y, aunque digan que no son racistas, luego critican estas cosas…

— ¿Eres tú de ese tipo de gente?— trato de no gritar, pero noto que me voy enfureciendo más y más con cada una de sus palabras —. Vas de tolerante, la tratas con toda la amabilidad del mundo y luego me traes aquí para decirme que no me conviene salir con ella porque su color de piel es diferente.

— No es eso, hijo. Tan sólo trato de protegerte— ella baja unos segundos los ojos, avergonzada—. Siempre he querido lo mejor para ti y creo que una buena chica vasca te conviene más. ¿Te he comentado que Irene, la hija de los Zelaya, acaba de romper con su novio?

— Ya salí con la hija de los Zelaya hace tres años, mamá— a pesar de que sigo conteniéndome para no gritar, noto cómo la ira tiñe cada una de mis palabras—. Estuvimos juntos seis meses hasta que me puso los cuernos con su monitor de spinning. Si acaba de romper con su novio, lo único que siento es alegría porque ese pobre chico haya conseguido escapar de una arpía como ésa.

— Bueno, no tienes por qué volver a salir con ella. Hay muchas otras chicas de buena familia…

— No me interesa ninguna de ellas— ahora sí que estoy gritando —. Me interesa Zhilan, estoy muy a gusto con ella y voy a seguir así. Y ahora, si nos disculpas, vamos a tomarnos el café en un sitio en el que no les importe si es china o no.

Salgo de la cocina sin hacer caso a las llamadas de mi madre y me dirijo a la entrada. Abro el armario en el que hemos dejado nuestros abrigos, saco el mío y me lo pongo. Después saco el de Zhilan y algo pesado cae del bolsillo interior, haciendo un ruido de mil demonios. Me agacho y, durante unos segundos, me quedo paralizando contemplando la empuñadura oscura, el brillante cañón metálico… Lo que acaba de caer desde el bolsillo interior del abrigo de Zhilan es una pistola.



Oigo pasos a mi espalda y envuelvo la pistola con el abrigo de Zhilan antes de girarme. Ella está allí, mirándome preocupada.

— Álex, ¿pasa algo?

— Sí, nos vamos— la agarro por el brazo mientras la guio hacia la salida—. Creo que tenemos muchas cosas de las que hablar en privado.

Salimos de la casa de mis padres sin despedirnos siquiera. Cruzo todo el jardín tirando de ella. Trato de no correr para mantener la dignidad, pero los gritos de mi madre llamándome y el peso de la pistola escondida dentro del abrigo de Zhilan me lo están poniendo muy difícil. Tengo tantos pensamientos girando en mi cabeza que ahora mismo no sabría decir si me siento dolido, enfadado o confuso, así que trato de centrarme en llegar al coche, sentarme en el asiento del conductor y dejar el mundo fuera.

Cuando por fin lo consigo, la puerta del copiloto se abre y Zhilan se sienta a mi lado. Parece furiosa. Se cruza de brazos y me mira con el ceño fruncido. Como sigo con las manos aferradas al volante y la vista fija al frente, resopla y me da un empujón en el hombro.

— ¿Se puede saber qué ha pasado?— me grita—. Creo que me merezco una explicación.

— ¿Tú mereces una explicación?— extiendo su abrigo sobre mi regazo, dejando a la vista la pistola—. ¿Entonces qué merezco yo? ¿Se puede saber qué es esto?

Ella abre mucho los ojos y boquea como un pez. Después de unos segundos sin poder articular palabra, se lanza sobre la pistola para arrebatármela. Yo vuelvo a cerrar el abrigo sobre el arma, impidiéndoselo.

— No, no voy a dártela hasta que me digas de dónde has sacado esto y para qué lo quieres— me asombro de mi propia voz. Suena firme y segura, sin rastro de lo perdido y confundido que me encuentro.

— La quiero para protegernos— su voz, por lo contrario, es débil y dubitativa.

— ¿De dónde la has sacado?— no puedo contenerme más. Le estoy gritando como un energúmeno.

— La trajo ayer la mujer de la comida china.

Ella ha bajado la mirada y tiembla como una hoja. No puedo creer que me tenga miedo. Ella es la que va por ahí con una pistola en el bolsillo del abrigo. La verdad es que me da pena verla tan asustada, pero no puedo flaquear ahora.

— ¿Así que de eso iba lo de la "cena especial"? Lo preparaste todo para que te trajeran una pistola— vuelvo a clavar la vista al frente para no seguir mirándola—. ¿Lo del "postre" también tenía una finalidad oculta o eso lo hiciste porque te apetecía?

— Eres un gilipollas— me grita, comenzando a sollozar.

Me quedo unos segundos en silencio, sin saber qué decirle, mientras ella llora desconsolada. Me gustaría abrazarla, pero estoy dolido y no quiero disculparme. Tengo razones de sobra para estar enfadado. Llevo días ayudándola en todo, jugándome la vida por ella… No entiendo por qué tiene que tramar planes a mis espaldas y esconderme cosas. Y, además, tengo miedo. Miedo de que lleve jugando conmigo desde el principio, manejándome a su antojo y moviéndome como una marioneta sin que yo me huela nada.

— Tú me gustas de verdad— dice cuando los sollozos remiten un poco—. ¿A qué viene esa pregunta?

— A que no quiero que me mientas— contesto, luchando con todas mis fuerzas para seguir manteniéndome firme—. Si necesitas una pistola, me lo dices y encontramos la manera de conseguirla juntos. Si quieres tirarte por un puente, buscaremos los dos uno con bonitas vistas. ¿Entendido?

Ella asiente entre hipidos y, por fin, levanta la cabeza y me sonríe. Me agarra la mano y la aprieta con fuerza. Yo le devuelvo el apretón para que se tranquilice, aunque no correspondo a su sonrisa.

— ¿Y ahora puedes decirme para qué diablos quieres una pistola?

Ella suelta mi mano como si le hubiera dado calambre. Vuelve a agachar la mirada y niega con la cabeza.

— Zhilan, tienes que ser sincera conmigo— le digo, acariciándole un brazo.

— No, esto no es asunto tuyo.

— ¿Qué no es asunto mío?— trato de controlarme, pero sus palabras me han puesto tan furioso como si alguien acabara de

encender una hoguera en mi estómago—. Por supuesto que es asunto mío. No hay en todo este mundo nada que sea más asunto mío que lo que te pase a ti.

Ella vuelve a negar con la cabeza y arranca a llorar de nuevo. Todo su cuerpo se sacude por los sollozos. Parece al borde del ataque de histeria. La verdad es que no me extraña que estalle después de todo lo que le ha pasado en los últimos días, pero hemos quedado con su tío en menos de media hora y no creo que ella esté en condiciones de ver a nadie.

— Voy a matarlo…

Su voz es un susurro. Las palabras suenan tan débiles, tan distorsionadas por el llanto, que por unos segundos trato de convencerme de que la he oído mal. Sin embargo, todo concuerda perfectamente con esa frase. Su ataque de nervios, la pistola que continúa sobre mi regazo… No puede ser. Se ha vuelto loca del todo.

— ¿Cómo vas a matarle?— ella me mira como si no entendiera la pregunta—. Teníamos un plan: ibas a cederle tu herencia a cambio de que te dejara en paz. ¿Por qué has cambiado de opinión?

— Porque no funcionará— contesta ella entre lágrimas—. Ya has visto lo que ha sido capaz de hacerle a su familia. No le ha importado aliarse con nuestros enemigos, ni cuánta de nuestra gente iba a morir. ¿En serio crees que me dejará seguir con vida sabiendo lo que sé?

Ahora es mi turno de quedarme unos segundos con la boca abierta, sin saber qué decir. Sé que tiene razón. Zhilan es demasiado peligrosa para las ambiciones de ese hombre, por muchos papeles que le firme y muchas promesas de mantenerse callada que le haga. La matará en cuanto tenga la oportunidad y yo estaba a punto de ponerla a su alcance.

Ella ha ocultado el rostro entre las manos, mientras sigue sollozando desesperada. No puedo seguir haciéndome el duro viendo cómo está sufriendo, así que me acerco a ella y la abrazo con todas mis fuerzas. ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? ¿Por qué no podemos ser una pareja normal? Tomo todo el aire que puedo, tratando de reunir valor para hablar. Sé que todo esto es una locura, pero siento que hace ya días que dejé de tener control sobre lo que ocurre a mi alrededor. Mi vida es una corriente que me arrastra y lo único que puedo hacer es luchar para esquivar las rocas y mantener la cabeza a flote.

— No te preocupes— sigo abrazándola para que no pueda ver el terror en mis ojos—. Yo le mataré.

Las farolas comienzan a encenderse. Contemplo su reflejo ondulante sobre las verdes aguas de la ría mientras esperamos a que den las cinco sentados dentro del coche. He conducido de vuelta a Las Arenas y ahora mismo estamos al lado del Puente Colgante, observando a la gente que llega. Zhilan se gira hacia mí y me dirige una mirada preocupada.

— ¿Estás seguro de esto?

— No he estado más seguro de nada en mi vida— miento como un bellaco, pero espero que no se dé cuenta. Meto la mano en el bolsillo de mi abrigo y le paso el móvil—. Ya es la hora. Llámale.

— ¿Y qué le digo?— ella recoge el móvil con manos temblorosas.

— Pregúntale si ha venido solo y, cuando te diga que sí, dile que cruce el puente hasta este lado, que busque un sitio para aparcar y que espere instrucciones.

— No creo que encuentre un sitio para aparcar por aquí cerca— dice Zhilan, mirando a todos lados.

— Lo sé. Así se alejará de nosotros. No te preocupes, es parte del plan.

Zhilan asiente y marca el número en el móvil. Unos segundos después empieza a hablar en chino. Cruza unas pocas frases con él y cuelga.

— ¿Qué te ha dicho?

— Que ha venido solo, tal y como habíamos pedido, y que estará aquí en el siguiente puente.

Yo clavo los ojos en la barquilla del puente, que en estos momentos está parada en nuestra orilla. Escucho el pitido que avisa de que las puertas van a cerrarse y contemplo las carreras de algunas personas que tratan de cogerlo en el último segundo. La barquilla empieza a deslizarse hacia la margen izquierda, lenta y majestuosa. Contemplo el enorme armazón metálico que sostiene la barquilla sobre las verdes aguas de la ría hasta que llega a la otra orilla, vomita su carga de coches y personas y vuelve a llenarse con nuevos pasajeros.

Siempre me ha fascinado el puente, cómo la gente y los coches cruzan la ría en él para deslizarse muchos metros sobre las aguas, colgando de unos cables de hierro que parecen delicados y frágiles. De crío me parecía casi mágico… Ahora lo único que puedo pensar es que, sintiéndolo mucho por las personas que vayan dentro, daría cualquier cosa para que los cables se rompieran y la barquilla se hundiese en las oscuras aguas, llevándose consigo al tío de Zhilan.

Respiro hondo, como si así pudiera extraer de mi interior la presión que amenaza con hacerme estallar. Contemplo durante unos segundos a las personas que caminan por el paseo, a los pescadores, a las enormes gaviotas que nos sobrevuelan… Nada me distrae, mis ojos se dirigen una y otra vez a la barquilla del puente, que cada vez está más cerca.

— Quédate aquí y agáchate para que no te vea nadie— le digo a Zhilan mientras salgo del coche—. Voy a echar un vistazo.

Me acerco al puente y me mezclo con la gente que ya está esperando para subir. La barquilla llega a nuestra orilla y las puertas se abren. En la parte central, la reservada a los vehículos, sólo hay seis coches y un par de ciclistas. Observo los coches, tratando de distinguir al tío de Zhilan. Es sencillo. Después de descartar a un par de familias, una mujer que conduce sola con dos chiquillos endemoniados detrás y dos ejecutivos que regresan a casa, sólo queda un enorme coche negro. Miro al conductor cuando el vehículo pasa a mi lado. Tiene rasgos orientales, el ceño fruncido y la boca apretada en una fina línea. Va vestido íntegramente de negro, tal y como mandan los cánones de los villanos malvados. Y, lo más importante de todo, va solo.

Regreso a mi coche mientras el tío de Zhilan empieza a circular por las calles cercanas, buscando algún lugar para aparcar tal y como le hemos ordenado. Me siento en mi sitio y, antes de arrancar, le tiendo a Zhilan mi gorra y mis gafas de sol.

— Es él. Ha venido solo— le informo—. Será mejor que te pongas esto, por si pasa cerca de nosotros.

Ella asiente, se recoge el pelo dentro de la gorra y se pone las gafas de sol. Antes de arrancar, no puedo dejar de sorprenderme de que, incluso con una camiseta mía y una gorra de tío esté así de guapa.

— ¿A dónde vamos ahora?— me pregunta Zhilan.

— Vamos a marearlo un poco. No debemos ponérselo demasiado fácil— le lanzo una sonrisa traviesa—. Además, no me fío de él. Sus amigos podrían llegar en el siguiente puente. No me encontraré con él hasta estar totalmente seguro de que está solo.

Zhilan se muestra conforme y se recuesta en el sillón. Yo conduzco hacia Neguri. A ambos lados de la carretera nos flanquean hermosos parques y chalets y mansiones cada vez más lujosas. Cuando llego a mi destino, busco un lugar para aparcar desde el que podamos vigilar. A menos de cincuenta metros se alza el palacio de Lezama, un enorme edificio antiguo con arcos en la fachada y unos inmensos jardines delanteros. Saco de nuevo el móvil del bolsillo y

se lo tiendo a Zhilan.

— Dile que se mueva y que venga hasta aquí— digo, señalándole el edificio—. Que llegue hasta el palacio de Lezama y aparque enfrente. Dile que volveremos a llamarle.

— ¿Y si no sabe dónde está?

— Que lo busque en el GPS. No es mi puto problema.

Zhilan me mira preocupada. Quizá piensa que se me está subiendo el papel a la cabeza y que estoy yendo demasiado de duro. Sé que este estilo tipo "Harry, el sucio" no me va en absoluto, pero, si abandono el papel y vuelvo a comportarme como Álex, me entrará el pánico y correré a casa para enterrar la cabeza entre los cojines del sofá. Así que le lanzo una sonrisa de autosuficiencia y le hago un gesto con la cabeza para animarla a llamar. Ella marca el número y vuelve a cruzar unas frases en chino.

— Ya está, viene para acá— me confirma—. ¿Y ahora qué?

— Ahora esperaremos a que pase para confirmar que viene solo.

Nos quedamos los dos en silencio, esperando a que llegue. No es que la tensión sea tan espesa que se pueda cortar con un cuchillo, es que haría falta una broca de diamante para hacerle un agujerillo. El tiempo no termina de pasar. Siempre que miro el reloj del coche marca exactamente la misma hora. Por fin vemos acercarse el gran coche negro. Se detiene en la acera del palacio, con las luces de emergencia puestas. Espero un par de minutos, observando con atención a todos los coches que pasan por si veo en alguno a mis amigos de los subfusiles.

— Parece que está sólo— vuelvo a pasarle el móvil a Zhilan—. Dile que conduzca hasta la playa de Algorta, que se baje y se dé un paseo hasta que volvamos a llamarle.

— Se va a enfadar— me dice Zhilan, dubitativa.

— Eso es problema suyo, no mío— me encojo de hombros—. Zhilan, le tenemos agarrado por las pelotas. Es él quien quiere algo que nosotros tenemos, ¿no? Pues hagamos que sude un poco.

Zhilan asiente, aunque no parece muy convencida. Yo también empiezo a temerme que, detrás de todas estas precauciones, se esconde mi temor a llegar al final del camino. Voy a tener que matar a ese hombre y, por mucho que crea que se lo merece, cada vez que lo pienso me falta el aire, mi estómago se revuelve, la boca me sabe a bilis, mis manos tiemblan… Trato de volver a enterrar esos pensamientos mientras Zhilan termina la conversación. Un par de minutos después de que ella cuelgue, el coche negro quita las luces de emergencia y vuelve a ponerse en marcha, en dirección a Algorta.

Cuando el coche desaparece de nuestra vista, arranco y doy la vuelta, en dirección a Las Arenas de nuevo. Zhilan me mira sorprendida.

— ¿Dónde vamos ahora? ¿No íbamos a Algorta?

— No, todo esto era sólo para asegurarme de que nadie le seguía. Ahora iremos a la playa de Las Arenas y le esperaremos allí.

— Todo esto me está poniendo muy nerviosa— confiesa ella.

— Tranquila, ya terminamos— una nueva oleada de pánico me sacude al pronunciar esas palabras, pero consigo que mi voz permanezca tranquila.

Aparco en una de las calles principales de Las Arenas, paralela a la playa. Está repleta de comercios con escaparates brillantes y de bares con terrazas abarrotadas. Espero que tanta gente signifique algo de protección para Zhilan si las cosas se tuercen. Le paso mi móvil por última vez.

— Llámale y dile que vaya a la playa de Las Arenas. No se puede llegar a ella en coche, así que dile que aparque cerca y que vaya andando. Cuando llegue a la playa, que pasee un rato por la orilla hasta que reciba nuevas noticias nuestras.

— ¿Vamos a marearle mucho rato más?

— No, éste es el último paso, pero eso no se lo digas.

Tengo ganas de vomitar. Mi corazón martillea tan fuerte que puedo oír los latidos dentro de mi cabeza. Por un momento, temo desmayarme, pero consigo mantenerme firme mientras saco la pistola de la guantera. La sostengo en mis manos, tratando de familiarizarme con su tacto frío y pesado. Me gustaría preguntarle a Zhilan cómo funciona, dónde está el seguro y todo eso, pero no quiero parecer un inútil y que decida que es mejor que sea ella la que vaya a enfrentarse con su tío. Es muy posible que todo este plan sea un desastre, pero, si sirve para que ella siga a salvo, me daré por satisfecho.

Zhilan termina de hablar y me pasa de nuevo el teléfono. Yo me guardo la pistola en el bolsillo derecho del abrigo y fuerzo una sonrisa, tratando de aparentar seguridad.

— Bueno, pues me voy ya— me sorprende mi tono. Parece que me fuese a marchar a comprar el pan, en lugar de ir a matar a una persona—. ¿Sabes conducir?

— Sí. ¿Por qué?

— Si no vuelvo en media hora o si la cosa se pone fea, arranca el coche, conduce hasta mi casa y enciérrate dentro— meto la mano en el bolsillo y le doy mi llavero.

— No puedo dejarte aquí— protesta ella.

— Sí, sí que puedes. Si me han matado, no servirá de nada que te quedes a que te maten a ti también. Y si simplemente me he retrasado, puedo coger el metro y estaré en casa antes de que me eches de menos— espero hasta que ella asiente—. Me llevo el móvil, así que, si ves cualquier cosa rara, llámame.

— ¿Con qué teléfono?— su voz se está quebrando y los ojos empiezan a llenársele de lágrimas.

— Toma esto— le tiendo un billete de veinte euros—. Ofréceselo a cualquiera que pase a cambio de que te deje hacer una llamada.

— Pero si no sé tu número…

Todo esto se está volviendo demasiado complicado. Quizá sea una señal de que deberíamos abandonar el plan, pero una nueva mirada a Zhilan me convence de lo contrario. Ese tío ha asesinado a su familia y quiere matarla. Tengo que seguir adelante. Rebusco en mi abrigo y doy con la tarjeta de visita que preparé hace unos días para ella. Se la tiendo, esperando que no lea el mensaje de la parte posterior. Ella se queda mirándome con ojos tristes, agarrándose a la tarjeta como si fuera un salvavidas.

— Zhilan, tengo que irme. Él ya viene hacia aquí.

La agarro por la nuca, la atraigo hacia mí y le doy un beso de película. Si me matan en la próxima media hora, espero que al menos le quede un buen recuerdo. Salgo del coche sin decir nada más. Sé que, si sigo ahí dentro hablando con ella, el poco valor que me queda seguirá escurriéndose como en un reloj de arena. Sin girarme siquiera una vez, tomo la primera calle que lleva hacia la playa.

El aroma a sal y los gritos de las gaviotas me saludan en cuanto dejo atrás las calles de la ciudad y empiezo a caminar por el paseo que bordea la playa. Hay bastante gente andando cerca de la orilla, paseando a su perro o sentada en grupos, disfrutando de los últimos rayos de sol. Aunque consiga matarlo, va a ser imposible pasar desapercibido. Lo más seguro es que no consiga escapar de esta playa y volver junto a Zhilan. En unos minutos estaré muerto o detenido. Me da igual. Zhilan merece ese sacrificio.

Entro en la playa y comienzo a pasear cerca de la orilla. A pesar de que el sol ha brillado con fuerza durante todo el día, la brisa es muy fría. Espero que eso empiece a espantar a toda la gente que abarrota la playa. Miro una y otra vez hacia la entrada, esperando que el tío de Zhilan aparezca, mientras acaricio la empuñadura de la pistola. Las piernas me tiemblan y las nauseas no cesan. Si tarda mucho más, me dará un ataque de pánico y todo se irá al garete. Y entonces le veo, entrando en la playa y dirigiéndose directamente

hacia la orilla.

Está a menos de veinte metros. Podría sacar la pistola y volarle la cabeza de un tiro antes de que sospechase nada, antes de poder verle la cara, antes de enfrentarme a sus ojos… Pero no me fío de mi puntería. Es mejor que espere hasta que esté más cerca. Lo más seguro es que él también venga armado y apostaría cualquier cosa a que está muchísimo más familiarizado con el uso de las armas de fuego que yo. Sólo voy a tener una oportunidad, quizá ni eso.

El hombre ya está muy cerca, puedo distinguir su ceño fruncido y esa mueca de su boca, tan tirante que casi no tiene labios. Pasea por la playa con pasos rápidos mientras fuma un cigarrillo y mira hacia todos lados. Tengo que hacerlo, es fácil. Sólo tengo que dar cinco pasos, ponerme frente a él, sacar la pistola y pegarle un tiro a bocajarro. Respiro profundamente, tratando de llenar mi cuerpo con tanto aire como para que no quepa el miedo, y arranco a andar hacia él.

Me fuerzo a imaginar la escena con todo detalle. El tacto de la pistola en mi mano, mis movimientos al sacarla del bolsillo, su peso al levantarla para colocarla a la altura de su frente, su cara de desconcierto, el retroceso al disparar, la trayectoria de la bala, su cabeza estallando y llenando la arena de sesos y sangre, como en una película de zombis… Lo veo todo tan claro... Son gestos normales, movimientos sencillos, pero, por alguna razón, mi brazo se resiste a moverse, mi mano continúa clavada en el bolsillo de mi abrigo. Cada vez estoy más cerca, tengo que hacerlo ya.

El hombre me ve acercarme y me mira con recelo. Se me acaban las oportunidades. Si no hago algo pronto, se dará cuenta y serán mis sesos los que adornen la arena de la playa. Trato de no pensar, de no cuestionarme nada… Tengo que ser frío y despiadado. Hay que hacerlo, sin plantearse nada más. Estoy a menos de dos pasos de él. Si sacase la pistola y estirase el brazo, podría apoyar el cañón contra su frente.

— ¿Quiere algo?— me pregunta con tono seco.

— Sí… ¿No tendrá un cigarrillo?

Frunce aún más el ceño y se echa la mano al bolsillo. Por un segundo temo que mis peores pesadillas se hagan realidad. Me ha descubierto, se me tiene que ver en la cara. Sacará una pistola y me volará la cabeza, sin pensarlo dos veces, sin dudas ni remordimientos. Pero en vez de eso, saca un paquete de Marlboro y me pasa un cigarro.

— Esto… ¿No tendrá también fuego?

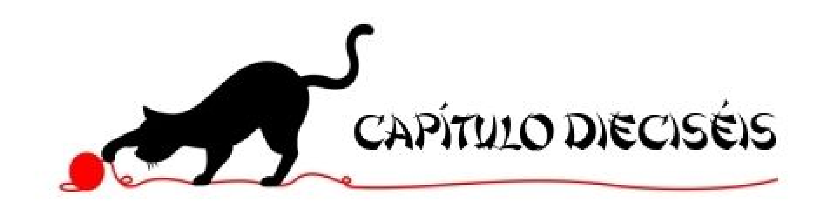
El hombre refunfuña algo entre dientes y me pasa un mechero.

Enciendo el cigarrillo y le doy una profunda calada. Mis pulmones, limpios desde hace años, se rebelan ante esa agresión haciéndome toser como cuando era adolescente. Él me mira extrañado.

— Vaya, se me ha debido ir por otro lado— me excuso mientras carraspeo.

Se gira y empieza a alejarse de mí. Pienso que éste sería un momento perfecto, que sería más fácil dispararle por la espalda. Todavía está muy cerca, no puedo fallar. Pero mi mano derecha ha vuelto a incrustarse en lo más profundo del bolsillo y se niega a salir. Me quedo mirando cómo se aleja sin hacer otra cosa que darle caladas al cigarrillo. La realidad se abre paso en mi mente, tan clara que no sé cómo no lo he visto antes. No puedo matarlo. Da igual que esté de frente o de espaldas, que me mire o no… Da igual que se lo merezca, no importa si el mundo sería un lugar mejor sin un cabronazo como él… Daría igual que se arrodillara frente a mí arrepentido y me pidiese que le matara. No puedo matarle porque no soy del tipo de persona que mata gente. Y, aunque me siento muy cobarde y no sé cómo voy a explicárselo a Zhilan, siento una chispita de admiración por mí mismo. Soy Álex Varela, no Bruce Willis, ni Clint Eastwood. Y me siento orgulloso de no haber podido hacerlo.

Termino el cigarrillo mientras contemplo el mar oscuro y las gaviotas que se zambullen en busca de presas. El tío de Zhilan sigue paseando por la playa, cada vez más nervioso. Me marcho sin mirar atrás. Ya veremos cómo solucionamos esto, pero ni Zhilan ni yo podemos matarlo. Esa no es la respuesta. Sólo espero que ella pueda comprenderlo.



Zhilan no lo comprende, no lo entiende en absoluto. Se me queda mirando en silencio mientras le cuento lo que ha pasado. Cuando termino, aún espera unos segundos más antes de estallar:

— ¿Qué has hecho? No me lo puedo creer— está llorando de nuevo y su voz es tan aguda como si estuviera histérica—. Le has tenido delante y le has dejado escapar.

— No he podido matarle— intento disculparme.

— ¡Deberías haberme dejado ir a mí, joder! Dame la pistola. A lo mejor sigue en la playa.

— No, no voy a darte la pistola— lucho por mantenerme firme a pesar de sus lágrimas—. No creo que ninguno de los dos deba matarle.

— ¿Y entonces qué? Ese hombre ha matado a mi familia, me ha robado a todas las personas que quería— sus sollozos son tan fuertes que tiene que parar de hablar unos segundos para poder tomar algo de aire—. Vas a dejar que se vaya, que no pague por lo que ha hecho.

— La venganza no servirá de nada, Zhilan. No te devolverá a los tuyos.

— ¡No me vengas con frases filosóficas ahora! ¿Qué sabrás tú de lo que me serviría o no? Tú tienes a tu familia viva a menos de cien metros de aquí. Nunca te lo han arrebatado todo— esconde la cara entre las manos y llora desconsolada—. Y además ese hombre quiere matarme y no parará hasta conseguirlo. ¿También quieres que olvide eso y que me dedique a buscar mi paz interior?

— No, no es eso— trato de acariciarle un brazo y ella se revuelve, rabiosa—. Encontraremos una solución.

— Tenías la solución ahí mismo, a dos pasos de ti. ¿Qué otra solución vamos a encontrar?

— Sigo pensando que deberíamos ir a la policía…

— Y yo sigo pensando que debería haber ido yo misma a la

playa en lugar de dejar ir a alguien que no tiene el valor para hacer lo necesario, alguien a quien no le importo lo suficiente— Zhilan pronuncia esas palabras con voz ronca y una mirada de odio.

No contesto nada y arranco el coche. Me siento un cobarde. El orgullo que sentí en la playa por no haberlo matado se ha esfumado por completo, dejando en su lugar una sensación de culpa y de vergüenza. Sigo creyendo que no está bien matar a nadie, pero Zhilan tiene razón en algunas cosas. Ese hombre nos perseguirá hasta que acabe con nosotros y a él no le temblará el pulso a la hora de meternos una bala ente los ojos. Y no se me ocurre ninguna otra manera de detenerlo.

Zhilan ha dejado de sollozar, aunque las lágrimas siguen deslizándose sin descanso por su rostro. No sé qué decirle, cómo consolarla, cómo arreglar lo nuestro… Ni siquiera sé si sigue habiendo un “lo nuestro” que arreglar. Es muy posible que no pueda perdonarme y que se marche a la menor oportunidad.

Me paso todo el viaje sosteniendo una esquizofrénica conversación en mi cabeza. Una de las voces de mi mente me dice que hice bien, que ella acabará comprendiéndolo y que me perdonará, que acabaremos encontrando una solución, detendremos esta locura y viviremos felices para siempre. La otra voz me dice que soy un gilipollas, que deje de soñar con un mundo de unicornios, arco iris y piruletas y baje al mundo real, que la he jodido para siempre y la he perdido por ser un cobarde.

Zhilan continúa sin dirigirme la palabra todo el viaje. No me habla mientras regresamos a Bilbao, ni mientras devolvemos el coche de alquiler, ni en el viaje en metro. Cuando llegamos a casa, Zhilan se mete en mi habitación sin decir una palabra y cierra de un portazo. Escucho los muelles de la cama cuando se arroja encima y el sonido continuo de sus sollozos descontrolados. Me gustaría entrar y consolarla, pero no sé qué decirle. Lo mejor será que espere un poco a que esté más tranquila.

Saco la pistola del bolsillo de mi abrigo y me dirijo a la cocina. Tengo que encontrar un sitio seguro para ella, un lugar en el que Zhilan no pueda encontrarla si le vuelven a entrar ansias homicidas y quiere escaparse a matar a su tío. No se me ocurre ningún sitio lo bastante seguro, así que abro el cajón de los trapos de cocina y la meto al fondo.

En ese momento noto un olor extraño inundando toda la casa. A pesar de que la ventana de la sala está abierta, el olor a pis de gato lo inunda todo. No puedo creérmelo. Reviso la estancia y acabo encontrando varias meadas impresionantes: una en un cojín del

sofá, otra adornando una de las esquinas, otra sobre la ropa recién sacada de la lavadora… También encuentro otros regalos: dos pequeños montoncitos de caca de gato, un trozo de las cortinas rasgado y un cojín al que, misteriosamente, se le ha salido todo el relleno, que está esparcido por la alfombra. Me siento tan furioso que ahora mismo podría estrangular a alguien. Dedico la siguiente media hora a tratar de organizar un poco todo ese desastre, hasta que escucho un ruido en la ventana.

Coco está entrando, seguido por todos sus amigos. Me quedo mirando cómo pasan al salón y van acomodándose, con los brazos en jarras y cara de madre, esperando una disculpa. Pero no llega. Lo único que hacen es volver a distribuirse sobre mi sofá y mi alfombra, como si la casa fuera suya.

— Hola, Álex. ¿Qué tal la vida?— me pregunta Coco desde el respaldo del sofá.

— Pues la verdad es que me va de culo— contesto, rabioso—. He sobrevivido a varios intentos de asesinato en los últimos días. La chica que me gusta quiere que asesine a su tío y no soy capaz de hacerlo y encima me he encontrado mi salón destrozado por una manada de gatos salvajes.

— Vaya, eso es muy triste— me dice Coco, negando con la cabeza, apenado—. Cuando una chica te pide que caces una pieza para ella, debes hacerlo. Si no, se buscará a otro más capacitado.

— ¡Lo que me faltaba por oír!— me gustaría pegarle cuatro gritos, pero Zhilan está en la habitación de al lado y no quiero que salga y me encuentre discutiendo con un gato—. Lo que tienes que sentir es lo que habéis hecho con mi salón.

— ¿Te refieres a lo del pis y esas cosas?— Coco pone ojos redondos, de peluche—. Créeme, no nos gusta hacer esas cosas, pero es algo fisiológico, no lo podemos evitar. Creo que deberías colocar unos cuantos areneros por aquí para prevenir futuros accidentes.

— No voy a colocar ningún puto arenero. Vosotros no vivís aquí — a pesar de que intento controlarme, mi tono de voz está subiendo —. Ésta es mi casa y no sé por qué os pasáis aquí todo el día.

— Pensábamos que éramos bien recibidos— protesta Coco.

— Pues no sé de dónde habéis sacado esa idea. Primero vinisteis a por unas pastillas porque estabais enfermos, después os dejé dormir aquí porque hacía frío y llovía, pero ya ha llegado un momento en que entráis cada vez que os da la gana.

— Fuiste tú quien dejaste la ventana abierta— Coco me mira con los ojos entrecerrados mientras menea el rabo de un lado a otro

como un pequeño látigo—. Lo tomamos como una invitación.

Por un momento me quedo callado. Es cierto que fui yo quien dejó la ventana abierta por si querían entrar. He sido yo el que les ha ido abriendo noche tras noche, el que les ha invitado a cenar y a dormir dentro de casa. Me correspondía a mí haber parado la situación antes de que se saliese de madre.

— Era una invitación a que pasarais, no a que destrozaseis mi casa. Fue un error. No tenía que haberos dejado entrar desde el principio. Yo no saco nada de pasarme el día cuidándoos y hablar con vosotros me está volviendo cada día más loco.

— ¿Hay algún problema?— pregunta un enorme gato persa de color canela, acercándose a nosotros.

— No, Mercucho— contesta Coco, cortante—. Nada que no pueda arreglar por mí mismo.

— Me daba la impresión de que este tipo te estaba gritando— el gato levanta una de las comisuras de sus labios, enseñándome un colmillo. No sé si interpretar que me está amenazando o que se está riendo de mí—. ¿No decías que éramos bien recibidos aquí?

— Y lo éramos— contesta Coco, sin desviar la mirada de mis ojos.

— Pues ya no lo sois— le digo, señalándole la ventana—. Quiero que os marchéis de mi casa.

— Te lo advertí— el gato de color canela se pasea por delante de Coco, pasándole la cola por delante de la cara, pero Coco continúa firme—. Debe ser la edad. Te estás volviendo demasiado blando.

— Hablaremos de eso en la calle— noto que el pelo de Coco se ha erizado—. Vamos, fuera todos.

Todos los gatos van saliendo por la ventana. Solamente la gatita blanca se queda un momento en el alfeizar, mirándome con sus ojos tristes y redondos, acompañada de la gata con la mancha gris en el lomo, que mira a Coco, preocupada.

— He dicho que salgáis todos— Coco se eriza aún más y suelta un bufido que hace que me estremezca.

Las dos gatas obedecen y nos quedamos solos. Coco vuelve a mirarme. No hay rastro de los colores dispares de sus ojos. Sus pupilas han crecido hasta cubrirlo todo, convirtiendo sus cuencas oculares en dos pozos de brea.

— Lo siento, pero no podemos continuar así— aunque sigo pensando que tengo razón, creo que me he pasado, así que intento disculparme.

— No, desde luego que no— la voz de Coco es un siseo furioso —. Me advirtieron mil veces de cómo sois los humanos: egoístas,

caprichosos, crueles… Pensé que tú eras diferente, pero ya veo que me equivoqué.

— Yo no soy así— trato de defenderme—. Te he tratado como a un amigo.

— Un amigo no deja en ridículo a otro delante de todos los suyos, no socava su autoridad delante de su mayor enemigo. Ahora voy a tener que pelear con Mercucho por el liderazgo de la colonia.

— Bueno, los gatos peleáis muy a menudo— digo, tratando de quitarle importancia.

— Los gatos no solemos pelear en serio, porque, cuando lo hacemos, uno de los dos suele acabar herido. Voy a tener que hacerle daño a uno de los míos por ti, cuando en realidad es a ti a quien debería sacarle los ojos por lo que ha hecho.

Su tono me acojona de verdad. Nunca le había visto tan serio, tan enfadado, tan erizado… Hasta hoy le había considerado una especie de peluchón simpático, pero ahora no veo otra cosa que sus colmillos y sus garras. Estoy a punto de retroceder un par de pasos y cubrirme la cara con un brazo cuando él se da la vuelta y se encarama al alfeizar de la ventana de un ágil salto.

— Puedes estar tranquilo. No volverás a vernos.

En cuanto Coco desaparece, me doy cuenta de que la he cagado. Aunque resulte muy triste pensarlo, en los últimos días eran lo único que tenía. Además, creo que no me he portado bien con Coco. Podríamos haber arreglado las cosas hablando, estableciendo unas reglas de convivencia…

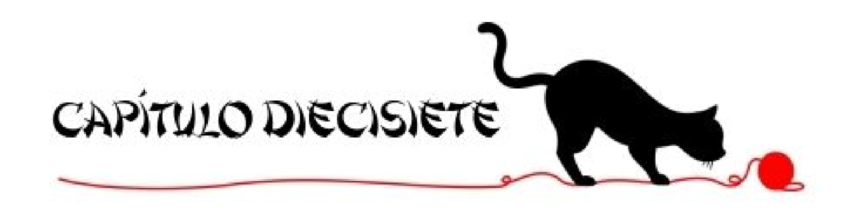
Trato de eliminar ese ridículo pensamiento de mi cabeza. Sólo son gatos, por el amor de Dios. No tengo que negociar con ellos, ni siquiera tendría que hablar con ellos. Mi vida ya está lo bastante jodida sin tener que preocuparme por herir los sentimientos de un gato o por haber provocado una lucha de liderazgo dentro de una colonia.

Tengo que ordenar mis pensamientos. Lo de Coco ya está jodido y no puedo arreglarlo, así que lo mejor será olvidarlo. Tengo que terminar con esto de una vez por todas. No quiero tener que preocuparme por gatos a los que no conozco, no quiero compartir mi vida con ellos, ni siquiera quiero poder hablarles. Joder, si ni siquiera me han gustado nunca los gatos. Tengo que quitarme de encima la maldición que me echó el abuelo de Zhilan como sea.

Entenderás a los gatos hasta que puedas entender a los gatos. ¿Qué coño quiere decir eso? ¿Cómo puedo quitarme esta maldición ridícula? Quizá debería acudir a un curandero o a una bruja, a alguien que pueda revertir el hechizo. No, no pienso ir a donde

ningún charlatán a contarle mi problema. Esa gente o está mal de la cabeza o sólo tratan de engañar a los incautos para sacarles el dinero. Y, en ambos casos, lo más probable es que me remitieran al psiquiatra más cercano. Tengo que descubrir cómo quitarme esto por mí mismo y para eso tengo que saber cómo comenzó.

Me siento en el sofá y trato de pensar con calma. Por lo que me contó Coco y lo que he podido deducir, creo que todo comenzó hace dos sábados, aquella noche en la que salí de juerga y de la que no recuerdo nada. Pero sé de alguien que sí se acuerda y que ardía en deseos de hablar de ello: mi amigo Javi. Cojo el móvil y miro el día y la hora. Es lunes y son las diez de la noche. Da igual, estoy seguro de que puedo convencer a Javi para que salga un rato y me cuente todo lo que pasó. Nunca ha sabido decir que no a unas cervezas gratis.



Estamos sentados en la barra de un bar cercano a los jardines de Albia. El sitio me gusta mucho. Está cerca de los juzgados y suelo venir a comer unos pinchos al mediodía con mis compañeros de trabajo. De noche el ambiente parece distinto. La luz es más tenue y por los altavoces suena una suave música ambiental. No hay tantos ejecutivos atareados, sentados unos frente a otros con la vista clavada en sus tabletas o hablando por sus teléfonos móviles. La gente es algo más joven y charla relajadamente tomando copas llenas de líquidos de colores llamativos.

Llamo al camarero para que nos sirva la tercera ronda de cervezas. Ya hemos estado hablando de cómo nos va la vida y he vuelto a contarle a Javi mi supuesto accidente al cambiar la bombilla, adornándolo con todos los detalles posibles. Considero que ya basta de tanta charla intrascendente y que ha llegado el momento de preguntarle a Javi qué pasó aquella noche de la que no recuerdo nada.

— Oye, Javi… Me contaste que la última vez que salimos me pillé una borrachera de escándalo.

— Y tanto— exclama él, riendo—. Bueno, nos la pillamos todos. Entre las cervezas en Pozas antes de ir a ver al Athletic y las copas de después para celebrar que le habíamos ganado al Real Madrid, nos agarramos un pedo de órdago.

Yo me quedo mirándole unos segundos, tratando de recordar, pero no me viene nada. Ni siquiera recuerdo haber planeado ir al campo, ni las horas previas, ni el partido… Supongo que se debe al golpe en la cabeza.

— Bueno, el caso es que no recuerdo nada de todo eso. No sé si será por el golpe en la cabeza o por la borrachera, pero tengo un hueco enorme en la memoria— le doy un trago a mi cerveza antes de proseguir—. Mi doctora me ha dicho que tengo que tratar de recordarlo todo y que cualquier detalle puede ser como un hilo que

haga que me vuelvan todos los recuerdos. ¿Te importaría contarme qué pasó aquella noche con todos los detalles posibles?

— ¿Con todos los detalles?— Javi vuelve a reírse—. Ya te he dicho que yo también iba bastante morado.

— Javi, por favor— le pongo cara de pena e incluso me froto un poco la cabeza, apartando el flequillo para que pueda ver los puntos de mi frente—. Cualquier cosa puede ser importante.

— Está bien. Te lo contaré— le da un trago a su cerveza, mientras frunce el ceño, concentrándose—. Quedamos un par de horas antes del partido para ir calentando y nos tomamos unas cervezas en Pozas. Después fuimos a ver el partido y, como ya te he dicho, ganamos.

— Pues no me acuerdo, pero me alegro de saberlo— le digo, sonriéndole para animarle a continuar.

— Bueno, la cosa es que el notas de Iker había conseguido colar unas bengalas y unos petardos para celebrar los goles. Le dijimos que ni se le ocurriera sacarlas, que se nos podía caer el pelo. Estuvo encabronado toda la noche. ¿Te suena algo de esto?— yo niego con la cabeza y me encojo de hombros—. Pues sigo… Cuando acabó el partido, nos fuimos a celebrar la victoria. Ya sabes, cubata para arriba, cubata para abajo… Ni me acuerdo de los que nos pudimos tomar. Todos íbamos bastante borrachos, pero a ti te dio un pedo malo y te pusiste muy insoportable.

— ¿A qué te refieres?

— A que te portabas como cuando eras adolescente… Estuviste pegándole patadas a los contenedores, te metiste dentro de una papelera, pegabas gritos como si estuvieras loco…

— Joder, qué borrachera más mala…

— Ya te digo… Daba un poco de vergüenza ajena ir contigo— Javi me guiña un ojo, tratando de quitarle importancia—. La cosa es que, de repente, a Koldo le entraron ganas de mear y se metió en un callejón. Un gato le saltó encima y se pegó tal susto que salió corriendo con la polla fuera. Un espectáculo. A ti te dio tal ataque de risa que pensé que te ibas a ahogar allí mismo.

Sigo sin recordar nada de lo que me está contando Javi, pero me está entrando tal vergüenza que me pongo a pensar que debería madurar y dejar de ir con ese grupo de impresentables que saca lo peor de mí. Si mi padre o alguno de mis clientes me encontrasen por Bilbao una de esas noches, mi carrera profesional se iría al garete.

— Cuando se te pasó la risa, le dijiste a Koldo que no se preocupara, que ibas a enseñarle a ese gato a no meterse con tu

amigo. Le pediste los petardos a Íker y te pasó una traca que tenía como cuarenta petardos juntos. Los encendiste y los tiraste dentro del callejón— Javi niega con la cabeza mientras se le escapa otra risilla—. No sabes la que se armó. Humo, chispas, un ruido de mil demonios… Del callejón empezaron a salir decenas de gatos maullando como locos. Algunos tenían chispas en el pelo.

— Joder, la que lié. ¿Intenté ayudarlos?

— ¿Ayudarlos? Te dio otro ataque de risa tan fuerte que casi te caes al suelo. Y entonces salió el chino.

— ¿El chino?— en mi cerebro empiezan a saltar todas las alarmas. Parece que nos acercamos a algo importante—. ¿Qué chino?

— Bueno, el callejón estaba en la parte trasera de un restaurante chino. Se abrió una puerta y apareció un chino viejísimo, vestido con un traje brillante de colores. Empezó a gritar juramentos en su idioma, pero sólo consiguió que te diese aún más la risa.

— ¿Y qué pasó entonces?— le pregunto, muerto de curiosidad.

— El chino se te quedó mirando muy fijamente, se acercó a ti y te preguntó si eras el causante de todo aquello. Cuando le dijiste que sí, empezó a insultarte y a amenazarte. Incluso se atrevió a cogerte por las solapas del abrigo y a zarandearte.

— ¿Y qué hice yo?

— Le empujaste y lo tiraste al suelo y le dijiste que era un viejo loco y que no sabías por qué se preocupaba así por unos putos gatos.

— Pues sí que estaba desatado esa noche… Casi me alegro de no recordar nada— al pensar en la escena, sabiendo como sé ahora quién era el viejo al que empujé e insulté, siento un escalofrío recorriéndome la espalda. La verdad es que me extraña no estar en el fondo de la ría con un tiro entre las cejas y una piedra atada a los píes.

— El viejo se puso aún más loco con todo aquello. Se levantó, se te volvió a encarar y te dijo que no tenías ni idea de cómo eran los gatos, que si los conocieras, no te atreverías a hacerles daño.

— ¿Y qué hice yo?— pregunto casi temiendo la respuesta.

— Te volviste a reír en su cara. Le dijiste que conocías bien a los gatos, que sólo eran asquerosos sacos de pulgas, que eran unos animales chulos, vagos y egoístas que no servían para nada y que sólo alguien que estuviese mal de la cabeza se preocuparía tanto por ellos.

— Vaya, qué agradable— me prometo a mí mismo no volver a tomar una copa en la vida, aunque la cerveza brillante y ambarina

que tengo delante me invita de inmediato a olvidar mi promesa—. ¿Qué pasó entonces?

— El viejo se te quedó mirando fijamente y entonces dijo algo muy extraño— Javi se queda en silencio unos segundos, tratando de recordar—. Dijo algo como “Quien entiende a los gatos no piensa así de ellos. Y tú los entenderás. Yo te ayudaré a entenderlos”. Después se dio la vuelta y se metió de nuevo en su restaurante.

Otra vez volvemos a eso de entender a los gatos. Me siento como si acabaran de cargarme un piano sobre la espalda. Todo lo que me ha contado Javi me lleva al mismo punto. Ahora sé lo que hice para que el abuelo de Zhilan me echase aquella maldición, pero sigo sin tener ni idea de cómo quitármela, y no creo que Javi pueda ayudarme con eso. Aún así, decido quedarme hasta el final de la historia.

— ¿Qué pasó entonces?

— Nos marchamos de allí y seguimos de juerga. Estuvimos bebiendo casi hasta que se hizo de día y luego buscamos un bar para desayunar.

Lo que me temía. Javi ya no puede ayudarme en nada más. Lo único para lo que me ha servido su historia ha sido para confirmar lo que ya sabía y para comprender por qué el abuelo de Zhilan me echó la maldición, pero no me aporta ninguna pista de cómo quitarme esta mierda de encima. Entender a los gatos… ¿Qué querrá decir con eso?

Me levanto del asiento, le doy un par de palmadas en la espalda a Javi y dejo un billete de veinte euros sobre la barra para que el camarero se cobre las cervezas. Me pongo el abrigo y me dispongo a marcharme. Me siento tan cansado y tan perdido que sólo quiero llegar a casa y dormir.

— Espera, no te vayas— me dice Javi, agarrándome del brazo para que vuelva a sentarme en mi taburete—. Aún queda lo más raro.

— ¿Lo más raro?

— Sí, cuando salimos de desayunar, un gato negro apareció de debajo de un coche, se sentó en medio de la acera y soltó un maullido mientras te miraba. Nosotros empezamos a bromear, diciendo que el gato debía haber escuchado al chino loco y que venía a ver si lo entendías— Javi me sonríe, como tratando de quitarle importancia a lo que me está contando—. Pero tú te quedaste pálido, como si acabaras de ver a un fantasma. El gato volvió a maullar, como si estuviera impacientándose porque tú no contestaras.

— ¿Y qué hice yo?

— Te diste la vuelta y te marchaste corriendo. Al principio, pensamos que estabas haciéndote el asustado para seguirnos la broma, pero seguiste corriendo hasta desaparecer de nuestra vista. ¿Recuerdas algo? ¿Sabes por qué te marchaste?

Por supuesto que lo sé. Aquella fue la primera vez que escuché hablar a un gato. Pero también sé que, si se lo cuento a Javi, no me creerá y pensará que estoy loco, por mucho que sea mi mejor amigo. Me incorporo de nuevo y le doy otro par de palmadas a modo de despedida.

— No tengo ni idea, macho. Supongo que estaría bromeando.



Me paso un rato paseando por Bilbao, sin rumbo definido. La verdad es que no sé qué hacer. Mi vida ha cambiado tanto en los últimos días que casi no la reconozco. ¿Qué ha sido de mi preocupación por hacer bien mi trabajo, de las horas y horas estudiando los casos de los clientes, de las copas con los amigos o de mis torpes intentos de ligue con algunas compañeras de trabajo? Todo eso se ha esfumado. Me parece tan lejano como si estuviera pensando en la vida de otra persona.

Después de hablar con Javi y de haber visto la habitación secreta del abuelo de Zhilan, por fin sé cómo empezó todo y por qué, pero sigo ignorando la manera de librarme de esta maldición. Durante unos segundos me planteo que no es de esto de lo que debería ocuparme ahora mismo. Toda mi vida es un caos: bombas, tiroteos, una aventura con una chica demasiado complicada… Incluso he estado a punto de pegarle un tiro a un desconocido. Hablar con gatos debería ser la última de mis preocupaciones ahora mismo, pero, no sé por qué, considero que es lo único en lo que aún conservo algo de control. Creo que, si sigo tirando del hilo, encontraré la manera de terminar con esto.

La otra opción es regresar a casa y enfrentarme a Zhilan, a sus lágrimas de reproche, a la posibilidad de que me diga que se marcha… Me resultará mucho más sencillo hablar con gatos, así que me dirijo hacia la ría y voy dando un tranquilo paseo por su orilla, acercándome a la zona del San Bao.

La noche está fría y desapacible. Sopla el viento del norte, que parece empeñado en arrojar contra mí todas las hojas, papeles y bolsas que encuentro en mi camino. El cielo está oscuro, cubierto de nubes negras y espesas a través de las cuales asoma de vez en cuando una luna enorme y brillante con un halo rojizo. El paisaje me pone nervioso y me hace acelerar el paso, a pesar de que nunca he creído en presagios ni en malos augurios. Bueno, tampoco creía

en maldiciones y aquí estoy, tratando de encontrar alguna manera de limpiar mi karma, de conseguir el perdón de unos gatos para que un hechizo desaparezca.

Después de dejar a mi espalda la oscura silueta metálica del museo Guggenheim, subo por sus escaleras, sintiendo que el corazón se me encoge ante los recuerdos. No puedo creer que sólo hayan pasado cuatro días desde el tiroteo. Me parece que fue hace siglos.

Me interno por una calle que lleva directa hacia el restaurante. Al cabo de pocos minutos distingo su fachada de mármol negro y sus cristales tintados. El local está cerrado y en su puerta distingo la cinta de balizamiento roja y blanca que debió colocar la Ertzaintza. Rodeo el edificio hasta llegar al callejón trasero del que me ha hablado Javi.

Reconozco el lugar de inmediato. Ahí está la puerta por la que escapamos Zhilan y yo de los tíos que querían acribillarnos. El lugar sigue atestado de cajas vacías y contenedores malolientes. En cuanto los ojos se me acostumbran a la débil luz, empiezo a distinguir mejor las sombras. Hay muchísimos gatos. Algunos me espían agazapados detrás de las cajas o escondidos tras los contenedores, pero otros me observan desafiantes, sin sentir la necesidad de ocultarse. Me acerco un par de pasos y me aclaro la garganta:

— Quiero hablar con vuestro líder.

En cuanto pronuncio esa frase, me siento un gilipollas. ¿Quién me creo que soy? ¿Un conquistador de otro mundo? Sin embargo, la frase parece funcionar, porque un gato enorme de color marrón oscuro se acerca hasta mí. Sus andares son tranquilos y elegantes. No parece temerme en absoluto. Eleva la cabeza hacia mí y, a la débil luz de las farolas, su ojo derecho refulge. Me doy cuenta de que le falta el otro ojo. Hay una fea cicatriz que le cruza el lado izquierdo de la cara. Parece el villano de una película de Disney. Trago saliva antes de volver a hablar.

— Hola, vosotros no me conocéis, pero…

— Sí te conocemos— me corta el gato mirándome con desprecio con su único ojo sano—. Eres el gracioso de los petardos.

Creo que no hemos empezado con buen pie. Noto que los gatos se están envalentonando. Unos cuantos se han adelantado, quedando apenas un paso por detrás de su jefe, como si fueran sus matones. Los gatos más tímidos han salido de sus escondites y se han ido subiendo a las cajas y contenedores para observarme mejor. Todos esos ojos brillantes clavados en mí hacen que empiece a

sudar a pesar del frío de la noche.

— Sí, bueno...— extiendo los brazos con las palmas de las manos hacia abajo, pidiéndoles tiempo—. De eso quería hablaros. He venido a disculparme.

— ¿A disculparte?— una gata de color gris se adelanta unos pasos y se gira para enseñarme varias calvas en su cola y sus patas traseras—. Mira lo que me hiciste. ¿Crees que eso se arregla con unas disculpas?

— Déjame arreglarlo a mí, Irinea— la corta el gato líder. Ella le lanza una mirada venenosa y le bufa, pero retrocede un par de pasos—. No es sólo lo que le hiciste a ella. Muchos de los gatos del grupo resultaron heridos.

— Haré lo que sea para que me perdonéis. Decidme qué puedo hacer para ayudaros...

— ¿Y eso por qué?— me pregunta el gato, desconfiado.

— ¿Cómo que por qué?— niego con la cabeza, tratando de encontrar una explicación convincente—. Sé que lo que hice estuvo mal y quiero arreglarlo.

— No te creo. Nadie que sea capaz de causar tanto mal cambia tan rápido— el gato entrecierra su único ojo y me mira fijamente. Me siento como si estuviera tratando de leer mis pensamientos—. Tú ocultas algo. Necesitas nuestro perdón por alguna razón.

— Bueno... La verdad es que sí— no sé que tiene la mirada de este gato que me pone tan nervioso. Siento que, si no me controlo, empezaré a tartamudear de un momento a otro—. Supongo que te has dado cuenta de que puedo hablar con vosotros.

— Por supuesto, no soy imbécil— me contesta, cortante.

— El viejo que trabajaba en este restaurante me echó una maldición por haberos hecho daño. Desde entonces puedo entender a los gatos y hablar con ellos.

— ¿Y por qué supones que entendernos es una maldición? Yo lo considero un privilegio.

El gato hincha su pecho, orgulloso. Desde el fondo del callejón escucho las voces de los otros gatos, que le dan la razón en susurros. Esto está resultando mucho más difícil de lo que había pensado.

— No, no me entiendas mal... Por supuesto que es fantástico poder hablar con vosotros, pero tienes que comprender que no puedo llevar una vida normal así—tomó aire y trató de ordenar mis pensamientos—. El resto de la gente no lo entendería. Si me vieran hablando con vosotros, pensarían que estoy loco y me encerrarían.

— ¿Y por qué debería preocuparnos a nosotros que te encerraran? A nosotros nos encierran continuamente, sin que

hayamos hecho nada malo. Y tú te lo mereces por lo que hiciste.

No se me ocurre qué más decirle. No voy a conseguir su perdón, así que seguiré llevando esta maldición encima de por vida. Seguramente acabaré loco de verdad, perseguido a todas horas por gatos que me pedirán que haga cosas por ellos, que se colarán en mi casa, que me seguirán por la calle suplicando comida, abrigo o medicinas… Adiós para siempre a un trabajo decente, a una relación de pareja, a una vida normal.

— Escucha, estoy siendo totalmente sincero con vosotros. Sé que me porté como un capullo y que merezco este castigo y mucho más, pero necesito que me perdonéis. Si queréis que haga cualquier cosa por vosotros, sólo tenéis que pedírmelo. Si queréis que me haga daño a mí mismo, lo haré... Lo que sea, pero necesito vuestro perdón.

— No entiendo por qué lo necesitas. ¿En qué va a cambiar tu situación que nosotros te perdonemos o no?

— Bueno, ya sabes… Todo eso del karma y de quedar en paz con la gente a la que has hecho daño. Como la maldición es oriental y eso del karma también…— cuanto más hablo, más estúpido me siento. Las miradas de desconcierto de los gatos tan sólo me reafirman en esa idea—. No entendéis nada de lo que os estoy diciendo.

— No. No nos parece que tenga ninguna lógica. Si el viejo del restaurante es quien te maldijo, es a él a quien deberías pedirle perdón— el gato inclina la cabeza hacia un lado y se queda un par de segundos en silencio, como si estuviera dándole vueltas a una idea—. Hablando del viejo del restaurante… ¿Sabes qué ha sido de él? Hace días que no le vemos y siempre nos traía cosas de comer.

Las gotas de sudor que resbalaban por mi espalda se convierten en un torrente. ¿Qué hago? ¿Les confieso la verdad? ¿Valdrá de algo su perdón si lo consigo con mentiras? Tengo que hacerlo bien, aunque me arriesgue a salir sin ojos de este callejón. Resoplo de nuevo antes de hablar.

— Lo siento. Yo lo maté— oigo un coro de bufidos procedente de todos los rincones del callejón. Mi corazón golpea con fuerza, como si necesitara más potencia para mover la sangre congelada de mis venas—. Fue un accidente. Discutimos y acabé clavándole un cuchillo sin querer. Yo no quería hacerle daño.

— Así que nos causas heridas, matas a la persona que nos daba de comer y, aún así, tienes el valor de presentarte ante nosotros a implorar nuestro perdón— el gato niega con la cabeza—. Nunca entenderé a los seres humanos. Sois unos inconscientes y unos

estúpidos.

Bajo la cabeza, derrotado, y me giro para salir del callejón. El gato tiene razón. Todo esto ha sido una soberana gilipollez. Y encima ni siquiera estoy seguro de que vaya a servir para algo.

— Espera, no te he dicho que te marches— me grita el gato.

Me doy la vuelta, temiendo que éste será el momento en que sus guardaespaldas salten sobre mi cara para destrozarme, pero todos siguen quietos, como hermosas estatuas aterciopeladas de ojos fijos y brillantes.

— Has dicho que harías cualquier cosa para conseguir nuestro perdón y lo cierto es que necesitamos algo de ti.

Me quedo de pie frente a él, enseñándole las palmas de mis manos, tratando de expresarle que haré cualquier cosa que me pida. No sé por qué esto es tan importante para mí. Es como si pensara que, eliminando la maldición, todo el resto de mi vida se arreglará, como si fuera a encontrar un hilo del que tirar para salir de este laberinto.

— Acompáñame— el gato se pone de pie y comienza a andar hacia el fondo del callejón.

Le sigo, tratando de no tropezar con la basura y los cartones que abarrotan el suelo. El gato se ha acercado a una esquina oscura. Me pongo a su lado y me agacho. Hay una gata blanca con manchas marrones tumbada de medio lado, respirando con dificultad. En un primer momento me pregunto por qué está rodeada de pompones, hasta que me doy cuenta de que son sus crías. Todas ellas están inmóviles y tienen el pelo sucio y pegado al cuerpo.

— Ésta es Maya. No sabemos qué es lo que le pasa, pero está muy enferma— el gato le da un par de suaves golpecitos con la pata, pero ella no reacciona—. Ni siquiera cuida a sus cachorros, ni los limpia… Creemos que las crías están enfermas también, porque casi no maúllan ni se mueven.

— ¿Y qué podría hacer yo?

— Sabemos que tenéis médicos de gatos. Tienes que llevarlos a uno para que haga que se curen— el gato desvía su mirada hacia mí y su único ojo refulge en la oscuridad como un puntero láser—. Si lo haces, tendrás nuestro perdón.

La verdad es que me da algo de repelús tocar a estos gatos enfermos y sucios. Ni siquiera sé si lo que tienen se contagia a los humanos. Sin embargo, no tengo otro remedio. Trato de pensar en cómo llevármelos. No puedo meterlos a todos en mi abrigo, iría perdiendo gatos por medio Bilbao. Y no me parece bien meterlos en alguna de las cajas de basura que hay tiradas por el suelo. Si su

sistema inmune está débil, ponerlos en una caja sucia acabaría por matarlos.

Asiento para que el gato sepa que estoy de acuerdo y salgo del callejón. Los gatos me siguen, como si me escoltaran. Sonrío al ver que he recordado bien. A menos de cincuenta metros hay un bazar chino y, aunque tiene la persiana medio bajada, aún hay luz dentro.

— Ahora vuelvo— le digo a los gatos antes de salir corriendo.

Llego al bazar y llamo al cristal, sobresaltando a la mujer que está detrás del mostrador. Ella levanta la mirada de los papeles que estaba leyendo, niega con la cabeza y me señala la persiana medio bajada. Eso no va a detenerme. Saco mi cartera y le enseño un billete de cincuenta euros, mientras trato de poner al mismo tiempo cara de inofensivo y de desesperado. Ella suspira, resignada, pero se acerca a la puerta y abre unos centímetros.

— Está cerrado— me dice con un fuerte acento—. Tú vuelve mañana.

— No, es urgente. Sólo necesito una caja para meter gatos y a cambio te daré este billete de cincuenta euros. ¿Trato hecho?

Ella lo piensa durante unos segundos. No sé si está planteándose aceptar el trato o si todavía está traduciendo lo que le he dicho. Al cabo de unos segundos, su cara se ilumina.

— ¿Trasportín?

— Sí, eso es. Cincuenta euros por un trasportín.

Ella vuelve a sonreír, cierra la puerta y se interna entre los pasillos del bazar. Yo la espero impaciente, paseando por delante de la puerta. Un par de minutos después, llega con un trasportín rosa adornado con pequeñas huellas de gato en color lila. Estoy por preguntarle si tiene algo más masculino, pero tampoco quiero tentar a la suerte. Le doy las gracias y los cincuenta euros y vuelvo al callejón a la carrera. No sé por qué me doy tanta prisa. Es como si temiera que, si alguno de los gatos muere, los demás me culparían y no retirarían la maldición.

Entro en el callejón sin decir nada y me dirijo directamente hacia la esquina en la que están la gata y sus cachorros. Ella levanta la cabeza y me bufa al ver que echo la mano hacia sus crías.

— Tranquila, Maya. No voy a haceros ningún daño— le susurro —. Estáis muy enfermos. Voy a llevaros a todos al médico.

Maya vuelve a dejar caer la cabeza y respira de forma agitada, como si el solo hecho de haberme bufado la hubiese agotado. La cojo con mucho cuidado y la meto al fondo del trasportín, apenado al notar cómo se le marcan los huesos bajo el pelo sucio. Después voy colocando a sus cinco crías alrededor, con tanto cuidado como

si manejase pompas de jabón. Cuando termino, cierro la puerta y, en lugar de agarrar el trasportín por el asa, lo cojo con los dos brazos para que no se tambalee. Todo el resto de la colonia de gatos está alrededor de mí, vigilando cada uno de mis movimientos.

— Ahora les llevaré al médico y volveré a traeros noticias— le digo al líder.

— Esperaremos tu vuelta.

Salgo del callejón, paro el primer taxi que encuentro y le pido que me lleve a algún veterinario de guardia. El hombre me mira con cara de escepticismo, así que le digo que espere un segundo y saco mi móvil para buscar la dirección del más cercano en Internet. Tengo una llamada perdida de un número que no conozco, pero la ignoro. Seguro que era algún teleoperador para pedirme que me cambie de compañía telefónica. Al fin encuentro un veterinario con servicio de urgencias y le paso la dirección al taxista.

Cuando el taxi me deja frente a la clínica veterinaria, me quedo un segundo contemplando la entrada. Tiene pinta de ser un sitio caro. No sé lo que costarán los servicios de urgencia de los veterinarios, pero me duele la cartera de sólo pensarlo. Me encojo de hombros y llamo al timbre. Es lo que tengo que hacer, así que no merece la pena darle más vueltas. Además, Maya y sus cachorretes me dan pena. Tengo que intentar salvarlos.

La puerta se abre y atravieso una elegante sala de espera en la que está sentada una mujer sola, con los ojos llorosos. Al fondo hay un mostrador de recepción atendido por una sonriente joven vestida de morado.

— Buenas noches— me saluda con una sonrisa aún más amplia.

— Buenas noches— le contesto mientras coloco el trasportín sobre el mostrador—. No he podido llamar para avisar, espero que no importe. Me he encontrado a esta gata y a sus cachorros y me parece que están gravemente enfermos. ¿Podríais atenderlos?

— Lo siento, pero no atendemos animales abandonados— su sonrisa continua imperturbable, como si no acabara de condenar a esos gatos a muerte—. Puedo pasarle los teléfonos de varias asociaciones de animales en las que podrían ayudarle.

— No, no quiero el teléfono de ninguna asociación. Quiero que los atiendan aquí y ahora— me doy cuenta de que he debido de sonar un poco borde, porque la sonrisa de la muchacha se encoge un par de centímetros, así que me apresuro a sacar la cartera—. Pagaré el tratamiento, por supuesto.

La visión de la cartera hace que la recepcionista vuelva a parecer encantada de haberme conocido. Me dice que espere unos

minutos mientras avisa al veterinario de guardia. Me siento con el trasportín en el regazo, mirando a través de la puertecilla para comprobar si alguno de los gatos se mueve. La espera se me hace eterna. Los gatos continúan inmóviles, es imposible saber si están vivos o muertos, como si tuviera sobre las rodillas una versión cursi de la caja de Schrödinger.

Al fin me hacen pasar a una consulta. Un chico muy joven me saluda desde detrás de una mesa de exploración. Por un momento pienso que debe haberme tocado con el becario y me planteo si debo dejar que este tío se encargue de Maya y de sus hijos, pero tampoco me quedan muchas más opciones. Coloco el trasportín sobre la mesa y el chico lo abre y comienza a explorar a los gatos.

— Buff…— dice al cabo de un rato, despertando mis peores temores.

— ¿Están vivos?— preguntó, asustado.

— Sí, tranquilo. Pero creo que puede ser herpesvirus felino.

— ¿Y eso es muy grave?

— En gatos tan pequeños, sí. Es una enfermedad que puede curarse por sí misma, como si hubieran pillado una gripe muy fuerte— me explica él—, pero al ser tan cachorros, no puedo asegurarle que sobrevivan.

— ¿Y ella?— pregunto, acariciando con mucho cuidado el sucio pelo de Maya.

— Está muy mal alimentada y el parto ha debido de dejarla muy débil— el joven me mira compungido, como si se disculpara—. Tampoco puedo asegurar nada.

— Da igual lo que pueda asegurarme. Intente lo que sea.

— Son muchos gatos. Será caro.

— Me da lo mismo. Si cree que hay alguna posibilidad de salvarlos, hágalo.

— ¿Se los va a quedar si los salvamos?

Me quedo en silencio unos segundos. Mi vida es ya demasiado complicada como para encargarme de una gata y sus cinco cachorros.

— No, yo sólo me los he encontrado. Estaban en una colonia callejera que hay cerca de aquí. Mi idea era devolverlos allí cuando estuvieran bien.

— No se preocupe. Si conseguimos sacarlos adelante, avisaremos a una protectora para que decida si es mejor devolverlos a su colonia o buscarles un hogar.

— ¿Y cómo va a saber la protectora lo que es mejor para ellos?

— Pues porque llevan muchos años trabajando con gatos— el

chico me mira como si estuviera loco.

— ¿Podría dejarme un momento a solas con ellos?

El chico vuelve a lanzarme una mirada de sorpresa, pero asiente y sale de la consulta. Espero que no haya ido a llamar a los de seguridad. Yo me inclino sobre Maya y la toco suavemente con dos dedos, tratando de despertarla.

— Maya, escúchame— ella se menea un poco, pero sigue durmiendo, así que insisto—. Maya, despierta. Tengo que preguntarte una cosa.

La gata abre los ojos, aunque tiene la mirada turbia y perdida. Yo la acaricio con suavidad para que se tranquilice.

— Estamos en el médico. Van a tratar de curaros a todos— por un segundo me planteo contarle lo que me ha dicho el veterinario sobre su enfermedad, pero prefiero que no se preocupe demasiado —. Me han dicho que, cuando tú y tus cachorros estéis bien, llamarán a una protectora para tratar de buscaros un hogar. ¿Es eso lo que quieres?

Ella no responde. Tan solo respira con dificultad, tumbada de medio lado, como si estuviera demasiado agotada como para decir una sola palabra.

— Para ellos, sí— contesta al fin—. La vida en la calle es muy dura. No quiero eso para mis pequeños.

— ¿Y tú? ¿No te importa separarte de ellos?

— Me separaría de todos modos… Uno que se despista en algún paseo, otro que acaba bajo las ruedas de algún coche, otro que muere envenenado… He tenido más camadas y los he perdido a casi todos.

— ¿Y no quieres una casa para ti también?

— No, yo soy una gata callejera— a pesar de lo que le cuesta hablar, lo dice con orgullo—. Quiero seguir siendo libre.

Asiento, le doy un último mimo y la dejo descansar. Abro la puerta de la consulta y le pido al veterinario que pase y que me deje un papel y un boli.

— Ésta es la dirección en la que los he recogido— apunto en el papel la dirección del San Bao y mi número de teléfono—. Quiero que a ella la devolváis allí. Si no podéis, avisadme y la llevaré yo mismo. A los cachorros podéis buscarles un hogar.

— ¿Puedo preguntarle por qué ha decidido eso?— el joven trata de mostrarse correcto, pero en sus ojos veo la sospecha creciente de que está delante de un enajenado.

— Llevo mucho tiempo tratando con gatos y creo que será lo mejor para ellos— contesto, tratando de parecer un entendido en el

tema—. Si hay cualquier cambio en su estado, avíseme, por favor.

Salgo de la consulta y vuelvo al mostrador para darle a la recepcionista mi número de cuenta para que puedan cobrar la factura. Cuando estoy a punto de salir de la clínica, el veterinario aparece, llevando en la mano el trasportín rosa.

— Esto es suyo.

Le sonrío y lo cojo, aunque no sé muy bien para qué lo quiero. Salgo de la clínica y recorro la calle con la mirada, buscando algún lugar en el que tirarlo, pero al final decido llevármelo conmigo. Estoy conociendo muchos gatos últimamente. Puede que vuelva a necesitar uno y éste me ha costado cincuenta pavos.

Paro otro taxi y regreso al callejón. Los gatos aparecen en cuanto pongo un pie dentro. El gato tuerto se adelanta con pasos lánguidos mientras observa el trasportín vacío.

— ¿No has podido hacer nada por ellos?— me pregunta, apenado.

— Tranquilo, están en buenas manos. Estaban muy enfermos y he tenido que dejarlos en la clínica— me quedo callado unos segundos, planteándome si debería ser sincero con ellos y contarles toda la verdad.

— ¿Qué te ha dicho el médico de gatos?— me pregunta el gato líder, como si hubiera leído mis pensamientos.

— Están muy débiles y es posible que no se pueda hacer nada por ellos. Van a intentar curarlos, pero no pueden asegurarnos nada.

El gato se mantiene en silencio, mientras yo me despido mentalmente de mis posibilidades de librarme de la maldición. Sé que habría sido más inteligente decirles que todo iba a salir bien para que me perdonasen, pero, por alguna extraña razón, no puedo mentirles. Los gatos siempre son directos conmigo, aunque eso pueda enfadarme, como me pasó con Coco hace un rato. Me parece que merecen la misma sinceridad por mi parte.

— Está bien. Has hecho todo lo que has podido y te lo agradecemos— dice el gato, sacándome de mis pensamientos—. Estás perdonado. Puedes irte.

No me atrevo a decirle nada más. Por alguna extraña y ridícula razón, le hago una pequeña reverencia antes de girarme y abandonar el callejón. Decido no coger más taxis por esta noche. Hace días que no miro mi cuenta bancaria, pero estoy seguro de que, cuando lo haga, me voy a llevar un susto de los gordos.

Cuando llevo caminados unos cientos de metros, con el trasportín rosa colgando de mi mano, me doy cuenta de que no sé si

todo lo que he hecho esta noche ha servido para algo. No he comprobado si seguía entendiendo a los gatos después de que me dieran su perdón. Me sorprendo a mí mismo pensando que me da igual, que me importa más lo que les pase a Maya y sus cachorros. Debo de estar volviéndome loco.

Unos pasos por delante de mí distingo una sombra negra que se oculta bajo un coche. Me acerco despacio y me arrodillo, tratando de ver al gato. Distingo el brillo de sus ojos verdes en la oscuridad.

— Buenas noches— la situación me resulta tan ridícula que me incorporo para comprobar que no me ve nadie mientras sofoco una risita—. ¿Me entiendes?

— Sí, claro que te entiendo— el gato sale de debajo del coche pegando botes de alegría—. ¿Podrías ayudarme?

Resoplo desesperado y me froto la cara con las manos, como si tratara de despertarme de un mal sueño. ¿No se supone que los gatos son animales independientes? ¿Cómo es posible que necesiten ayuda todo el tiempo?

— Me he caído de esa ventana— me dice, mirando hacia lo alto de un edificio—. O quizá de esa otra, no estoy seguro. Mi dueña está dormida y no se ha dado cuenta y no quiero pasar la noche en la calle.

Sé que será inútil protestar, así que agarro al gato, me lo coloco debajo de un brazo y me dirijo al portal del edificio que me ha señalado. Empiezo a pulsar un botón tras otro, preguntando a todos los vecinos si han perdido un gato negro pequeño con los ojos verdes. Tras despertar a varias personas que me informan a gritos de que son las dos de la madrugada y a otras que se acuerdan de todos mis muertos, por fin doy con la casa del gato. La mujer baja en pijama y lo abraza con lágrimas en los ojos. Me niego a recibir ninguna recompensa y la dejo achuchando a su mascota.

Sigo mi camino hacia casa, sintiéndome desesperado. Quizá nunca pueda quitarme la maldición, quizá sólo el abuelo de Zhilan podía retirarla. Es posible que mi destino a partir de ahora sea ayudar a gatos desamparados. Me parece una tarea ingente y abrumadora. En la vida he conocido un colectivo con tantas necesidades.

Por fin llego a mi casa. Busco el llavero en mi bolsillo y recuerdo que se lo di a Zhilan cuando estábamos en el coche, justo antes de salir para la playa a matar a su tío, y que no me lo ha devuelto. Me quedo un rato delante de la puerta, sin atreverme a llamar. No sé si Zhilan seguirá enfadada conmigo, si querrá volver a hablarme. A lo mejor Coco tenía razón y ella ni siquiera siga ahí, puede que ya se

haya marchado para buscar un macho más competente.

Entonces me fijo en la puerta y un escalofrío me recorre la espalda. Está entornada unos centímetros. Estoy seguro de que la cerré al salir. Mis peores temores parecen confirmarse. Ella se ha marchado y estaba tan enfadada conmigo que ni siquiera ha cerrado la puerta.

Entro y enciendo la luz del salón. Me quedo paralizado, viendo el desastre en el que se ha convertido mi casa. Las cortinas están arrancadas, hay muebles tirados y restos de cristales sobre la alfombra. Mi mente trata de buscarle un sentido a todo esto, pero sólo encuentra tres opciones:

1- Tengo un poltergeist histérico en casa.
2- Zhilan estaba tan furiosa conmigo que ha decidido destrozarlo todo antes de marcharse.
3- Alguien ha entrado mientras yo no estaba y se la ha llevado.

Noto la vibración de mi teléfono móvil en el bolsillo. Miro la pantalla y descubro el mismo número desconocido que me llamó hace un par de horas. Lo descuelgo mientras siento como el frío invade cada una de mis células. Algo dentro de mí me dice que la llamada es importante.



Me quedo callado, con el teléfono pegado a la oreja, sin ser capaz de decir ni una palabra. Al cabo de unos segundos, distingo unos ruidillos agudos. Parecen un débil maullido de gato. Estoy tan desquiciado que, durante un momento, me planteo que, si los gatos son capaces de llamarme por teléfono para pedirme ayuda, ya puedo olvidarme de la posibilidad de llevar algún día una vida normal. Pero entonces mi mente funciona de nuevo y me dice que no son maullidos. Son sollozos.

— ¿Álex? ¿Estás ahí?

— Zhilan, ¿eres tú?— noto en mi voz el eco de la histeria—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

— Me han cogido. Peleé todo lo que pude, pero me atraparon…

Su voz se vuelve a quebrar por el llanto. Parece que se está ahogando al otro lado de la línea. Me siento tan inútil al no poder hacer nada por ayudarla que las piernas me tiemblan y tengo que derrumbarme en el sofá.

— Tranquila— le digo como si eso sirviera de algo—. ¿Dónde estás? ¿Cómo puedo ayudarte?

— No sé dónde estoy— suena tan indefensa como una niña perdida en un centro comercial el día de navidad—. Mi tío me ha dicho que hable contigo, que quieren que hagas algo por ellos…

— Pásame con él. Haré cualquier cosa, lo que quieran.

Espero unos segundos pegado al teléfono sin escuchar nada, pero es la voz de Zhilan la que vuelve a hablarme.

— No quiere ponerse. Sólo dice que mañana se pondrá en contacto contigo para darte instrucciones— los sollozos de Zhilan son tan violentos que me cuesta entenderla—. Y que no llames a la policía o me matarán.

— Dile que no llamaré a la policía, pero que me diga ya qué quiere— oigo un pequeño pitido en la línea y después nada, sólo el silencio—. ¡Zhilan! ¿Estás ahí?

Ya no está. Me quedo mirando el móvil, temiendo haberme quedado sin batería o sin cobertura, pero no es eso. El móvil está perfecto. Deben haberle quitado a Zhilan el teléfono de las manos y han colgado. Suelto un grito que me sale de lo más profundo de las entrañas y estoy a punto de tirar el teléfono contra la pared, pero me contengo en el último segundo. Es lo único que ahora mismo me une a ella, el único hilo de conexión que nos queda. Lo coloco sobre la mesa de la sala con tanto cuidado como si fuera una reliquia y lo miro fijamente, mientras me paseo por el salón como una fiera enjaulada, rezando para que vuelva a sonar. Pasan los minutos, uno detrás de otro, pero el teléfono continúa mudo.

Me siento desesperado. La casa se me queda pequeña, las paredes me ahogan, pero no quiero salir. ¿Qué pasaría si, en lugar de llamarme por teléfono, alguno de los sicarios del tío de Zhilan decide pasarse por mi casa para darme instrucciones y yo no estoy? No quiero arriesgarme. Después de todo, esta situación es por mi culpa. Si hubiera tenido los cojones suficientes para volarle la cabeza en la playa, nada de esto estaría pasando.

Vuelvo a sentarme en el sofá mirando con insistencia el puñetero móvil. Me siento fatal, me quiero morir… Si a Zhilan le acaba pasando algo, si la matan por mi culpa, no me lo perdonaré nunca. La imagino encerrada en alguna sucia habitación, sola y asustada, a merced de esos asesinos, y me pongo enfermo. Daría hasta la última gota de mi sangre por sacarla de ahí, por poder estar a su lado y abrazarla, por consolarla… Pero no puedo hacer nada.

Miro de nuevo el móvil y se me ocurre una idea. Tengo su teléfono. Los muy inútiles no han ocultado el número. Cojo el móvil de la mesa, busco la última llamada y contemplo el número. Bien, lo tengo ahí, pero no se qué hacer con él. ¿De qué me serviría llamarles? No creo que me hicieran mucho caso si llamase y les pidiese que me devolvieran a Zhilan. Ya han dejado muy claro que serán ellos los que me llamen para decirme qué es lo que quieren de mí. Para lo único que podría servirme es para pasárselo a la policía y que lo localizaran, pero no me atrevo.

Vuelvo a dejar el teléfono sobre la mesa y me arrojo contra el respaldo del sofá. Me quedo mirando el techo. Los pensamientos giran tan rápido en mi mente que me siento mareado. ¿Qué pueden querer de mí? ¿Qué puedo tener yo que esa gente necesite? Estoy seguro de que gastan más dinero en munición del que yo ganaré en toda mi vida y disponen de un ejército a sueldo que puede cumplir sus más mínimos deseos. ¿Qué puede necesitar el tío de Zhilan de alguien tan insignificante como yo? Por muchas vueltas que le dé a

la cabeza, jamás encontraré la respuesta.

Estoy cada vez más desesperado y me da la impresión de que me falta el aire. Voy a la ventana, la abro y dejo que el aire frío de la noche penetre en el salón. Me asomo y respiro con fuerza, tratando de despejarme. Está lloviendo otra vez. Una lluvia helada me golpea la cara, pero no me importa. Dejo que caiga sobre mí y que me despeje. El frío me estremece, pero, de alguna extraña manera, me da fuerzas, me hace sentirme más vivo. Daría cualquier cosa por meterme en la cama y fingir que todo lo que ha sucedido en los últimos días sólo ha sido un sueño, pero el viento helado y las gotas que se clavan en la piel de mi cara como diminutas agujas me convencen de lo contrario. No estoy soñando. Todo esto es jodidamente real y voy a tener que dar lo mejor de mí mismo para que Zhilan y yo podamos salir con vida.

Contemplo la cortina del salón, que cuelga a mi lado. La barra que la sujetaba está arrancada del costado derecho. Se me escapa una pequeña sonrisa. Parece que mi niña luchó como una fiera y que se lo puso difícil a esos cabrones. A pesar del orgullo, la preocupación me invade al instante siguiente. Espero que no le hiciesen daño. Mi imaginación decide ponerse a funcionar en este preciso momento, llenando mi mente con los detalles de la lucha desesperada de Zhilan, de sus gritos, de esos hombres golpeando su rostro… Mi estómago se convierte en una centrifugadora de precipitados y tengo que apartarme de la ventana, sentarme en un sillón y agacharme para poner la cabeza entre las rodillas, tratando de que pare el mareo.

No sé cuánto tiempo paso así, sintiendo que me falta el aire, que, por muy rápido que respire, el oxígeno no me llega a los pulmones, que la cabeza me da vueltas y la vista se me nubla. Cuando el pánico cesa, me levanto de nuevo y vuelvo a la ventana. Por las oscuras y solitarias calles veo cruzar a un gato. Desde esta distancia no puedo saber si es alguno de los de la colonia de Coco. Me gustaría llamarles y pedirles disculpas. Creo que me pasé con ellos y ahora mismo me muero por tenerles aquí a mi lado, por no estar tan solo esta noche, por tener a alguien a quien contarle mis problemas.

Ese pensamiento hace que sienta pena de mí mismo y que se me escape una sonrisa sarcástica. ¿Qué he estado haciendo con mi vida? Tengo familia, tengo amigos, tengo compañeros de trabajo… Sin embargo, entre todas esas personas no hay ninguna a la que pueda contarle lo que me está pasando. Ninguno de ellos me escucharía ni me creería. Algo he debido de hacer muy mal para

que el único ser en el mundo en el que ahora mismo podría confiar sea un gato borde y chulo que encima no me habla porque no dejo que sus colegas se caguen en mi salón.

Sigo mirando por la ventana, atento por si veo pasar a otro de los gatos, pero, después de muchos minutos, me doy por vencido. Esta noche no van a venir, a pesar del frío y de la lluvia. Me siento muy culpable. Podrían enfermar, como Maya y sus cachorros, y yo no me lo perdonaría nunca. Pero sé que, aunque bajase a buscarles, no conseguiría que vinieran a refugiarse a mi casa. Conozco a Coco y estoy seguro de que se dejaría arrancar todas las uñas antes que renunciar a su orgullo. Más solo y perdido que nunca en mi vida, regreso al sofá, aunque dejo la ventana entreabierta por si en algún momento me perdonan.

Me tumbo en el sofá y me tapo con una manta. Sé que no voy a poder dormir, pero me duele todo el cuerpo por la tensión y estoy seguro de que mañana no va a ser un día relajado, así que necesito ahorrar fuerzas. Mi mirada vaga desde el móvil, que continua mudo sobre la mesa, y la ventana, en la que, a través de unas nubes grises y espesas, ya comienza a distinguirse la claridad del día.

Cuando ya no aguanto un segundo más en el sofá, me levanto de un salto y me pongo a recoger la casa como si me fuera la vida en ello. Necesito hacer cualquier cosa para no pensar, pero, tras media hora de recoger cojines destripados, de tratar de volver a encajar sin éxito la barra de las cortinas y de barrer trozos de jarrones rotos, me doy cuenta de que eso no sirve. Cojo el móvil y me voy a la ducha. Quizá el agua caliente me relaje un poco.

No sé el tiempo que paso bajo el agua, pero, tras ducharme, afeitarme, secarme el pelo, vestirme y prepararme un enorme desayuno del que no soy capaz de probar un solo bocado, siguen siendo las nueve de la mañana.

Regreso al sofá y pongo la tele para tratar de distraerme un poco, mientras sigo desbloqueando el móvil a cada minuto para comprobar que tiene batería y cobertura. Zhilan no me dijo si me llamarían por la mañana o por la tarde. Va a ser un día muy largo.

Ya son las cinco de la tarde cuando por fin suena el móvil. Lo cojo y lo miro, extrañado. No es el mismo número desde el que me llamaron ayer y que ya he memorizado de tanto mirarlo. De todos modos, lo descuelgo, temblando, seguro de que son ellos. No conozco ninguna regla que impida a los secuestradores cambiar de número de móvil. De hecho, creo que, aunque la hubiera, los secuestradores no son de seguir mucho las reglas.

— ¿Diga?
— ¿Álex Varela?
Me sorprende tanto la falta de acento que, durante unos segundos, no sé qué decir. No sé por qué me esperaba una voz profunda y maligna incapaz de pronunciar bien las erres.
— Sí, soy yo.
— Le llamo de la clínica veterinaria por los gatos que dejó usted ayer aquí.
Por un momento me siento tentado de colgar la llamada, al igual que he estado colgando a mi madre todo el día. Sé que tengo que mantener la línea libre por si llaman los secuestradores de Zhilan, pero esto es importante. Tengo que saber qué tal están Maya y sus pequeños y ya sería mala suerte que llamasen justo ahora después de tenerme todo el día esperando.
— Sí, dígame. ¿Cómo se encuentran?— preguntó, temiéndome lo peor.
— Están mucho mejor— responde el veterinario con voz alegre —. Hemos confirmado que se trata de herpesvirus felino y les hemos puesto tratamiento. Están más activos y han comenzado a comer. Creemos que todos se salvarán.
Sé que, teniendo en cuenta el infierno en el que estoy viviendo y que sólo conozco a esos gatos desde la noche anterior, todo esto no debería importarme, pero, sin embargo, suelto todo el aire mientras siento como mi pecho se llena de luz.
— Muchas gracias por decírmelo. No se imagina lo feliz que me hace.
— También le llamaba porque han estado aquí los de la protectora. Van a buscar un hogar para los pequeños, pero no están de acuerdo en devolver a la gata a la colonia sin probar a tratar de adaptarla primero a un hogar.
— Pueden intentarlo si quieren— le contesto, sin ganas de discutir—. No va a servir de nada. Ella no quiere vivir en una casa.
El veterinario se queda en silencio unos segundos. Seguramente está dudando si preguntarme cómo sé yo lo que una gata puede querer o no. Finalmente, decide obviar mi comentario y sigue hablando:
— Me han dicho también que van a tratar de controlar a la colonia de la que los sacó. Ya sabe, capturarlos para hacerles una revisión, vacunarlos y esterilizarlos.
— Pues les deseo suerte— no puedo evitarlo y se me escapa una carcajada—. Hay algunos ejemplares que no se lo van a poner fácil.
— Bueno… Esa gente tiene experiencia, sabe lo que se hace— su

voz suena nerviosa.

— Sí, sí…— aunque trato de controlarme, sigo soltando risitas nerviosas—. Estoy seguro de ello, pero deberían llevar trajes de seguridad.

El veterinario se despide con rapidez. Creo que vuelve a pensar que no estoy muy bien de la cabeza. Puede que tenga razón, porque lo primero que pienso después de colgar es que tengo que comprarme una cámara de seguridad e instalarla en ese callejón. La lucha por atrapar al líder de la colonia y meterlo en un trasportín sin su consentimiento va a ser épica.

El teléfono vuelve a sonar. Descuelgo de inmediato, pensando que será de nuevo el veterinario.

— ¿Sí?

— ¿Álex?

Es la voz de Zhilan. Me levanto de un salto del sofá. La sonrisa que cubría mi rostro desaparece de inmediato y un temblor recorre todo mi cuerpo. Me quedo sin habla, como si mi cerebro hubiera elegido este preciso momento para desconectarse.

— ¿Álex? ¿Estás ahí?

— Sí, aquí estoy. Dime.

— Escúchame, no me dejarán hablar mucho tiempo. Mi tío ha estado hablando conmigo y parece que ha entrado en razón— su voz suena mucho más tranquila que ayer—. Se ha dado cuenta de que, después de todo lo que le ha hecho a mi familia, no puede continuar entre nosotros. Le descubrirían antes o después y sería su fin.

— ¿Has conseguido convencerle de eso?— le pregunto, sorprendido—. ¿Va a liberarte?

— Sí, pero a cambio de algo— Zhilan toma aire antes de seguir hablando—. Necesita dinero para comenzar una nueva vida lejos de España.

— Eso no es problema— empiezo a calcular mentalmente cuánto dinero tengo ahorrado, cuánto podría pedirle a mi padre y a mis amigos, si me darían un crédito en el banco…—. ¿Cuánto dinero necesita?

— Cinco millones de euros.

Mis piernas se niegan a sostenerme un solo segundo más y me derrumbo en el sofá. Cinco millones de euros. Daría igual que me pidiese la luna, para mí es igual de inalcanzable. No podría reunir ese dinero en todos los días de mi vida, ni aunque me reencarnase veinte veces.

— Eso es imposible, Zhilan— se me parte el alma al decírselo—.

No puedo reunir toda esa cantidad de dinero. Podría conseguir varios miles si me da algo de tiempo… Si espera unos días, quizá pueda pedir un crédito a un banco…

— Álex, tranquilo. Nadie espera que tú puedas conseguir ese dinero.

Eso me tranquiliza y hace que el aire pueda volver a inundar mis pulmones, pero, por otro lado, me siento ridículo. Por supuesto que él no ha pensado en ningún momento que yo puedo reunirlo. Con las cantidades que maneja esa gente, yo debo ser poco más que un pobre indigente para ellos.

— ¿Y qué es lo que tengo que hacer entonces?

— He hablado con una amiga de la familia para que me preste el dinero hasta que yo pueda tomar control de mi herencia y devolvérselo— me explica—. Te dejarán el dinero en una bolsa en el felpudo de tu casa. Una vez que lo hayan dejado, llamarán al timbre tres veces. No abras. Esa persona no quiere verse más envuelta en esto y no quiere que nadie la vea. Cuando suene el timbre, espera cinco minutos y luego recoge la mochila.

— ¿Me estás diciendo en serio que quieres que deje cinco millones de euros solos en la puerta de mi casa durante cinco minutos?— le pregunto escandalizado.

— Sí, no pasará nada.

Ella parece muy segura, como si en su barrio fuese lo más normal del mundo dejar millones en las entradas de las casas sin que nadie los toque.

— Me parece una locura, pero está bien— concedo al fin—. ¿Qué tengo que hacer luego con el dinero?

— Tienes que ir a la estación de trenes de Abando. Mi tío te esperará a las seis en punto de la tarde al final del primer andén. A cambio del dinero, te entregará otra mochila con documentación importante.

— ¿Qué documentación importante?— le pregunto, intrigado.

— Los libros de cuentas de las actividades de la familia y una confesión firmada en la que reconoce que mató a mi abuelo, a mi padre y a mi hermano. Con eso le tendré pillado y estaré segura de que no volverá por aquí.

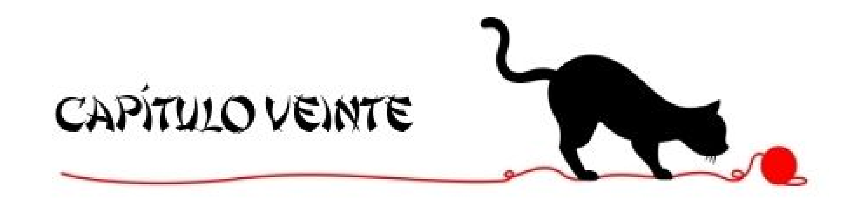
Me resulta muy extraño que entre los documentos importantes que su tío va a entregarme haya una confesión firmada de cómo mató al abuelo de Zhilan, ya que sé con total seguridad que él no fue. Supongo que ahora mismo ese hombre está dispuesto a admitir que fue él quien mató a Kennedy con tal de recibir los cinco millones.

— Álex, siento mucho meterte en todo esto, pero no sé a quién más acudir— Zhilan respira de forma entrecortada. Creo que está llorando de nuevo.

— No te preocupes— trato de sonar lo más seguro posible—. Todo saldrá bien.

— Me dicen que tengo que dejarte— me dice, apresurada. Su voz se aleja como si alguien estuviera quitándole el móvil de las manos—. Álex, te quiero.

Vuelvo a escuchar el maldito pitido que indica que la llamada se ha cortado. Da igual, no habría sabido qué contestar. Me ha dicho que me quiere. Esas palabras me han confundido más que todo lo que me ha estado pasando en los días anteriores. No esperaba que ella me quisiera. Ni siquiera esperaba quererla yo. Casi no la conozco y, desde que la conocí, mi vida es un caos absoluto. Pero se me ha metido dentro y sé que no podré sacarla. No sé si lo nuestro tendrá futuro, si ella acabará dándose cuenta de que sólo soy un pobre diablo sin ninguna cualidad reseñable. Pero da igual. Vaya a durar un día, una semana, un mes o toda la vida, merece la pena luchar por ello, por tenerla en mis brazos una vez más y volver a besarla. Y esa lucha comienza por seguir sus instrucciones al pie de la letra.



Me paso los siguientes minutos sentado en el sofá, restregándome las manos y dando golpecitos con el pie en el suelo mientras mantengo la mirada clavada en la puerta de casa con tanta intensidad que, si fuese un ser vivo, se sentiría incómoda y acabaría largándose. La amiga de Zhilan no viene. El tiempo pasa. Los minutos van sucediéndose una tras otro sin que mi timbre suene. Cuando estoy a punto de levantarme del sofá e ir a comprobar si está estropeado, escucho unos pasos al otro lado de la puerta. Hay alguien ahí. El estómago se me encoge y empieza a girar enloquecido. Doy gracias por no haber comido nada en todo el día, porque tengo unas ganas incontenibles de vomitar. La boca me sabe rara, a una mezcla de bilis y aspirina. Creo que es el sabor del miedo.

El primer timbrazo hace que pegue un bote. Me quedo muy quieto, conteniendo incluso la respiración. No quiero que se asuste y se marche con el dinero, condenando a muerte a Zhilan. Pero, por otro lado, me planteo que quizá esa persona tema que no haya nadie y se marche con la bolsa. Yo no dejaría cinco millones en la puerta de una casa sin saber si hay alguien dentro para recogerlos.

Antes de que pueda tomar una decisión, suenan los otros dos timbrazos, seguidos del sonido de unos pasos a la carrera que se alejan. Miro mi reloj para calcular los cinco minutos que aún me quedan por esperar. Ya son las cinco y media de la tarde. Voy a andar bastante justo para llegar a Abando.

Me voy preparando para salir. Cojo mi juego de llaves de reserva, mi móvil, la gorra y la chaqueta y me coloco delante de la puerta, pegando botes por la impaciencia. Sólo han pasado tres minutos, pero no puedo esperar más. No creo que vaya a haber mucha diferencia por no esperar el tiempo exacto. La persona que ha traído la mochila se ha debido marchar hace rato. Por si acaso, me asomó a la mirilla de la puerta. No hay nadie en el descansillo

de la escalera, así que abro. En el felpudo hay una gran mochila negra.

La meto dentro de casa y vuelvo a cerrar la puerta. Pesa bastante, más de diez kilos. La mochila no tiene nada de particular. No hay letras ni dibujos. Parece una mochila totalmente normal. Nadie diría que lleva una fortuna dentro. Lo único que se sale de lo normal es que los dos tiradores de la cremallera están unidos por un cierre de alambre de color blanco. Como medida de seguridad me parece bastante cutre, teniendo en cuenta lo que hay dentro de la bolsa. A pesar de que puede que ésta sea la única oportunidad que tendré en la vida de ver cómo son cinco millones de euros juntos, decido dejar la bolsa como está y salir pitando de casa. Me quedan veinticinco minutos. Espero que no haya mucho tráfico en Bilbao.

Bajo al garaje en el ascensor y corro hasta mi coche. Me sorprendo de nuevo del estado tan desastroso en el que se encuentra y, de repente, me invade el miedo a que no funcione. Me meto en el asiento del conductor y dejo la mochila en el del copiloto. Al girar la llave en el contacto, rezo todo lo que sé y el motor responde a mis ruegos con un rugido.

Salgo del garaje y tomo la carretera que lleva hasta el centro de Bilbao. Ya está anocheciendo y el cielo está cubierto de nubes negras. Una lluvia ligera cae desganada, bañando las calles. Eso no es bueno. A pesar de la cantidad de días lluviosos que tenemos aquí, bastan cuatro gotas para que los conductores nos volvamos gilipollas. Trato de tranquilizarme. Si no pasa nada raro, en diez minutos debería estar en Abando y me quedan casi veinticinco. Tendría que estar allí con tiempo de sobra.

Hay bastante tráfico a esta hora de la tarde y va poniéndose peor a cada momento. Los coches avanzan con lentitud. Maldigo cada semáforo, cada peatón que decide cruzar un paso de cebra. En una película de acción el héroe cruzaría la ciudad como una exhalación, dejaría el coche tirado frente a la estación de trenes, saltaría por encima del capó, llegaría donde le espera el malo y, después de darle un par de puñetazos, se llevaría a la chica, junto con la bolsa con los cinco millones, y la convencería para dejarlo todo atrás y marcharse juntos a algún país tropical a disfrutar de la playa y vivir felices para siempre. Lástima que esto no sea una película de acción. Ni voy a atreverme a pegarle dos puñetazos al malo, ni Zhilan se va a venir conmigo a disfrutar de los atardeceres de alguna playa caribeña, ni voy a poder cruzar la ciudad como una exhalación. De hecho, hay viejos caminando por la acera con sus paraguas que avanzan más rápido que yo.

Delante de mí llevo un coche que lleva la L y que cumple escrupulosamente todas y cada una de las normas de circulación. Los peatones parecen saberlo, porque aprovechan para lanzarse a los pasos de cebra y cruzarlos con una tranquilidad pasmosa. Continúo renqueante detrás de él, mirando el reloj. Parece que hubiera tomado vitaminas porque avanza a toda velocidad. Me quedan quince minutos y todavía estoy bastante lejos de la estación.

En ese momento el coche que está delante de mí frena bruscamente. Piso el pedal del freno con todas mis fuerzas, pero el suelo deslizante por la lluvia no ayuda en absoluto. Tampoco me ayuda el hecho de haber ido conduciendo tan pegado a él como para haber podido mantener una conversación con los ocupantes del asiento trasero. Mi coche se aproxima aún más a su maletero. Todo parece avanzar a cámara lenta, pero me doy cuenta de que da igual. No puedo hacer nada por evitar el choque y me empotro contra él.

El ruido del golpe hace que los transeúntes se detengan y se queden contemplando la escena. Golpeo con rabia el volante, mientras suelto un rugido de rabia. No tengo tiempo para dar explicaciones, ni para ponerme a rellenar los papeles del seguro. Me quito el cinturón de seguridad y salgo del coche. Espero que el conductor del otro coche sea un tipo razonable. Le daré mi número de teléfono y le explicaré que no puedo quedarme y que lo arreglaremos mañana mismo.

Veo que la puerta del copiloto se abre. Un hombre alto e hipermusculado se baja, rodea su coche por la parte delantera y se acerca a mí. Miro al asiento del conductor y veo a una chica con cara de susto, llorando desesperada. Perfecto, ahora voy a tener que enfrentarme al novio sobreprotector por haberle roto el coche a su chica. El tío se acerca a mí apretando los puños y con cara de estar conteniéndose para no estampármelos en plena cara.

— Lo siento— le digo, poniendo las palmas abiertas frente a mí, pidiendo paz—. No he podido frenar por la lluvia…

— Si no hubieras ido comiéndonos el culo todo el camino, igual habrías podido frenar— el tío se acerca aún más, haciéndome recular un par de pasos—. Llevas agobiando a mi chica todo el camino con tus putas prisas.

Esto no va a acabar bien. No tengo tiempo de tranquilizar a este tío, ni de consolar a su novia y la verdad es que todo esto me da igual. Sólo quiero marcharme de aquí y llegar a tiempo a la estación para salvar a Zhilan.

— Tranquilo, ya te he dicho que lo siento— el tío aprieta aún

más sus puños, haciendo que los nudillos le crujan—. Dame un segundo. Voy a por los papeles del seguro.

Paso por su lado y vuelvo a meterme en mi coche. En cuanto estoy dentro, trato de cerrar con disimulo el pestillo de mi puerta, pero el tío se da cuenta y estampa una de sus manazas contra el cristal. Juro que se mueve todo el coche. Sólo con imaginar esa mano estampada contra mi cara me duelen las muelas. Paso al asiento del copiloto, agarro la mochila, abro la puerta y salgo corriendo. El energúmeno que me espera fuera me grita cosas que no puedo comprender, mientras zarandea mi coche.

Llego hasta la acera, donde tengo que enfrentarme a los gritos e improperios de la gente que contempla la escena. Por suerte, se limitan a gritarme y no tratan de impedirme el paso. Miro hacia atrás. Veo que el energúmeno ha decidido dejar de menear mi coche y que ya está corriendo hacia mí. Sin reducir la velocidad, me pongo la mochila a la espalda y me interno entre la gente. Nunca pensé que odiaría el peso de cinco millones de euros a la espalda, pero, en estos momentos, me planteo que los chantajes deberían empezar a pagarse con cheques.

Sigo corriendo, tratando de esquivar a la gente que bloquea la acera con sus paraguas. No sé por qué la gente camina tan mal cuando llueve. Siempre se empeñan en ir en grupos de dos o tres, bloqueando por completo el camino. Les empujo sin contemplaciones y continúo mi carrera, ignorando sus gritos e insultos. Por suerte, parece que a mi perseguidor no le va mucho mejor. Cada vez está más lejos y, unos minutos después, veo que se inclina hacia delante y se agarra el costado mientras me grita maldiciones. No puedo contener una sonrisa. A más músculo, menos agilidad. Se siente, capullo.

He llegado ya al Puente de Deusto. Nunca en la vida me había parecido que la ría fuese tan ancha, ni el puente tan largo. Claro que siempre lo he cruzado en coche y no corriendo con una mochila enorme a la espalda. Cuando no llevo cruzado ni medio puente, empiezo a sentir una fuerte punzada en el costado. Eso me pasa por haberme reído del hermano de Conan. Algún dios vengativo me ha mandado el mismo dolor como castigo por mi prepotencia.

Trato de ignorar el pinchazo y sigo corriendo mientras le echo un vistazo al reloj. Doce minutos y todavía me queda por cruzar medio Bilbao. A pesar del calor de la carrera, noto un escalofrío que me recorre todo el cuerpo. No voy a llegar a tiempo.

Termino de cruzar el puente y dejo atrás el centro comercial Zubiarte y la enorme torre azulada de Iberdrola. No tengo tiempo

de rodear toda la rotonda que se abre ante mí, así que, aprovechando que el tráfico continúa atascado, me meto entre los coches y cruzo los tres carriles. De inmediato todo el mundo empieza a hacer sonar el claxon de su coche, como si les molestara que yo me esté moviendo y ellos no. Al llegar a la acera, me permito parar un segundo para dedicarles un corte de mangas, que despierta más pitidos airados.

El cielo está aún más oscuro y la lluvia es ahora mucho más fuerte. Me da igual, ya estoy empapado. En las montañas que rodean Bilbao se escuchan truenos lejanos. De vez en cuando, las borrosas cumbres se iluminan débilmente por el brillo de los relámpagos. Espero que la tormenta no se acerque. Lo último que me falta para redondear el día es que me caiga un rayo.

Ya he cruzado el parque que ocupa el centro de la rotonda, así que repito mi maniobra suicida de lanzarme entre los coches. Vuelven a pitarme e incluso un conductor decide adelantar un poco el morro de su automóvil para no dejarme paso. ¿De qué va el psicópata este? Golpeo con furia el morro del coche y le lanzo una mirada asesina. Antes de que le dé tiempo a decidir si quiere salir en mi persecución, ya estoy corriendo de nuevo como un loco y he llegado a la acera. Vuelvo a mirar mi reloj. Once minutos.

Me meto por Alameda Mazarredo. Las aceras son tan anchas que no debería tener problema para avanzar a buen ritmo, pero, por alguna extraña razón, a la gente le gusta pasear a paso de tortuga debajo de sus paraguas en grupos de tres o cuatro. Me da igual. Me pongo en plan kamikaze y tiro para adelante, empujando todo lo que encuentro en mi camino. Escucho gritos airados a mi espalda. Incluso oigo un golpe y un chillido de dolor. Creo que he tirado a alguna vieja al suelo. Ni siquiera me giro. No puedo pararme a pedir perdón ni a dar explicaciones, aunque en mi interior rezo para que no sea nada grave y para que, si hay algún dios en el cielo, deje de ponerme obstáculos delante.

El dolor del costado es cada vez más intenso y respiro como un viejo con enfisema crónico. Mi reloj marca ya menos diez y me queda muchísimo camino. Me agarro el costado con fuerza, apretando para tratar de atenuar el dolor, y sigo adelante.

Dejo atrás el Guggenheim, sin dedicar una mirada al lugar en el que estuve a punto de perder la vida hace unos días. Si sigo a este ritmo, dentro de poco no habrá sitio en Bilbao en el que no haya estado a punto de morirme, así que no hay por qué darle demasiada importancia.

Al llegar al puente de la Salve, dudo si seguir adelante por la

calle en la que estoy o intentar atajar por el centro de Bilbao. No estoy acostumbrado a ir por Bilbao andando y me da miedo perderme, pero si continúo siguiendo la ría no voy a llegar a tiempo. Mi reloj ha puesto el turbo y me dice que sólo me quedan ocho minutos para llegar a la estación, que sigue estando a varias galaxias de distancia. Sin pensarlo más, me meto por Alameda de Rekalde, esperando no equivocarme. Si acabo perdido dando vueltas por Bilbao y Zhilan muere por mi culpa, no me lo perdonaré nunca. Detengo de inmediato esa línea de pensamiento. Lo único que importa ahora es correr y correr y correr…

La acera es mucho más estrecha y está llena de gente que pasea mirando los escaparates. ¿En serio no tienen nada mejor que hacer con la que está cayendo? ¿Es que esta gente no tiene casa? Continúo corriendo, empujando gente y escuchando insultos, tratando de abrirme paso como sea. La calle me parece larguísima, como si no tuviera fin. Es como estar corriendo en una pesadilla, de ésas en las que, por mucho que te esfuerces, no avanzas en absoluto. Además, estoy desorientado. Todas las calles adyacentes me parecen iguales, todos los edificios son copias unos de otros. No tengo ni idea de dónde estoy. Lo único que sé es que mi reloj marca menos cinco y que el tiempo se me acaba.

Después de echar un vistazo a cada calle con la que me cruzo, decido seguir adelante por Alameda Rekalde. Si empiezo a cambiar de dirección, es posible que acabe corriendo en círculos. El pinchazo de mi costado, unido a los nervios que me atenazan el estómago, hace que tenga unas ganas terribles de vomitar. Sé que suena ridículo, pero lo único que me apetece ahora mismo es derrumbarme en el suelo en posición fetal y ponerme a llorar hasta que todo pase. En mi cabeza sólo dan vueltas las mismas ideas, una y otra vez: me he perdido, Zhilan va a morir por mi culpa, soy un inútil, no valgo para esto, esta situación me queda demasiado grande… Me da igual. No me importa lo que me duele el costado, ni que mis pulmones estén a punto de estallar, ni sentirme perdido e inútil. La autocompasión es un lujo que no puedo permitirme. Así que sigo corriendo y corriendo, casi sin saber a dónde.

De repente los edificios acaban y me encuentro en otra rotonda. Me paro unos segundos para tomar aire. Me siento mareado, todo parece dar vueltas a mi alrededor, pero vuelvo a correr, lleno de energía. El alivio de encontrarme en un sitio conocido parece haberme dado nuevas fuerzas. Estoy en la Plaza Moyua. Calculo que a mi velocidad no puedo tardar mucho más de cinco minutos en llegar a la estación de Abando. El problema es que sólo me quedan

tres.

Rodeo la rotonda y me meto por la Gran Vía. Escucho un trueno que hace retumbar los cristales de los edificios cercanos y un auténtico diluvio comienza a derramarse sobre las calles, provocando los gritos de los transeúntes, que corren a refugiarse en las cafeterías y comercios cercanos o a protegerse bajo los aleros. Doy gracias por ese inesperado regalo. La calle ha quedado totalmente vacía, despejada para que me marque los cien metros lisos al estilo Usain Bolt.

En cuanto salgo disparado hacia delante, me doy cuenta de que no va a ser tan fácil. El suelo está cubierto de una alfombra resbaladiza de hojas amarillentas. Mis pies patinan y, durante unos segundos, corro sin moverme del sitio, como los personajes de los dibujos animados. Lo siguiente que veo es el suelo aproximándose a mi cara a toda velocidad. Por suerte, me da tiempo a poner las manos por delante para no dejar la acera adornada con mis dientes. Me levanto de inmediato, tratando de conservar mi dignidad delante de la gente que me observa protegida bajo los aleros y que trata de disimular sonrisas de burla.

Echo a correr de nuevo, como si nada hubiera pasado, pero tengo la piel de la mano derecha levantada. Una película de sangre recubre la mitad de la palma y escurre hacia el suelo en grandes gotas, como si fuera dejando un rastro para no perderme. La rodilla derecha también me duele. Creo que no tengo herida, pero me he dado un golpe muy fuerte en el hueso. Cuando esto se enfríe, va a ser un infierno.

Tras dejar atrás el edificio de la Diputación, diviso ya el Corte Inglés. Ya estoy muy cerca, un par de minutos más y estaré en la puerta de la estación. Un coro de campanas me sobresalta, haciendo que mi estómago pegue una vuelta de campana. No pueden ser ya las seis. Miro mi reloj, que no hace otra cosa que confirmármelo. Ya llego tarde.

Mientras corro con mis últimas fuerzas, me pregunto si los villanos mafiosos tendrán entre sus escasas cualidades el ser puntuales. Después de todo, quien dice las seis, dice las seis y diez. Sabe que soy español y que los españoles no hemos llegado a tiempo a nada en nuestra puta vida. Supongo que tendrá eso en cuenta. Después de todo, si fuese yo el que estuviera esperando por cinco millones de euros, le daría un poco de manga ancha al que tuviera que traérmelos.

Encuentro un semáforo en verde y cambio de acera, paso el Corte Inglés y, por fin, veo el edificio de la estación. Esquivo a la

gente que se arremolina en la salida acristalada de la estación de metro, corro por delante de la fuente alojada bajo la enorme sombra del edificio de oficinas del BBVA y esquivo un puesto de castañas para llegar al semáforo. Los coches pasan a toda velocidad y no me atrevo a cruzar en rojo y que me atropellen cuando estoy a apenas cincuenta metros de mi objetivo. Espero a que el semáforo cambie, pegando botecitos de impaciencia.

En cuanto se pone verde, salgo disparado, cruzo la calle y entro en la estación. Me parece increíble que pueda estar tan llena de gente, teniendo en cuenta todas las personas que me he cruzado en la calle. Todo está abarrotado: el Burger King, el cajero, el puesto de libros… ¿Es que no se ha quedado nadie en casa hoy? ¿Ha habido alguna convocatoria por Facebook llamada "Vamos a molestar a Álex Varela"?

Voy empujando y rodeando personas hasta llegar a las escaleras mecánicas que suben a los andenes. Por desgracia, también están llenas de gente, colocadas en parejas u ocupando la mitad de los escalones con sus maletas con ruedas. ¿Es que no han visto los carteles que indican que ocupes sólo la mitad del escalón para que la gente con prisa pueda pasar? Voy subiendo, empujando y murmurando "perdón" y recibiendo a cambio miradas de odio y malos gestos. Me da igual. No es que por mí pudiesen irse todos al infierno. Es que ahora mismo montaría una campaña en Change.org para mandarlos allí de inmediato.

Por fin llego a la zona de los andenes. Me lanzo como loco hacia las canceladoras y, cuando estoy allí, me doy cuenta de que no tengo billete. Podría saltar sin problema, aunque eso supusiera el golpe de gracia para mi rodilla derecha, pero no tengo ganas de que alguno de los seguratas se me eche encima y me tenga diez minutos contestando preguntas.

Miro hacia las taquillas y siento que la desesperación me invade. Sólo hay una persona atendiendo y tiene una cola infinita esperando delante de ella. Por suerte veo un hueco en una de las máquinas expendedoras. Tengo que seleccionar un destino, el tipo de billete, el modo de pago… ¡Joder, que sólo quiero pasar a los andenes! Meto en la máquina el primer billete que saco de mi bolsillo sin mirarlo, recojo el ticket del tren y salgo corriendo sin esperar a las vueltas. La maquina a mi espalda suena como si alguien acabase de ganar el premio gordo en una tragaperras, así que deduzco que el billete era grande. Me da igual. Un regalo para el que llegue a continuación. A ver si eso me cambia el karma y empiezan a salirme las cosas bien.

Paso la canceladora y me dirijo al andén número uno. El cartel que anuncia la salida del próximo tren parpadea y el andén está repleto de gente que corre para no perderlo. Escucho el agudo pitido que anuncia que las puertas van a cerrarse y el tren sale. Inspecciono el andén, sintiendo que mi corazón se detiene. No queda nadie. He llegado demasiado tarde.



Me quedo mirando al tren que se aleja, saliendo de la estación para internarse en la oscura noche. No tengo ganas de gritar, ni de llorar para liberar la rabia. Ni siquiera siento rabia. Lo único que hay en mi interior es vacío, desesperanza, la nada más absoluta… Ni siquiera trato de recuperar el resuello. Por lo que a mí respecta, mis pulmones podrían estallar ahora mismo y me daría igual. Lo único que quiero es morirme.

No puedo creerme que la haya perdido por tres miserables minutos. Anda que no habré perdido minutos en mi vida haciendo tonterías: esperando en la cola de un baño, viendo anuncios en la televisión, fingiendo estar haciendo algo en el ordenador hasta que dé la hora de salir del trabajo… Cualquiera de esos minutos perdidos tontamente me habría servido para salvarle la vida. Sé que es un pensamiento estúpido, pero es lo único en lo que puedo pensar ahora.

Los focos del tren iluminan por unos segundos el final del andén. Hay alguien ahí, dando paseos bajo la lluvia torrencial. Arranco a correr de nuevo y, según voy acercándome, puedo distinguir más detalles. Parece un hombre, vestido por completo de negro. Por eso no lo había visto antes. Poco a poco distingo el abrigo negro, el pelo moreno, el brillo del ascua de un cigarrillo. Y, a su lado, en un banco, una enorme mochila negra.

Cuando llego a su lado, me coloco frente a él y freno en seco. Él me mira levantando un poco la ceja izquierda, como si se preguntara si me conoce de algo. Es posible que le suene de la playa, pero no dice nada.

— Siento llegar tarde— mi voz suena entrecortada mientras trato de recuperar la respiración—. El tráfico…

Él se lleva un dedo a los labios ordenándome que me calle. Me encojo de hombros. Si no quiere hablar, no hablaremos. Yo tampoco tengo ninguna gana de intimar con él. Se gira hacia el banco, me

señala la mochila y vuelve a girarse para mirar de nuevo las vías. Yo me acerco al banco, me quito la mochila de la espalda y la dejo al lado de la otra. En ese momento escucho un chasquido a la espalda. Lo he oído mil veces en las películas. Es el sonido que hace una pistola cuando le quitan el seguro. Siento un escalofrío, como si la afilada uña de la muerte estuviera acariciándome la columna. Me gustaría decir que toda mi vida me pasa por delante en un segundo, pero no es así. Tan sólo veo imágenes de Zhilan: sus ojos oscuros, su sonrisa traviesa, sus piernas infinitas… Creo que eso significa que en mi vida no ha pasado nada reseñable hasta que la encontré, pero eso no me apena. Al menos la encontré, tuve unos días de paraíso. Lo único que lamento es que todo vaya a terminar así, que ese hombre vaya a descerrajarme un tiro en la nuca sin que yo pueda defenderme. La pistola que le quité a Zhilan está a kilómetros de distancia, guardada en el cajón de los trapos de cocina. Esto no es más que una nueva prueba de lo poco preparado que estoy como héroe de acción.

Me giro lentamente. Si me quiere matar, al menos que tenga el valor de mirarme a los ojos mientras lo hace. Pero él continua de espaldas a mí, firme bajo la lluvia, fumando su cigarrillo. Tiene la mano derecha metida dentro del bolsillo del abrigo. Supongo que es ahí donde lleva la pistola y que quizá sólo la tiene preparada por si hago alguna tontería. Lo mejor será que no le dé la más mínima razón para que se ponga nervioso. Vuelvo a girarme hacia el banco y cojo la mochila que el tío de Zhilan ha dejado para mí. Me la cuelgo a la espalda y camino unos pasos hacia el final del andén, para permitir que él recoja tranquilamente su botín.

Le escucho moverse detrás de mí y, disimuladamente, le observo por el rabillo del ojo. No voy a darle la oportunidad de que me vuele la cabeza sin enterarme siquiera. Pero él se limita a recoger la mochila y colgársela con esfuerzo a la espalda. Escucho sus pasos alejándose despacio por el andén, en dirección a las canceladoras. Casi no puedo creerme que todo esto vaya a terminar y, aunque me da rabia que, después de todo el daño que ha causado, vaya a salirse con la suya, la única sensación que me invade es el alivio.

Cuando ya está lejos, me permito respirar, expulsando una larga bocanada de aire con la que trato de eliminar el miedo y la angustia acumulada. Ya está. Todo terminó. Una señal de alarma resuena en mi cerebro. ¿De verdad terminó? ¿Dónde está Zhilan? ¿Cuándo piensan liberarla? Estoy a punto de correr detrás de su tío para exigirle una respuesta, pero no quiero asustarle y que me pegue un tiro. Es muy probable que, dentro de la mochila, junto con la

documentación importante que necesita Zhilan, me hayan dejado indicaciones de cómo encontrarla. Me siento en el banco, al lado de la mochila, y trato de contenerme hasta que veo que el tío de Zhilan ya ha pasado las canceladoras y se ha perdido entre la gente que inunda la estación. Me pongo la mochila sobre las rodillas y la abro. Durante unos segundos me quedo paralizado, observando su interior sin comprender nada. Está llena de fajos de billetes morados. Saco un par de fajos, como si tenerlos en la mano pudiera aclararme qué es lo que está pasando. No necesito contarlos para imaginar la cantidad que hay dentro de la mochila. Estoy seguro de que suman cinco millones de euros. El muy gilipollas se ha llevado la mochila equivocada.

Vuelvo a cerrar la mochila y a cargármela a la espalda para salir corriendo detrás del hombre. Espero que él también se dé cuenta del error y se dé la vuelta. Si cree que le he engañado adrede para quedarme con los cinco millones, puedo dar por perdida a Zhilan para siempre.

Mientras corro hacia las canceladoras, me llega una extraña idea. No recuerdo haber quitado el cierre de alambre blanco de las cremalleras antes de abrir la mochila. ¿Lo habrá quitado el tío de Zhilan? No lo creo, eso es ridículo. Lo más seguro es que se me haya caído mientras corría enloquecido por todo Bilbao. Ya pensé desde el primer momento que no era un sistema de seguridad muy sofisticado para salvaguardar tanto dinero. Sin embargo, mi mente sigue dándole vueltas a la misma idea, intentando convencerme de que es importante.

Salgo de la zona de andenes y busco al tío de Zhilan entre la multitud, pero ya no está aquí. Me dirijo como una bala hacia las escaleras mecánicas y vuelvo a empujar a todos los que se me ponen por delante. Salto las últimas cuatro escaleras y un dolor agudo asciende desde mi rodilla y revienta en mi cerebro como una traca de petardos. Aprieto los dientes para no gritar y, medio cojeando, me dirijo al centro de la planta baja y giro sobre mí mismo, tratando de encontrarle. No hay rastro de él. Ya ha salido de la estación.

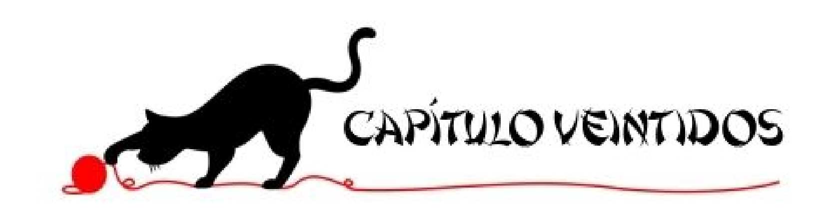
Hay cuatro salidas en la planta baja: la principal, una trasera y dos laterales. Puede haber ido por cualquiera de ellas. Tengo que decidirme. Lo más seguro es que tenga un coche esperándole fuera y que vaya a esfumarse en cuestión de segundos. Sin pensarlo más, me decido por la salida principal y trato de llegar a la calle luchando con la riada humana que entra y sale de la estación.

En la calle sigue cayendo agua como si no hubiera llovido nunca. Me quedo parado en la acera y miro a todos lados, tratando de encontrarle. Entonces le veo. Ha cruzado los tres carriles sin esperar al semáforo, como si la calle fuera suya. Su sola presencia hace que los coches paren, sin pitarle ni nada. Supongo que habrá algo en él que hace que la gente le tenga miedo, algo que despierta un instinto que nos hace temer al depredador. Trato de seguirlo, pero conmigo los conductores no sienten lo mismo y vuelven a circular como si no me vieran.

Me quedo esperando en la acera a que el semáforo se ponga verde. El tío de Zhilan ha llegado a la acera de enfrente, donde le espera un enorme coche negro con los cristales tintados. La puerta del conductor se abre y un chino enorme y calvo sale y se acerca a él. Ambos se colocan en la parte trasera del coche y ponen la mochila sobre el maletero. Espero que ahora se den cuenta de su error, miren hacia la estación y me vean. Para ponérselo aún más fácil, me pongo a pegar saltos y a hacerles señas con los brazos.

Los dos hombres tardan unos segundos en abrir la mochila. Desde donde estoy no puedo apreciar bien los detalles, pero, por los gestos de sus manos, parece que estuviesen quitando un alambre de la zona de la cremallera. Mi cerebro emite una señal de alarma. Me quito la mochila que llevo a la espalda y la observo. No es completamente negra. En el bolsillo exterior lleva estampado el logotipo de Nike. No entiendo nada. Si ellos tienen la mochila que yo llevaba, ¿cómo es que la que tengo ahora también lleva cinco millones de euros? ¿Qué sentido tiene cambiar una mochila con dinero por otra exactamente igual? ¿Desde cuándo los secuestradores entregan mochilas llenas de dinero?

Mientras todas estas preguntas dan vueltas en mi mente, ellos terminan de quitar el cierre y abren la mochila. No me da tiempo a ver nada más. Escucho una enorme explosión y el estrépito de miles de ventanas rompiéndose al mismo tiempo. El coche se convierte en una enorme bola de fuego y un aguacero de cristales empieza a caer sobre las calles.



Bilbao se ha convertido en el infierno. Despierto al sentir unos brazos que tiran de mí, tratando de ponerme a salvo. Levanto la cabeza del suelo y sólo veo colores: el rojo del fuego, el amarillo de las ambulancias, el azul de los coches de policía… Hay gente tirada por el suelo y los charcos formados con su sangre fresca reflejan las luces. Otros muchos corren sin destino fijo, enloquecidos… Me siento atontado y no le encuentro sentido a la escena. Hay demasiada paz, no escucho gritos ni el agudo ulular de las sirenas. Entonces lo comprendo. La explosión ha vuelto a dejarme sordo. Sólo escucho un murmullo ahogado, como si tuviera los oídos rellenos de algodón. Empiezo a escuchar el molesto pitido de la otra vez. Todavía es muy tenue, tan sólo está avisándome de su llegada.

Los brazos que me han levantado me empujan ahora hacia el interior de la estación. Consigo girar la cabeza para observar a mi salvador. Lleva un chaleco rojo con bandas reflectantes y el símbolo de la Cruz Roja. Me dejo llevar al interior de la estación, que parece haberse convertido en un improvisado hospital de campaña. Hay gente tumbada por todos lados, médicos tratando de reanimar a los heridos, de cortar hemorragias… En ese momento me alegro de no poder escuchar los gritos y los llantos.

Mi salvador me deja sentado en una esquina. Creo que trata de decirme algo, porque le veo mover la boca y gesticular. Le digo que estoy bien y levanto el dedo gordo en señal de OK, como si él tampoco pudiese oírme. El chico se convence de que puede dejarme solo y sale a la carrera a buscar a más heridos.

Cuando me quedo solo, me dedico a explorarme en busca de heridas. Aparte del rasponazo de la mano y el dolor en la rodilla, que ya tenía, no parece que me haya hecho nada más. Mis ropas están sucias y tengo una manga de la chaqueta quemada, pero parece que el fuego no ha llegado a la piel. Lo único que me duele mucho es el lado izquierdo de la cara. Me paso una mano con

cuidado y descubro que hay pequeños objetos punzantes clavados. Sólo con rozarme veo las estrellas, así que decido dejarlo como está. Supongo que serán cristales.

Mi mente se ha ido despejando y empiezo a pensar con claridad. Me encantaría quedarme aquí para que pudiesen atenderme, pero creo que no me conviene. A pesar de que pienso que es una locura, parece claro que la mochila que le entregué al tío de Zhilan llevaba una bomba. No puedo creerme que haya atravesado Bilbao a la carrera con una bomba a la espalda. Aunque no le veo sentido, no puedo negar la evidencia. Todo explotó en el mismo momento en que abrieron la dichosa mochila.

Estoy seguro de que la estación de trenes y todas las calles cercanas tienen cámaras de vigilancia. En cuanto la policía comience a comprobarlas, encontrará las grabaciones de un tío corriendo enloquecido, llegando a la estación como si le persiguiera un grupo de demonios y entregándole a una de las víctimas la mochila que acaba de causar toda esta destrucción. Me da la impresión de que no van a creerse mi versión de los hechos.

El caos es tan grande que nadie parece fijarse en mí, así que me levanto con cuidado, tratando de no cargar el peso en la rodilla lesionada. Me duele muchísimo. Espero no tener que correr más esta noche. Me acercó a una pared para apoyarme y cruzo la estación, tratando de pasar desapercibido. Nadie me detiene ni me pregunta nada. Consigo llegar a la puerta trasera y salir al aire libre.

Toda la zona parece tomada por la policía. En cuanto pongo un pie fuera de la estación, se me acerca uno, con la pistola desenfundada. Yo levanto las manos de inmediato, para demostrarle que no soy peligroso.

— ¡Alto ahí!— el hombre debe gritar muy alto, porque consigue traspasar la barrera que tengo en los oídos—. ¿Dónde va?

— Me voy al hospital— le contesto—. Tengo el coche muy cerca y puedo ir por mi cuenta. Ahí dentro hay heridos muy graves. No quiero seguir molestando.

El hombre duda unos segundos, pero creo que al fin piensa que, con el infierno que tienen montado en la estación, que alguien quiera valerse por sus medios y dejar de molestar, es una buena noticia. Me sonríe mientras baja la pistola, me agarra por el brazo y me acompaña amablemente hasta el cordón policial que rodea la zona. Hay cientos de personas detrás del cordón, tratando de ver cualquier cosa. Cuando me acerco, empiezan a señalarme y a gritar. En unos segundos me veo cegado por el resplandor de los flashes de los móviles. Genial, en unos minutos seré trending topic. El policía

hace que nos paremos y señala con la cabeza hacia la multitud.

— ¿Está seguro de que estará bien?— me pregunta.

Yo asiento y camino los últimos pasos que me separan del cordón. Paso al otro lado y, en cuestión de segundos, me veo rodeado por gente que me grita y me pregunta cosas. Escucho la voz del policía desde el otro lado, pero con tanta gente chillándome a la vez no soy capaz de entender nada. Debe haberles ordenado que me dejen en paz, porque todos retroceden un par de pasos y me dejan continuar mi camino.

Después de recorrer un par de calles, veo un taxi parado. El conductor está apoyado en el capó, con los brazos cruzados, mirando el resplandor lejano de la zona de la estación. Me acerco a él con ganas de abrazarle, como si fuera un oasis en medio del desierto.

— ¿Me llevaría a casa, por favor?

Él me mira y frunce el ceño, mientras evalúa mis heridas. Después niega con la cabeza, pero se separa del coche y me abre la puerta de atrás.

— ¿No cree que sería mejor que lo llevara al hospital más cercano?

— No, de verdad— nada más recostarme en el asiento, la adrenalina que me mantenía en pie parece abandonarme. No hay parte de mi cuerpo que no me duela y no he estado tan cansado en toda mi vida—. Mi familia se encargará de llevarme si hace falta. Sólo quiero llegar a casa.

El hombre asiente y arranca el motor. Tras darle la dirección, vuelvo a recostarme y me dedico a mirar por la ventanilla. A pesar de que tratamos de alejarnos de la zona de la explosión, de vez en cuando alguna calle nos muestra a lo lejos el resplandor del fuego y de las luces.

— Joder, la que se ha montado…— me comenta el taxista—. La gente está como loca. Hay gente que dice que han sido los del ISIS, otros que ETA ha decidido volver a atacar… ¿Usted sabe lo que ha pasado?

— No, no vi nada. Debí perder el sentido con la explosión.

— Entre usted y yo, creo que han sido los putos chinos— el hombre me dirige una mirada cómplice por el espejo retrovisor—. Últimamente se han vuelto locos. Creo que no van a parar hasta que nos maten a todos.

— Puede ser… Es todo tan confuso.

Antes de que el hombre pueda seguir hablando, saco mi teléfono móvil y finjo que estoy interesadísimo en él. El hombre se da cuenta

de que no quiero conversación y pone la radio. Las informaciones no aclaran demasiado: nadie ha reclamado la autoría del atentado, se desconoce el número exacto de víctimas mortales…

Yo sigo trasteando con mi móvil para evitar que el hombre comente las noticias conmigo. Miro las llamadas de los últimos días y algo extraño capta mi atención. Hay varios números que no están en mi agenda y que no reconozco. Trato de poner en orden mis pensamientos. Uno debe ser el número de la clínica veterinaria, otro el del restaurante chino al que llamó Zhilan hace un par de noches… Hay otros dos números que no conozco. Por las horas a las que están hechas las llamadas, uno de ellos debe de ser el número de la casa de Zhilan, pero el otro… Hay bastantes llamadas a ese número en los cinco últimos días. A pesar de que mi mente está muy nublada, trato de ordenar mis recuerdos, pero cada vez estoy más confundido. Algunas de esas llamadas están hechas a las siete o las ocho de la mañana y estoy seguro de que a esas horas siempre he estado dormido. ¿Es que ahora llamo por teléfono estando sonámbulo? Es lo único que me faltaba… Esa explicación es tan ridícula que tengo que escoger la otra respuesta posible. Zhilan ha hecho algunas de esas llamadas mientras yo dormía o mientras yo estaba en el baño duchándome. ¿A quién llamaba? ¿Y por qué no ha querido contármelo? Cuanto más pienso en ello, más confuso me encuentro, hasta que me doy cuenta de una cosa. No sé con quién hablaba Zhilan ni para qué, pero es posible que sepan algo de ella, que puedan ayudarme a encontrarla. Lo que un segundo antes me resultaba un enigma intranquilizador se convierte en un destello de esperanza, en una grieta en la pared del callejón sin salida en el que me encuentro. En cuanto llegue a casa, llamaré a ese número.

Al pensar en mi casa, me siento inquieto. Los secuaces del tío de Zhilan saben donde vivo. ¿Quién me dice que no van a estar esperándome para vengar la muerte de su jefe? Sé que es ridículo, que me estoy dejando llevar por la paranoia, pero creo que será mejor que haga caso a mi instinto. Al llegar a mi barrio, le digo al taxista que me deje en un parque cercano a mi casa. Él me mira, sorprendido. Seguro que al ver mi estado se estaba planteando que tendría que acompañarme hasta la puerta. Lo que menos podía esperarse es que alguien que parece que va a caerse al suelo redondo si sopla un viento fuerte, quiera darse un paseo por el parque. Y menos con la tormenta que sigue cayendo. Sin embargo, no protesta. Se limita a asentir y a dejarme donde le pido.

Cuando el taxi ya se ha marchado, atravieso el parque hacia una zona desde la que puedo divisar las ventanas de mi casa escondido

entre los árboles. No sé que espero encontrar. Si los sicarios del tío de Zhilan estuvieran ahí, no se colocarían en la ventana para darme la bienvenida.

Me parece que veo surgir un tenue resplandor desde la ventana de mi salón, una luz que cambia de intensidad y de tono cada pocos segundos. Es la luz del televisor. Me quedo unos segundos quieto mirando hacia mi ventana, tratando de recordar si me dejé la tele encendida al salir de casa. De repente, una voz a mi espalda me sorprende, haciéndome pegar un brinco.

— Álex, ¿qué te ha pasado?

Me giro para ver quién me habla, pero ahí no hay nadie. Sólo la lluvia y el viento racheado me acompañan en el parque. Lo que me faltaba. Ahora tengo alucinaciones.

— Aquí abajo, estúpido.

Bajo la mirada. Coco está a mis pies, empapado de arriba abajo. Diría que me mira con expresión preocupada, pero no sé tanto de expresiones felinas como para asegurarlo. Percibo movimientos a mi alrededor y entre las sombras voy descubriendo al resto de la colonia. Se ocultan entre los arbustos o debajo de los bancos del parque, tratando de protegerse de la lluvia. Voy reconociéndolos a todos: la gatita blanca, la gata del chaleco gris que creo que es la novia de Coco, el gato blanco y negro que parece que lleva smoking… Incluso veo a Mercucho a un par de pasos. Le falta un poco de pelo en una de las orejas y tiene un ojo tan hinchado que apenas lo abre, así que supongo que al final hubo pelea y que ganó Coco.

Sé que es extraño, pero verles aquí, alrededor mío, mirándome como si les preocupara mi situación me hace sentir mucho menos solo, como si tuviera un pequeño ejército de ángeles de la guarda peludos.

— Te he preguntado qué te ha pasado— insiste Coco, impaciente—. ¿Tú te has visto? Estás lleno de sangre y de heridas…

— Estoy bien. No te preocupes— le digo, sonriendo, aunque ese pequeño gesto hace que el lado izquierdo de la cara me duela muchísimo—. Escucha, quería hablarte de lo del otro día. Me porté como un gilipollas y quería pediros perdón…

— Eso no importa ahora— me corta Coco—. En serio, deberías ir a un médico.

— Ahora no puedo— vuelvo a mirar a la ventana de mi salón. La luz continúa cambiando, pero no se ve ninguna sombra ni movimiento—. Unos hombres se han llevado a mi chica y tengo que salvarla. Voy a subir a casa a curarme un poco las heridas y a hacer

una llamada de teléfono para ver si pueden ayudarme a encontrarla. Pero me gustaría que vinieseis luego para que podamos hablar. Podréis secaros y habrá comida húmeda para todos…

— No te preocupes de eso— Coco salta hasta el respaldo de un banco para colocarse más cerca de mi cara—. Si necesitas ayuda para salvar a tu chica, sabes que puedes contar con nosotros.

Esas palabras me emocionan tanto que siento que los ojos se me llenan de lágrimas. Incluso me entran ganas de hacerle un mimo a Coco tras las orejas, pero sé que me arrancaría la mano de un mordisco si me atreviese, así que me contengo y me conformo con asentir y sonreír agradecido.

— Tranquilos, sé cuidar de mí mismo.

— ¿En serio? No lo parece— la comisura derecha de la boca de Coco se eleva, en lo que parece una sonrisa sarcástica.

— En serio— me despido con un gesto de la mano antes de salir renqueante hacia mi portal—. Nos vemos luego.

Salgo del parque con la vista clavada en mi ventana. Sigue sin haber movimiento dentro, lo que me convence de que debí dejarme la tele encendida. La otra opción es que mis futuros asesinos se hayan puesto cómodos en mi salón y estén viendo algún programa de entretenimiento y tomándose un café mientras esperan mi vuelta y, francamente, no me parece profesional.

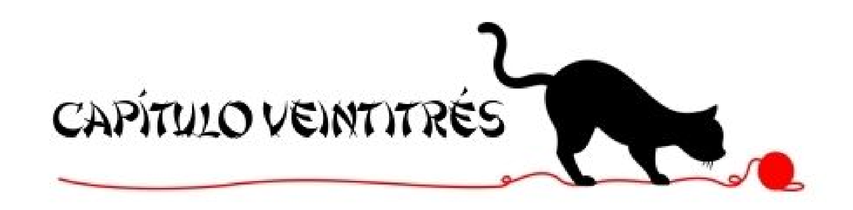
Abro la puerta del portal y, antes de entrar, me giro para echar una nueva mirada al parque. Todos los gatos han salido de sus escondites y están sentados en la acera, en una ordenada fila, contemplando mi marcha con preocupación. ¡Condenados bichos! Al final van a conseguir que me ponga a llorar.

Subo hasta mi piso y me dirijo a mi casa intentando no hacer ruido. Apoyo la oreja contra la puerta, tratando de escuchar si hay ruido o voces en el interior. Al cabo de unos segundos me doy por vencido. Mis oídos no se han recuperado del todo de la explosión y el molesto pitido sigue estando ahí. Así es imposible escuchar nada.

Saco las llaves y respiro varias veces para tratar de calmar el temblor de mis manos. En cuanto abro la puerta, descubro que hay tres cosas en mi casa que han cambiado:

1. Toda la casa huele a café. Estoy seguro de que no dejé la cafetera puesta, así que alguien ha entrado en mi ausencia. El olor es tan penetrante que debería de haberme dado cuenta mientras estaba apoyado en la puerta, tratando de oír algo. Deseo que mi vida nunca dependa de mis capacidades de observación. ¡Espera! Hoy dependía de ellas. Muy bien, Álex. Eres un crack.

2. Zhilan ya no está desaparecida. Está sentada en mi sofá, tapada con una de mis mantas. Su largo cabello ondea en el aire cuando se gira rápidamente hacia mí al oír el ruido de la puerta. Sus ojos están muy abiertos y parecen brillar con la débil luz que emite el televisor. Sé que no es momento, pero no puedo evitar pensar en que está preciosa.
3. La pistola ya no está en el cajón de los trapos de cocina. Ha pasado a las manos de Zhilan y apunta directamente al centro de mi pecho.



Me quedo totalmente paralizado, mirando el oscuro cañón de la pistola, mientras un millón de pensamientos desordenados giran alocados en mi mente. No entiendo nada. No sé cómo ha podido escapar Zhilan de sus secuestradores, ni por qué tiene la pistola en las manos, ni por qué me está apuntando, ni si me va a disparar… Me siento tan confundido, tan perdido y tan cansado que me gustaría tener un botón de off para pulsarlo y terminar de una vez. Mi mente, que cuando quiere es muy puñetera, me sugiere que sí que hay un botón de off, que está justo en el gatillo de la pistola y que Zhilan va a hacerme el favor de apretarlo por mí en breve.

Pero Zhilan no dispara. Deja la pistola sobre la mesita del salón, sale atropelladamente de debajo de la manta y se lanza a mis brazos. Me aprieta tan fuerte que me hace daño, pero no se me ocurre protestar. Le devuelvo el abrazo, hundiendo la cabeza en su pelo, respirando ese aroma que creía perdido. Ella se incrusta contra mi pecho, mientras todo su cuerpo se sacude por los sollozos y pronuncia una y otra vez mi nombre. Cuando se calma, levanta la cabeza y se asusta al mirar mi rostro más de cerca.

— ¿Qué ha pasado, Álex?— me toca con suavidad la cara, tratando de no hacerme daño—. Estás lleno de sangre y de cristales…

— No pasa nada. Luego me curaré— intento que mi voz suene tranquila, a pesar de que el hecho de que todo el mundo se asuste tanto al ver mi cara está empezando a preocuparme—. ¿Cómo has llegado aquí? ¿Te has escapado?

— No, me soltaron. Era parte del trato— me explica ella mientras me conduce de la mano hasta el sofá para que nos sentemos—. Antes de salir a hacer el intercambio, me dejaron sola en medio de un monte. Por suerte, conseguí parar un coche que me trajera de vuelta a Bilbao.

— Pero eso no tiene sentido… Si ya te habían soltado, ¿cómo

podían estar seguros de que recibirían el rescate?

— El trato era justo: mi tío quería el dinero y yo quería la documentación y su confesión firmada. No tenía sentido que me siguiera reteniendo. Yo habría pagado ese dinero por esos documentos sin que me hubiera secuestrado. Por cierto, ¿dónde está la mochila que te entregó mi tío? No la veo.

Vuelvo a quedarme paralizado. ¡La mochila! Trato de hacer memoria, pero lo último que recuerdo de ella es que me la descolgué de los hombros mientras esperaba a que el semáforo se pusiera verde y que me di cuenta de que, a pesar de que también estaba llena de dinero, no era la misma mochila que yo había cargado por todo Bilbao. Después de eso, llegó la explosión y no volví a verla.

— No lo sé… No sé dónde está… Creo que la perdí en la explosión— confieso, avergonzado.

— ¿La has perdido? No me lo puedo creer— me grita.

— Tranquila, no me chilles— le digo, mostrándole las palmas de las manos en señal de paz—. Ya la encontraremos.

— ¿En serio? A estas horas estará en manos de la policía. Esa mochila contenía toda la información sobre las operaciones ilegales de mi familia. ¿Cómo puedes ser tan inútil?

Llevo varios días soportando tiroteos, persecuciones y explosiones. Tengo el cuerpo cubierto con mi propia sangre y heridas por todos los rincones imaginables. Y, sin embargo, nada de eso me ha sacado tanto de mis casillas como sus últimas palabras. Me levanto del sofá de un salto, recojo la pistola de encima de la mesa y, después de alejarme un par de pasos, me encaro con ella.

— Muchas gracias por tus palabras— el sarcasmo deja un regusto a veneno en mi boca—. Llevo días jugándome el tipo por salvarte el culo, has puesto toda mi vida patas arriba, estoy hecho una piltrafa por tu culpa y a ti lo único que te importa son los papeles de tu puta familia.

— Esos papeles son importantes. Mucha gente a la que quiero irá a la cárcel si la policía los encuentra. ¿No entiendes lo que has hecho?

Zhilan tiene los ojos clavados en la pistola. La verdad es que ni siquiera sé por qué la he cogido: por tener algo en las manos, por sentirme más seguro, por curiosidad… No estoy apuntando a nada ni tengo pensado hacer nada con ella, pero Zhilan la contempla fijamente, como si estuviera asustada. ¿Es que tiene miedo de que me haya vuelto loco y acabe disparándola o simplemente le preocupa el hecho de no tenerla ella? No sé lo que será, pero decido

seguir con la pistola en la mano un rato más.

— No había ningún papel dentro de esa puta mochila— me doy cuenta de que estoy gritando, pero no puedo controlarme—. Había dinero, un montón de dinero. Y no sé qué cojones habría en la mochila que le entregué a tu tío, pero le estalló en los morros en cuanto la abrió. ¿Podrías explicarme de qué va todo esto?

Ella se me queda mirando con los ojos muy abiertos, mientras niega con la cabeza. Toma aire, abre la boca para hablar, vuelve a cerrarla, vuelve a tomar aire… Al final, esquiva mi mirada y la clava en el suelo. No sabe qué decirme. Está intentando ganar tiempo para inventarse otra puta mentira. ¿Cuántas mentiras me habrá dicho ya? ¿Cuánto tiempo lleva manejándome a su antojo?

Cuando ella vuelve a levantar la mirada para hablarme, veo el brillo de la determinación en sus ojos. Ya está, ya se le ha ocurrido una nueva trola con la que camelarme. No estoy dispuesto a darle la oportunidad. Quiero la verdad, aunque duela. Levanto la pistola y apunto a su cabeza.

— Ya basta, Zhilan. Basta de mentiras— intento que mi voz suene firme y que mis manos no tiemblen—. Me has estado engañando todo el tiempo. Has estado llamando a gente con mi móvil, me has hecho llevar una bomba por todo Bilbao y tu tío me ha entregado una bolsa llena de dinero, como si fuera yo el secuestrador. ¿Qué demonios significa todo esto?

— Álex, tranquilízate— contesta ella, mirándome aterrada—. La pistola no es necesaria. Soy yo.

— Ahora mismo no tengo ni puta idea de quién eres— le digo, intentando no conmoverme por sus ojos asustados. Aún así, me retiro un par de pasos, me siento en uno de los taburetes de la cocina para resultar menos amenazador y bajo un poco la pistola—. Empieza a hablar y, por tu bien, espero que esta vez me cuentes toda la verdad.

Ella vuelve a mirar al suelo, dejando que su oscuro cabello le cubra el rostro. Estoy tan desquiciado que, durante un momento, temo que cuando vuelva a levantar la cabeza ya no será ella, sino un horrible monstruo que saltara sobre mí para devorarme.

Cuando vuelve a mirarme, sigue siendo ella, aunque su mirada es más dura y resuelta. Asiente con la cabeza y se recuesta en el sillón.

— Está bien, Álex. Tienes razón— me dice con voz tranquila—. Creo que al menos mereces una explicación.



Según escucho sus palabras, mi estómago se encoge. Esperaba más lágrimas, más súplicas, que todo fuese un estúpido malentendido y que ella pudiese explicarme que en realidad no me ha mentido ni utilizado. Pero sus palabras tranquilas y su mirada resuelta no parecen indicar eso. Creo que mi premonición de hace unos segundos puede ser más acertada de lo que pensaba: hay un monstruo escondido detrás de su cara de porcelana y sus ojos de cristal negro.

— Todo empezó el pasado verano— empieza a contarme con la mirada perdida—. Estuve un mes de vacaciones en Ibiza y allí conocí a un chico llamado Shaoran. Al principio pensé que era otro estúpido niño rico más. Se pasaba el día en su yate o de fiesta en fiesta. Pero, poco a poco, fui descubriendo que era una persona inteligente y sensible, que era profundo y cariñoso…

— Es suficiente— intento que no se me note, pero los celos me están comiendo por dentro—. Me creo que era un tío fantástico. Continúa.

— Unos días después de conocernos, me enteré de una terrible verdad— Zhilan suspira, apenada—. Sabía que se apellidaba Deng, pero es un apellido común. No pensé que fuera uno de los descendientes de nuestros enemigos.

— No me jodas— la interrumpo sin poder contenerme—. ¿Romeo y Julieta en versión oriental?

— ¿No querías saber la verdad?— parece dolida—. Pues deja de interrumpirme.

— Está bien. Sigue— la verdad es que no sé si quiero saber más. Tan sólo el principio de la historia ya es demasiado para mí. Me siento asqueado y cansado y daría cualquier cosa por estar en la otra punta del mundo.

— Intenté cortar la relación con él y no volver a verle, pero él insistió tanto… Cuando volvimos a hablar y a contarnos toda

nuestra vida, nos dimos cuenta de que no podíamos vivir el uno sin el otro y que, además, teníamos muchas cosas en común.

Cada una de sus palabras es como una nueva esquirla de cristal clavándose en mi carne. No quiero oír más, no quiero seguir sabiendo. Sin embargo, una parte estúpida de mí sigue manteniendo esperanzas y, en cuestión de segundos, ya ha elaborado una trágica historia en la que ese chico, al que ahora mismo odio con toda la fuerza de mi ser, murió asesinado por la familia de Zhilan y ella, cegada por el dolor, decidió vengarse. En esta descabellada versión, ella decidió utilizarme para culminar su venganza, pero, con el transcurso de los días, se dio cuenta de que se había enamorado de mí. Sé que suena ridículo, pero me mantengo pegado al asiento, escuchándola con atención, esperando a que ella vaya pronunciando las palabras que yo ya tengo en mi cabeza para decirle cuando termine que se lo perdono todo, que la quiero y que viviremos felices para siempre.

— Nuestras familias no nos tomaban en serio a ninguno de los dos. A mí, por ser mujer y a él, por ser el hijo menor— sigue explicando Zhilan, ajena a mis paranoias—. Nos mantenían apartados de los negocios importantes de la familia. ¿Te imaginas lo que es saber que eres la legítima heredera de un imperio y que nunca podrás tocar nada sólo por haber nacido mujer? Yo era mayor que mi hermano, desde pequeña demostré que era mucho más inteligente que él y que estaba mejor capacitada para llevar el negocio, pero no podía ser la heredera de mi abuelo. Mientras mi hermano recorría el mundo y tenía importantes reuniones, a mí me hicieron trabajar en todos los negocios "limpios" de la organización, empezando desde abajo para que supiera cómo funcionaban. He trabajado en bazares, he vendido teléfonos móviles, he servido en restaurantes… ¡Hasta he tenido que hacer pedicuras! Cada día en esos trabajos me iba envenenando contra ellos, haciendo que les odiase más y más… A Shaoran ni siquiera trataron de buscarle una ocupación. Se limitaban a pagar todos sus gastos para que estuviese entretenido de fiesta en fiesta, como si fuese un inútil que no sirviera para nada.

— ¡Dios mío! ¡Qué gente tan cruel! ¿Hacerte trabajar a ti? ¿Darle a él una tarjeta de crédito ilimitada?— a pesar de que he intentado contenerme, el sarcasmo se me escapa a borbotones—. ¿Cómo se les ocurre? Estoy seguro de que esas cosas van contra la Declaración de los Derechos Humanos. Deberíais denunciarles.

— Eres un gilipollas— Zhilan se levanta del sofá, indignada, y da un par de pasos hacia la puerta.

— Sí, pero soy el gilipollas que sostiene la pistola— levanto el arma y le señalo el sofá—. Vuelve a sentarte y sigue hablando.

Ella me lanza una mirada cargada de rencor, pero obedece. Se sienta en el sofá con la cabeza baja y, después de colocarse un mechón de pelo detrás de la oreja, vuelve a mirarme. A pesar de que hay rabia en sus ojos, no puedo evitar pensar en que es lo más bonito que he visto nunca.

— Hay cosas más importantes que el dinero ilimitado, aunque tú no puedas comprenderlo— sus palabras me hacen daño, me recuerdan que para ella sólo soy un pobre mortal insignificante, tan alejado de su mundo que nunca podría entenderlo—. Cosas como el poder o el respeto de los tuyos.

— Tienes razón, no puedo comprenderlo. Pero creo que ni tú ni ese chico entendéis una mierda de cómo va el mundo. Sólo erais dos críos enfadados porque no os dejaban jugar con los juguetes de los mayores.

— Piensa lo que te dé la gana— contesta ella con desprecio—. ¿Quieres que siga hablando o no?

— Por supuesto.

— Shaoran me convenció de que no era justo que nos trataran así, de que debíamos hacer algo. Así que trazamos un plan para que las dos familias se enzarzasen en una lucha por el poder de la zona norte mientras íbamos encargándonos de eliminar desde dentro a todas las personas que suponían un obstáculo para nosotros. Una vez que lo consiguiéramos, uniríamos las dos familias y tendríamos la mitad del país bajo nuestro control. Después, sería fácil ir eliminando al resto de familias, más pequeñas y desorganizadas.

— Y dominaríais toda España y después el mundo entero— niego con la cabeza mientras se me escapa una sonrisa irónica—. Se os va un poco la olla, ¿sabes?

Ella vuelve a quedarse en silencio, enfadada por mis constantes interrupciones. Sé que debería dejarla hablar hasta el final y acabar con esto cuanto antes, pero siento que, si no suelto este veneno poco a poco, terminará matándome. Le indico con la cabeza que continúe.

— Yo me negué a ayudarle en su plan. Implicaba matar a mucha gente inocente y, lo más importante, significaba matar a mi abuelo, que era la única persona del mundo que me había demostrado que le importaba— ella mira hacia la ventana, como si estuviera perdida en sus recuerdos—. Además, tenía la esperanza de que él se diese cuenta de que yo valía mucho más que mi hermano y me declarase su heredera. Pero, cuando mi abuelo murió y leyeron el

testamento, ya no hubo nada que siguiera deteniéndome. El heredero de todo era mi padre. Si a él le sucedía algo, el siguiente heredero era mi hermano y, si él moría, el siguiente en la línea sucesoria era mi tío, el bastardo. A mí ni siquiera se me nombraba, como si no existiera. La única forma en la que yo podría conseguir lo que me correspondía y que la familia aceptase mi liderazgo era eliminándolos a todos.

— Pero eran tu familia, tu padre y tu hermano. ¿No significaban nada para ti?

— Nunca se comportaron como una familia. Eran los que pagaban a las institutrices que me cuidaban, los internados de lujo, los campamentos de veranos en países extranjeros… Casi daba la impresión de que pagarían lo que fuese por mantenerme lejos, por no tener que verme… Creo que te conozco más a ti de estos días que hemos pasado juntos de lo que llegué a conocerles a ellos en toda mi vida. Así que, cuando mi abuelo fue asesinado por los Deng y comenzó la guerra entre las familias, me puse en contacto con Shaoran y le dije que estaba de acuerdo con su plan.

— No lo entiendo… ¿Eran los hombres de Shaoran los que atacaron el San Bao? Podrían haberte matado si yo no te hubiera salvado.

— No me salvaste. Te entrometiste— ella me dirige una sonrisa irónica—. Sin embargo, una vez que estuve aquí contigo, vi que podías serme de utilidad. Tenía un sitio en el que esconderme y desde el que manejarlo todo, desde el que ir atrayéndoles para eliminarlos uno a uno.

— Pero ellos nos dispararon en el San Bao y en el Guggenheim— insisto—. Podrían haberte dado a ti también.

— Son profesionales, Álex— ella me dirige una sonrisa condescendiente y me mira como a un niño que no entiende nada —. Si hubieran querido matarnos, estaríamos muertos.

Cada una de sus palabras hace que me sienta más y más ridículo. He pasado los últimos días pensando que era el héroe de la historia, el salvador de la chica… Y tan sólo era su marioneta. Me siento tan furioso ahora mismo que tengo ganas de matar a alguien, pero la única persona a mi alcance es Zhilan y, a pesar de que la estoy apuntando con una pistola, sé que no podría matarla nunca. Me quedo en silencio, tratando de digerir mi odio, permitiendo que ella continúe con su historia.

— Después del tiroteo en el Guggenheim, sabía que mi hermano no se arriesgaría a ir a buscarme a algún sitio público. Siempre ha sido un cobarde y, además, sé que no le importo lo más mínimo—

la mirada de Zhilan vuelve a perderse en el infinito, en el cielo lluvioso de más allá de las ventanas. Casi parece que se ha olvidado de que yo estoy aquí y que estuviese contándose la historia a sí misma—. Por eso le cité en la casa de mi abuelo y ordené a los hombres de Shaoran que no se acercaran hasta después de la explosión para que mi hermano no pudiera sospechar nada.

— Entonces, ¿quién puso la bomba?

— Yo misma— Zhilan se gira hacia mí con mirada desafiante—. Hice que me la trajeran a tu casa aprovechando que estabas dormido y después la coloqué en mi antigua habitación cuando te pedí que me dejaras a solas unos segundos.

— Eres una psicópata— le suelto sin pensarlo.

— ¿Por qué? ¿Por destrozar la casa de mi abuelo? Él ya no iba a volver.

— No, por fingir esas lágrimas para que te dejase sola mientras estabas planeando la muerte de tu hermano.

— Esas lágrimas no eran fingidas. Lloraba por la muerte de mi abuelo, por la pérdida de mi infancia, por esa época en la que todo era sencillo…— su mirada parece sincera, pero yo le contesto con una mueca de desprecio—. Piensa lo que quieras. No me importa una mierda.

— Pues debería importarte— le digo, enseñándole de nuevo la pistola. Ella sonríe y niega con la cabeza. Creo que ella también piensa que no sería capaz de disparar—. Continúa.

— Está bien— ella suspira y se recuesta contra el respaldo del sillón con los brazos cruzados—. Yo le había pedido a Shaoran que se mantuviese apartado de todos los tiroteos y explosiones, pero ese día sintió curiosidad y subió hasta la casa de mi abuelo con sus hombres. Después de la explosión, se acercaron para asegurarse de que no había ningún superviviente y lo que vio allí le volvió loco.

— Claro. No es lo mismo ordenar a otros que maten gente que ver en directo las tripas desparramadas. Es eso, ¿verdad?

Zhilan se queda en silencio unos segundos, con la cabeza baja. Después asiente varias veces. Cuando levanta la cabeza y clava sus ojos en mí, veo que los tiene inundados de lágrimas.

— Ese día, cuando nos persiguieron en la bajada desde La Arboleda, no querían arrojarnos de la carretera. Querían que nos parásemos para hablar conmigo.

— Pues no lo hicieron muy bien— la cortó, irónico—. Casi nos matan.

— No, casi nos matas tú, con tu maldito empeño de hacerte el héroe— su voz suena furiosa—. Te pedí que parases y no me hiciste

ni puñetero caso.

— Tal vez te hubiera hecho caso si hubieses sido sincera conmigo— noto que estoy gritando de nuevo mientras la señalo con la pistola. Ella se encoge en su asiento. Vaya, parece que empieza a tomarme en serio, se me debe estar poniendo cara de loco. No sé si alegrarme o pegarme un tiro y acabar de una vez con todo esto—. ¿Pudiste hablar con él? ¿Qué quería decirte?

— Sí, hablé con él a la mañana siguiente, mientras tú dormías— su voz se rompe en un sollozo ahogado—. Me dijo que lo dejaba, que todo esto le quedaba demasiado grande, que no esperaba que tuviese que haber tantas muertes y que su conciencia no podía con ello… Y que nuestra relación no podía continuar.

Zhilan se cubre la cara con las manos y solloza desesperada. La miro con cara de bobo, sin saber cómo reaccionar. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Consolarla? ¿Decirle que todo va a salir bien? Es lo único que me falta para ser nombrado pagafantas supremo de toda la galaxia. Mi orgullo, que debía llevar días hibernando, se despierta dolido y furioso y me ordena que me quede quieto y callado hasta que ella termine de llorar.

— Le rogué que no me dejara sola, pero fue imposible convencerle— continúa Zhilan en un susurro—. Intenté engañarme a mí misma diciéndome que se lo pensaría mejor, que su miedo desaparecería y volvería conmigo, pero unas horas después me enteré de que su hermano mayor, el único obstáculo que le quedaba en su camino hacia el dominio de la familia Deng, había muerto en un tiroteo el día anterior.

Vuelve a llorar. Por un momento me da pena y tengo ganas de ir a abrazarla, pero mi orgullo sigue pegando gritos dentro de mi cabeza, advirtiéndome de que, por muy buena que esté y muy dulce que parezca, no es otra cosa que una asesina loca y manipuladora. A pesar de que sé que tiene razón, me cuesta horrores no moverme del sitio.

— Todas sus palabras eran mentiras, excusas— Zhilan me mira y, en el fondo de los pozos negros de sus ojos, veo un brillo que no puede ser otra cosa que odio genuino—. Me utilizó y me abandonó cuando consiguió su objetivo. Pero, si cree que voy a permitir que disfrute de su victoria, está muy equivocado.

Por un segundo, siento pena de Shaoran. No me gustaría estar en su pellejo cuando ella le encuentre. En estos momentos tengo tantas emociones, tanta información, que incluso he olvidado que Zhilan no ha terminado su historia, así que me sobresalto ante el sonido de su voz.

— Cuando él me abandonó, mi tío seguía vivo. Todo lo que había hecho hasta ese momento no había servido para nada. Me encontraba perdida, sola…— se mantiene en silencio unos segundos. Después dirige su mirada hacia mí y me lanza una triste sonrisa—. Bueno, sola no… Me di cuenta de que todavía te tenía a ti.

— Y decidiste utilizarme.

— Bueno, tú te mostraste muy dispuesto a dejarte utilizar. Fuiste tú el que se ofreció voluntario para ir a matar a mi tío para después no hacer nada.

— Tiene cojones que, después de todas tus mentiras, sigas enfadada por eso.

— No estoy enfadada— ella vuelve a sonreírme—. No eres del tipo de persona capaz de matar a otras. Fue mi culpa no darme cuenta antes. Cuando vi claro que no podrías matarle conscientemente, decidí intentar otra estrategia.

— Así que volviste a mentirme y me dijiste que te habían secuestrado— a pesar de que intento mantenerme frío, los recuerdos de las últimas horas hacen aflorar toda mi rabia—. ¿Tú sabes lo que me has hecho sentir? No puedes imaginarte lo acojonado que estaba, lo culpable que me sentía… Creí que iba a volverme loco y lo único que estabas haciendo era reírte de mí.

— No me estaba riendo de ti, pero no sabía que más hacer… Lo siento— su voz suena tan sincera que tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no creerla—. Me quedaba sin opciones. Os dije a los dos que el otro me había secuestrado. Sabía que tú harías cualquier cosa por salvarme y que mi tío vería mi secuestro como una oportunidad de demostrarle a la familia que podía cuidar de nosotros y liderarnos.

— ¿No te parece que te pasaste pidiendo cinco millones de euros?

— Para mi familia esa cantidad no es importante. Además, así me aseguraba una vía de escape por si las cosas no salían bien. Con ese dinero podríamos haber huido a algún lugar lejano y haber vivido felices para siempre.

— No me vengas con cuentos de hadas ahora— me siento rabioso. A pesar de que todo el engaño se ha destapado, ella sigue tratando de manipularme—. Nunca te habrías ido conmigo. Para ti sólo he sido un muñeco.

— Bueno, nunca lo sabremos. Mi plan ha salido bien y tú has perdido el dinero— ella se encoge de hombros, como si el hecho de destrozar todas mis ilusiones con una sola frase no tuviera

importancia, y se levanta del sofá—. Ahora ya sabes toda la verdad. ¿Puedo irme?

Mi mirada va de sus ojos a la pistola que sigo sosteniendo, sin saber qué decir ni qué hacer. Ella avanza hacia mí un par de pasos y estira las manos hacia la pistola. Yo la sujeto con más fuerza y la apunto, tratando de parecer decidido, pero el temblor de mis manos me delata.

— Álex, por favor… Los dos sabemos que no vas a dispararme— ella me mira a los ojos mientras sigue avanzando despacio—. No eres del tipo de persona capaz de matar gente, ya te lo he dicho.

Sé que es cierto. Hubo un momento en el que hasta me sentí orgulloso de ser así, pero ahora mismo me encantaría ser del otro tipo de persona. Sé que debería matarla. Me ha mentido, ha puesto mi vida en peligro, se ha reído de mis sentimientos… Sé todo eso, pero soy incapaz de disparar. Si ni siquiera soy capaz de dejar de quererla… Ella llega a mi lado, pone sus manos alrededor de las mías y me arrebata la pistola con suavidad. Después, vuelve a alejarse un par de pasos y me apunta. Mi mente me grita que soy un gilipollas, pero no me afecta. Estoy totalmente de acuerdo con esa afirmación.

— Y ahora vas a matarme, ¿verdad?— le pregunto con voz cansada.

— Sé que debería hacerlo, que sería lo más lógico, pero, aunque no lo creas, yo tampoco soy del tipo de persona que mata gente.

— Ya, tú eres de las que paga para que otros lo hagan por ti.

— Piensa lo que quieras— ella lanza un largo suspiro y vuelve a clavar sus ojos tristes en mí.

— ¿Y vas a dejarme así?— no sé por qué no la dejo marcharse sin más, por qué continúo insistiendo. Casi parece que estoy buscando que me pegue un tiro—. ¿No te preocupa lo que pueda contarle a la policía?

— No te creerían. Ahora mismo eres su principal sospechoso— me señala con un gesto de la cabeza la pantalla del televisor, todavía encendido—. No lo has visto, pero eres famoso. Han estado retransmitiendo imágenes en las que se te ve corriendo por Bilbao y entrando en la estación con la mochila al hombro. Con la gorra no se te ve bien la cara, pero estoy segura de que encontrarán alguna imagen en la que se te reconozca.

Como respondiendo a sus palabras, la presentadora de las noticias desaparece de la pantalla y es reemplazada por un vídeo de la Gran Vía. Muestra el momento en el que resbalo con las hojas mojadas y caigo al suelo. Después se me ve levantarme y salir

corriendo, con la mochila negra a la espalda. No es la imagen que habría elegido para pasar a la posteridad.

— Así que te marchas. Dejarás que cargue con todas vuestras culpas y seguirás tu vida sin volver a pensar en mí— ella baja la cabeza, como si no soportara mirarme. Distingo una gruesa lágrima deslizándose por su mejilla—. No hace falta que finjas que lo sientes.

— Sí que lo siento. Me habría gustado que todo fuera diferente — su voz se quiebra en un sollozo—. Tú me gustas de verdad. Quizá en otra vida…

— No, no pienso ser así de gilipollas en otra vida. El momento era éste. Lamento no haber sido suficiente para ti.

Ella niega con la cabeza, dándose por vencida, y se dirige hacia la puerta. Siento un frío gélido recorrer mi cuerpo. A espaldas de Zhilan, la ventana que dejé entreabierta para los gatos se ha abierto más ante el empuje de una sombra blanca, que se desliza sin ruido dentro del salón. Veo más sombras al otro lado de la ventana. Son mis ángeles de la guarda. Su presencia me da fuerzas y me hace rebelarme. Por un segundo me planteo qué es lo que haría Coco en una situación así. Sé que se enfrentaría a lo que le hubiera hecho daño, aunque fuese mucho más grande, aunque fuese a salir herido, aunque no tuviera posibilidades de ganar. No se quedaría llorando en un rincón con el orgullo pisoteado y el corazón roto. Y siento que tengo que hacer algo, que no puedo quedarme callado y dejar que se marche sin más. No puedo permitir que se salga con la suya después de haberme destrozado la vida. Y, sobre todo, no puedo permitir que me olvide tras haberme dejado el corazón destrozado. Tengo ganas de saltar sobre ella y golpearla, de hacerle daño, de abrirle el pecho y desgarrar su alma, si es que la tiene. Pero sé que no podría tocarla. Y entonces me viene a la cabeza algo que hará que me recuerde durante toda su vida, algo que me permitirá devolverle una pequeña parte del daño que ella me ha hecho.

— Los Deng no mataron a tu abuelo— mi rostro se ilumina con una amplia sonrisa—. Fui yo.

— Eso es mentira— Zhilan se detiene en seco, se gira hacia mí y niega con la cabeza.

— Lo encontrasteis muerto en medio del parque de Doña Casilda, tumbado boca arriba en el suelo, al lado de un banco. Llevaba puesto el uniforme del restaurante— mi sonrisa se va ensanchando a medida que sus ojos se abren por la sorpresa.

— No sé cómo sabes eso, pero es imposible que lo mataras tú.

— Llevaba clavada una daga en medio del pecho. No era una

daga normal. Era una daga plateada, con la punta curvada. La empuñadura tenía forma de dragón— le doy unos segundos para que procese la información—. ¿Me crees ahora?

Ella levanta la pistola y me apunta. Sus manos tiemblan tanto que casi no puede sostenerla, mientras las lágrimas caen sin control por su rostro. Esas lágrimas me ponen furioso. ¿Por qué no puede llorar así por mí? ¿Por qué yo no he sido capaz de despertar en ella esos sentimientos? Me siento tan mal que sólo quiero acabar ya con todo esto, así que me acerco, con los brazos abiertos, dejando mi pecho expuesto para que me dispare de una vez. Ella retrocede un par de pasos, pero sigue apuntándome.

— ¿Por qué le mataste? ¿Quién eres?— me grita, histérica—. ¿Trabajas para los Deng?

No contesto. Sigo caminando hacia ella, decidido a no decirle una sola palabra. Quiero que me mate ya y que se quede para siempre con la duda, que piense que yo también la engañaba, que también la utilicé. Al menos así no me recordará como al pelele que manejó a su antojo, como al imbécil que habría dado su vida por una de sus sonrisas, como al estúpido que habría entregado su vida por ella.

Ella retrocede otro par de pasos y yo vuelvo a acercarme. Las manos le tiemblan cada vez más. Parece asustada. Creo que en su mente toda la historia ha cambiado. Ahora para ella soy un enemigo, alguien que estaba contra ella desde el principio, alguien que le da miedo. La idea es tan ridícula que se me escapa otra sonrisa y eso parece asustarla aún más.

Al escuchar la detonación, cierro los ojos, pero el dolor del impacto no llega. Los abro de nuevo y miro hacia el lugar en el que Zhilan clava la mirada. Hay una bola de pelo blanco en el suelo, inerte. Tardo unos segundos en darme cuenta de que es la gatita blanca y que las manchas oscuras que se extienden por su pelo son sangre. No puedo creerme que se haya interpuesto en el recorrido de la bala para salvarme. Siento ganas de llorar, de gritar, de matar… Pero, antes de que pueda girarme de nuevo hacia Zhilan, escucho sus gritos de terror.

Hay gatos por todas partes, colgando de sus brazos, arañándole el rostro, mordiendo sus piernas. La imagen es tan surrealista que me quedo paralizado, sin saber cómo reaccionar.

— Escapa de aquí, Álex— me grita la voz de Coco—. ¡Rápido!

Mi cerebro está al borde de la desconexión. No soy capaz de elaborar ningún pensamiento coherente, así que decido que será mejor seguir esas órdenes. Corro hacia la puerta, salgo de casa y,

sin esperar siquiera al ascensor, bajo como un loco las escaleras, salgo a la calle y continúo corriendo durante varios minutos, hasta que el dolor de mi rodilla y el agotamiento me hacen parar.

Me siento en el bordillo de la acera y escondo la cabeza entre las manos. Me parece que todos mis sentimientos tratan de salir de mi interior en forma de lágrimas. Cuanto más lloro, más vacío me siento. Pero la angustia no se va. Creo que podría llorar para siempre.

No sé cuánto tiempo paso allí llorando, pero, de repente, me pongo en pie de un salto. No puedo quedarme autocompadeciéndome mientras los gatos están poniendo su vida en peligro por mí. A pesar de que la rodilla se niega a sostenerme y que me siento agotado, vuelvo a correr hacia mi casa.

Durante todo el camino de vuelta, no puedo quitarme de la cabeza la imagen de la gatita blanca tirada en el suelo, cubierta de sangre. Sé que esta noche ha muerto gente por mi culpa, por la bomba que yo mismo transporté por todo Bilbao. Y, sin embargo, me siento mucho más culpable por esa pequeña de ojos azules que solía acudir a mí buscando calor y mimos. Quizá todo esto me está volviendo un poco psicópata.

Cuando llego a mi piso, veo que la puerta de mi casa está abierta de par en par. Me acerco con cuidado, tratando de descubrir si sigue habiendo alguien dentro. Escucho murmullos, lloros y susurros.

— ¿Coco?— pregunto al fin.

Oigo el trotar de unas patas acercándose a la puerta. Coco aparece en el umbral, escoltado por dos de sus compañeros.

— Álex, estás bien— parece realmente feliz de verme.

— ¿Dónde está Zhilan?

— Escapó de nosotros— su pecho se hincha por el orgullo—. Estábamos preocupados por si había ido detrás de ti.

Entro en la casa y cierro la puerta. En un rincón de la sala veo a varios gatos rodeando al bulto blanco que continúa inmóvil. Siento un nudo que me asfixia en la garganta y los ojos vuelven a quemarme. Me acerco y los gatos se apartan para dejarme pasar.

— Está herida y ha perdido mucha sangre.

Esas palabras consiguen deshacer el nudo de mi garganta. No está muerta. Todavía puedo hacer algo.

— Les dije que no se movieran hasta mi señal, pero como es sorda… De todos modos, si no se hubiera lanzado hacia la pistola, creo que tú no lo habrías contado.

Sin escuchar nada más, me pongo a buscar como loco el trasportín que traje a casa ayer por la noche. Lo cojo y me acerco de

nuevo a la gata. Tiene los ojos cerrados y está inmóvil. Le coloco dos dedos con suavidad en el pecho, tratando de percibir su respiración. Durante unos segundos no consigo captar nada, pero después lo noto. Su pecho sigue moviéndose, se nota el latido tenue de su corazón. La cojo con todo el cuidado del que soy capaz y la meto en el trasportín.

— Voy a llevarla a un veterinario para que la salven— le digo a Coco—. Haré todo lo que esté en mi mano para pagaros lo que habéis hecho por mí.

— No tienes que pagarnos nada— me contesta Coco.

Me levanto con el trasportín en la mano, dispuesto a salir, pero, en este momento, me doy cuenta de que es muy probable que nunca regrese a casa. Zhilan y sus secuaces saben dónde vivo y estoy seguro de que a estas horas ella ya habrá puesto precio a mi cabeza. Y, por si eso no fuera suficiente, dentro de poco tendré a toda la policía del País Vasco tras mi pista. Miro a Coco con pena, tratando de controlar las lágrimas.

— Puede que no volvamos a vernos— le lanzo una sonrisa triste —. Creo que será mejor que me vaya de la ciudad.

— Es una pena— Coco mira mi casa como si se despidiera—. Con toda la comida de gato que te queda aquí….

— Os dejo la ventana abierta— dejo el trasportín en el suelo, cojo unas tijeras de un cajón y abro todas las bolsas de comida para gato—. Mientras pueda, seguiré pagando el alquiler y así tendréis un lugar seguro en el que pasar las noches. Lo único que os pido es que no os caguéis en casa, por si un día decido volver. ¿Trato hecho?

— Trato hecho— Coco desvía la mirada hacia el suelo antes de seguir hablando—. Aunque tengamos la comida y sigamos pudiendo venir aquí, te echaré de menos.

— Y yo a ti…— resoplo para tomar fuerzas antes de continuar —. Estaba muy equivocado con vosotros, los gatos. Pensaba que eráis unos seres chulos, egoístas y prepotentes.

— ¿Y ya no lo crees?— me pregunta Coco.

— Sí, lo sigo pensando— dejo escapar una risa ante la mirada de desconcierto de Coco—. Pero ahora también sé que sois orgullosos y libres, que sabéis cuidar de los vuestros, que sois leales y valientes… Y también sé que nunca he tenido un amigo como tú y que seguramente no volveré a tenerlo.

Coco me mira durante unos segundos, como si le hubieran emocionado mis palabras. Y entonces abre la boca para hablar, pero lo único que escucho es un maullido largo y triste. Nos quedamos

los dos mirándonos unos segundos y me doy cuenta de que la magia se ha acabado. Por fin entiendo a los gatos y ya no puedo entenderlos.

Todos los gatos van saliendo de casa por la ventana, despidiéndose de mí con maullidos lastimeros. Coco sale el último y se queda un rato mirándome, como si no quisiera marcharse. Antes de girarse por última vez, me guiña un ojo y sacude la cola un par de veces, como un último saludo. Después desaparece para siempre.

Todo ha acabado. Y, aunque llevaba días queriendo que esta locura terminara, ahora que lo he conseguido tan sólo siento vacío.



Y así es cómo termina la historia. Llevé a la gatita blanca al mismo veterinario en el que había estado la noche anterior. Por suerte la bala sólo le había arrancando pelo y rasgado la piel y, aunque la herida parecía muy aparatosa, tan sólo hicieron falta un par de puntos para cerrarla. Cuando el veterinario me preguntó si quería que llamase de nuevo a la protectora, miré sus ojos redondos y azules y le dije que no, que se venía conmigo.

Nos fuimos a comisaría. Supongo que alucinarían al ver a un tío con la cara y las ropas ensangrentadas que llevaba a una gata en un trasportín en una mano y el resto de su vida en una mochila, colgando de su brazo. Les conté la historia de principio a fin, sin nombrar mi perdida facultad de hablar con los gatos, por supuesto. Estuve allí durante horas, contando la historia una y otra vez, contestando sin cesar a las mismas preguntas, hasta que estuvieron seguros de que lo que contaba era cierto.

Me llevaron a un hotel y estuve allí un par de días, escoltado siempre por una pareja de policías. Después de ese tiempo, me dijeron que, gracias a mis declaraciones, habían podido detener a Zhilan y al hijo de los Deng y que, seguramente, ambas familias acabarían cayendo al completo. Me gustaría decir que me sentí orgulloso de lo que había hecho, pero tan sólo me sentía vacío y culpable.

Hasta que salga el juicio soy un testigo protegido. Me dieron un nuevo color de pelo, unas gafas de pasta con cristales sin graduación, un nuevo nombre, una nueva casa, una nueva vida… Vivo en un pequeño pueblo asturiano, en lo alto de una colina, rodeado de prados y montañas azuladas.

Mi nueva casa es muy bonita: una de esas antiguas casonas asturianas con un balcón acristalado que ocupa toda la fachada de la segunda planta y que reposa sobre unos delgados pilares de madera. Al lado de la cristalera los policías colocaron un ordenador.

Me dijeron que mi nueva identidad era la de un escritor con bloqueo que había acudido a ese pueblo buscando tranquilidad e inspiración para su nueva novela y que sería conveniente que me sentase un par de horas cada día fingiendo escribir para que los vecinos me vieran.

Los primeros días les obedecí al pie de la letra, pero, aburrido de escribir refranes y borrarlos, decidí que, ya que tenía que pasarme ese tiempo frente a la pantalla con el procesador de textos abierto, podía aprovechar para escribir mi historia. Según pasaban los días, todo lo que me había sucedido me resultaba más increíble y pensé que, si seguía dejando que el tiempo hiciera lo que quisiera con mi mente, un día me despertaría pensando que había sido un sueño. Y no quiero olvidarlo.

Así que aquí está mi historia. No podré publicarla hasta después del juicio. Si leyesen lo que está escrito en estas páginas, me tomarían por loco y mi declaración quedaría totalmente desacreditada. Además, también confieso que soy el culpable de la muerte del abuelo de Zhilan y, aunque él fuese un cruel magnate de la mafia y su muerte fuese un accidente, no creo que la policía lo dejase pasar sin más. Así que si un día me encuentras y me preguntas si esta historia es real, te sonreiré condescendiente, negaré con la cabeza y te juraré por lo más sagrado que todo es ficción.

Quizá te estés preguntando si sigo pensando en ella. El dolor se va difuminando, como mis recuerdos, al menos durante el día. Me mantengo lo bastante ocupado como para evitar que mi mente divague: me levanto, recojo la casa, escribo un par de horas, paseo por el pueblo y por los alrededores, hablo con los vecinos y comparto con ellos unas botellas de sidra… Todos los días voy a comer a un restaurante donde ponen unos increíbles platos de pasta y de pollo asado. Y cada día me fijo un poco más en la hija de Flora, la dueña, una joven de enormes ojos castaños y preciosa sonrisa que siempre se empeña en atenderme. Sé que mi última experiencia amorosa con una camarera de restaurante fue un auténtico desastre, pero puede que un día me atreva a pedirle una cita.

Es extraño, pero casi podría decir que soy feliz, o al menos más feliz que antes. No echo de menos Bilbao, sus calles abarrotadas, el sonido del tráfico, las prisas… Y, por supuesto, no echo de menos mi antiguo trabajo. El tiempo que he pasado aquí me ha hecho ver que estaba malgastando mi vida haciendo algo que odiaba, humillado bajo el yugo de mi padre. Ahora que he conseguido salir de esa rutina, sé que ya no quiero volver, que estaba atrapado,

convertido en una hormiguita dentro de un gigantesco hormiguero, condenado a ser uno más, a vivir sin pensar… En mis paseos diarios he aprendido a conocerme mejor a mí mismo. Creo que estaba viviendo mi vida dormido, anestesiado, condenado: ocho horas en un trabajo que odiaba para tener una buena casa, un buen coche, una buena posición y, si tenía suerte, una mujer con la que pasar el resto de mi adormilada vida y unos hijos que crecerían condenados a ser nuevas hormiguitas. Aquí lo veo todo diferente. Cuando me siento en medio de algún bosque y respiro el aire limpio con su olor a tierra, a pinos y a eucaliptos, y dejo que mi mirada vague por la silueta azulada de los Picos de Europa, me siento más libre que en toda mi vida. Me siento más Álex. Y ahora que me he encontrado, no quiero volver a perderme. Espero que el juicio se demore todo el tiempo posible y poder quedarme aquí. ¿Quién sabe? Quizá consiga un trabajo que me guste más o quizá siga escribiendo. He descubierto que me gusta, que me hace sentir vivo, y ya estoy dándole vueltas en mi cabeza a un montón de ideas para nuevas historias.

Por las noches es distinto. Cuando dejo de ejercer control sobre mi mente, los sueños me traen su imagen, el brillo oscuro de sus ojos, la textura de su piel, el aroma de su pelo, el sonido de su voz, de sus gemidos, de su risa de cristal… Y entonces me despierto buscándola en la cama y su ausencia me duele como un hierro al rojo atravesándome las tripas de lado a lado. Siento que me falta el aire, que los ojos me queman y me pregunto por qué no pudo ser todo de otra manera, si podría haber hecho algo para que ella me quisiera, por qué no pude conseguir que ella creyera en las canciones de amor…

En esas noches me levanto de la cama, recojo a la gata, que siempre duerme acurrucada a mis pies, y me la llevo al balcón, apretándola contra mi pecho. La he llamado Zhilan. Creo que necesitaba que alguien que me quisiera llevase su nombre.

Abro la ventana, me siento en el balcón con la gata en el regazo y observo la luna o las nubes negras que ocultan las montañas, mientras rezo para que el frío aire de la noche se lleve esta sensación de ahogo. En esas noches en las que me siento tan solo me paso horas esperando, sentado en el balcón con la mirada perdida, tratando de captar palabras en los maullidos de los gatos que me trae el viento.



Sé lo que estás pensando: que vaya mierda, que después de todo lo que le ha pasado el pobre Álex se merecía un final feliz, que uno no arriesga su vida y sufre todas esas desgracias para acabar perdido en medio de un pueblo con la única compañía de una gata. Podría tratar de convenceros de que es un final estupendo, porque Álex termina encontrándose a sí mismo y eso es algo que no todo el mundo consigue en su vida, pero sé que no serviría de nada porque a mí tampoco me sirve. Yo también quería un final feliz para la historia de Álex. Quería que Zhilan le amase y que se escapasen juntos a algún rincón perdido con la mochila de los cinco millones y que montasen un refugio para gatos abandonados en medio del monte y que todo terminase con un beso de amor mientras el sol se ponía tras las montañas. Pero la historia no es así.

Estarás pensando que yo soy la escritora, que la historia podría haber sido como a mí me diese la gana. Es cierto que somos los escritores los que creamos las historias, pero, en muchas ocasiones, nos encontramos escribiendo cosas que no habíamos planeado, o los personajes hacen cosas que no esperábamos y que cambian la trama… Según les dotamos de personalidad, van cobrando vida y a veces se niegan a hacer lo que tú quieres. Eso me ha pasado en varias de mis novelas, pero nunca lo había experimentado de una forma tan clara como escribiendo Zhilan.

La idea de la novela me llegó en una de mis noches de insomnio. Simplemente vi la primera escena en mi cabeza, tan clara como si estuviera viendo una película. El hombre con la cara ensangrentada, el chino muerto a su lado, una gata que le explicaba qué había pasado… Me pareció una estupidez con la que no se podía hacer nada, pero la idea siguió arraigada en mi mente, dando vueltas una y otra vez. Me entró la curiosidad. ¿Qué se podía hacer con esa imagen? ¿Qué historia tenía detrás? Al final terminé sentándome frente al teclado, pensando que como mucho escribiría un relato corto o que lo dejaría al cabo de unas páginas. No es sólo que no

tuviera la novela programada, es que no sabía qué iba a pasar en el siguiente capítulo ni en la siguiente página. Era casi como si la historia ya estuviese formada y yo solamente la estuviese transcribiendo al ordenador. Pasé así páginas y páginas, sin saber adónde iba, simplemente dejándome llevar mientras la historia se complicaba más y más. Y un día me llegó el final y, aunque hubiera preferido otro, supe que era el correcto. Así que podríamos decir que la historia es así y yo solamente me he limitado a contarla. Y, aunque tenga un final triste, nunca en mi vida me lo había pasado tan bien escribiendo una historia. Espero que tú también lo hayas pasado bien al leerla.

Quiero aprovechar estas últimas líneas para dar las gracias a las personas que me han ayudado a escribir este libro:

A Julen, por ser mi principal apoyo, por no reírse demasiado cuando le conté la idea de la novela, por creer en ella y por haber ido devorándola según la escribía.

A Idoia Herbosa, de la clínica veterinaria Etxelagun, por la información sobre enfermedades infecciosas felinas (además de por cuidar tan bien de mis peludillos junto con Aitana).

A Asaam Bizkaia, por la extraordinaria labor que hacen para buscar un nuevo hogar a los perros y gatos abandonados y por haber ayudado a que Chelsea, Rahu y Cyllan entrasen en mi vida. Los nombres y descripciones de los gatos de la novela pertenecen a gatos rescatados por Asaam y muchos de ellos aún están buscando un hogar, así que, si después de leer estas páginas, te apetece poner un gato en tu vida, sólo tienes que buscarles en Facebook.

A todos mis lectores, por ayudarme con dudas geográficas y con la elección del título. Gracias por estar siempre ahí. Sin vosotros nada de esto tendría sentido.

Y, ya por último, a todas las personas que entienden a los gatos y comparten su vida con ellos.

Gemma Herrero Virto
Portugalete, 21 de Noviembre de 2015